Margaret Atwood

El huevo de Barba Azul

Lectulandia

¿Mujeres, otra vez, en un libro escrito por una mujer? Sí y no, porque aquí no se trata solamente del consabido catálogo de agravios infligidos a la condición femenina en nuestro pequeño y algo asfixiante mundo. Al igual que Angela Carter o Doris Lessing, por citar sólo dos nombres de compañeras de viaje espiritual, Margaret Atwood, la célebre autora de «El cuento de la criada», sabe que las listas de la compra y los panfletos nunca han servido para otra cosa que no sea llenar páginas cargadas sólo de buenas intenciones.

En esta intrigante colección de relatos, la autora explora vínculos poco convencionales de la relación humana: el de un activista político con su coche; el de una artista con el hombre al que acecha para utilizarlo como modelo de sus desnudos; el de una ceramista con los poetas que la adoran y que, de tanto mitificarla, la arrojan en los brazos de su contable; el de una mujer con su psiquiatra fallecido… Un hombre descubre que se halla rodeado de mujeres cada vez más pálidas, más silenciosas y, literalmente, más pequeñas. El terror al cataclismo nuclear domina de manera extraña la vida íntima de una mujer. Un huracán acaba con un melancólico amor adolescente, mientras una fatigada relación sentimental entre adultos se aviva de nuevo ante el espectáculo de unas extrañas aves jamaicanas. Y, en los relatos que abren y cierran el libro, un memorable relato familiar y la madurez de una mujer agotada por la vitalidad de sus padres.

Esfera mágica donde no caben cartones, trampas o disimulos, estas narraciones están habitadas por seres que quizá resulten risibles, odiosos o conocidos, pero que al menos tienen la rara virtud de estar vivos.

Lectulandia

Margaret Atwood

El huevo de Barba Azul

ePub r1.0
Titivillus 23.09.2019

Título original: *Bluebeard's egg*
Margaret Atwood, 1983
Traducción: Eduardo G. Murillo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para mis padres

Momentos significativos en la vida de mi madre

Cuando mi madre era muy pequeña, alguien le regaló por Pascua una cesta de polluelos. Todos murieron.

—Ignoraba que no podía sacarlos —dice mi madre—. Pobres animalitos. Los extendía en fila sobre una tabla, con las patitas tiesas como un palo, y lloré por ellos. Los quería locamente.

Es posible que mi madre utilice esta historia para ilustrar su propia estupidez, y también su sentimentalismo. Quiere darnos a entender que ahora no haría una cosa semejante.

Es posible que se trate de un comentario sobre la naturaleza del amor, aunque, conociendo a mi madre, es improbable.

El padre de mi madre era médico rural. Antes de la aparición de los primeros automóviles, recorría su territorio en un cochecito tirado por caballos, y, nevara o lloviera, utilizaba un trineo en mitad de la noche para llegar a las casas iluminadas con lámparas de aceite. A su llegada, encontraba el agua hirviendo en el hornillo y las sábanas, calientes, escurriéndose en el escurreplatos, a punto para ayudar a traer al mundo a niños que luego recibirían su nombre. Visitaba en casa, y mi madre, de niña, veía a los pacientes llegar a la puerta de la consulta, a la que se accedía por el porche delantero, aferrándose las partes de su cuerpo (dedos de manos o pies, orejas, narices) que se habían cortado por accidente, presionando estas partes seccionadas contra muñones en carne viva con la vana esperanza de que mi abuelo fuera capaz de cosérselas y de reparar las mutilaciones producidas por hachas, sierras, cuchillos o a causa del destino.

Mi madre y su hermana menor remoloneaban junto a la puerta cerrada de la consulta hasta que eran expulsadas. Detrás de la hoja de madera se oían gemidos, gritos ahogados y peticiones de socorro. Para mi madre, los

hospitales no han sido nunca lugares agradables, pues la enfermedad no concede tregua ni respiro.

—Nunca te pongas enferma —dice, y lo dice en serio.

Y, desde luego, hace cuanto puede por llevar a la práctica su propio consejo, aunque una vez, sin embargo, estuvo a punto de morir.

Fue cuando sufrió una apendicitis aguda. Mi abuelo tuvo que practicar la operación, aunque más tarde él mismo confesó que era la persona menos adecuada: las manos le temblaban en exceso. Es uno de los escasos reconocimientos de debilidad por su parte de los que mi madre tiene noticia. Cuando se habla de él casi siempre se le atribuye un carácter severo y un gran sentido de la responsabilidad.

—Pese a todo, le respetábamos —dice mi madre—. Era un hombre admirable.

(La palabra «respeto» ha perdido cierto valor desde los tiempos en que mi madre era joven. Solía desbancar a la palabra «amor»).

Fue otra persona quien me contó la historia de la granja de ratas almizcleras de mi abuelo, cómo él y uno de los tíos de mi madre cercaron el pantano que se extendía a espaldas de su propiedad e invirtieron los ahorros de la tía soltera de mi madre en la reproducción de ratas almizcleras. La idea consistía en que las ratas se multiplicaran para con el tiempo emplearlas en la confección de abrigos. Pero un cultivador de manzanas vecino lavó sus útiles de pulverizar en el río y el veneno mató a las ratas, que quedaron tiesas como palos. Ocurrió durante la Depresión, y no se lo tomaron a la ligera.

Cuando eran jóvenes (esta expresión, actualmente, lo abarca casi todo, pero yo la situaría hacia los siete u ocho años), mi madre y su hermana tenían una cabaña de troncos en la que pasaban algunos ratos jugando a las muñecas y cosas por el estilo. Un día encontraron una caja llena de preciosas botellitas en el exterior del dispensario de mi abuelo. Eran botellas desechadas, y mi madre (que siempre odió el desperdicio) se las quedó para utilizarlas en su casa de muñecas. Las botellas contenían un líquido amarillento, que no vaciaron porque les pareció muy bonito. Resultó que eran muestras de orina.

—Para eso ya teníamos Hail Columbia —dice mi madre—, pero ¿qué sabíamos nosotras?

La familia de mi madre vivía en una gran casa blanca cercana a un manzanar, en Nueva Escocia. Había un granero y un cobertizo para guardar los carruajes, y una despensa en la cocina. Mi madre todavía recuerda los días

en que aún se elaboraba el pan en las casas y la harina llegaba en barriles. Recuerda la primera vez que oyó la radio, una canción publicitaria sobre calcetines.

Había muchas habitaciones en aquella casa. Aunque he estado allí, y la he visto con mis propios ojos, no sé cuántas había. La casa tenía partes clausuradas, o al menos así lo parecía, y había escalera de servicio. Los pasillos conducían a todas partes. Vivían en ella cinco niños, los padres y dos sirvientes, uno de cada sexo, cuyos nombres y rostros cambiaban continuamente. La estructura de la casa era jerárquica, con mi abuelo al frente, pero su vida oculta (la elaboración de pasteles, las sábanas limpias, los paños de lino recubriendo el armario de la ropa blanca, las hogazas de pan en el horno) era femenina. La casa, y todos los objetos que contenía, crepitaba de electricidad estática; la atravesaban corrientes subterráneas, la atmósfera estaba saturada de cosas conocidas, pero innombrables. Las amplificaba como un tronco hueco, un tambor o una iglesia, de modo que todavía son casi audibles las conversaciones susurradas hace sesenta años.

En aquella casa no podías levantarte de la mesa hasta que el plato estaba vacío por completo.

—Como repetía a menudo mi madre, «piensa en los armenios que se mueren de hambre» —dice mi madre—. Nunca entendí de qué les iba a servir a ellos que me comiera hasta el último mendrugo.

Fue en aquella casa donde vi por primera vez tallos de avena envueltos en el precioso papel de plata de los estuches de chocolate, guardado con el mayor cuidado. Pensé que era lo más extraordinario que había visto en mi vida, y empecé a guardar papel de plata, si bien nunca me dediqué a envolver con él los tallos de avena, lo que, de todas formas, tampoco habría sabido cómo hacerlo. Al igual que otras formas artísticas de las civilizaciones desaparecidas, esta técnica se ha perdido y es imposible recuperarla.

—Teníamos naranjas por Navidad —dice mi madre—. Las enviaban desde Florida, y eran muy caras. El regalo más deseado era encontrar una naranja en el fondo de tu media. Se me hace curioso recordar ahora lo bien que sabían.

Cuando tenía dieciséis años, mi madre llevaba el cabello tan largo que podía sentarse sobre él. Imperaba la moda del cabello corto entre las mujeres. Se iniciaban los años veinte. El pelo le producía jaquecas a mi madre, pero mi

abuelo, muy estricto, le había prohibido cortárselo. Esperó hasta un sábado en que su padre pidió hora al dentista.

—En aquellos tiempos no había anestesia —dice mi madre—, y el torno se accionaba con un pedal, y hacía un ruido espantoso. Incluso el dentista tenía los dientes amarillentos; mascaba tabaco, y escupía en una escupidera mientras trabajaba con tus dientes.

Mi madre, buena imitadora, se detiene en este punto e imita el sonido del torno y del tabaco mascado: «¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Fffft! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Fffft!».

—Era una auténtica agonía —dice—. El gas que te adormecía era como una bendición del cielo.

Mi madre entró en la consulta del dentista, donde aguardaba mi abuelo sentado en la silla, pálido de terror. Le preguntó si podía cortarse el pelo. Le respondió que hiciese lo que quisiera, con tal de que saliera de allí y dejara de molestarle.

Así que salí corriendo y me lo fui a cortar —dice mi madre con desenvoltura—. Luego se enfureció, pero ya no había nada que hacer. Me había dado su palabra.

Mi cabello está guardado en una caja de cartón que hay en un baúl sepultado en el sótano de la casa de mi madre, donde me lo imagino cada vez más deslustrado y quebradizo a medida que pasan los años, y tal vez apolillado; a estas alturas se parecerá a las marchitas guirnaldas de pelo que acompañan a la joyería funeraria victoriana. O tal vez habrá producido un moho seco, quizá resplandezca débilmente en la oscuridad del baúl, en su envoltorio de papel de seda. Sospecho que mi madre no recuerda dónde se halla. Me lo cortaron, con gran alivio por mi parte, cuando tenía doce años y acababa de nacer mi hermana. Me colgaba en largos rizos.

—De lo contrario —dice mi madre—, se te habría enredado mucho.

Mi madre me peinaba arrollando el pelo alrededor de su dedo índice, pero durante la estancia de ella en el hospital, mi padre fue incapaz de conseguirlo.

—No podía hacerlo con esos dedos tan rechonchos —dice mi madre.

Mi padre se mira los dedos. Son muy toscos comparados con los largos y elegantes dedos de mi madre, que ella califica de huesudos, sonriendo como una gata.

Así que me corté el pelo. Me senté en la butaca de mi primer salón de belleza y contemplé cómo caía, un conglomerado de telarañas que se posaba sobre mis hombros. Empezó a surgir mi cabeza, más pequeña y compacta, y los ángulos de mi rostro salieron a la luz. Envejecí cinco años en quince

minutos. Supe que podía volver a casa y ver cómo me sentaba el lápiz de labios.

—Tu padre se disgustó —dice mi madre con cierto aire conspiratorio.

No lo dice cuando mi padre está presente. Las extrañas reacciones de los hombres con respecto al cabello nos hacen sonreír.

Solía pensar que mi madre, en su infancia, llevó una vida de alegría incesante e increíbles aventuras (esto era antes de que me diese cuenta de que nunca mencionaba los largos períodos de tiempo carentes de acontecimientos señalados, que habrán constituido la mayor parte de su vida; las historias no eran sino los signos de puntuación). Los caballos la rehuían, los hombres le hacían proposiciones, continuamente se caía de los árboles o de los pajares, o las resacas casi la arrastraban hacia el mar; en un plano menos grave, padecía graves confusiones en circunstancias difíciles.

Las iglesias eran especialmente peligrosas.

—Un domingo invitaron a un predicador —dice—. Teníamos que ir a la iglesia cada domingo, claro está. Imagínatelo allí, en el mejor momento de su carrera, hablando del fuego del infierno y la condenación —señala un púlpito invisible—, y, de repente, la dentadura postiza sale disparada de su boca, ¡fop! Bueno, pues no perdió la compostura ni por un momento. Alargó la mano, cogió la dentadura, se la encajó en la boca y siguió su perorata, condenándonos a todos a tormentos eternos. ¡El banco en que estábamos temblaba! Las lágrimas nos rodaban por la cara, pero lo peor es que ocupábamos el primer banco y el predicador nos miraba fijamente. No podíamos reírnos, claro, porque papá nos habría dado Hail Columbia.

Las reuniones sociales en casas ajenas se transformaban en trampas mortales para ella. Las cremalleras de los vestidos se le rompían en lugares estratégicos, los sombreros se mantenían inestables en su cabeza. La escasez de caucho auténtico durante la guerra exigía una atención constante; entonces la ropa interior llevaba botones, y era mucho más tabú y significativa de lo que es ahora.

—Ibas por la calle —dice— y antes de que te dieras cuenta te encontrabas con las bragas en los pies. La mejor manera de salir del paso consistía en liberar un pie, darles una patada con el otro y meterlas en el bolso. Lo hacía muy bien.

Esta historia en particular la cuenta a muy poca gente, pero otras son para el consumo general. Cuando las narra, la cara de mi madre parece de goma.

Interpreta todos los papeles, incorpora efectos sonoros y gesticula. Sus ojos centellean, a veces con cierta malignidad, pues aunque mi madre es apacible, anciana y toda una señora, trata por todos los medios de no ser una apacible señora anciana. Cuando alguien está tentado de tomarla por tal, lo sorprende con una frase inesperada; se niega a que la juzguen de entrada.

Pero no puedes obligar a mi madre a contar historias cuando no quiere. Si la azuzas, se muestra cohibida y no dice nada, o se ríe, se va a la cocina y no tarda en oírse el zumbido de la batidora. Hace mucho tiempo que abandoné todo intento de inducirla a que hable en las fiestas. En compañía de desconocidos, se limita a escuchar con gran atención, con la cabeza algo ladeada y una sonrisa de fría cordialidad en los labios. El secreto consiste en esperar a ver qué dirá a continuación.

A los diecisiete años de edad, mi madre ingresó en la Escuela Normal de Truro. Este nombre —«Escuela Normal»— encerraba cierta magia para mí. Pensaba que tenía algo que ver con aprender a ser normal, lo que quizá sea cierto, porque era el lugar al que se iba para aprender a ser maestra. Con posterioridad, mi madre dio clase en un colegio de una sola aula no muy alejado de su casa. Cada día iba y venía a caballo del colegio. Ahorraba el dinero que ganaba, y se costeó con él la universidad. Mi abuelo no quería que asistiese a ella, decía que mamá era demasiado frívola. Le desagradaba que fuese tan aficionada a patinar sobre hielo y a bailar.

En la Escuela Normal, mi madre se alojaba en casa de una familia que tenía varios hijos de edades similares a las de las chicas que hospedaban. Todos comían en una enorme mesa (que me imaginaba de madera oscura, con macizas patas labradas, cubierta siempre con un mantel de lino blanco), presidida por el padre a un extremo y la madre en el otro. Me los imaginaba gruesos, sonrosados y rebosantes de alegría.

—Los chicos eran grandes bromistas —dice mi madre—. Siempre estaban tramando algo.

Es lo que se espera de los chicos, que sean grandes bromistas y que siempre estén tramando algo. Mi madre añade una frase clave:

—Nos divertíamos mucho.

Divertirse siempre ha ocupado un lugar destacado en el orden del día de mi madre. Se divierte tanto como puede, pero lo que quiere dar a entender con esta frase sólo puede comprenderse mediante un reajuste, habida cuenta del enorme abismo que la frase ha de salvar antes de llegar a nosotros. Viene de

otro mundo, un mundo que, como sucede con la luz enviada por las estrellas que hoy vemos, titilante, por las noches, tal vez ya no exista. Cabe reconstruir los detalles de ese mundo (los muebles, la ropa, los adornos de la repisa de la chimenea, las jarras, las vasijas, incluso los orinales de los dormitorios), pero no las emociones, o al menos no con la misma exactitud. Mucho de lo que ahora conocemos y sentimos debe ser excluido.

Era un mundo en el que la coquetería inocente era posible, porque había muchas cosas que las chicas decentes no hacían, y entonces había más chicas decentes. Perder la decencia no equivalía únicamente a perder la gracia: los deslices sexuales, para todas las chicas sin distinción, implicaban consecuencias financieras. Entonces la vida era más alegre e inocente, y al mismo tiempo impregnada de culpa y de terror, como mínimo cuando existían ocasiones de caer en ello, en su nivel más cotidiano. Es como el *haiku*[1] japonés: una forma limitada, de rígidos perímetros, en cuyo interior era posible la más asombrosa libertad.

Hay fotografías de mi madre en aquel tiempo, en compañía de tres o cuatro chicas, cogidas del brazo o rodeándose el cuello festivamente. Tras ellas, más allá del mar, las colinas o lo que haya de fondo, existe un mundo que se precipita hacia la destrucción, desconocido para ellas: se ha enunciado la teoría de la relatividad, el ácido se está acumulando en las raíces de los árboles, las ranas toro están condenadas. Sin embargo, sonríen con algo que desde esta distancia se podría calificar de gallardía, parodiando a las coristas con la pierna derecha lanzada adelante.

Una de las diversiones favoritas de las chicas que se hospedaban y de los hijos de la familia era el teatro de aficionados. La gente joven —se les llamaba así, «la gente joven»— actuaba en obras que se representaban en el sótano de la iglesia. Mi madre era una de las actrices habituales. En algún lugar de la casa guardo un montón de libretos, pequeños opúsculos amarillentos con los diálogos de mi madre subrayados a lápiz. Son todo comedias, todas insondables.

—Entonces no había televisión —dice mi madre—. Tenías que inventarte tus propias diversiones.

Para una de estas obras hacía falta un gato, y mi madre y uno de los hijos tomaron prestado el gato de la familia. Lo metieron en una bolsa de lona y fueron al ensayo en coche (entonces ya existían los coches). Mi madre llevaba la bolsa en el regazo. El gato, probablemente asustado, se orinó; se orinó tanto que el líquido traspasó la lona y mojó la falda de mi madre. Al mismo tiempo, produjo un hedor espantoso.

—Deseaba que me tragara la tierra —dice mi madre—, pero ¿qué podía hacer? En aquellos tiempos estas cosas —se refiere al pipí de gato, o a cualquier clase de pipí— no se mencionaban.

(Se refiere a que no se mencionaban ante un miembro del sexo opuesto).

Me imagino a mi madre en aquel coche, con la falda empapada, muerta de vergüenza, y al joven, a su lado, con la mirada fija ante sí, fingiendo no haberse dado cuenta de nada. Ambos sospechan que no es el gato el que ha cometido este nefando acto de urinación, sino mi madre. Y así continúan adelante, siguiendo una línea recta que les conduce por encima del Atlántico hasta superar la curvatura de la Tierra, más allá de la órbita de la Luna, hasta hundirse en la infinita oscuridad.

Mientras tanto, de nuevo en la Tierra, mi madre dice:

—Tuve que tirar la falda. Era una falda estupenda, pero no hubo forma de quitarle el mal olor.

—Sólo una vez oí jurar a tu padre —dice mi madre, que nunca profiere juramentos. Cuando llega a un punto de la historia que requiere un taco, dice «maldita sea» o «jolines»—. Fue cuando se aplastó el pulgar mientras perforaba el pozo para extraer agua.

Sé que esta historia tuvo lugar antes de que yo naciera, en el norte, donde debajo de los árboles y los cobertizos no había sino arena y roca. El pozo era para una bomba manual, que en su momento sirvió en la primera de las numerosas cabañas y casas que mis padres construyeron juntos. Puesto que más tarde contemplé cómo se perforaban los pozos y se instalaban las bombas manuales, sé cómo se hace. Hay un tubo que acaba por un extremo en punta. Lo hincas en la tierra con una almádena, y a medida que se hunde le vas introduciendo más tubos, hasta que alcanzas el agua potable. Para que el extremo superior no se estropee, se interpone un taco de madera entre la almádena y el tubo. Lo mejor es que alguien lo sostenga en tu lugar. Así fue como mi padre se aplastó el pulgar: sostenía el taco y al mismo tiempo golpeaba con la almádena.

—Se hinchó como un rábano —dice mi madre—. Se tuvo que hacer un agujero en la uña con la navaja para aliviar la presión. La sangre brotó a chorros, como las pepitas de un limón. Más tarde, toda la uña se puso púrpura, luego negra, y se cayó. Por suerte, le creció otra. Dicen que sólo tienes dos oportunidades. Cuando se golpeó, sus juramentos atronaron el aire

en kilómetros a la redonda. Yo ni siquiera sabía que conociese aquellas palabras. Ignoro dónde las aprendió.

Se refiere a esas palabras como si fueran una enfermedad contagiosa benigna, como la varicela.

Al llegar a este punto, mi padre baja la mirada hacia el plato con discreción. Para él existen dos mundos: uno en el que habitan mujeres, en el que no se utilizan determinadas expresiones, y otro (que se compone de explotaciones forestales y otros fantasmas de su juventud, y de grupos de hombres tolerables) en el que sí. Permitir que el mundo de los hombres se introduzca verbalmente en el de las mujeres indicaría que eres un patán mal educado, pero traspasar el mundo de las mujeres al de los hombres podría acarrearte la fama de melindroso, tal vez incluso de maricón. Ésta es la palabra apropiada. Se trata de algo que ambos tienen muy claro.

Esta historia ilustra varias cosas: en primer lugar, que mi padre no es maricón, y luego, que mi madre se comportó con absoluta corrección al mostrar su conmoción. Sin embargo, los ojos de mi madre brillan de placer cuando narra esta historia. En su fuero interno, considera divertido que mi padre se descuidara, al menos una vez. La uña que se cayó, hace mucho tiempo que, significativamente, se perdió en el olvido.

Hay ciertas historias que mi madre no relata cuando hay hombres presentes: nunca a la hora de cenar, nunca en las fiestas. Sólo se las cuenta a mujeres, por lo común en la cocina, cuando ellas o nosotras estamos ayudando a guisar o a pelar guisantes, cortando las puntas de las judías o despinochando maíz. Se las cuenta en voz baja, sin gesticular y sin el acompañamiento de efectos sonoros. Son historias de traiciones románticas, embarazos no deseados, enfermedades espantosas, infidelidades matrimoniales, derrumbamientos psíquicos, suicidios trágicos, agonías atrozmente prolongadas. No son ricas en detalles ni se adornan con incidentes: son austeras y concisas. Las mujeres, cuyas manos se mueven entre los platos sucios o los restos de verduras, asienten con solemnidad.

Algunas de estas historias, se sobrentiende, no deben llegar a oídos de mi padre, porque le disgustarían. Sabido es que las mujeres se las arreglan mejor que los hombres con esta clase de temas. A los hombres es mejor no contarles nada que consideren demasiado doloroso; las profundidades secretas de la naturaleza humana, ciertos sórdidos apetitos físicos, podrían trastornarlos o perjudicarles. Por ejemplo, los hombres a menudo se desmayan ante la visión

de su propia sangre, a la que no están acostumbrados. Por esa razón nunca has de ponerte detrás de uno en la cola para donar sangre a la Cruz Roja. Los hombres, por alguna misteriosa razón, tropiezan con más dificultades en la vida que las mujeres (mi madre así lo cree, pese a los cuerpos femeninos apresados, enfermos, desaparecidos o abandonados que pueblan sus historias). A los hombres se les debe permitir que jueguen en su patio de recreo favorito, tan alegremente como puedan, sin molestarles; de lo contrario, se ponen de mal humor y no cenan. Hay muchas cosas que los hombres no están preparados para comprender, de modo que no tiene sentido esperar que las comprendan. No todo el mundo comparte este parecer acerca de los hombres; pese a todo, es de utilidad.

—Ella arrancó todas las plantas que rodeaban la casa —dice mi madre. Cuenta la historia de un matrimonio destrozado: un asunto muy serio. Los ojos de mi madre están muy abiertos. Las demás mujeres se inclinan hacia adelante—. Lo único que les dejó fueron las cortinas de la ducha —añade.

Hay un suspiro colectivo, un expulsar el aliento contenido. Mi padre entra en la cocina y pregunta cuándo estará preparado el té. Las mujeres cierran filas y vuelven hacia él sus rostros sonrientes, engañosamente inexpresivos. Al poco, mi madre sale de la cocina con la tetera, que deposita sobre la mesa en su sitio de siempre.

—Recuerdo la vez que estuvimos a punto de morir —dice mi madre.

Muchas de sus historias empiezan así. Cuando está de determinado humor, nos da a entender que sólo una serie de asombrosas coincidencias y golpes de suerte han preservado nuestras vidas; de lo contrario, toda la familia, individual o colectivamente, estaría tan tiesa como un palo. Estas historias, además de hacernos secretar adrenalina, sirven para reforzar nuestro sentimiento de gratitud. Está aquella vez en que, navegando en canoa, entre la niebla, estuvimos a punto de precipitarnos por una catarata; la vez que casi nos quedamos atrapados en un incendio forestal; la vez en que mi padre casi perece aplastado, ante los ojos de mi madre, por una parhilera que estaba colocando; la vez en que mi hermano casi quedó fulminado por un rayo, que cayó tan cerca de él que lo tiró al suelo.

—Lo oímos chisporrotear —dice mi madre.

Ésta es la historia de la camioneta de heno:

—Tu padre conducía —dice mi madre— a la velocidad acostumbrada. —Todos interpretamos: demasiado rápido—. Los niños ibais en la parte de

atrás.

Recuerdo aquel día, la edad que tenía yo y la de mi hermano. Éramos lo bastante mayores para considerar divertido irritar a mi padre cantando canciones populares del tipo que le molestaban, como *Mockingbird Hill*, o bien imitábamos el sonido de las gaitas tapándonos la nariz y canturreando al tiempo que nos golpeábamos la nuez de Adán con el canto de la otra mano. Cuando nos poníamos muy pesados, mi padre decía «cerrad el pico». No éramos aún lo bastante mayores para saber que su enfado podía ser real; pensábamos que formaba parte del juego.

—Bajábamos por una colina empinada —prosigue mi madre—, cuando vemos una camioneta cargada de heno atravesada en mitad de la carretera. Vuestro padre frenó, pero no ocurrió nada. ¡Los frenos no funcionaban! Pensé que había llegado nuestra última hora. Por suerte, la camioneta prosiguió su camino, y pasamos rozándola, a unos centímetros. Tenía el corazón en la garganta —dice mi madre.

No supe hasta tiempo después lo que en realidad había sucedido. Yo estaba en el asiento de atrás, imitando el sonido de la gaita, abstraída. El paisaje era el habitual de los viajes en coche: las nucas de mis padres que sobresalían de los respaldos de los asientos delanteros. Mi padre llevaba el sombrero puesto, el que utilizaba para impedir que las cosas que caían de los árboles se le enredaran en el pelo. La mano de mi madre estaba posada plácidamente sobre su cuello.

—Tenías un sentido del olfato muy fino cuando eras más joven —dice mi madre.

Entramos en terreno resbaladizo: una cosa es la niñez de mi madre, y otra muy distinta la mía. En este momento es cuando empiezo a remover la cucharilla de plata o cuando pido otra taza de té.

—Tenías la costumbre de entrar en las casas ajenas y preguntar en voz alta «¿Qué es este olor tan raro?».

Si hay invitados, se apartan un poco de mí, conscientes de sus propios efluvios, y tratan de no mirar mi nariz.

—Eso me incomodaba mucho —agrega mi madre, como ausente. Luego cambia de tema—: Eras una niña muy dócil. Te levantabas a las seis de la mañana y te ponías a jugar sola en el cuarto de los juguetes, cantando… —Hace una pausa. Una voz lejana, la mía, aguda y suave, flota en el espacio que

nos separa—. Hablabas por los codos, como una cotorra, desde que te despertabas hasta que te acostabas.

Mi madre suspira imperceptiblemente, como si se preguntara por qué me he vuelto tan silenciosa, y se levanta para atizar el fuego.

Con el propósito de cambiar de tema, pregunto si estamos ya en la época de la recolección del azafrán, pero ella no tiene la menor intención de distraerse.

—Nunca tuve que zurrarte —continúa—. Con avisarte era suficiente. —Me mira de soslayo; no está segura de en qué me he convertido, o cómo—. Sólo ocurrió una o dos veces. Una, cuando tuve que salir y dejaros a cargo de vuestro padre. —Ésa es la clave de la historia: la incapacidad de los hombres para responsabilizarse de niños de corta edad—. Volvía a casa, y os sorprendí a ti y a tu hermano tirando bolas de barro desde la ventana de arriba contra un anciano.

Ambas sabemos de quién partió la idea. Para mi madre, la conclusión que se extrae de este suceso es que mi hermano era un demonio y yo su sombra, «fácilmente influible», recalca.

—Hacía lo que quería contigo. Estaba claro que debía castigaros a los dos por igual —concluye.

Estaba claro. Le dedico una sonrisa indulgente. La verdad es que yo era más escurridiza que mi hermano, y me pillaban con menos frecuencia. No me dedicaba a atacar a pecho descubierto los nidos de ametralladoras del enemigo si podía evitarlo. Mis actos de maldad en solitario eran tortuosos y los ocultaba muy bien; sólo dejaba a un lado las precauciones cuando me confabulaba con mi hermano.

—Te manejaba con un dedo —dice mi madre—. Vuestro padre os construyó una caja a cada uno para guardar los juguetes, y la regla era —mi madre es especialista en urdir reglas— que ninguno podía sacar nada de la caja del otro sin permiso, pues en ese caso os quedaríais sin juguetes. Pero él te los quitaba, acuérdate. Solía pedirte que jugarais a papas y a mamás, y fingía ser el bebé. Luego fingía llorar, y cuando le preguntabas qué quería, te pedía todo lo que tenías fuera de la caja y que le hiciera gracia en aquel momento. Siempre se lo dabas.

No me acuerdo de eso, pero sí de haber jugado a la segunda guerra mundial en el suelo de la sala de estar, con ejércitos formados por ositos y conejos de felpa; es obvio que algunos comportamientos primarios se olvidan. Aquellas primeras experiencias con la caja de juguetes (y el mismo concepto «caja de juguetes» contiene no pocas implicaciones), ¿me habrán hecho

susceptible hacia los hombres que despiertan sentimientos maternales, y al mismo tiempo sensible a ellos? ¿Me habrán condicionado a creer que si no soy solícita, si no soy afable, si no soy sempiterno cuerno de la abundancia proveedor de placeres y diversiones, cogerán su colección de tapones-corona y sus raídos ositos de una sola oreja y se escaparán al bosque para jugar a francotiradores? Es probable. Lo que mi madre considera gracioso, quizá haya sido mortífero.

Pero ésta no es su única historia acerca de mi credulidad e ingenuidad. Falta el *coup de grâce*, el cuento de las galletas en forma de conejito.

—Sucedió en Ottawa. Me habían invitado a un té que ofrecía el gobierno —dice mi madre, y este hecho en concreto ya introduce un elemento terrorífico: mi madre odiaba las recepciones oficiales, a las que, sin embargo, se veía obligada a asistir, en su calidad de esposa de un funcionario del Estado —. Os tuvimos que llevar; en aquel tiempo no podíamos permitirnos el lujo de pagar canguros.

La anfitriona había preparado una bandeja de galletas para los niños que asistieran, y mi madre procede a describirlas: maravillosas galletitas en forma de conejo, con la cara y el traje de azúcar coloreado, falditas para las conejitas, pantaloncitos para los conejitos.

—Tú elegiste una —dice mi madre—. Te alejaste a un rincón con ella, y entonces la señora X reparó en ti y se acercó. «¿Te vas a comer la galletita?», preguntó. «Oh, no, voy a sentarme aquí para hablar con ella», respondiste. Y allí te sentaste, más contenta que unas pascuas. Pero alguien cometió el error de dejar la bandeja al alcance de tu hermano. Cuando volvieron a mirar, no quedaba ni una sola galleta. Se las había comido todas. Te aseguro que aquella noche se encontró muy mal.

Algunas de las historias de mi madre desafían cualquier análisis. ¿Cuál es la moraleja de esta última? Que yo era idiota queda bastante claro, pero mi hermano tuvo dolor de estómago. ¿Qué es mejor, comer lo que tienes a mano, en un sentido estrictamente materialista, o refugiarte en un rincón y hablar con ello? Era uno de los interrogantes favoritos de mi madre antes de que me casara, cuando llevaba a casa a cenar a los que mi padre denominaba «chavales». A los postres salía a colación la historia de la galleta en forma de conejito, y yo agitaba y removía la cuchara, mientras mi madre contaba la historia en tono burlón. ¿Qué reacción se esperaba por parte de los chavales? ¿Se ponía al desnudo mi benevolente femineidad esencial para que la examinaran? ¿Se les decía de forma sibilina que yo era inofensiva, que me limitaría a hablar con ellos sin devorarles? ¿O acaso los estaba ahuyentando?

Porque hay algo un tanto demencial en lo que respecta a mi comportamiento, cierta característica propia de las personas a las que uno espera ver saltar de la mesa y gritar «¡No os comáis eso, está vivo!».

Existe una diferencia, con todo, entre simbolismo y anécdota. A veces lo recuerdo cuando escucho a mi madre.

—En mi próxima reencarnación —dice mi madre en una ocasión— seré arqueóloga y me dedicaré a desenterrar cosas.

Estábamos sentadas en la cama que había sido de mi hermano, luego mía y después de mi hermana; examinábamos el contenido de los baúles y decidíamos qué íbamos a tirar y qué íbamos a guardar. Mi madre cree que lo que salvas del pasado es, antes que nada, una cuestión de elección.

En aquella época, algo le sucedía a la familia; algún miembro no se sentía feliz. Mi madre estaba taciturna, no mostraba su alegría habitual.

Su afirmación me dejó estupefacta. Era la primera vez que oía a mi madre decir que habría preferido ser otra cosa de la que era. Yo contaría unos treinta y cinco años en aquel tiempo, pero aún me resultaba chocante y ligeramente ofensivo enterarme de que mi madre no estaba del todo satisfecha con el papel que el destino le había deparado: el de ser mi madre. Qué infantiles somos todos en lo que concierne a las madres.

Poco tiempo después me convertí en madre, y ese acontecimiento me alteró por completo.

Mientras peinaba mi cabello poco menos que indomable, arrollándolo alrededor de su largo dedo índice, en lucha con los enredos, mi madre solía leerme cuentos. Todos ellos siguen en casa, pero uno ha desaparecido. Tal vez se tratara de un libro de la biblioteca. Narraba la historia de una niña tan pobre que sólo tenía una patata para cenar, y, mientras la estaba asando, la patata dio un brinco y huyó a toda prisa. Se produjo entonces la habitual persecución, pero no consigo recordar de qué modo terminaba el cuento: un lapso muy significativo.

—Era uno de tus cuentos favoritos —dice mi madre.

Es probable que aún alimente la ilusión de que yo me identificaba con la niña, su hambre y su sensación de pérdida; en realidad me identificaba con la patata.

Las influencias tempranas son importantes. A ésta le costó bastante emerger, seguramente hasta después de que acudiese a la universidad y empezara a usar medias negras, hacerme moño y tener pretensiones. Adquirí un aspecto adusto. Nuestro vecino, que se interesaba en el vestuario, abordó a mi madre.

—«Si se preocupara de su aspecto —cita mi madre—, podría resultar muy atractiva». Siempre estabas ocupada, muy ocupada —agrega luego, refiriéndose a aquella época—. Continuamente estabas cocinando algo, madurando algún proyecto.

Forma parte de la mitología de mi madre que soy tan alegre y productiva como ella, aunque admite que oculto estas cualidades ocasional y temporalmente. No se me permitía deambular angustiada por la casa. Tenía que desahogarme en el sótano, donde mi madre no acudiría a molestarme y a sugerir que diese un paseo para mejorar mi circulación sanguínea. Era su respuesta a cualquier indicio, por débil que fuera, de profundo abatimiento. No había nada que no pudieran curar unos rápidos pasos entre las hojas muertas, el viento aullante o la cellisca.

Yo sabía que me estaba afectando el *zeitgeist*[2] y que tales remedios eran inocuos. Me desprendí de ello como si se tratase de niebla. La oscuridad se extendía a mi alrededor. Leí poesía moderna y relatos sobre las atrocidades de los nazis, y me dio por beber café. Mi madre, desde muy lejos, pasaba el aspirador junto a mis pies mientras yo me sentaba a estudiar en las sillas, resguardada en una manta gruesa, porque siempre tenía frío.

Mi madre no cuenta muchas historias sobre esa época, de la cual recuerdo muy bien la extraña mirada que a veces captaba en sus ojos. Me impresionó, por primera vez en mi vida, el que mi madre pudiera temerme. Ni siquiera podía consolarla, pues sólo era vagamente consciente de la naturaleza de su angustia, pero debía haber algo en mí que se hallaba fuera de su alcance: en cualquier momento abriría la boca y me expresaría en un idioma desconocido para ella. Me había convertido en un visitante del espacio exterior, un viajero del tiempo que regresaba del futuro, anunciando un gran desastre.

El huracán Hazel

En el verano de mis catorce años vivíamos en una cabaña de una sola habitación, situada en un terreno cultivable de unas cuarenta hectáreas. La cabaña estaba rodeada por altos arces viejos, que fueron respetados cuando se parceló la tierra, y la luz se filtraba en haces, igual que en las ilustraciones que había visto en la escuela dominical, mucho tiempo antes, de caballeros en pos del Santo Grial, sin casco y con la virtud rebosando de sus ojos. A los árboles se debe probablemente que mis padres adquiriesen la tierra; si ellos no lo hubieran hecho, la habría comprado otro, que hubiese podado los arces. Éste es el tipo de cosas que mis padres solían hacer.

La cabaña era de madera recia. No la habían construido allí mismo, sino que fue trasladada desde otro punto por los anteriores propietarios, dos profesores universitarios interesados en las antigüedades. Numeraron los troncos, los desmontaron y luego los volvieron a colocar en el orden original; las grietas habían sido tapadas con cemento, que ya empezaba a desprenderse, al igual que la masilla de los pequeños cristales de las ventanas. Lo sé porque una de mis primeras ocupaciones fue limpiarlos. Lo hice de mala gana, como casi todos los trabajos domésticos en aquel tiempo.

Dormíamos en un lado de la estancia. Los dormitorios estaban separados por paracaídas que mi padre había comprado en el almacén de excedentes de guerra, adonde acudía a menudo: pantalones de color caqui con bolsillos sobre las rodillas, juegos de cuchillo, tenedor y cuchara de campaña con los que era imposible comer, capas para la lluvia con marcas de camuflaje, una hamaca para la selva con mosquiteras a los lados que olía como un calcetín sudado y producía tortícolis, pese a lo cual mi hermano y yo disputábamos el privilegio de dormir en ella. Habíamos cortado los paracaídas para abrirlos, y colgaban, a modo de cortinas, de unas tiras de alambre resistente tendidas de pared a pared. Los paracaídas que había dentro de casa eran de color verde oscuro, pero teníamos afuera uno más pequeño, anaranjado, que mi hermana de tres años utilizaba, como una tienda de campaña, para jugar.

Mi cubículo estaba en la esquina sudoeste. Dormía en una estrecha cama con muelles de alambre arrollado que chirriaban cuando me daba la vuelta. En el otro lado de la cabaña, el dedicado a vivienda, había una mesa cuya capa de barniz casi había desaparecido, y un par de sillas repintadas una y otra vez; la pintura se estaba agrietando como un lecho de barro seco y asomaban las capas de colores aplicadas con anterioridad. Había un aparador donde se colocaban los platos, que olía más a humedad que las restantes cosas de la cabaña, y dos mecedoras, a las que las desiguales tablas del piso impedían moverse bien. Todos estos muebles ya se encontraban en la cabaña cuando la compramos; quizá respondían al concepto que tenían los profesores respecto a la decoración estilo pionero.

Había también una especie de mostrador donde mi madre lavaba los platos y guardaba la cocina portátil en la que cocinaba cuando llovía. Por lo general cocinaba afuera, en un hogar con parrilla de hierro. Cuando comíamos afuera no utilizábamos sillas, sino que nos sentábamos sobre troncos, porque la tierra solía estar mojada. La cabaña estaba en un valle atravesado por un río; había mucha humedad por las noches, y el calor del sol de la mañana levantaba un vapor casi visible.

Mi padre nos había trasladado a la cabaña a principios del verano. Más tarde partió hacia los bosques de la orilla norte del St. Lawrence, donde estaba efectuando algunas exploraciones para una compañía papelera. Mientras nosotros nos dedicábamos a nuestras tareas cotidianas, que giraban especialmente en torno a preparar las comidas, él volaba en avión hacia valles de laderas tan empinadas que el piloto tenía que parar el motor para descender, o salvaba a duras penas grandes salientes rocosos, o estaba a punto de estrellarse en los rápidos. Quedó atrapado durante dos semanas por un incendio forestal que le rodeó por todas partes, y consiguió salvarse gracias a una lluvia torrencial, que soportó encerrado en su tienda de campaña y tostando al fuego sus calcetines, como si fueran salchichas, para secarlos. Siempre nos contaba historias similares cuando regresaba.

Antes de marcharse, mi padre se aseguró de que teníamos suficiente leña, artículos de primera necesidad y alimentos enlatados para ir tirando. Cuando precisábamos otras cosas, tales como leche y mantequilla, me enviaban a pie a la tienda más cercana, que estaba a unos tres kilómetros de distancia, en la cima de una colina casi vertical que, mucho tiempo después, se transformó en estación de esquí. En aquel entonces sólo había una carretera de tierra, transitando por la cual podías considerarte como aislado del resto del mundo.

Los escasos automóviles que pasaban levantaban grandes nubes de polvo. A veces los coches tocaban el claxon, pero yo fingía no darme cuenta.

La mujer de la tienda, que era gorda y siempre sudaba, se mostraba muy curiosa respecto a nosotros; preguntaba cómo se las arreglaba mi madre. ¿No le importaba quedarse sola en un lugar tan destartalado, sin una buena cocina y sin ningún hombre a su lado? Situaba ambas cosas al mismo nivel. No me gustaban los chismosos, pero estaba en una edad en que las opiniones de cualquiera me influían, y adivinaba que la mujer encontraba rara a mi madre.

Si mi madre tenía alguna prevención respecto al hecho de que la dejaran sola en una granja apartada, con una niña de tres años, sin teléfono, sin coche, sin electricidad, y contando conmigo como única ayuda, jamás lo dejó entrever. Ya había pasado por situaciones parecidas antes, y a aquellas alturas debía estar acostumbrada. Se comportaba con naturalidad pasara lo que pasase; en medio de una situación de crisis, como cuando el coche se hundía en el barro hasta el eje, sugería que cantásemos.

Es probable que aquel verano echara de menos a mi padre, aunque nunca lo manifestó; no se hablaba de sentimientos en nuestra familia. A veces, por la noche, escribía cartas, si bien afirmaba que nunca se le ocurría nada. Durante el día, cuando no cocinaba o lavaba platos, se dedicaba a pequeñas tareas que podía interrumpir en cualquier momento. Cortaba la hierba, pese a que el terreno irregular que se extendía ante la casa estaba tan invadido por la maleza que nada conseguiría hacerlo parecer un jardín. O bien recogía las ramas muertas que se habían desprendido de los arces.

Yo cuidaba de mi hermana pequeña durante parte de la mañana: era uno de mis trabajos. Entonces mi madre sacaba una mecedora afuera y leía libros, novelas históricas o relatos de expediciones arqueológicas. Si me acercaba a ella para decirle algo mientras leía, gritaba. Cuando hacía sol se ponía unos pantalones cortos, lo que nunca hacía en presencia de extraños. Pensaba que tenía las rodillas huesudas; era el único aspecto de su apariencia física que le preocupaba. La ropa le resultaba indiferente. Quería que cubriera lo que había que cubrir y que durase mucho tiempo; lo demás carecía de importancia.

Cuando no cuidaba de mi hermana, me iba a pasear. Trepaba a un arce, situado fuera del campo de visión de la casa y provisto de una confortable horqueta, y leía *Cumbres borrascosas*, o recorría la vieja pista forestal, bordeada de árboles jóvenes. Me abría camino en la selva de maleza y zarzas, atravesaba el río y, al otro lado, salía a campo abierto, en donde el granjero

vecino apacentaba sus vacas con el fin de mantener a raya los cardos y las bardanas. Allí descubrí lo que consideraba como la auténtica casa de los pioneros, de la cual ahora sólo queda una depresión cuadrada rodeada de lomas cubiertas de hierba. El granjero plantó el primer año una fanega de guisantes, y una fanega cosechó. Lo sabíamos por los profesores, que iban siempre a la caza de datos.

Si mi hermano hubiera realizado este descubrimiento, habría confeccionado un plano. Hubiese confeccionado un plano de toda la zona, con cuidados rótulos. A mí ni siquiera se me ocurrió; me limitaba a vagar por allí, cogiendo frambuesas, o tomaba el sol entre la maleza, rodeada por el aroma de asclepiadeas, margaritas y hojas aplastadas, atontada por el sol y la luz que se reflejaba en las páginas blancas del libro, visitada de vez en cuando por saltamontes que dejaban huellas de su saliva parda sobre mi piel.

Era hosca como mi madre, si bien yo me consideraba a mí misma perezosa y desorientada. Hasta me costaba caminar por la hierba, y levantar la mano para espantar a los saltamontes era todo un esfuerzo. Siempre parecía medio dormida. Me dije que quería hacer algo, o sea, algo que me proporcionara dinero, en otro sitio. Quería un trabajo para el verano, pero aún era demasiado joven para obtenerlo.

Mi hermano trabajaba. Tenía dos años más que yo, y ahora era ayudante de guardabosques; limpiaba de matojos las cunetas de las carreteras en algún lugar al norte de Ontario, y vivía en tiendas de campaña con un grupo de chicos de dieciséis años. Era el primer verano que no pasaba con nosotros. Me había sentado muy mal su decisión y le envidiaba, pero miraba cada día si había carta de él. Una mujer que vivía en una granja cercana se encargaba del correo y lo repartía en su propio coche. Tocaba el claxon cuando había algo para nosotros, y yo me acercaba al polvoriento buzón de hierro galvanizado clavado en un poste junto a nuestra puerta.

Mi hermano escribía cartas a mi madre, y también a mí. Las de ella eran informativas, descriptivas y concretas. Decía lo que hacía, lo que comía, dónde se lavaba la ropa. Decía que en la ciudad cercana a su campamento había una calle principal sólo recorrida por los cables telefónicos. A mi madre le gustaban estas cartas, y me las leía en voz alta.

Yo no hacía lo propio con las cartas que me enviaba mi hermano. Eran privadas, y sembradas de los comentarios chistosos y vulgares con que disfrutábamos cuando estábamos solos. Los demás nos consideraban serios y

educados, pero en la intimidad nos burlábamos de todo, y contendíamos en la aportación de detalles que considerábamos escandalosos. Las cartas de mi hermano venían ilustradas con dibujos de sus compañeros de tienda, plasmados con insectos de muchas patas revoloteando alrededor de sus cabezas, manchas en el rostro, líneas sinuosas que indicaban el olor de sus pies y trozos de manzana en sus barbas incipientes. Incluían detalles desagradables acerca de sus hábitos personales, como el de roncar. Cogía las cartas del buzón y me dirigía directamente al arce, donde las leía varias veces. Luego me las metía debajo de la camiseta, entraba en la cabaña y las escondía bajo mi cama.

También recibía cartas de mi novio, que se llamaba Buddy. Mi hermano utilizaba pluma estilográfica; Buddy escribía las cartas con bolígrafo de tinta azul, del tipo que producía manchones y que dejaba tiznadas las manos. Contenía tediosos cumplidos, como los que suelen hacer los tíos de otras personas. Muchas palabras estaban entre comillas, y subrayaba otras. No había dibujos.

Me gustaba recibir estas cartas de Buddy, pero también me turbaba. Sabía lo que mi hermano diría de Buddy, en parte porque ya había insinuado algo. Hablaba como si ambos diéramos por descontado que pronto me desharía de Buddy, como si Buddy fuera un perro callejero al que yo, impulsada por el sentido del deber, entregaría a la Sociedad Protectora de Animales si no aparecía el propietario. Incluso el mismo nombre de Buddy[3], decía mi hermano, era nombre de perro. Decía que debía llamar a Buddy «amiguete» o «compinche», y enseñarle a ir a buscar las piezas de caza.

Yo consideraba la forma en que mi hermano hablaba de Buddy divertida y cruel al mismo tiempo; divertida porque en cierto modo no iba desencaminada, y cruel por lo mismo. Ciertamente, había algo perruno en Buddy: la afabilidad, la rotunda confianza en su vista, y lo muy en serio que se tomaba el ritual de los compromisos. Era el tipo de chico (aunque nunca lo supe con certeza, porque nunca le vi hacerlo) que ayudaría a su madre a llevar las bolsas de la compra sin que se lo pidiese, no porque le saliera de dentro sino porque así estaba prescrito. Decía cosas como «así se parten las galletas», y cuando lo decía yo tenía la sensación de que lo seguiría repitiendo al cabo de cuarenta años.

Buddy era mucho mayor que yo. Tenía dieciocho años, casi diecinueve, y había dejado el colegio bastante tiempo antes para ir a trabajar en un garaje.

Se había comprado un coche, un Dodge de tercera mano, que mantenía limpio y brillante, sin mácula. Fumaba y bebía cerveza, pero sólo bebía cerveza cuando no estaba conmigo, sino con otros chicos de su edad. Mencionaba el número de botellas que se había bebido con toda naturalidad, como sin concederle importancia.

Me ponía nerviosa, porque no sabía de qué hablar con él. Nuestras conversaciones telefónicas consistían fundamentalmente en pausas y monosílabos, aunque se prolongaran durante mucho rato, lo cual enfurecía a mi padre, que pasaba junto a mí en el vestíbulo y movía los dedos índice y medio de la mano como unas tijeras, para indicarme que cortara. Pero cortar una conversación con Buddy era como intentar dividir el agua, porque sus conversaciones carecían de forma, y yo no sabía cómo dársela. Aún no había aprendido ninguna de las estratagemas que, según se dice, las chicas han de emplear con los chicos. No sabía cómo hacer preguntas de las que llevan implícita la respuesta, o mentir sobre ciertas cosas, lo que más tarde definí como tener tacto. De modo que casi no decía nada, lo que a Buddy no parecía molestarle en absoluto.

Sin embargo, sabía lo bastante como para darme cuenta de que no era una buena táctica para aparentar una excesiva inteligencia. Buddy no habría manifestado el menor desagrado si yo la hubiera exhibido: era la clase de chico que pensaba en la inteligencia como una característica propia de las mujeres. Quizá habría apreciado una ostentación controlada de tal virtud, como si se tratara de un tipo muy especial de pastel o de un excelente bordado. Nunca supe lo que Buddy deseaba en realidad; en primer lugar, nunca supe por qué salía conmigo. Quizá, simplemente, porque yo estaba allí. Descubrí poco a poco que el mundo de Buddy era mucho menos alterable que el mío: contenía una larga lista de cosas que jamás podrían cambiar o arreglarse.

Todo esto empezó a comienzos de mayo, cuando yo estaba en décimo. Era dos o tres años más joven que mis compañeros de clase, porque en aquel tiempo te pasaban de curso si creían que eras capaz de afrontar el reto. El año anterior, al entrar en el colegio, tenía doce años, una evidente desventaja si los otros tienen quince. Iba en bicicleta al colegio, mientras las demás chicas de la clase lo hacían caminando, lenta y lánguidamente, apretando sus cuadernos contra el cuerpo para proteger y al tiempo exhibir sus pechos. Yo no tenía pechos, aún podía vestir la ropa que utilizaba a los once años. Me dediqué a

confeccionar mis propios vestidos, inspirándome en los patrones que había comprado en Eaton. Nunca acababan de parecerse a los que aparecían dibujados en las cubiertas, y eran demasiado grandes, porque los hacía a la medida que deseaba tener. Mi madre me decía que me sentaban muy bien, pero era mentira y no me ayudaba en nada. Me sentía como una enana de pecho plano, rodeada de chicas que ya exhibían formas generosas, que se depilaban las piernas, que se aplicaban maquillaje terapéutico de color rosado en los granos de la cara y se desmayaban hábilmente en el gimnasio, chicas de carne bruñida, henchida y algo brillante, como si les hubieran inyectado crema cosmética bajo la piel.

Los chicos eran todavía más alarmantes. Algunos, los repetidores de noveno, llevaban chaquetas de cuero y guardaban cadenas de bicicleta en el pupitre. Unos cuantos eran larguiruchos y hablaban a voz en grito, pero a éstos, por descontado, no les hacía caso. Conocía la diferencia entre los que eran pesados y fastidiosos, por una parte, y los que eran atractivos y encantadores, por otra. Buddy no era un encanto, pero sí un chico atractivo, y esto contaba mucho. En cuanto empecé a salir con Buddy, descubrí que me consideraban normal. Desde aquel momento me incluyeron en las típicas conversaciones que las chicas sostienen en el lavabo mientras se pintan los labios. Desde aquel momento fui sometida a inspección.

Pese a esto, sabía que Buddy era algo así como un accidente: no nos conocimos de forma espontánea. Me lo sirvió en bandeja Trish, que me abordó sin que yo la conociera de nada y me pidió que saliera con ella, su novio, que se llamaba Charlie, y el primo de Charlie. Trish tenía la boca grande, dientes prominentes y largo cabello de color arena que se recogía en una cola. Llevaba gruesos suéteres rosados y lideraba uno de los grupos que apoyaban a un equipo, aunque no era la mejor. De no haber salido siempre con Charlie, por la forma en que reía y se movía, se habría ganado determinada reputación, pero de esta manera se había librado de ello. Trish me dijo que Buddy me gustaría, porque era muy guapo. También mencionó que tenía coche: Charlie, no. Es probable que Trish irrumpiese en la vida de Buddy para poderse besuquear y manosear con Charlie en el asiento trasero del coche de Buddy, aparcado en el cine al aire libre, pero dudo que Buddy lo supiera. Ni yo tampoco, en aquel momento.

Siempre debíamos asistir al primer pase (contra la voluntad de Trish y Charlie) porque no me dejaban llegar a casa más tarde de las once. Mi padre no ponía objeciones a que saliera con chicos, pero quería que fueran puntuales tanto al recogerme como al devolverme. No comprendía por qué

remoloneaban ante la puerta del frente cuando volvían a dejarme. En opinión de mi padre, Buddy era mejor, a este respecto, que algunos de los anteriores. Con éstos me acostumbré a regresar a casa después del plazo fijado; entonces mi padre me pedía que me sentara y me explicaba con mucha paciencia que si iba a tomar un tren y llegaba tarde, el tren partiría sin mí, y por esa razón debía ser siempre puntual. Pero esto no surtía efecto conmigo, porque, tal como le señalaba, nuestra casa no era un tren. Imagino que por aquella época empecé a perder la fe en que los argumentos razonables eran la única medida de la verdad. Las exhortaciones a la puntualidad por parte de mi madre eran más racionales: si no llegaba a casa a la hora, podía creer que había sufrido un accidente de coche.

En el cine al aire libre, Buddy y Charlie compraban palomitas de maíz y Coca Cola, y todos masticábamos al unísono cuando las pálidas e incorpóreas figuras se materializaban en la pantalla, azuladas a la luz decreciente. Cuando las palomitas se terminaban ya había oscurecido. Se oían susurros, crujidos y gemidos ahogados que provenían del asiento trasero, pero Buddy y yo fingíamos ignorarlos. Buddy fumaba unos cigarrillos y me rodeaba el hombro con su brazo. Después de esto nos besábamos y acariciábamos, decorosamente en comparación con lo que sucedía detrás de nosotros.

La boca de Buddy era suave, y su cuerpo, grande y confortable. Yo no sabía lo que cabía esperar que sintiera en el curso de estas sesiones. Fuera lo que fuese, no era muy erótico, aunque tampoco resultaba desagradable. Era lo más parecido a ser abrazada por un perro Terranova cariñoso o por una cometa animada. Yo apretaba las rodillas con fuerza y posaba mis manos sobre su espalda. Tarde o temprano, Buddy intentaba mover sus manos hacia mi pecho, pero como sabía que debía frenarle, así lo hacía. A juzgar por su reacción, resignada pero comprensiva, había procedido de la forma correcta, si bien lo volvería a intentar la semana siguiente.

Comprendí mucho después que Trish me había seleccionado precisamente por el hecho de ser más joven y menos experimentada que ella. Necesitaba una dama de compañía. Charlie era más delgado, apuesto y ardiente que Buddy; a veces se emborrachaba, decía Trish, agitando la cabeza con aire maternal. A Buddy se le consideraba serio, responsable y un poco aburrido, tal vez como a mí.

Después de salir con Buddy más o menos durante un mes, mi hermano decidió que me convenía estudiar griego. Con ello quería dar a entender que

me iba a dar lecciones tanto si quería como si no. Me había enseñado muchas cosas en el pasado, incluso algunas de las que yo quería saber: a leer, a tirar con arco, a hacer rebotar piedras planas en el agua, a nadar, a jugar al ajedrez, a apuntar con un rifle, a navegar en canoa y a descamar y limpiar los pescados. En general no fui una buena alumna, excepto en lectura. También me enseñó a blasfemar, a saltar por las ventanas del dormitorio por las noches, a producir espantosos hedores con productos químicos y a eructar a voluntad. Su estilo, independientemente de la materia, siempre era amistoso aunque con cierto distanciamiento pedagógico, como si yo constituyera un aula completa.

Él también estaba aprendiendo griego; me llevaba dos cursos de ventaja y asistía a otro colegio, sólo para chicos. Empezó con el alfabeto. Como de costumbre, yo no aprendía con la rapidez que él deseaba, así que empezó a dejar notas por la casa, en las que las letras griegas sustituían las del alfabeto inglés. Me encontraba una en la bañera cuando estaba a punto de bañarme antes de salir con Buddy, la apartaba para leerla más tarde, abría el grifo y de repente la ducha me empapaba de pies a cabeza. (*Cierra la ducha*, decía la nota una vez traducida). O bien hallaba un mensaje clavado en la puerta cerrada de mi habitación, que resultaba ser un aviso de que algo (una toalla mojada, un montón de espaguetis cocinados) me caería encima cuando la abriese. O bien otra, en mi tocador, me informaba de que el despertador estaba puesto para sonar a las tres de la madrugada. La verdad es que no aprendí mucho griego, pero aprendí a traducirlo rápido. Tal vez mediante estas tretas mi hermano pretendía retardar mi salida del mundo en que él todavía habitaba, un mundo en que el sulfuro de hidrógeno y los gambitos de ajedrez eran mucho más interesantes que el sexo, y en el que Buddy y los Buddies futuros resultaban simplemente ridículos.

Mi hermano y Buddy existían en planos absolutamente diferentes. Mi hermano, por ejemplo, no era ni encantador ni fastidioso. Tenía la buena apariencia preternatural que acostumbra a ir asociada con los colegiales ingleses, ésos que solían revelarse como pirómanos en las películas de los años sesenta, o con los pósters de soldados pintados en la época de la primera guerra mundial; te miraba como si tuviera la piel verde y las orejas algo puntiagudas, como si su nombre fuera Nemo, o algo así, como si pudiera atravesarte con la mirada. Todo eso lo pensé más adelante; en aquella época era sólo mi hermano, y no me había forjado ninguna idea sobre su aspecto. Tenía un jersey marrón con los codos agujereados; mi madre trató en vano de

reemplazarlo o tirarlo. Mi hermano aún la superaba en el desinterés por la ropa.

Siempre que me ponía a hablar de la forma que él consideraba propia de una quinceañera, siempre que mencionaba carreras en las medias, el *hit parade* o algo remotamente parecido, mi hermano citaba pasajes de los anuncios de productos contra las espinillas que publicaban los tebeos que él coleccionaba a los diez u once años: «Mary ignoraba por qué no era POPULAR, hasta que… ¡Alguien debería decírselo! Mary, AHORA puedes solucionar el problema de esas FEAS ESPINILLAS. Más tarde… Mary, me gustaría bailar contigo (Él piensa: "Ahora que Mary ya no tiene aquellas FEAS ESPINILLAS es la chica más POPULAR de la clase")». Yo sabía que si alguna vez llegaba a ser la chica más popular de la clase, lo que era bastante improbable, tampoco conseguiría que la opinión de mi hermano cambiase.

Cuando le dije a Buddy que pasaría el verano fuera, pensó que me iba a la «casa de campo», como tantas otras personas de Toronto; las que tenían una, claro. Él pensaba en algo parecido al lago Simcoe, donde es posible navegar en veloces fuera borda y practicar el esquí náutico, y donde hay un cine al aire libre. Pensó que habría otros chicos por allí; dijo que saldría con ellos y me olvidaría de él, pero lo dijo como si se tratara de una broma.

No expliqué muy bien adónde iba en realidad. Buddy y yo no habíamos hablado mucho de nuestras familias; no sería muy fácil explicarle la preferencia de mis padres por la soledad, los retretes en el patio exterior de las casas y otras cosas raras. Cuando dijo que iría a visitarme, repuse que era un lugar muy apartado y difícil de encontrar, pero no pude negarme a darle la dirección, y sus cartas llegaban puntualmente cada semana, con su tinta pringosa y su caligrafía redondeada, laboriosa e infantil. Buddy apretaba con tanta fuerza el bolígrafo que a veces atravesaba el papel, y si cerraba los párpados y pasaba los dedos sobre la hoja podía palpar las letras grabadas en la página como si fuera braille.

Respondí a la primera carta de Buddy sentada a la inestable mesa de superficie tortuosa. El aire era cálido y húmedo; el cuaderno de papel rayado en el que escribía se adhería al viscoso barniz. Mi madre lavaba los platos en el fregadero esmaltado, a la luz de una lámpara de aceite. Yo la ayudaba casi siempre, pero desde que Buddy había entrado en escena, ella a menudo me

disuadía, como si presintiera que necesitaba reservar mis energías para otras cosas. Yo me alumbraba con la segunda lámpara, cuya potencia estaba regulada para que no humease. Detrás de la cortina de paracaídas verde se oía la respiración acompasada de mi hermana.

Querido Buddy, empecé, y me detuve. Escribir su nombre me turbó. Parecía una manera rara de llamar a alguien, cuando la veías en la hoja de papel. El nombre de Buddy no guardaba relación con lo que yo recordaba en realidad de él, principalmente el olor de sus camisetas recién lavadas, mezclado con el aroma de los cigarrillos que fumaba y el de la loción para después del afeitado Old Spice. Buddy. Como palabra, me recuerda a budín. Casi podía sentir bajo mi mano el pequeño pliegue de grasa de su nuca, apenas perceptible, pero que con el tiempo se iría haciendo más pronunciado.

Mi madre me daba la espalda, pero tuve la sensación de que, pese a todo, me miraba, o de que escuchaba la ausencia de sonido, puesto que no estaba escribiendo. No sabía que decirle a Buddy. Podía describir mis actividades, pero en cuanto comencé descubrí que no tenía demasiado sentido.

Por la mañana había construido un pueblo de arena, en un pequeño banco de arena, para divertir a mi hermana. Era una de mis especialidades. Cada casa tenía ventanas hechas con piedras; las calles también estaban pavimentadas con piedras, y en los jardines, vallados por setos de musgo, crecían árboles y flores. Cuando el pueblo estaba terminado, mi hermana hacía correr sus cochecitos de madera por las calles y movía a las personas que yo había elaborado a base de palillos; de hecho, se lo cargaba todo, y yo me disgustaba.

Cuando podía escaparme, vadeaba el río para que nadie me molestara. Había una veta de arcilla que ya conocía, y allí me pasaba algunos ratos haciendo abalorios y dejándolos sobre un tocón al sol para que se cocieran. Algunos tenían forma de calavera, y luego traté de pintarlos y ensartarlos en un collar. Tenía idea de que formaban parte de las costumbres de Halloween, aunque al mismo tiempo sabía que ya estaba demasiado crecida para aquellas cosas.

Luego, regresaba caminando por la orilla del río, saltaba sobre los árboles caídos que bloqueaban el camino y me arañaba las piernas desprotegidas con los zarzales. Cogía algunas flores, como ofrenda de paz para mi madre por haberla abandonado a propósito. Ahora se estaban marchitando en un tarro de mermelada vacío que hay sobre el tocador: hierbas de Santa Catalina, daucos, espantalobos. En nuestra familia era obligatorio conocer los nombres de las cosas que se cogían y se ponían en potes o jarros.

Nada de lo que hacía parecería normal a ojos de Buddy; consideradas de una en una, mis actividades resultaban infantiles o absurdas. ¿Qué hacían las chicas de la edad que yo aparentaba cuando no estaban con chicos? Hablaban por teléfono, escuchaban discos. ¿No era así? Iban al cine, se lavaban el pelo. Pero no se lavaban el pelo acuclilladas en un río de agua helada y echándose agua sobre la cabeza con una jofaina esmaltada. No quería que Buddy me considerara excéntrica; deseaba disimular. Había resultado más fácil en la ciudad, donde vivíamos de una manera más normal, y donde cosas como la negativa de mi padre a comprar un televisor y sentarse delante de él con la cena en una bandeja, así como la imposibilidad de comprar una secadora, eran disgresiones menores que tenían lugar entre bastidores.

Al final le hablé a Buddy del tiempo, le dije que le echaba de menos y que confiaba en verlo pronto. Después de examinar las equis y las oes llenas de manchones y subrayadas que seguían a la firma de Buddy, las imité. Le puse sellos a aquella falsificación, escribí la dirección, y a la mañana siguiente la deposité en nuestro buzón, cuya banderita levanté para advertir que había una carta.

Buddy llegó sin previo aviso un domingo de agosto por la mañana, justo después de que hubiéramos lavado los platos. Ignoro cómo averiguó dónde vivíamos. Debió de preguntarlo en el cruce de caminos, donde había unas pocas casas, una gasolinera y una tienda con anuncios de Coca Cola en la puerta y la oficina de Correos en la parte de atrás. La gente de allí debió de ayudarle a descifrar el número de la carretera rural; aunque también es probable que conocieran el emplazamiento exacto de nuestra casa.

Mi madre, en pantalones cortos, frente a la casa, cortaba la hierba y la maleza con una pequeña guadaña. Yo subía un cubo de agua por los resbaladizos y podridos peldaños de madera que conducían al río. Sabía que cuando llegase al último peldaño mi madre me preguntaría qué quería para comer, y que me enfurecería. Yo nunca sabía lo que quería para comer, y cuando lo sabía, no había. Ni se me ocurría pensar que mi madre estaba mucho más harta que yo de pensar en las comidas, ya que además tenía que cocinar, y que se trataba en realidad de una petición de socorro.

Entonces oímos un ruido, el rugido de un motor, exagerado y apagado a la vez, como una segadora de césped en el interior de un garaje. Nos quedamos inmóviles y nos miramos; siempre lo hacíamos cuando oíamos el sonido de un motor en la carretera. Creíamos, me parece, que nadie sabía dónde nos

hallábamos. La parte positiva era que nadie se acercaría, y la negativa, que alguien podría hacerlo, pensando que la casa estaba deshabitada, y el tipo de gente que lo haría era el que menos deseábamos ver.

El ruido cesó por unos minutos, y luego se reanudó, más potente. Se acercaba por nuestro sendero. Mi madre dejó caer la guadaña y echó a correr hacia la casa. Supe que se iba a cambiar de pantalones. Seguí subiendo los peldaños, impasible, cargada con el cubo de agua. De haber sabido que era Buddy me habría cepillado el pelo y pintado los labios.

Cuando vi el coche de Buddy me quedé atónita y casi aterrorizada. Era como si me hubieran pillado con las manos en la masa. ¿Qué pensaría Buddy de la ruinosa cabaña, las cortinas de paracaídas, los muebles ajados y el tarro de mermelada vacío con las flores marchitas? Lo primero que pensé fue esconderme en las inmediaciones de la casa. Fui al encuentro del coche, que avanzaba dando tumbos por la carretera hacia mí. Era consciente de las hojas muertas y del barro que llevaba pegados a mis pies descalzos y mojados.

Buddy salió del automóvil y alzó la mirada hacia los árboles. Charlie y Trish, que iban en el asiento trasero, también salieron. Pasearon la mirada a su alrededor, pero después de un rápido vistazo no dieron la menor señal de que aquel lugar donde vivía con tantas penurias no era lo que esperaban encontrar, salvo el detalle de que se pusieron a hablar en voz excesivamente alta. Yo, por mi parte, estaba a la defensiva.

El coche de Buddy tenía un gran agujero en el capó que aún no había tenido tiempo de reparar, y Charlie y Trish no paraban de contar historias acerca de las miradas suspicaces que les había dirigido la gente de los pueblos apartados. Buddy parecía más reservado, casi tímido.

—Has recibido la carta, ¿no? —me dijo.

No, no había recibido la carta en que anunciaba su visita; llegó unos días después, henchida de una melancólica soledad que me habría convenido conocer antes de su llegada.

Charlie, Trish y Buddy iban de picnic. Pensaban llegar hasta el lago Pike, a unos veintitrés kilómetros, donde había una playa pública. Sería agradable ir a nadar. Mi madre ya había salido de casa cuando se llegó a este punto de la conversación. Con sus pantalones largos, daba la impresión de que lo tenía todo dominado. Estuvo conforme con el plan; sabía que no había nada que hacer en las cercanías de casa. Tampoco pareció preocuparle el hecho de que fuera a pasar todo el día fuera con Buddy, puesto que regresaríamos antes del anochecer.

Los tres permanecían de pie junto al coche, y mi madre trató de mantener una conversación con ellos mientras yo entraba corriendo en la cabaña para coger mi traje de baño y una toalla. Trish ya llevaba el bañador puesto; se le transparentaba debajo de la camisa. ¿Habría sitio para cambiarse? Como preguntar este tipo de cosas te hace sentir un poco idiota, me cambié en mi cubículo. Era el mismo bañador del año anterior, de color rojo, y me estaba algo pequeño.

Mi madre, que no solía dar instrucciones, le dijo a Buddy que condujera con prudencia, quizá porque el coche, por el ruido que hacía, parecía más peligroso de lo que era. Cuando arrancó fue como el despegue de un cohete, y dentro todavía era peor. Me senté al lado de Buddy. Los cristales de todas las ventanillas estaban bajados, y cuando salimos a la carretera pavimentada Buddy apoyó el codo izquierdo en la portezuela. Empuñaba el volante con una mano, y con la otra se apoderó de la mía. Pretendía que me acercara para rodearme con su brazo, pero esta forma de conducir me ponía nerviosa. Me dirigió una mirada de reproche y cogió el volante con ambas manos.

Había visto alguna vez señales en la carretera que indicaban la dirección del lago Pike, pero nunca había estado allí. Resultó que era pequeño y circular, rodeado de campos llanos. La playa pública se hallaba atestada, puesto que era fin de semana. Predominaban los grupos de adolescentes y parejas jóvenes con hijos. Algunas personas llevaban radios portátiles. Trish y yo nos cambiamos detrás del coche, por más que al quitarnos nuestras ropas externas no revelamos otra cosa que los trajes de baño, que, de cualquier forma, todo el mundo iba a ver. Mientras lo hacíamos, Trish me confesó que ella y Charlie se habían prometido en secreto. Se casarían en cuanto ella fuera mayor de edad. Se suponía que nadie lo sabía, excepto Buddy y yo. Dijo que sus padres se enfurecerían si se enteraban. Le aseguré que no lo diría, y al mismo tiempo sentía que un dedo helado recorría mi columna vertebral. Cuando salimos de detrás del coche, Buddy y Charlie ya se habían metido hasta los tobillos en el agua, y el sol se reflejaba en sus espaldas blanquecinas.

Era una playa polvorienta y calurosa, sembrada de la basura que dejaban los visitantes: platos de papel que sobresalían como medias lunas de la arena, vasos de papel rotos, botellas. Un trozo de perrito caliente, pálido, rosa grisáceo, desfigurado, flotaba cerca de nosotros. El lago, poco profundo, estaba lleno de algas, y la temperatura del agua recordaba la de la sopa que se enfría. El fondo era de una arena tan fina qué parecía barro; casi esperaba encontrar sanguijuelas y almejas, que probablemente estarían muertas a causa del calor. Nadé un poco, pese a todo. Trish empezó a chillar porque había

pisado unas algas; luego salpicó a Charlie. Me dio la impresión de que yo también debía hacer estas cosas, y de que Buddy se daría cuenta de la omisión. Pese a todo, hice el muerto en el agua tibia, mirando de soslayo el cielo sin nubes, insondable, de un azul intenso y atravesado por cosas similares a microbios, los bastoncillos y conos de mi retina. Le había dado duro al libro de ciencias; hasta sabía lo que era un cigoto. Al cabo de un rato, Buddy vino a nadar conmigo y me lanzó agua con la boca, sonriente.

Luego volvimos nadando a la playa y nos tendimos sobre la enorme toalla rosa de Trish, adornada con el dibujo de una sirena que jugaba con una burbuja. Me sentía pegajosa, como si el agua hubiera depositado una película sobre mi cuerpo. Trish y Charlie habían desaparecido; por fin les localicé, caminando cogidos de la mano cerca del agua en la parte más alejada de la playa. Buddy quiso que le aplicara una loción bronceadora. Sólo estaba moreno de cara, brazos y manos, y recordé que trabajaba toda la semana y no disponía de tiempo para tumbarse al sol como yo. Tenía la piel de la espalda suave, y algo esponjosa sobre los músculos, como un suéter o el cuello de un cachorro.

Cuando me volví a tender a su lado, Buddy me cogió la mano, pese a que estaba aceitosa de la loción.

—¿Qué te parece lo de Charlie? —preguntó, y movió la cabeza con una mueca de desaprobación, como si Charlie fuera travieso o tonto.

Nunca decía Charlie y Trish. Me rodeó con su brazo y empezó a besarme, en plena playa, a plena luz del sol, delante de todo el mundo. Me aparté.

—La gente está mirando —dije.

—¿Quieres que te tape la cabeza con la toalla?

Me senté, me limpié de arena y tiré hacia arriba del bañador. También limpié de arena a Buddy; en su caso era peor, porque se había quedado adherida con la loción. Sentía la espalda al rojo vivo y el calor y la luz me aturdían. Adiviné que más tarde me vendría dolor de cabeza.

—¿Dónde está la comida? —pregunté.

—¿Y quién tiene hambre? No de comida, al menos.

No parecía disgustado. Tal vez éste era el comportamiento que se esperaba de mí.

Anduve hacia el coche y saqué la comida, guardada en una bolsa de papel pardo, nos sentamos sobre la toalla de Trish y comimos bocadillos de lechuga con huevo duro y bebimos Coca Cola caliente y efervescente en silencio. Cuando terminamos, dije que quería ir a sentarme bajo un árbol. Buddy me acompañó y trajo la toalla. La sacudió antes de que nos acomodáramos.

—No querrás que se te metan hormigas en los pantalones —comentó. Encendió un cigarrillo y fumó, apoyado contra el tronco del árbol (un olmo, según advertí); a medio pitillo me miró de una forma extraña, como si estuviera a punto de tomar una decisión. Luego dijo—: Quiero darte una cosa.

Su voz era natural, afable, como de costumbre, pero sus ojos no. En conjunto, parecía asustado. Se quitó la pulsera de plata de la muñeca. Siempre la había llevado, y yo sabía lo que había escrito en ella: *Buddy*, grabado con letra florida. Era una imitación de la pulsera de identificación militar; muchos chicos las usaban.

—Mi pulsera de identidad.

—Oh —dije cuando la colocó en mi mano, que ahora, estaba segura, olía a cebollas.

Recorrí con los dedos el nombre plateado de Buddy como si lo admirara. Ni se me ocurrió rechazarla; era imposible, porque nunca habría sabido explicar qué había de malo en aceptarla. También me di cuenta de que Buddy poseía cierto poder sobre mí, de que, al presenciar por accidente algo de mi realidad, sabía demasiado acerca de mis desviaciones de la norma. Era necesario corregirlo. Años más tarde se me ocurrió que muchas mujeres se habrían comprometido, e incluso casado, en circunstancias similares.

También me di cuenta años más tarde de que Buddy se había equivocado de palabra: no era una pulsera de identidad, sino una pulsera de identificación. La diferencia se me escapó en aquel momento, aunque quizá, después de todo, era la palabra adecuada, y lo que Buddy me ofrecía era su identidad, una parte fundamental de su persona que debía guardar y cuidar.

Es posible extraer otra interpretación, a saber, que Buddy me estaba grabando su nombre, como un letrero de *Reservado* o un distintivo de propiedad, un tatuaje en la oreja de una vaca o una marca al rojo vivo. Nadie lo vio así en aquel momento. Todo el mundo sabía que llevar la pulsera de identificación de un chico era un privilegio, no una degradación, y por eso Trish me felicitó cuando volvió de pasear con Charlie. Percibió el cambio al instante.

—Déjame ver —pidió, como si no hubiera visto el adorno de Charlie muchas veces, y me vi obligada a extender la muñeca para que lo admirara, mientras Buddy observaba la escena con timidez.

Cuando regresé a la cabaña de troncos, me quité la pulsera de identificación de Buddy y la escondí debajo de la cama. Me turbaba, aunque yo me lo explicaba con la excusa de que no deseaba perderla. Con todo, me la volví a poner en septiembre, cuando me reintegré a la ciudad y al colegio. Era

el equivalente de los suéteres de cuello alto peludos, de los que llevan borlas. Buddy, entre otras cosas, era algo que valía la pena llevar.

Estaba en undécimo, estudiaba el Antiguo Egipto y *The Mill on the Floss*. Formaba parte del equipo de voleibol y cantaba en el coro. Buddy seguía trabajando en el garaje, y poco después de que se iniciara el curso se hernió a consecuencia de levantar algo demasiado pesado. Yo no sabía lo que era una hernia. Pensaba que era algo de tipo sexual, pero al mismo tiempo me sonaba a una cosa típica de viejos, no de gente joven como Buddy. Lo busqué en nuestro libro de medicina. Cuando mi hermano se enteró de la hernia de Buddy, se rió de un modo insoportable, y dijo que era el tipo de cosas que cabía esperar de Buddy.

Buddy permaneció hospitalizado un par de días. Luego fui a visitarle a casa, porque así lo quiso. Pensé en llevarle algo; flores no, desde luego. Le llevé unas galletas de mantequilla de cacahuete, horneadas por mi madre. Sabía que, si se terciaba, mentiría y diría que las había hecho yo.

Era la primera vez que iba a casa de Buddy. No sabía dónde vivía; no había pensado ni siquiera en el hecho de que tuviera una casa o de que viviera en algún sitio en particular. Tuve que ir en autobús y tranvía, puesto que Buddy no podía acudir a buscarme.

Estábamos en el veranillo de San Martín. El ambiente era húmedo y pesado, aunque soplaba una leve brisa que suavizaba el bochorno. Anduve por la calle, flanqueada por casas estrechas de dos pisos, del estilo que mucho después volvería a ponerse de moda, adaptado a los tiempos, si bien en aquella época se las consideraba incómodas y pasadas de moda. Era un sábado por la tarde, y un par de hombres, uno de ellos en camiseta, cortaban el césped de sus reducidos jardines.

La puerta de la casa de Buddy estaba abierta de par en par; sólo estaba cerrada la puerta mosquitera. Pulsé el timbre; como nadie dio señales de vida, entré. Había una nota en el suelo, escrita con el bolígrafo típico de Buddy: «SUBE», decía. Probablemente la había adherido a la hoja interior de la puerta y luego se había desprendido.

El papel del vestíbulo era de un color rosa desvaído; la casa olía ligeramente a madera húmeda, a cera, a alfombras en verano. Eché una ojeada a la sala de estar mientras me dirigía hacia la escalera. Había demasiados muebles y las cortinas estaban corridas, pero todo aparecía muy limpio. Adiviné que las ideas de la madre de Buddy acerca de las tareas domésticas

diferían de las de mi madre. No parecía haber nadie en la casa, y me pregunté si Buddy lo habría preparado a propósito, a fin de que no me precipitara en busca de su madre.

Subí la escalera; fui a reunirme conmigo misma en el espejo que había al final. A la luz mortecina me vi mayor, mi carne hinchada y enrojecida por el calor, mis ojos en la penumbra.

—¿Eres tú? —me llamó Buddy.

Estaba en la habitación de enfrente, medio incorporado en una cama demasiado grande para la habitación. La cama era de madera barnizada de color chocolate, los pies y la cabecera labrados; era aquella cama, enorme, anticuada, ceremonial, lo que me ponía más nerviosa de la habitación, incluido Buddy. La ventana estaba abierta, y las blancas cortinas ribeteadas de encaje (de esas que mi madre hubiera desechado al instante, porque habría que blanquearlas, almidonarlas y plancharlas) se movían un poco con el aire. El sonido de los cortacésped que usaban los hombres se colaba por la ventana.

Vacilé en el umbral, sonreí y entré. Buddy llevaba una camiseta blanca y la sábana le tapaba hasta la cintura. Parecía más apacible, más bajo, un poco encogido. Me devolvió la sonrisa y me alargó la mano.

—Te he traído unas galletas.

Ambos nos comportábamos con timidez, debido al silencio y a la soledad. Le cogí la mano y me atrajo con suavidad hacia él. La cama era tan alta que hube de trepar a medias sobre ella. Puse la bolsa de galletas a su lado y le rodeé el cuello con los brazos. Su piel olía a humo de tabaco y a jabón, y se había peinado con esmero; aún tenía el pelo húmedo. Su boca sabía a dentífrico. Me lo imaginé renqueando, incluso un poco dolorido, preparándose para mí. Nunca había pensado demasiado en que los chicos también se preparan para las chicas, se lavan, se miran al espejo del cuarto de baño, aguardan, se ponen nerviosos, desean gustar. Entonces me di cuenta de que lo hacían, de que no era una prerrogativa de las chicas. Abrí los ojos y contemplé a Buddy mientras le besaba. Nunca lo había hecho. Con los ojos cerrados, Buddy difería del Buddy con los ojos abiertos. Parecía dormido, como inmerso en un sueño turbador.

Nunca le había besado tanto, pero no existía peligro: se encontraba mal. Cuando gimió un poco pensé que le estaba haciendo daño.

—Cuidado —dijo, y se movió a un lado.

Dejé de besarle y apoyé la cabeza en su hombro, contra su cuello. Podía ver la cómoda, que competía con la cama; estaba cubierta por un tapete blanco de ganchillo, sobre el que se veían unas fotos de niños enmarcadas en

plata. Encima había un espejo, en un sombrío marco con una guirnalda de rosas labrada, y en el interior del marco se hallaba Buddy, conmigo echada a su lado. Pensé que era la habitación de los padres de Buddy, y aquélla, la cama de ellos. Había algo triste en yacer junto a Buddy en aquella estrecha y convencional habitación de rotunda belleza y de unas galas a la vez floridas y sombrías. La habitación me resultaba casi ajena, como una celebración de algo que yo no podía identificar, y que jamás sería capaz de compartir. No costaba mucho hacer feliz a Buddy; bastaba algo parecido a aquello. Era lo que él esperaba de mí, poquita cosa, mucho más de lo que yo poseía. Fue la vez que más me asustó Buddy.

—Oye —dijo Buddy—, anímate, ¿eh? Todo va bien.

Creía que estaba preocupada por su lesión.

Luego nos dimos cuenta de que había rodado sobre la bolsa de galletas, reduciéndolas a migajas, y eso lo puso todo en su sitio, porque nos reímos. Sin embargo, a la hora de irme, Buddy se puso melancólico. Me cogió la mano.

—¿Y si no te dejo marchar? —murmuró.

Cuando me dirigía hacia la parada del tranvía me crucé con una mujer que iba cargada con un gran bolso de cuero y una bolsa de papel. Tenía un rostro enérgico y decidido, el rostro de una mujer que ha tenido que luchar durante mucho tiempo. Me miró como si pensara que tenía malas intenciones, y fui consciente de que mi vestido de algodón se había arrugado al tenderme en la cama con Buddy. Pensé que tal vez se tratara de su madre.

Buddy se restableció muy pronto. Durante las semanas siguientes dejó de ser un capricho, o incluso una broma, para convertirse en una obligación. Continuamos saliendo las mismas noches de siempre, pero había aparecido un nerviosismo en él que antes no existía. A veces Trish y Charlie venían con nosotros, pero ya no se revolcaban de forma desmedida en el asiento trasero del coche, sino que se cogían de las manos y hablaban en voz baja de cosas que sonaban a serias, incluso a sórdidas, como los precios de los apartamentos. Trish había empezado a coleccionar objetos de porcelana. Charlie se había comprado un coche, y Buddy y yo salíamos solos cada vez con mayor frecuencia, desprotegidos. Su respiración se hacía más pesada y ya no sonreía con benevolencia cuando le sujetaba las manos para frenarle. Estaba cansado de que yo sólo tuviera catorce años.

Empecé a olvidarme de Buddy cuando no estaba con él. Era un olvido deliberado, lo mismo que recordar, pero al revés. En vez de hablar por teléfono con Buddy durante horas, pasaba mucho tiempo cosiendo vestiditos para las muñecas de mi hermana. Cuando no hacía esto, repasaba la colección de tebeos de mi hermano, desechados por él hacía años, tendida en el suelo de mi habitación y con los pies apoyados en la cama. Mi hermano ya no me enseñaba griego. Se había internado por los intrincados vericuetos de la trigonometría, en los que yo jamás entraría, como ambos sabíamos bien.

Buddy se terminó una noche de octubre, de repente, como una luz que se apaga. Iba a salir con él, pero durante la cena mi padre dijo que me lo pensara dos veces: una gran tormenta, un huracán, iba a azotar Toronto, con lluvias torrenciales y vientos muy fuertes, y consideraba que no debía salir en tales circunstancias, y menos aún en un coche como el de Buddy. Ya había oscurecido; la lluvia repiqueteaba contra las ventanas, tras las cortinas corridas, y el viento rugía al azotar los fresnos del exterior. Me dio la impresión de que nuestra casa disminuía de tamaño. Mi madre dijo que iba a sacar unas velas por si fallaba la electricidad. Por suerte, dijo, estábamos en terreno elevado. Mi padre dijo que la decisión me correspondía a mí, pero que cualquiera que saliera de casa en una noche semejante estaba loco.

Buddy telefoneó para saber a qué hora debía pasar a recogerme. Respondí que el tiempo estaba empeorando, y que quizá fuera mejor aplazarlo para la noche siguiente. Buddy replicó que no había por qué asustarse por unas gotas de lluvia. Tenía ganas de verme. Aduje que tenía ganas de verle, pero que quizá sería demasiado peligroso. Me dijo que le estaba dando excusas. Le dije que no.

Mi padre pasó a mi lado por el vestíbulo y movió los dedos a modo de tijeras. Dije que cualquiera que saliera de casa en una noche semejante estaba loco, que encendiera la radio y se convenciese de que se aproximaba un huracán, pero era como si no entendiera lo que le decía. Argumentó que si me negaba a salir con él durante un huracán es que no le amaba lo suficiente. Me quedé de piedra: era la primera vez que usaba la palabra «amor» así, en voz alta, y no como despedida en las cartas, para describir lo que se suponía que estábamos haciendo. Cuando le dije que se estaba comportando como un tonto, colgó el teléfono, cosa que me irritó. Pero tenía razón, desde luego. No le amaba lo suficiente.

En lugar de salir con Buddy, me quedé en casa y jugué al ajedrez con mi hermano, que me ganó, como siempre. Nunca he sido una buena jugadora de ajedrez; no soporto la espera silenciosa. Trascendía cierta sensación de reencuentro de aquella partida, que no duró mucho. Buddy se había ido, pero había sido un síntoma.

Ésta fue la primera de una larga serie de rupturas atmosféricamente sobrecargadas con hombres, aunque no me di cuenta en aquel momento. Ventiscas, tormentas, olas de calor, granizadas: en los años siguientes pasé por todas las fases. No estoy segura de a qué atribuirlo. Quizá tuviese algo que ver con los iones positivos, que no fueron descubiertos hasta mucho después, pero llegué a creer que algo en mí provocaba posturas extremas, aunque nunca lo determiné con precisión. Después de una de tales rupturas, durante un chubasco de agua helada, mi exnovio me regaló por San Valentín un auténtico corazón de vaca atravesado por una auténtica flecha. Dijo que tenía pensado hacerlo de todas formas, y yo era la única chica que sabría apreciarlo. Durante varias semanas me estuve preguntando si se trataba o no de un cumplido.

Buddy no fue tan cordial. Después de la ruptura, nunca me volvió a dirigir la palabra. Por mediación de Trish, pidió que le devolviera su pulsera de identificación, que le di a mi amiga en el lavabo de señoras a la hora de comer. Trish me dijo que se la quería dar a otra, una chica llamada Mary Jo, que aprendía mecanografía en lugar de francés, lo cual, en aquellos tiempos, era señal segura de que pronto dejarías el colegio y encontrarías trabajo. Mary Jo tenía una cara redonda y risueña, un flequillo como el de un perro pastor y grandes pechos, y la verdad es que no tardó en dejar el colegio. Entretanto, llevó el nombre en plata de Buddy ceñido a la muñeca. Trish cortó sus relaciones conmigo, pero no en seguida. Tiempo después me dijeron que había contado historias referentes a que yo había vivido en un establo todo el verano.

Sería una equivocación afirmar que no eché de menos a Buddy. También en este aspecto fue el primero de la serie. Desde entonces, siempre he echado de menos a los hombres cuando han desaparecido de mi vida, incluso a aquellos que no han significado absolutamente nada para mí. Llegué a descubrir que para mí no existe la categoría «absolutamente nada».

Pero todo esto pertenece al futuro. A la mañana siguiente del huracán sólo experimenté la sensación de haber salido ilesa de una gran calamidad.

Después de escuchar las noticias (coches volcados con sus ocupantes en el interior, casas derrumbadas, tantas inundaciones, desastres y dinero perdido), mi hermano y yo nos calzamos las botas de agua y caminamos por la otrora vieja y baqueteada Pottery Road, ahora llena de hoyos y teñida de ocre rojo, para apreciar los daños por nosotros mismos.

No respondió a nuestras expectativas. Habían caído árboles y ramas, pero no muchos. El río Don bajaba crecido y turbio, pero era difícil determinar si había más piezas de coches medio hundidas, neumáticos de camiones reventados, palos, tablones y toda clase de desperdicios flotando en la corriente o varados en la tierra allí donde el agua había empezado a retroceder. El cielo continuaba tapado. Nuestras botas chapoteaban en el barro, del que no surgían manos engarbadas. Me habría gustado algo que estuviese más cercano a la tragedia. Por la noche, se habían ahogado dos personas, pero no nos enteramos hasta después. Esto es lo que he recordado con más claridad de Buddy: un vulgar desastre, la monotonía de las aguas, la luz melancólica.

Lulú, o la vida doméstica del lenguaje

Lulú está en la cochera, moldeando arcilla. Lleva unas bambas, antes blancas, ahora grises, calcetines gruesos de lana, falda de algodón de color púrpura con motivos hindúes y una camisa de tono rojizo, tan impregnada de polvo de arcilla que le cuelga como si fuera de brocado, arremangada por encima de los codos. Éstas son sus prendas favoritas para trabajar. A los sones de *La flauta mágica*, que suena en su equipo estéreo CBC, separa una capa de arcilla y la deja caer con fuerza, le da la vuelta, la levanta y la deja caer de nuevo. Así, elimina las burbujas de aire, para que nada estalle en el horno. Algunos alfareros contratarían a un aprendiz para realizar esta tarea, pero no es el caso de Lulú.

Cierto que tiene dos aprendices; se los proporciona el gobierno en concepto de trabajadores por cuenta propia, pero sólo hacen platos y jarras a partir de sus diseños, lo único para lo que están capacitados. No los considera apropiados para moldear arcilla, con sus débiles bíceps y sus muñecas finas, tan poco desarrollados en comparación con sus brazos robustos y de músculos flexibles y con sus manos grandes, hábiles y bien formadas, tan a menudo admiradas por los poetas. *Marmóreas*, dijo (e incluso escribió) uno de ellos, lo que dio lugar a que Lulú, al igual como ha hecho tantas otras veces, consultara el diccionario para averiguar si la había insultado o no.

Como lo hacía abiertamente cada vez que se referían a ella con una palabra que no comprendía, lo descubrieron y lo consideraron tan divertido que empezaron a utilizar términos semejantes a propósito.

—Lulú es tan geomórfica —dijo uno, y cuando ella se sonrojó y frunció el ceño, otro le sustituyó:

—No sólo eso, sino fundamentalmente thanática.

—Telúrica —remachó un tercero.

Y entonces se echaron a reír. Ha decidido que lo mejor que puede hacer es ignorarles. Pero no es tan tonta como piensan, se acuerda de las palabras, y

cuando no miran echa una hojeada al *Shorter Oxford* (guardado en el estudio que en realidad es propiedad de uno solo, pero que ella considera *de todos*), y antes se lava las manos para no dejar en la página ninguna reveladora huella de arcilla.

También lee sus Diarios, tomando las mismas precauciones. Sospecha que saben que lo hace. Es su manera de enterarse de lo que piensan en realidad de ella, o quizá tan sólo de lo que quieren que crea. Se supone que los Diarios son secretos, pero Lulú considera correcto y hasta una especie de deber leerlos. Lo contempla a la misma luz con que su madre contemplaba revolver en los cajones de ropa interior de la familia, para separar las prendas limpias de las que ya estaban gastadas y olvidadas. Así con los Diarios de los poetas: calcetines, en su mayor parte, aunque nunca sabes lo que vas a encontrar.

«Lulú se está volviendo más metonímica», ha leído recientemente. La ha estado atormentando durante días. A veces arde en deseos de decirles «¿Se puede saber qué significa esto?», pero sabe que no conseguiría nada.

—Lulú es la antítesis del orden abstracto —respondería uno, en lo que es una de las creencias favoritas del grupo.

—Lulú es la Gran Diosa.

—Lulú es el gran colchón.

La cosa acabaría cuando los enviara a la mierda. Si no resultaba, los amenazaría con no guisarles más pollo al horno. La amenaza de privarles de comida suele funcionar.

Lulú procura manifestar sin remilgos su desdén hacia los poetas: no hacia ellos exactamente (tienen sus virtudes), sino hacia el hecho de que sean tan puntillosos respecto a las palabras. Su madre habría dicho que eran unos remilgados.

—¿A quién le importa el nombre de las cosas? —les dice—. Una barra de pan es una-barra-de-pan. ¿Queréis o no?

Y se inclina para sacar del horno tres de sus famosas hogazas, largas y bien tostadas, y los poetas admiran su culo y sus caderas. A veces lo hacen abiertamente, como los demás hombres, mascullan y hacen un chasquido con los labios, como si fueran trabajadores de la construcción. Les gusta fingir que son otra cosa; en verano juegan juntos al béisbol, y arman un auténtico follón hasta encontrar la gorra apropiada. Otras veces, en cambio, la admiran en silencio, y Lulú sólo se entera cuando lee los poemas que escriben con posterioridad. Lulú adivina que estos poemas tratan de ella, aunque los sustantivos cambien: «mi dama», «la dama de mi amigo», «mi mujer», «la mujer de mi amigo», «mi esposa», «la esposa de mi amigo». Nunca emplean

«chica», ni tampoco su nombre. «Culo» y «caderas» no son palabras propias de Lulú; ella diría «trasero».

Lulú no entiende de música, pero le gusta escucharla. Ahora mismo, la Reina de la Noche eleva su trino, y Lulú hace una pausa para ver si rematará su agudo. Lo consigue a duras penas, y Lulú, con una sensación de triunfo indirecto, descarga su puño contra el montón de arcilla. Luego, lo cubre con una hoja de plástico y va al fregadero para lavarse las manos. Pronto sonará el avisador del horno, y uno de los poetas, tal vez su marido, aunque nunca se sabe, la llamará por el interfono para que suba y examine el pan. Lo sacarían ellos si Lulú se lo pidiese, se las arreglarían bien entre los cuatro o cinco que son, pero Lulú no confía en ellos. Hace mucho tiempo que llegó a la conclusión de que ninguno es capaz de diferenciar su tetilla izquierda de un agujero en el suelo en lo que corresponde al mundo real. Si quiere que el pan salga del horno cuando esté cocido, pero no demasiado cocido, ha de ocuparse ella.

Se pregunta quién estará en el edificio principal en aquellos momentos: su primer marido, sin duda, y el hombre con quien vivió después durante tres años sin estar casada, y su segundo marido, el actual, y dos examantes. Casi media docena, sentados a la mesa de la cocina, tomando el café y las pastas que ella ha preparado y hablando de lo que hablan cuando ella no está presente. Hubo en el pasado algún período de tensión entre ellos, sobre todo cuando Lulú pasaba de uno a otro, pero ahora se llevan muy bien. Publican una revista de poesía colectiva que les mantiene alejados de las preocupaciones. El nombre de la revista es *Comma*, pero los poetas se refieren a ella como *Coma*. En las fiestas se divierten abordando a mujeres jóvenes aspirantes a poetas —a sus espaldas las llaman *proupies* que significa «admiradoras de los poetas»[4]— y les dicen: «Me gustaría ponerte en *Coma*». Hace un tiempo, *Coma* publicaba por lo general poemas sin comas, pero esto se ha terminado, al igual que han desaparecido las barbas en favor de los bigotes, e incluso de los rostros afeitados. Los poetas más osados han llegado al extremo de prescindir de las patillas. Lulú no está muy segura de aprobar estas modalidades.

No sabe si los poetas son buenos poetas, como tampoco si los poemas que escriben con tanta profusión son buenos. Lulú carece de opinión a este respecto: lo único que importa es lo que escriben sobre ella. Sus poemas se publican en libros, pero ¿qué se consigue? Dinero no, desde luego. Los poetas le dicen que la poesía no da dinero, a menos que cantes y toques la guitarra. A veces dan lecturas y sacan doscientos pavos. Eso significa para Lulú tres

cacerolas de tamaño mediano, con tapas incluidas. Por otra parte, no le producen gastos. Parte de sus gastos son ellos.

Lulú no recuerda exactamente cuándo se lió con los poetas. No es que poseyera alguna cualidad especial que atrajera a los poetas: sucedió, eso es todo. Después del primero, los demás se sucedieron con naturalidad, casi como si estuvieran ensartados en una larga hilera con un hilo. Siempre los tenía cerca, y estaba demasiado ocupada la mayor parte del tiempo para ir en busca de otras clases de hombres. Ahora que los negocios le van tan bien, se podría pensar que le queda más tiempo libre, pero no es el caso. Y todo el tiempo libre de que dispone lo pasa con los poetas. Siempre le riñen por trabajar tanto.

Bob fue el primero, y también su primer marido. Asistía a la escuela de arte por la misma época que ella, hasta que decidió que no estaba capacitado. No era lo bastante práctico, dejaba que las cosas se secaran: la pintura, la arcilla, e incluso las sobras de la comida en su pequeña nevera, tal como descubrió Lulú la primera noche que se acostó con él. Al despertar por la mañana se dedicó a limpiar la cocina, y se deshizo de los platos de guisantes hervidos momificados, los muslos de pollo resecos y medio mordisqueados, los sobres empezados de lonjas de bacon, comprados dos meses antes, y los trozos de queso aceitosos por fuera y duros como ladrillos. Lulú siempre he detestado el desorden, al que define, aunque sin tantas palabras, como todo aquello que no ocupa su lugar correspondiente. Bob la observaba, hosco pero agradecido, mientras limpiaba y desengrasaba. Tal vez la causa de que se decidiera a amarla fue la de que haría este tipo de cosas. Lo que le dijo fue, sin embargo: «Eres mi complemento».

También le dijo que se había enamorado de su nombre. Todos los poetas lo han hecho, uno tras otro. El primer síntoma consiste en preguntar si Lulú es el diminutivo de algo… ¿Luisa, quizá? Cuando responde que no, la miran de esa forma ligeramente vidriosa que ella reconoce al instante, como si nunca le hubieran prestado la debida atención o ni siquiera la hubiesen visto antes. Esta mirada es su parte favorita de cualquier nueva relación con un hombre. Es aún mejor que el sexo, aunque a Lulú le gusta mucho el sexo y todos los poetas han sido buenos en la cama. Pero es que Lulú no se ha acostado nunca con un hombre a quien no considerase bueno en la cama. Empieza a pensar que es así porque se basa en normas poco rígidas.

A Lulú le intrigaba al principio aquella obsesión con su nombre, que confundía con una obsesión dirigida hacia su persona, pero resultó que no era

cierto. Lo que les interesaba era la brecha, le explicó uno de ellos (no fue Bob; quizá fuera Phil, el segundo y más lingüístico de todos).

—¿Qué brecha? —preguntó Lulú con suspicacia. Sabía que sus dientes delanteros estaban algo separados, de lo que se había dado cuenta a medias cuando era más joven.

—La brecha que separa la palabra de lo que significa —contestó Phil.

Tenía la mano sobre el pecho de Lulú y le dio un apretón distraído, como para ilustrar sus palabras. Estaban en la cama. A Lulú no le gusta mucho hablar en la cama, pero tampoco es muy aficionada a hablar en otros momentos.

Phil vino a decir que Lulú, como nombre, conjuraba imágenes de chicas francesas con vestido de cancán, con cintura de avispa encorsetada, rizos rubios y risas burbujeantes. Pero delante de él se hallaba la auténtica Lulú: morena, de pelo liso, firmemente construida, marmórea y no exactamente burbujeante. Se podría decir que más terrenal (Lulú no sabía entonces lo que quería decir «terrenal», pero a estas alturas ya ha aprendido que para él, para todos ellos, significa «funcionalmente ignorante»). El enigma residía, dijo Phil, en saber qué existía en el espacio que separa a Lulú de su nombre.

Lulú no sabía de qué estaba hablando. ¿Qué espacio? En el pasado se había vuelto contra su madre por haberle impuesto aquel nombre; habría preferido llamarse Mary o Ann. Tal vez sospechaba que su madre había deseado un varón, más acorde con el nombre (rubio, delgado, de cabello rizado), pero, para su disgusto, había tenido a Lulú, bajita, robusta, de mentón prominente, no muy interesada en los recargados vestidos para las muñecas que su madre le había hecho con gran esmero. Lulú, por contra, disfrutaba confeccionando en el porche trasero pasteles de barro, que disponía en fila sobre la barandilla, donde la gente no los pisaría y destruiría. La respuesta de su madre ante los pasteles era: «¡Oh, Lulú!», como si la propia palabra Lulú significara barro, significara problemas y tristezas.

—No es más que un nombre —replicó—. Si quieres mi opinión, Phil es un nombre muy estúpido.

Phil dijo que ése no era el punto, que no la estaba *criticando*, pero Lulú interrumpió la conversación mediante el método de subirse sobre él y dejar que su largo cabello le cayera sobre la cara.

Eso fue al principio; a él le gustaba su pelo entonces. De «frondoso» lo calificó en un poema, mucho después. Lulú no le había concedido excesiva importancia, hasta que lo consultó en el diccionario. Podía significar «demasiado abundante, ofensivo y maloliente». El efecto de este poema sobre

Lulú fue impulsarla a lavarse la cabeza más a menudo. Tarde o temprano todos los poetas se metían con su pelo, y estaba harta de que lo comparasen con la cola de los caballos, el pelaje de los perros Terranova, los agujeros negros del espacio y el interior de las cavernas. Cuando estaba particularmente furiosa con los poetas, les amenazaba con cortárselo al cero, aunque sabía que sería tentar su suerte.

Después de secarse las manos, Lulú se quita la camisa. Debajo lleva una camiseta de color malva con la inscripción OPTIMISTA INCORREGIBLE grabada delante. Los poetas se la regalaron entre todos una Navidad, porque pocas semanas antes uno había dicho: «¿Por qué estás de mal humor, Lulú?». Y Lulú había respondido «Sólo estoy de mal humor cuando os metéis conmigo», para, después de una pausa, añadir: «Comparada con vosotros, soy una optimista incorregible». Era cierto, aunque se burlaran de ella. En grupo pueden burlarse, pero Lulú es la única que les ha visto en la intimidad, sentados en sillas durante horas y horas, con la cabeza apoyada en los brazos, casi incapaces de moverse. Es Lulú quien los ha cogido de la mano cuando no podían hacerlo en la cama y les ha dicho que hay otras cosas importantes, aunque nunca ha sido capaz de especificarlas. Es Lulú quien se ha emborrachado con ellos y ha escuchado su cháchara sobre el vacío y la terrorífica blancura de la página y la explicación de que cualquier expresión artística es una pura fórmula para evitar el suicidio. Lulú piensa que es una característica de los bachilleres; no considera que fabricar cacerolas con tapa o modelar en un torno fruteros de porcelana sirva para evitar suicidios, pero los poetas le señalan a menudo que lo que ella hace no es arte, sino trabajo manual. Bob se lo indicó una vez, cuando ella iba a decantarse por el macramé, con el resultado de que Lulú le tiró por encima el contenido de la pala de recoger la basura. Pese a todo, les reta cerveza a cerveza; incluso ha llegado a vomitar al mismo tiempo que ellos, si lo consideraba preciso. Uno le dijo en cierta ocasión que era muy condescendiente.

Mientras cuelga la camisa, zumba el interfono. Pulsa el botón a su vez para demostrar que se ha enterado, libera de la cinta de goma el cabello y se lo cepilla, se mira en el espejo mexicano circular con marco de estaño que cuelga sobre el fregadero y comprueba los progresos de la pequeña Marilyn, su nueva aprendiza, antes de asomar la cabeza por la puerta.

Marilyn todavía tiene dificultades con las asas de las tazas. Lulú se verá obligada a perder el tiempo con ella para tratar de explicárselo. Le dirá que si las asas no están rectas, la taza se torcerá al cogerla y la gente que vaya a beber se derramará el líquido por encima y se quemará. Hay que explicar las

cosas a los aprendices en términos de dolor físico. Para Lulú es muy importante que las piezas se fabriquen a la perfección. Le dan de comer, aunque lo que más le gusta es trabajar en objetos grandes, como los jarrones, del tamaño de ánforas, y las soperas, de unas dimensiones que nadie puede igualar. Un alfarero afirmó en cierta ocasión que se necesitaba una grúa para celebrar una cena con las piezas de Lulú, pero se trataba de una simple cuestión de celos. Lo que suele decirse sobre ella es que no está para bromas.

Lulú se ciñe la chaquetilla, cierra de golpe la puerta de la cochera detrás de ella y se dirige a la casa, silbando entre dientes y pisando con fuerza para que la arcilla se desprenda de las bambas. El olor a levadura del pan cocido invade la cocina. Lulú lo absorbe, se recrea en él: es un aroma de su propia creación.

Los poetas están sentados alrededor de la mesa de la cocina y beben café. Tal vez celebran una reunión, aunque es difícil afirmarlo. Algunos la saludan con un movimiento de cabeza, otros sonríen. Hoy han venido dos poetisas, y eso a Lulú no le agrada demasiado. En lo que a ella respecta, no tienen mucho que ofrecer; son tan malas como los poetas, pero sin la gracia que redime a los hombres. Utilizan prendas negras en su mayoría y tienen los pómulos salientes.

«Me meo en sus pómulos salientes», piensa Lulú. Sabe muy bien lo que significan los pómulos salientes. Los poetas, sus poetas, consideran que estas poetisas son muy sensibles e interesantes. A veces alaban su obra, con excesiva vehemencia, pero en ocasiones hablan de sus cuerpos, siempre que no se hallan presentes, por descontado, y especulan respecto a sus presuntas cualidades en la cama. Estos comentarios enfurecen a Lulú. No le gustan las poetisas (se comen sus panecillos y la tratan con condescendencia, y sospecha que ponen sus miras en los poetas, y que algunas de éstas ya se han consumado, a juzgar por sus modales desenvueltos), pero tampoco le gusta que ellos las rebajen. Lo que más la saca de sus casillas es que, en el curso de estas discusiones, los poetas actúan como si no estuviera delante.

Pero, en realidad, las poetisas no cuentan para nada. Ni siquiera forman parte del consejo editorial de *Coma*. Están al margen, como mascotas, y hoy Lulú casi consigue ignorarlas.

—Podríais haber preparado más café —dice con su voz más desabrida.

—¿Qué sucede, Lulú? —pregunta Phil, que siempre ha sido el más rápido en captar los malos humores de Lulú. Esto no significa que ella se ablande.

—Nada que tú puedas solucionar —replica con rudeza. Se quita la chaquetilla para que resalte su Busto. «Marmórea», piensa. Peor para las

poetisas, que son lisas como una tabla.

—Oye, Lulú, ¿qué opinas de una breve nictitación? —dice uno de los poetas.

—Que te den por el saco —replica.

—Cree que es una cochinada —tercia un segundo—. Lo confunde con micturición.

—Significa simplemente pestañeo, Lulú —explica el primero.

—Lo aprendió en el Trivial Pursuit —dice un tercero.

Lulú saca una hogaza del horno, le da la vuelta, palpa la punta y la vuelve a introducir. Tienen rollo para horas, suficiente para volverte loca si les prestas un poco de atención.

«¿Por qué nos aguantas, Lulú?», le preguntó una vez Phil. Lulú se lo plantea de vez en cuando, pero no lo sabe. Sabe por qué la aguantan ellos, dejando aparte el hecho de que paga la hipoteca: es sólida, es predecible, siempre está allí, les hace sentirse seguros. Pero en los últimos tiempos no para de preguntarse si hay alguno que la haga sentirse segura a ella.

Ha pasado otro día, y Lulú está a punto de seducir a su contable. Lleva botas de color púrpura, un tanto anticuadas, algo manchadas de barro, un traje tirolés de color cereza que fabricó con tela para cortinas y una camisa nupcial peruana teñida de malva; es lo que más se acerca a su idea de ir bien vestida. Por deferencia a la zona de la ciudad en la que se encuentra, compuesta en su mayor parte de tiendas centroeuropeas, panaderías, boutiques con blusas bordadas en el escaparate y lugares donde es posible comprar huevos de Pascua de madera pintados a mano y juegos de ajedrez en que los peones son cosacos, se ha cubierto la cabeza con un chal de lana negra. Esto, en su opinión, le prestará un aspecto más étnico y, por tanto, más discreto; se siente un poco furtiva. Uno de los poetas dijo que Lulú pasaría tan inadvertida como Las Vegas de noche iluminada por una única bombilla de sesenta vatios, pero, en justicia, con su largo cabello de un negro intenso, sus grandes ojos oscuros y los acentuados rasgos de su cara, tiene cierto aspecto de campesina, reforzado por las dos bolsas de plástico con las que carga, una en cada mano. Bolsas que no contienen comestibles, sino los recibos y los resguardos de los cheques de los dos años anteriores. Lulú está atrasada en el pago de los impuestos, por eso contrató a un contable antes que nada. No entiende qué hay de malo en matar dos pájaros de un tiro.

Lulú está atrasada en el pago de los impuestos porque el dinero la aterra. Cuando se casó con Bob, ninguno de los dos tenía dinero, así que los impuestos no eran ningún problema. Phil, el hombre con el que vivió después, era muy bueno en matemáticas, y pese a que no tenía ingresos, ni, por consiguiente, tampoco impuestos, consideraba los de Lulú como un juego, una especie de Scrabble avanzado. Pero a su marido actual, Calvin, el dinero le aburre. Es estupendo tener un poco (y Lulú gana cada vez más), pero hablar de él es sórdido y supone una pérdida de tiempo. Calvin afirma que las personas capaces de leer, y sobre todo de comprender, un impreso de la declaración de impuestos han sufrido graves y permanentes lesiones cerebrales. Lulú ha decidido enviar las cuentas al diablo y guardar sus ganancias en la cochera, y no en la mesa de la cocina como era su costumbre, y las sumas y las restas están adquiriendo visos de relaciones sexuales prohibidas. Quizá fue esto lo que la impulsó a dar el paso inminente. Lo mismo da colgarse de una oveja que de un cordero, piensa.

Además, siente últimamente un apremiante deseo de que la cuiden. Es un deseo que va y viene, en especial los días nublados, y al que Lulú apenas presta atención. Sin embargo, no cesa. Todo el mundo depende de ella, pero cuando necesita ayuda, en el caso de los impuestos, por ejemplo, nadie acude a la llamada. Podría pedirle a Phil que lo hiciera de nuevo, pero Calvin lo liaría todo. Tiene muchas ganas de poder descargar sus dos bolsas de plástico sobre un hombre, un hombre tranquilo y metódico dotado de fuerza interior, no demasiado feo, que le dé sentido a su vida y le diga que no ha de preocuparse por nada y, esperemos, que no ha de pagar nada.

Antes de que Lulú localizara a este contable en particular, se pasó varias tardes buscando uno al azar por King and Bay. Cuando lo encontró, sin embargo, la intimidaron tanto las torres de cristal herméticamente cerradas y el pensamiento de las recepcionistas con permanente y manicura que ni siquiera se atrevió a traspasar las puertas de las direcciones que había buscado en las Páginas Amarillas. Se limitó a quedarse parada en las esquinas como si esperase a que cambiara el semáforo, y a contemplar a los hombres de negocios que pasaban apresuradamente a su lado, algunos con abrigos que los poetas jamás utilizarían, de aspecto sólido, en tonos beige o azul marino, pero con un provocativo corte detrás, otros con ternos, que exhibían como un desafío centenares de botones y de cremalleras, las nalgas de jugador de tenis ocultas bajo capas de lana cara, las corbatas balanceándose seductoramente bajo sus barbillas como los extremos sueltos de los tapices de macramé: un tirón y todo el edificio se derrumba. Los poetas, con sus trajes y sus tejanos

gastados, parecen accesibles, pero se hallan resguardados por las paradojas y se entristecen a menudo. Los hombres de negocios son sencillos y naturales, rojos y azules más que castaños y lilas, patatas más que aguacates demasiado maduros, como los poetas.

Verles henchía a Lulú de un deseo ambiguo, aunque también los encontraba conmovedores. Era como una banquera ya madura rodeada de vírgenes de dieciséis años: ansiaba ser la primera, si bien no sabía muy bien la primera en qué. Pero sabía que sabía muchas cosas que ellos eran incapaces de saber: los poetas, en sus mejores días, no eran otra cosa más que imaginativos.

Lulú no piensa en el contable que ha contratado como en un ser real, lo cual significa que le resulte aterrador. No habita en una torre de cristal, no tiene una recepcionista perfecta, si bien tiene un diploma colgado en la pared y lleva terno (aunque sólo tiene uno, sospecha Lulú). Lo descubrió de modo accidental cuando bajaba por Queen Street y se paró a comprar pollo fresco en A. Stork, el sitio ideal en su opinión, sobre todo cuando se necesita en cantidad, como sucedía aquel día, porque todos los poetas irían a cenar por la noche. Al dirigirse hacia la parada del tranvía con su bolsa llena de carne tierna, Lulú reparó en un letrero rotulado a mano en el escaparate de una tienda de lencería: IMPUESTO SOBRE LA RENTA, y debajo el texto traducido a algún idioma extranjero.

Fue el letrero escrito a mano el que cautivó a Lulú: estaba muy mal escrito, ella podía hacerlo mejor. Abrió la puerta, obedeciendo a un impulso, y entró.

Había un hombre bajito y calvo tras el mostrador, parapetado tras rollos de tela marrón. En la pared a la que daba la espalda se alzaba un armario repleto de botones blancuzcos. Resultó que no era el contable. El contable se hallaba en una dependencia de la parte trasera, cuyo único mobiliario consistía en un escritorio de madera, del estilo que Lulú asociaba con sus profesores de la escuela primaria, una silla y un archivador. Se levantó al entrar Lulú y se ofreció a guardarle la bolsa que contenía el pollo.

—No, gracias —dijo Lulú, en cuanto advirtió la falta de espacio (había un helecho sobre el archivador, obviamente en las últimas) y comprendió que él se sentiría todavía más aturdido si aceptaba; de modo que su primer encuentro tuvo lugar con una bolsa de pollo troceado todavía caliente en el regazo.

Lo ha visto dos veces desde entonces. Le concede más tiempo del que Lulú necesita, tal vez porque no está lo que se podría decir muy ocupado. También le habla más de lo necesario. A estas alturas, Lulú sabe un montón

de cosas sobre él. Abrirse camino es mucho más difícil que antes, le explica. La tienda de lencería pertenece a su padre, que le cede el despacho gratis, a cambio de lo cual él le lleva las cuentas. Su padre es de origen checo. Él domina otros dos idiomas, aparte del inglés. En aquel barrio —y al decirlo extendió las manos como si se encogiera de hombros con resignación— es de mucha utilidad. Lleva la contabilidad de un par de panaderías cercanas, una ferretería, una joyería de piezas de segunda mano y un puñado de viejos amigos de su padre. Quizá las cosas mejoren cuando termine la crisis económica. También le ha confesado que practica el levantamiento de pesos. Lulú no le ha preguntado si está casado; sospecha que no. Si estuviera casado, el helecho ofrecería mejor aspecto.

Mientras habla, Lulú asiente con la cabeza y sonríe. No está segura de su edad. Joven, piensa, aunque intenta aparentar más edad utilizando gafas con montura de plata. Opina que sus manos son bonitas, no parecen las de un contable, no son esqueléticas. La segunda vez, salió de su cubículo y regresó con unas tazas de té, todo un detalle a los ojos de Lulú. Después le pidió que tuviera cuidado con la alfombra. En seguida sintió pena por él. Ha descubierto que apenas sale para comer; casi siempre se lleva comida preparada de la tienda que hay al otro lado de la calle. Le da vueltas a la idea de obsequiarle algunos panecillos.

Lulú capea bien estos tópicos (alfombra, levantamiento de pesos, comida). La dificultad reside en que el contable ha llegado a la conclusión de que ella no es una ceramista, sino una artista, y su idea de lo que es un artista no concuerda con el concepto que tiene Lulú de sí misma. Pretende que sea espigada, excéntrica, irreal, casi sobrenatural. Se refiere, de una manera embarazosa, al «impulso creativo», algo que a Lulú le recuerda demasiado a los poetas. Ha intentado explicarle que trabaja con arcilla, un elemento muy poco etéreo.

—Es como hacer pastelillos de barro —dijo.

Pero no quiso oírla, y ella tampoco encontró las palabras para hacerle comprender lo que quería decir, o sea, que cuando moldea un jarrón se siente alborozada, exactamente igual como le sucedía cuando de niña armaba un lío terrible en el porche trasero de su madre. Si la pudiera ver tal como es cuando trabaja, con las manos manchadas y tiznadas, se daría cuenta de que no es precisamente esencia de rosas.

La segunda vez que le vio, el contable dijo que envidiaba su libertad. A él también le gustaría hacer algo más creativo, pero hay que vivir. Lulú contuvo las ganas de señalarle que enfocaba el asunto mejor que él. Lo trata con

mucho más tacto que a los poetas. La verdad es que está empezando a disfrutar con esta versión de ella. En ocasiones llega a creérsela, y piensa que está a punto de aprender algo nuevo sobre sí misma. Comienza a encontrarse misteriosa. En parte por esta razón quiere acostarse con el contable; piensa que este acontecimiento la cambiará.

Los poetas se reirían si lo supieran; por eso no se lo dirá. Pese a todo, anunció la aparición del contable en su vida Ja primera noche, mientras todos los poetas comían pollo alrededor de la mesa y discutían acerca de algo que llamaban «el lenguaje». Últimamente lo hacen con frecuencia, y Lulú se aburre. «El lenguaje» es diferente de las simples palabras; un aura mística lo rodea, como a la religión, a juzgar por el tono reverente de sus voces cuando lo mencionan. Aquella noche todos habían terminado de leer un nuevo libro.

—Estoy penetrando en el lenguaje —afirmó uno, y los demás masticaron en silenciosa comunión.

—He conseguido un contable —dijo Lulú en voz alta para romper el conjuro.

—Lo has conseguido, pero ¿ya lo has poseído?

Lo dijo Bob, y los demás rieron, todos excepto Calvin, y empezaron a evaluar qué posibilidades tenía el contable de escapar de Lulú, que consideraron nulas. Empezaron a detallar las posiciones y los lugares en que era de esperar que Lulú lo atrapara por fin —debajo del escritorio, encima del archivador— y los daños que sufriría. Le describieron manteniéndola a raya con bolígrafos.

Lulú masticaba con cara de pocos amigos un muslo de pollo. Estaban convencidos de que nada de aquello sucedería, por supuesto. Eran demasiado engreídos. Puesto que les conocía bien, ¿cómo se había rebajado tanto? Qué poco sabían.

Lulú se aproxima a la puerta de la tienda de lencería, silbando algo de Mozart entre dientes. Por una parte piensa en el contable y en cómo será su cuerpo debajo del traje, pero por otra piensa en mañana, pues ha de trabajar a fondo para entregar doce jardineras a uno de sus clientes habituales. En cualquier caso, lo importante es colocar bien los pies. Lulú, como un experto en judo (aunque no lo sea), es consciente en todo momento de la posición de los pies respecto al resto del cuerpo.

El contable la está esperando, agazapado en las sombras tras el polvoriento cristal de la puerta. Son más de las seis y la tienda está cerrada.

Lulú, astuta, dijo que no podía acudir antes. No quería que el hombrecillo calvo merodeara por las cercanías.

El contable abre la puerta y la invita a entrar. Acompañados por el olor a lana y a algodón recién cortado, entran en su despacho, y Lulú vacía sobre el escritorio su bolsa de facturas (separadas en montoncitos sujetos con gomas elásticas; no carece de cierto sentido del decoro). Él parece complacido, y dice que les espera un largo trabajo.

Trae varias tazas de té, se sienta, elige un lápiz al que ha sacado punta recientemente y le pregunta cuánto espacio de la vivienda no sirve como lugar de trabajo. Lulú le habla de la cochera. Dice que no utiliza ninguna dependencia de la casa para trabajar, pues los poetas la ocupan toda. También residen en ella alguna temporada, aunque eso depende.

—¿De qué? —pregunta el contable, con un leve fruncimiento de cejas.

—De si están viviendo en otra parte —responde Lulú.

Cuando oye que los poetas no pagan alquiler, el contable chasquea la lengua y le dice que no debería permitir la continuidad de esa situación. Lulú dice que los poetas nunca tienen dinero, salvo cuando reciben alguna subvención. El contable se levanta de la silla y pasea por el despacho, algo bastante difícil porque Lulú ocupa mucho espacio. Le dice que está permitiendo que se aprovechen de ella y que, por su propio bien, ha de terminar con tal estado de cosas.

Lulú lo ha pensado de vez en cuando, pero oírlo en boca del contable le molesta. ¿Adónde irán los poetas, quién cuidará de ellos? Ahora no tiene ganas de extenderse en el asunto, es demasiado complicado y puede llegar a resultar doloroso. De modo que se levanta, y con los pies firmemente asentados en el suelo, intercepta al contable y, con un tirón aquí y una pequeña presión allá, acaba rodeándole más o menos con sus brazos.

Lulú se apoya en el escritorio para mantener el equilibrio, desliza una mano detrás de ella y vuelca la taza del contable en la papelera. Él no se entera de nada; por fortuna el té no estaba caliente.

Al cabo de un corto lapso de tiempo, el contable se quita las gafas con montura de plata, y al cabo de otro corto lapso de tiempo, en voz media octava más baja de la normal, dice:

—No me esperaba esto.

Lulú no dice nada (sólo miente cuando es absolutamente necesario) y empieza a desabrocharle los botones del chaleco. Cuando se dispone a hacer lo propio con la camisa, él alza la cabeza, echa una ojeada a la habitación y murmura:

—Aquí, no.

Una inteligente decisión, pues aún no tiene alfombra y el suelo es de hormigón pintado.

La guía hacia la tienda de lencería en penumbras y empieza a rebuscar entre los rollos de tela. Lulú no tiene idea de lo que está haciendo hasta que elige un rollo de terciopelo rosa oscuro, lo desenrolla y lo extiende en el suelo detrás del mostrador, con cierto gesto ceremonioso, como una capa sobre un charco. Lulú admira su estilo; demasiada destreza para no haberlo hecho con anterioridad. Se tiende sobre el terciopelo rosa, atrae al contable hacia ella y tras unos momentos de frenético luchar con la ropa hacen el amor con bastante rapidez. El suelo también es de hormigón, y el terciopelo rosa no es muy grueso. A Lulú le preocupan las rodillas del contable, quien, después de murmurar «bien», se incorpora y empieza a vestirse con mucha habilidad. A Lulú le gustaría que aguardara unos minutos (sería un gesto de delicadeza), pero él ya se está abrochando los botones. Quizá tenga miedo de que entre alguien. Arrolla el terciopelo rosa y lo coloca en su sitio. Vuelven al despacho, localiza sus gafas y se las cala, y le dice que le comunicará el resultado de sus cálculos en un par de semanas. No dice nada sobre verse entretanto; tal vez su concepto de Lulú como una delicada flor artística se ha erosionado. Pese a todo, la besa al despedirse. Lo último que le dice es:

—No dejes que la gente se aproveche de ti.

Lulú sabe que él tiene la convicción de haberlo hecho. Es como los poetas: cree que ella no puede ver en su interior.

Lulú decide volver caminando a casa, que está como mínimo a kilómetro y medio de distancia, en lugar de coger el tranvía. Necesita tiempo para serenarse. Por una parte está contenta, como siempre que consigue algo que se había propuesto, pero por otra se encuentra desorientada. ¿Ha cambiado, o no? Dejando aparte el sexo, que nunca trastorna a Lulú, y que estuvo bien aunque un poco precipitado, ¿qué conclusiones puede extraer? No se siente ni más conocida ni más comprendida. De hecho, se siente menos comprendida, anónima. Es como si todas las palabras que los poetas han relacionado con ella a lo largo de los años se hubieran escapado y ascendido hacia el cielo, como globos. Si ella fuera uno de los poetas, obtendría algo de todo esto: le gusta escribir sobre este tipo de cosas. Phil dice que es mejor escribir sobre un no-acontecimiento que sobre un acontecimiento, porque entonces puedes inventar el significado de un no-acontecimiento, significa lo que a ti te dé la gana. Para los poetas nada se desperdicia, pues aunque suceda así, pueden

escribir sobre el desperdicio. Lo que debería hacer es ponerlos a lodos de patitas en la calle.

Lulú llega a su casa de ladrillo rojo y tres plantas y advierte, como siempre, el deplorable estado del césped. Los poetas están divididos en lo tocante al césped: unos creen que el césped es burgués, otros opinan que decir que el césped es burgués está pasado de moda. Lulú dice que no tiene ni idea de cortar el césped. Hay empate respecto al césped. Sube por el sendero, sin silbar, y abre la puerta principal. El familiar olor de la casa la envuelve en el vestíbulo, pero es como un olor de la niñez, el olor de algo que quedó atrás.

Los poetas están en la cocina, sentados alrededor de la mesa, sembrada de papeles, tazas de café y platos con trozos de pan untados de mantequilla. Lulú mira a los poetas de uno en uno como si fueran personajes de un cuadro, como si nunca antes les hubiera visto. Si saliera en este preciso momento de la cocina y no regresara jamás, dentro de cincuenta años seguirían allí, con los mismos platos, las mismas tazas, el mismo pan untado con mantequilla. Lo que no sabe es adónde iría.

—Se nos han acabado los panecillos —dice Bob.

Lulú le mira fijamente.

—A la mierda con los panecillos —rezonga por fin, pero sin convicción.

«Bob parece cansado», piensa. Se le empieza a notar la edad, como a todos. Es la primera vez que se da cuenta. No vivirán eternamente.

—¿Dónde has estado? —pregunta Calvin—. Son más de las siete y media.

Es una forma de decir que quieren cenar.

—Por Dios, sois tan inútiles —dice Lulú—. ¿Por qué no habéis telefoneado para encargar pizzas?

Que ella sepa, nunca han llamado por teléfono para encargar pizzas. Nunca lo han necesitado…

Se sienta a la mesa con determinación. Considera disparatada la vida que ha llevado hasta ahora. ¿Cómo se las arregló para acabar en este manicomio? Poniendo un pie delante del otro y no apartando jamás los ojos de los pies. Así puedes acabar en cualquier sitio. A fin de cuentas, el contable es tan normal como puedan serlo los poetas, y no es una posible alternativa. Ni siquiera volverá a acostarse con él, al menos adrede. Pero es otro, es uno más. Ella también podría ser otra. Pero ¿cuál otra? ¿Qué es en realidad Lulú? ¿Cómo puede saberlo? Tal vez sea lo que los poetas dicen que es, después de todo; tal vez sólo posea sus palabras.

—Pizza —repite Bob en tono ofendido—. Carne de perro…

Los demás le obligan a callar. Advierten que algo va mal, y no tienen el menor deseo de saber qué es.

—Reifica una pizza —le dice Calvin a Phil—. Tú utilizar teléfono. Moderna invención de la tecnología occidental.

Ahora fingen ser extranjeros. Es un juego que practican con más frecuencia cuando existe tensión en el ambiente.

—Meter dedo en posible agujerito —dice Calvin—. Girar muñeca.

—Con anchoas, pues —dice Bob, sin unirse.

Lulú oye sus voces que llegan a través del espacio, como si estuvieran en otra habitación. Lo que ve es la fibra de la madera en la mesa que hay junto a su mano.

—Lulú cree que «reificar» significa «convertir en realidad» —dice Phil a los demás después de colgar el teléfono.

Siempre están hablando de ella en tercera persona, comunicándose unos a otros lo que ella cree o piensa. La verdad es que nunca había oído la palabra en su vida.

—¿Y qué significa, imbécil? —dice Lulú con un esfuerzo, demostrando cierta beligerancia para tranquilizarles.

—Si Lulú no existiera, Dios debería inventarla —dice Bob.

—Dios, y una mierda —replica Phil—. Nosotros lo haríamos. Ya lo hicimos la primera vez, ¿no?

Esto es excesivo para Lulú. Nadie la inventó, muchas gracias. Pase que inventen cosas sobre ella, pero esto es demasiado.

—Que te den por el saco —dice, refiriéndose a Phil.

—Reificar es convertir una abstracción en una cosa —explica Phil—, lo cual, y me parece que todos estaremos de acuerdo, es bastante diferente.

Lulú pasea la mirada alrededor de la habitación. Todos están en su sitio, todos la miran y aguardan lo que dirá a continuación. Apunta la barbilla hacia ellos y pregunta:

—¿Por qué? ¿Cuál es la gran diferencia?

Los poetas se relajan, ríen, se dan palmaditas en el hombro como si formasen parte de un equipo y hubieran conseguido un tanto. Eso es típico de Lulú, se dicen, y ella comprende de repente que esto es lo que precisan de ella, posiblemente lo único que precisan: que su comportamiento sea siempre el típico de Lulú. Ni más, ni, desde luego, menos. Quizá no sea tan malo.

Carafea

Joel odia noviembre. Por lo que a él respecta, no elevaría la menor protesta si lo tiraran por el sumidero. Lluvia v frío, todo el mundo deprimido, y después el invierno de propina. El casero ha cerrado otra vez la calefacción, y esto significa que Joel puede optar entre dejar que las pelotas se le congelen hasta desprenderse o utilizar la estufa eléctrica, con el consiguiente gasto, ya que la electricidad va aparte. El casero lo hace para incordiarle a él y sólo a él. Únicamente por este motivo, Joel se niega a mudarse. Cuenta a la gente que le gusta el edificio, y es cierto: se trata de una hermosa antigualla, una mansión que conoció días mejores, con la entrada en forma de arco y vidrieras. Pero no le dará esa satisfacción al viejo estafador. Cuando aún vivía allí, Becka sabía manejarle. Le bastaba con inclinarse sobre el pasamano mientras el viejo maricón la miraba desde abajo, utilizar su voz buena, la sedosa, y la temperatura ascendía; una treta imposible para Joel.

Le gustaría vivir en un lugar cálido, pero ¿quién se lo puede permitir? Es una pena que hayan gravado con impuestos las subvenciones, aunque no parece muy probable que obtenga otra, tal como van las cosas.

Las cosas no van demasiado bien. Empieza a pensar que el teatro callejero sólo es posible en California: aquí arriba sólo aguantas tres meses al año, y parte del tiempo hace demasiado calor, te asas dentro de aquellos disfraces. Ni siquiera dirigir es una ganga. El verano pasado sufrió un eritema solar en la cabeza, allí donde el pelo empieza a ralear. Y luego, Becka le sorprendió en el cuarto de baño, de espaldas al espejo, mirándose la parte posterior de la cabeza con un espejito de plástico y marco violeta, el de ella. Se lo refregó por las narices durante varias semanas.

—¿Has examinado tu belleza masculina esta mañana? ¿Has pensado en algún crecepelo? Estarías guapo disfrazado de rubia. Le sentaría bien a tu calva. ¿Y un postizo para el pecho? Podrías arrancarte algo de barba y pegártela en la cabeza, ¿no?

Tal vez se lo buscó; recordó que se había metido con ella por gastarse veinticinco dólares en la peluquería, al poco tiempo de haberse ido a vivir con

él. Los veinticinco dólares eran de ella, pero se suponía que iban a compartir los gastos. Él lo calificó de capricho. Becka se acordaba de que él se acordaba, por supuesto. Becka tiene una memoria parecida a una trampa para cazar ratones: llena de ratones.

Joel tiene los dedos fríos. El apartamento es como un partido de fútbol bajo la lluvia. Deja sobre la mesa el bolígrafo Bic negro con el que no ha escrito nada desde hace media hora, se estira, se rasca la cabeza. Recuerda, por un momento y con irritación, la pluma estilográfica italiana por la que Becka tuvo tanto afecto durante una temporada; un afecto que ha seguido el camino de los demás. Luego, vuelve al primer cuadro.

La obra en la que están trabajando se representará dentro de dos semanas: la Crucifixión según Solemate Sox, bajo la dirección de Judas. Van a hacerla justo detrás de los piquetes de huelguistas, lo cual alentara a éstos, o al menos ésa es la idea general. Joel no está muy seguro de la obra, y ha habido algunas discusiones en el seno del grupo. La idea fue de Becka: la justificaba diciendo que aportarían una simbología comprensible para los trabajadores, la mayoría de ellos portugueses, que lo saben todo sobre Judas, basta mirar las estatuas de sus jardines, con todos esos Jesucristos sangrantes de yeso y Vírgenes Marías con niños de aspecto lúgubre. Por la misma razón, otros opinaban que un Cristo en forma de un gran calcetín de punto, a rayas rojas y blancas, quizá fuera demasiado para ellos. Podría cortarse la comunicación. El propio Joel vacilaba, pero había votado en favor de Becka, porque en aquel momento aún intentaban desarrollar el proyecto y sabía muy bien lo que le supondría ponerse en contra de ella. Otro ejemplo, habría dicho Becka, de que nunca la dejaba expresarse.

Confía en que no llueva; si llueve, el calcetín gigante se llenará de agua, entre otras cosas. Quizá deberían descartarlo, intentar otra aproximación. Con todo, hagan lo que hagan, es casi seguro que el subgerente y el viejo en persona los acusarán de antisemitismo. Esto le ocurre a Joel muy a menudo, y se ha agravado a partir de la obra sobre el Líbano y la venta de armas de Sudáfrica que representaron en las afueras del Beth Tzedec durante el Yom Kippur. Es posible que lo de la fosa común de lona portátil, llena de muñecas y salpicada de pintura roja, hubiera sido excesivo. Dos miembros de la compañía se plantearon la duda de si era de mal gusto, pero Joel les dijo que el mal gusto no es sino un refuerzo internalizado del orden establecido.

Joel no cree en las medias tintas. Y si golpeas, recibes un golpe a cambio. Las cosas han llegado a tal extremo que casi no puede asistir a fiestas. En realidad, el problema no es evitar todas las fiestas, sino sólo las de

determinado tipo, aquellas en las que se topará con primos segundos y hombres con quienes había ido de parranda, convertidos ahora en dentistas o metidos en el mundo de los negocios. Tampoco eran muy educados antes de la obra sobre el Líbano. En la última fiesta, una mujer a quien no conocía, una anciana, se acercó a él y le dijo:

—Debería darle un puñetazo en el estómago en lugar de estrecharle la mano.

—¿Por qué? —preguntó Joel.

—Ya sabe por qué —respondió la mujer—. Tiene una cara muy dura. Venir aquí a comerse nuestra comida… Ojalá se atragante.

—¿No cree que debería establecerse un debate abierto sobre la situación, como hacen en Israel? —replicó Joel.

—Los gentiles no tienen derecho —negó la mujer.

—¿Y quién es el gentil?

—Usted. No es usted un verdadero judío.

—¿Se ha constituido de repente en una especie de comité espontáneo en favor de la pureza racial? Da igual, lea el Antiguo Testamento. Solían lapidar a los profetas.

—Idiota.

Joel intenta que no le afecte; tiene las credenciales preparadas. «¿Queréis parientes muertos? —les dirá—. Yo los tengo».

«Entonces, ¿cómo osas traicionarles? —repondrán ellos—. Escupes sobre sus cadáveres».

«¿Creéis que estaría de acuerdo con lo que está sucediendo? —contraatacará—. Dos errores no hacen un acierto».

Luego se hace el silencio en su interior, porque es algo que nunca llegará a saber.

A Joel le duele la cabeza. Se levanta del escritorio y se sienta en la silla que utiliza para pensar, igual a la que su padre escogía en casa para leer el periódico, una La-Z-Boy tapizada. Joel compró la suya al menos de tercera mano, no tanto por nostalgia como por deseo de comodidad, aunque Becka sostuvo que lo había hecho para insultarla. No soportaba ninguno de sus muebles, en especial la mesa de ping-pong; siempre estaba suspirando por una auténtica mesa de comedor, por más que, como Joel apuntaba con gran cordura, ésta no cumpliría una doble función.

—Te pasas la vida hablando de la burguesía —le dijo Becka, aunque no era cierto—, pero esa silla es la esencia. *Eau de bourgeoise*.

Pronunció la palabra en tres sílabas: *bur-yu-as*. Tal vez lo hizo con algún propósito, mutilar la palabra para burlarse de él, pese a que la única vez que él la corrigió (la única vez, está completamente seguro), ella replicó: «Bueno, perdóname por estar viva». ¿Tenía la culpa de haber pasado un año en Montreal? Ella no lo había hecho. No tenía la culpa de haber hecho cosas que ella no.

Al principio, Joel creyó que se enfrascarían en un diálogo del que tarde o temprano surgiría un consenso. Pensó que se hallaban inmersos en un proceso de ajuste y reajuste. Pero visto desde ahora y aquí, jamás hubo diálogo, sino una contienda degradante.

Joel decide dejar de cavilar sobre las tediosas lacras personales. Hay cosas más importantes en el mundo. Recoge el periódico de la mañana, esparcido por el suelo, sabiendo que va a leer versiones deformadas y censuradas de algunas de tales cosas, pero justo cuando baja la vista hacia la miope y estúpida sección «Cartas al director», suena el teléfono. Joel vacila antes de contestar; quizá sea Becka, y nunca sabe desde qué ángulo se le va a venir encima. Pero la curiosidad puede más, como suele ocurrir cuando Becka aparece en sus pensamientos.

Pero no es Becka.

—Te voy a cortar los huevos —dice una voz masculina, casi con sensualidad, en su oído.

—¿Con quién desea hablar? —pregunta Joel, empleando su mejor imitación de mayordomo inglés en las películas de los años treinta. Joel ve montones de películas todas las noches.

No es la primera llamada telefónica de este calibre que recibe. A veces son antisemitas que desean cortarle sus pelotas judías; otras son judíos que desean cortarle las pelotas porque piensan que no es lo bastante judío. En ambos casos el mensaje siempre es el mismo: hay que cortarle los huevos. Tal vez lo mejor sería presentar a las dos partes implicadas para que se los cortaran mutuamente; puede que sea su sino. A él le complace la ubicación de sus huevos.

El tono de Joel desconcierta al tipo, que murmura algo sobre sucios bastardos rojos. Joel le comunica que el señor Murgatroyd no está en casa en aquel momento; ¿sería tan amable el señor de dejarle su nombre y teléfono? El cobarde cuelga, y Joel hace lo mismo. Está sudando como un condenado.

No lo hacía cuando esto empezó a suceder, pero las llamadas a las dos de la madrugada le están destrozando los nervios.

No quiere convertirse en uno de esos paranoicos que se esconden bajo el sofá cada vez que llaman a la puerta. «Aquí no existe la Gestapo», se dice. Necesita comer algo. Va a la cocina y explora la nevera, pero no hay gran cosa. Era Becka quien hacía la compra la mayor parte de las veces. Sin ella, ha recaído en los viejos vicios: pizza, Kentucky Fried, donuts de Dunkin' Donuts. Sabe que no es sano, pero persevera en ello como una especie de perversa rebelión contra ella. Solía justificar sus gustos diciendo que esto es lo que come el trabajador medio, pero incluso en aquel momento era consciente de que utilizaba la ideología para disimular la adicción. Aún debe estar creciendo, empero, pues sigue tomando los complejos vitamínicos con que Becka le atiborraba, amenazándole con el beriberi, resfriados y el escorbuto si se negaba. Recuerda con cierto pánico la época en que Becka se dedicó a comer alimentos poco menos que indigestos.

La verdad es que hasta los platos normales que cocinaba Becka, por buenos que fueran, le ponían nervioso. Siempre tenía la sensación de que se había equivocado de casa, que no estaba en la suya, pues era incapaz de asociar la casa propia con la buena comida. Su madre había sido una cocinera tan horrible que él se levantaba hambriento de la mesa la mayoría de las veces. De madrugada reptaba por el apartamento de su madre, descalzo como un criminal, en dirección a la cocina. Los ruidos de su estómago alcanzaban tal potencia que temía despertar a su madre. A continuación venía Ja captura de los únicos comestibles de la casa remotamente digeribles, que eran siempre productos procedentes de tiendas como Hunt's o Woman's Bakery: tartas de manzana, panecillos, pastelillos en forma de taza, galletas. Su madre tenía la costumbre de esconderlos para que no los encontrara; nunca estaban en la nevera o en la panera, desde el momento en que ella adivinó que era él quien se los comía por las noches. Con exquisitas precauciones, como un ladrón de cajas fuertes en busca de una difícil combinación, desmantelaba la cocina, moviendo cada vez una olla o una pila de platos. Su madre había llegado incluso a esconderlos en la sala de estar; y una vez, en el cuarto de baño, debajo de la pileta. La operación se desarrollaba con admirable lentitud. Aún recuerda la sensación de desafío, la creciente excitación, la sensación de triunfo final cuando localizaba aquellas queridas, familiares y aceitosas bolsas de papel marrón con el extremo superior retorcido, y su aroma, un poco rancio. Conserva una imagen de sí mismo, en pijama, acuclillado junto al botín oculto bajo el sillón, engullendo extasiadamente los bollos de Chelsea.

Su madre no lo mencionaba al día siguiente. Fracasó una o dos veces, pero sólo una o dos veces. Su madre tampoco mencionó esto.

Ahora, revolviendo su propia nevera, Joel no encuentra nada para comer. Queda un cuarto de litro de yogur, pero Becka lo dejó abandonado y resulta sospechoso. Decide salir a la calle. Localiza por fin su chaqueta en el fondo del armario del recibidor, en el departamento de ropa. Resulta que las cosas no se quedan colgadas cuando las cuelga. La chaqueta lleva la inscripción *Bluejays* en la espalda y está gastada en los puños. Conserva la mancha de grasa de aquella vez, años antes, en que se metió debajo del coche para intentar demostrar a alguien que sabía por qué perdía agua: un ejercicio inútil. El coche era algo completamente irracional; nunca había una explicación plausible para ninguna de las cosas que hacía ni para las piezas que se caían. Joel consideraba que conducir era como hacer un gesto de burla a la institución llamada «coche», al esnobismo de los coches, al concepto platónico de los coches. Aquél fue el coche que por fin le robaron.

—Nos han hecho un favor —comentó Becka.

Becka amenazó una vez con quemarle su chaqueta *Bluejays*. Dijo que si necesitaba llevar un emblema de macho estúpido, que eligiera al menos uno de buena marca; una demostración de sus conocimientos sobre la materia. Él había empezado a ignorarla por entonces; al texto, no al subtexto, y en la medida de lo posible.

Mientras se sube la cremallera suena el teléfono. Piensa que quizá sea otro cortapelotas; debería comprarse un contestador automático, de esos que puedes escuchar mientras graban. Esta vez, sin embargo, es Becka. Hoy toca la voz débil y triste, en la cual nunca confía. Es más creíble cuando grita.

—Hola, Becka —dice en tono neutro—, ¿cómo va todo? —Ella fue quien se marchó, aunque «marchó» es una descripción demasiado blanda, así que la reconciliación sólo depende de ella—. ¿Quieres algo? —añade.

—No seas así —contesta ella tras una breve pausa valorativa.

—¿Que no sea cómo? ¿Por qué es tan terrible mi forma de ser?

Ella suspira. Está acostumbrado a estos suspiros: suspira al teléfono mejor que cualquiera de las mujeres que ha conocido. Si no hubiera padecido sus suspiros tan a menudo, si no conociese los riesgos que conllevan, ya habría caído en la trampa. Sin embargo, Becka soslaya la pregunta; en otro tiempo se habría metido de cabeza en ella.

—Pensé que quizá podría pasar a verte —le dice—. Así podríamos hablar.

—Claro —asiente Joel, cayendo en un viejo vicio: nunca ha rechazado una propuesta para hablar del asunto, pero también sabe cómo acaba la charla.

Se imagina el cuerpo de Becka, que ella siempre esgrime como argumento decisivo; él lo califica de voluptuoso, y ella de bien provisto. Algunas de sus primeras discusiones giraron en torno a esta diferencia de opinión—. Aquí estaré.

Si es una oferta, ¿por qué rehusarla?

Pero en cuanto cuelga el teléfono lamenta su fácil conformidad. Así que se van a ir a la cama. ¿Y qué? ¿Qué esperan probar? ¿Qué estará tramando? No está muy seguro de querer regresar al ciclo de lavado y centrifugado. Y además está hambriento. Escribe a máquina una nota (a mano sería demasiado íntimo), diciendo que le han llamado de forma imprevista convocándolo a una reunión importante y que hablará con ella más tarde. No pone que la verá. Abre la puerta de atrás, la que utilizará Becka, y pega con celo la nota; mientras lo hace, se da cuenta de que alguien ha tirado un huevo contra la puerta. Los restos, en parte solidificados, resbalan por la madera; la cáscara ha caído sobre la acera.

Vuelve a entrar y cierra la puerta. Afuera está oscuro. Alguien se ha tomado mucho trabajo, rodeando el edificio; alguien que sabe quién vive exactamente detrás de esa puerta. No fue un tiro al azar, alguien que pasó por casualidad con un huevo en la mano y experimentó la perentoria necesidad de lanzarlo. Hay varias posibilidades: quizá se trate del cortapelotas, idea que no le agrada. Quizá sea el casero: eso pensó la semana pasada, cuando encontró un clavo atravesado en el neumático de la rueda trasera de su bicicleta. No cree que se trate de nadie con un cargo oficial. Ha sospechado más de una vez que la RCMP[5] ha «pinchado» su teléfono; conoce el claro sonido chirriante de la línea, y no duda de que está en la lista negra, como mucha gente inofensiva de este país. Pero no se molestarían en tirar huevos.

O quizá se trate de Becka. Entra dentro de su estilo tirarle un huevo a la puerta y después telefonearle para reconciliarse, porque se siente culpable de algo que jamás le confesará. «¿Qué huevo?», le dirá si se lo pregunta, con sus ojos inocentes de ardilla. Nunca llegará a saberlo. Una vez, en una fiesta a la que acudieron juntos, les contaron la historia de una mujer que se había separado de un hombre al que ambos conocían. Se había dirigido a la oficina de Correos, rellenó un impreso de cambio de dirección y nombre de su marido y ordenó que toda su correspondencia fuese enviada a una ciudad situada en el corazón de África. A Joel le pareció divertido el hecho, porque el tipo no le caía bien, pero a Becka no, pese a que había escuchado el relato

con suma atención y formulado algunas preguntas. De pronto se le ocurre que debió de interesarse en los detalles por si le podían servir de ayuda en el futuro. Intenta recordar el resto de la historia, las otras cosas que hizo la mujer: interceptar las camisas del hombre cuando las devolvía la lavandería y arrancarle todos los botones, enviar coronas fúnebres a su nueva amiguita… Joel no tiene nada que temer en ese sentido: ni lavandería, ni nueva amiguita. Pero será cuestión de vigilar la correspondencia.

Se pregunta si salir a la calle es una buena idea. Becka conserva una llave, y eso hay que solucionarlo cuanto antes. Quizá la encontrará en el apartamento, esperándole, cuando regrese. Decide arriesgarse. Cuando compruebe que se ha marchado, podra elegir entre quedarse o largarse. Dejar que ella decida es una de sus mejores tácticas. La vuelve loca. Sea como fuere, ha tomado una decisión. Le va a demostrar que no está impaciente. De ahora en adelante, le corresponde a ella poner toda la carne en el asador.

Mientras busca el billetero en el lío de periódicos, papeles y calcetines amontonados junto a la cama, *Carafea* se frota contra sus piernas y ronronea. Le rasca entre las orejas y le estira suavemente la cola, convencido de que a los gatos les gusta («Para de una vez, le vas a romper el espinazo», habría protestado Becka, sin caer en la cuenta de que *Carafea*, a fin de cuentas, le pertenece a él).

—*Carafea* —dice.

Lleva casi tanto tiempo con él como la silla La-Z-Boy y la mesa de ping-pong: a su lado las ha pasado de todos los colores. La gata vuelve su peculiar cara hacia él, mitad naranja, mitad negra, dividida por la nariz, una gata Yin y Yang, como solía decir Becka durante su fase de energía cuerpo-mente y cereales orgánicos.

El felino le sigue hasta la puerta, esta vez la de delante. Atravesará el vestíbulo de la comunidad y bajará la escalera, iluminada por las farolas de la calle. La gata maúlla, pero él no quiere que salga esta noche, pese a que le han extirpado los ovarios, porque le gusta callejear y a veces se enzarza en peleas. Es posible que los gatos no adivinen que es una hembra; o quizá piensen que lo es, pero ella no está de acuerdo. Joel solía exponerle a Becka, durante el desayuno, un análisis pormenorizado de las relaciones sexuales de *Carafea*. En cualquier caso, siempre se mete en líos. Presenta cortes en las orejas, y él le aplica una pomada antibiótica que la gata elimina sistemáticamente. Piensa en darle comida para distraerla, pero se le han terminado las galletas para gatos, una buena razón para salir a la calle. Saca de la nevera el yogur dudoso, lo deja en el suelo y lo abre para ella.

Joel se seca los labios y aparta el plato. Se lo ha tragado todo: una chuleta de ternera a la vienesa y la tira de patatas fritas. Se siente lleno y perezoso. El salón interior del Danubio Azul era uno de sus lugares favoritos para comer, antes de que se fuera a vivir con Becka, mejor dicho, antes de que Becka se fuera a vivir con él. No es caro y te atiborran por poco dinero, sin contar la excelente calidad. Tiene otra ventaja: acude mucha gente que quiere comer barato, estudiantes de arte, en parejas o solos, actores o actrices en paro, gente que busca algo pero que no están tan desesperados o son tan ricos o auristas como para frecuentar bares vulgares.

A Becka nunca le gustó este lugar, de modo que Joel fue espaciando sus visitas. Sin embargo, la última vez que comieron juntos fue aquí: señal inequívoca, para ambos, de que se habían cambiado los papeles.

Becka había vuelto del lavabo y se dejó caer frente a él, como si acabara de hacer un descubrimiento absolutamente insospechado.

—Adivina lo que hay escrito en el lavabo de mujeres —dijo.

—Me tienes sobre ascuas.

—Las mujeres hacen el amor. Los hombres hacen la guerra.

—Ah, ¿sí? ¿En lápiz de labios rojo o rosa?

—Y es verdad.

—Una gran conclusión, sin duda. No son los hombres los que hacen la guerra, sino algunos hombres. ¿Crees que a esos chicos de la clase obrera les gusta ir marcando el paso al matadero? Son los generales, son los…

—Pero no las mujeres, ¿verdad?

—Eso no tiene sentido —arguyó Joel, exasperado.

—Te diré una cosa. El único jodido punto de vista válido es el tuyo, ¿no?

—Y una mierda. No estamos hablando de puntos de vista, estamos hablando de historia.

Mientras pronunciaba estas palabras, la inutilidad de lo que intentaba hacer le abrumó, como sucede en ocasiones. ¿De qué sirve insistir, en una sociedad como ésta, que da dos pasos adelante y dos atrás? La frustración, la falta de dinero, la indiferencia y, por encima de todo, la incesante y pueril disputa de la izquierda sobre quién es el más puro. Si se produjera una auténtica lucha (Joel piensa en «fusiles», pero no en «guerra»), si tuviese lugar a campo abierto, las cosas quedarían claras, aunque todo puede reducirse a una tentación, a un impulso de teñir de romanticismo las luchas de otra gente. Resulta difícil decidir cuál es la forma de acción válida. ¿Has de estar muerto para ser auténtico, como parecen creer los puristas? La verdad es

que nunca ha visto a ninguno haciendo cola para engrosar los pelotones de fusilamiento. Quizá he elegido un método equivocado, quizá el teatro callejero no sirve de nada aquí, donde las calles están limpias y aseadas y nadie vive en ellas, ni en cabañas, ni hacinados en las cloacas ni duermen al aire libre sobre las aceras. A veces piensa que sólo están actuando, entregándose a un juego de adultos disfrazados que no consigue nada al final.

Pero estos estados de ánimo le duran poco.

—Los que detentan el poder provocan las guerras para perpetuarse en él —replicó, tratando de ser paciente.

—Piensas que nunca vas a ganar, ¿verdad? —dijo Becka con suavidad; ella puede leer su mente, pero sólo en los malos momentos.

—No se trata de ganar. Sé de qué parte quiero estar, eso es todo.

—¿Qué opinas respecto a estar de la mía? Para cambiar un poco.

—¿De qué mierda estás hablando?

—No tengo apetito. Vámonos a casa.

Joel siente que la palabra casa resuena como un eco en el aire de este lugar, un eco melancólico, en tono menor. «La casa no es un lugar —dijo Becka una vez—, sino un sentimiento». «Quizá sea ése el problema», respondió Joel. Conforme iba entrando en años, la casa era para él la ausencia de algo que debiera haber estado allí. Volver a casa era volver a la nada. Prefería estar fuera.

Pasea la mirada por el salón de paredes desnudas, lleno de humo. Sus ojos pasan de largo de las parejas y se demoran algo más en las mujeres que están solas. ¿Por qué no admitirlo? Ha salido esta noche en su busca, como tantas otras veces en el pasado: alguien para volver a casa acompañado, pero no a la suya, sino a la de ella, con la esperanza de que ese lugar desconocido, aunque sea uno más en la lista, contendrá por fin algo que desee poseer. Lo ha provocado la llamada de Becka; siempre sucede igual. Cada movimiento para rodearle, obligarle a clarificar su postura y acorralarle en un rincón sólo consigue que anhele escapar con mayor desesperación. Becka nunca lo manifestó en estos términos, pero lo que ella en realidad quería era la estabilidad, el compromiso, la monogamia, las labores domésticas. Cuarenta años de la misma rutina noche tras noche era un lapso de tiempo excesivamente largo.

Ve a una chica a la que conoce apenas, recuerdos del verano, cuando representaban la obra *El monstruoso tomate caníbal* cerca de Lemington para los segadores itinerantes (chozas con agua helada, insecticida en los pulmones, falta de cuidados médicos, intimidaciones. Era una buena obra). La

chica era una actriz secundaria, llevaba un letrero. Según recuerda, estaba liada con alguien de la compañía, sólo así se explicaba su presencia en aquella ocasión. Confía en tener razón, confía en que no ande demasiado metida en política. Becka no lo estaba cuando la conoció. En aquella época se dedicaba a la terapia artística en un manicomio, ayudando a los lunáticos a expresarse mediante periódicos mojados y cola. Ahora se da cuenta de que la serenidad y la paciencia que demostraba no eran sino deformación profesional, pero en aquel tiempo le sedujeron enormemente. Le gustaba intentar educarla, y ella accedió para imitarle o complacerle. Craso error.

En los últimos años ha llegado a comprender que el tipo de mujeres por las que se sentía atraído (intelectuales izquierdistas que concluyen con dignidad los debates, que creen en la igualdad, que pueden ser buenas compañeras), ya no le van. Este descubrimiento no le avergüenza, como hubiera sucedido antes. Ahora se decanta por las mujeres que hablan con voz suave, que no viven todo el tiempo inmersas en sus pensamientos, que no se toman la vida con mortal seriedad. Necesita a alguien que no discuta sobre si es demasiado machista o no, sobre si debe o no dar alas a los capitalistas utilizando desodorante para las axilas, sobre si las personas son políticas o la política es personal, sobre si es antisemita, antifeminista, antitodo. Alguien que no discuta.

Empuja hacia atrás la silla y se acerca, preparado para la negativa. Están en su derecho si le rechazan. No le preocupa gran cosa, nunca trata de forzar la aceptación. Carece de sentido ser ofensivo, no quiere estar con alguien que no quiera estar con él. Jamás ha entendido la violación.

La chica tiene el cabello rojizo, peinado con raya en medio y echado hacia la nuca. Se inclina sobre sus tallarines y finge estar absorta en un libro de bolsillo que tiene abierto junto al plato. Joel abre el fuego.

—Hola, me alegra verte de nuevo. ¿Puedo sentarme?

Ella levanta la vista, con ese leve fruncimiento de cejas que ha observado en rostros tan a menudo, el rostro de quien acaba de salir de un trance —«Oh, me has asustado»—, como si no se hubiera dado cuenta de su acercamiento. Se ha dado cuenta. Le reconoce, titubea, decide; luego, sonríe. Joel comprende que agradece la compañía; habrá terminado con como-se-llame. Aliviado, se sienta. Aunque sabe que nadie le está mirando, aún le hace sentirse como un idiota el que le rechacen, como un cachorrito que ha causado un estropicio.

Ahora le loca el turno al libro; siempre es una buena forma de entrar. Le da la vuelta para ver el título: *La fabricación de edredones a lo largo de la*

historia. Un asunto difícil: no tiene ni idea, y no le preocupa lo más mínimo la fabricación de edredones. Adivina que se trata del tipo de chica que lee sobre el tema pero que nunca se dedicará a él, aunque iniciar la conversación con una afirmación semejante podría parecer demasiado agresivo. Es un error empezar humillándolas.

—¿Quieres una cerveza o eres vegetariana?

—Pues, sí, lo soy —dice ella, con esa breve minisonrisa de superioridad que te conceden.

No ha captado la broma. Joel suspira; un principio nada prometedor.

—¿Te molesta que fume?

Ella se contiene; está claro que no desea que se marche.

—Adelante, el comedor es grande.

No añade que ya está lleno de humo, y a él empieza a caerle mejor.

Piensa en preguntarle «¿Vives por aquí cerca?», pero no puede repetir la misma historia una vez más. «Háblame de ti» también está descartado. En lugar de eso, se zambulle casi de inmediato, mucho más pronto de lo que acostumbra, en el realismo social.

—Hoy he tenido un día de mierda —dice.

Lo cree así, no es una falacia, el día ha sido una mierda total; por una parte sabe que desea compasión, pero por otra es consciente de que utiliza una táctica provechosa. Si despiertas su compasión, ¿cómo van a rechazarte?

Becka le acusaba de tener una picha desmontable. Según su versión, la desenroscaba, la ataba con una correa y la sacaba a pasear, como a un perro salchicha sin patas o un cerdo buscador de trufas (metáfora de Becka). Según ella, la encajaba en cualquier agujero o grieta que encontrase, cualquier cosa que recordara vagamente a un embudo, cualquier cosa remotamente femenina. En sus delirios más surrealistas (cuando todavía se esforzaba en vivir a cuestas con lo que denominaba el vicio de Joel, antes de que cambiara el término por el de «compulsión» cuando aún intentaba tomárselo con sentido del humor), se imaginaba a Joel enganchado en una ratonera, un árbol muerto o un grifo, sin poder soltarse, y todo a causa de que su picha había cometido un error. «¿Qué se puede esperar de un animal primitivo sin ojos?», decía ella.

—Si tuvieras una oveja y un par de botas de agua, ¿te quedarías más en casa? —le preguntaba—. La guardaríamos en el garaje. Si tuviéramos garaje. Si no fuera demasiado *bur-yu-as* tener garaje.

Pero estaba equivocada, no es sexo lo que él persigue. No sólo sexo. A veces, en el curso de un polvo, piensa que preferiría estar corriendo alrededor

de la manzana, viendo una película o jugando al ping-pong. El sexo es como una introducción en sociedad, tal como antes lo era el apretón de manos. Es el primer paso para conocer a alguien. Una vez dado, puedes concentrarte en las cosas importantes; claro que sin él es imposible concentrarse. Le gustan las mujeres, le gusta hablar con ellas, sin más, de vez en cuando. Aquellas con quienes le gusta hablar, con quienes le gusta reír, son las que se convierten en lo que él denomina en privado «repetidoras».

—¿Es que no tienes bastante conmigo? —le preguntó Becka, después de las dos o tres primeras, cuando ella lo dedujo. No era un buen embustero; le dolía ocultar las cosas.

—No es importante —le decía, intentando consolarla y calmar sus sollozos. Aún la amaba de una forma sencilla—. No tiene más importancia que un estornudo. No se trata de relaciones sentimentales. Tú eres una relación sentimental.

—Si no es importante, ¿por qué lo haces?

Fue incapaz de responder a esta pregunta.

—Soy así —dijo por fin—. Forma parte de mí. ¿No puedes aceptarlo?

—Pero es que yo también soy así —respondió, aún más llorosa—. Me siento como si fuera una mierda. Me siento como si no valiera nada para ti. Ni siquiera valgo más que un estornudo.

—Eso es un chantaje —dijo, alejándose.

No podía soportar que le extrajera amor y fidelidad, como se extrae zumo de naranja o una muela. Nada de exprimideras. Nada de alicates. Ella debería saber que era su relación central: se lo había dicho miles de veces.

El nombre de la chica, que ha olvidado, pero que le arranca fingiendo que lo tiene en la punta de la lengua, es Amelia. Trabaja, por supuesto, en una librería. Al mirarla más de cerca, advierte que no es tan joven como pensó al principio. Unas finas arrugas empiezan a formarse alrededor de los ojos, y una línea va desde la nariz al ángulo de la boca. Más tarde se extenderá hasta la barbilla, que es pequeña y puntiaguda, y adquirirá un aspecto malhumorado y famélico. Las pelirrojas tienen la piel delicada, envejecen pronto. Lleva una cadena alrededor del cuello, de la que pende un medallón de cristal con flores secas en su interior. Imagina que es la clase de chica que tiene prismas que cuelgan de su ventana y el póster de una ballena sobre la cama, y cuando van a su casa comprueba que es cierto.

Amelia resulta ser de las que gritan mucho, y a él le gusta; en cierto modo, es un tributo. También se ha quedado sorprendido: nadie lo hubiera dicho a simple vista, después de tanto decoro y comedimiento y la forma en que apartó su ceñido culito cuando se lo tocó mientras abría la puerta. Joel ignora por qué se imagina siempre que las chicas de orejas agujereadas con estrellitas doradas, altos pómulos y frágil caja torácica se estarán calladas en la cama. Es una noción anticuada que conserva sobre el buen gusto, pero a estas alturas ya debería saber que las delgadas tienen más terminaciones nerviosas por centímetro cuadrado.

Ella vuelve después a su comportamiento sosegado, como algo avergonzada de aquellos gemidos guturales, de haberlo aferrado de aquella manera, ya que a fin de cuentas es casi un extraño. Se pregunta cuántas veces habrá llevado a su casa a hombres a quienes apenas conoce; siente curiosidad, le gustaría preguntar «¿Lo haces muy a menudo?», pero sabe por pasadas experiencias que ellas lo consideran insultante, como una oscura mancha en sus criterios morales; pese a que, al igual que él, también lo hagan. En ocasiones, sobre todo si son más jóvenes, siente la tentación de aconsejarles que cambien de conducta. No es bueno arriesgarse con cualquier hombre, ni siquiera con los que comen en el Danubio Azul. Podrían ser violentos, aficionados a los látigos o a las agujas, pervertidos, asesinos; no como él. Ahora bien, cualquier interferencia podría ser interpretada como paternalismo patriarcal, lo que también sabe por experiencia. Allá ellas. Además, no tiene motivos para quejarse.

Amelia se aprieta contra él, la cabeza en sus bíceps, el cabello rojo desparramado sobre el brazo, la boca relajada; se siente agradecido por su mera presencia física, por su calor animal. Ya sabe que a las mujeres no les hace gracia la palabra «manguito», pero a sus ojos es un término descriptivo y cariñoso a la vez: algo forrado de pelo que te mantiene caliente. Algo así es lo que necesita para soportar noviembre. La chica se muestra incluso cordial, como sin darle importancia. Nunca espera que continúen siendo cordiales luego. Podrían esgrimirlo contra él, como si lo sucedido no les concerniera, como si lo hubiera hecho sin contar con ellas.

Ésta le gusta lo suficiente para sugerirle ver la última película de la televisión, una experiencia que no le gusta compartir con cualquiera. Sexo, sí; películas de madrugada, no. Se pregunta si habrá algo para comer en casa, algún pastel, para comerlo directamente del plato mientras ven la tele,

lamiéndose mutuamente el azúcar pegado a los dedos. Vuelve a tener apetito, y aún más, desea la sensación de comodidad que esto le aportará. Hay algo parecido a tarta de limón en una habitación oscura, pero cuando ella dice con toda sencillez que no, que le gustaría dormir un poco, que ha de levantarse temprano para ir al gimnasio antes de trabajar, le parece de lo más conveniente. Se viste, alegre; todo el asunto le ha puesto del mejor humor. Alberga la secreta sensación de haberse zafado de nuevo, por la ventana del dormitorio, y de hallarse en la calle de nuevo sin que le atraparan: aquí no hay papel atrapamoscas. Recuerda por un instante el día en que dedujo que su madre escondía las galletas para que no las encontrara, pero las encontró, y la enormidad de esa traición le hizo montar en cólera. Había visto el borde de su bata de felpilla verde que se ocultaba rápidamente tras una esquina del vestíbulo, desde donde le escuchaba comer. Ella debía de ser consciente de lo pésima cocinera que era, y empleaba aquel método tortuoso para asegurarse de que su hijo comería algo. Eso piensa ahora, pero en aquel tiempo se sintió controlado y manipulado por ella. Es posible que fuera entonces cuando empezó a abrigar sus primeras dudas sobre el libre albedrío.

Amelia se ha dado la vuelta y está casi dormida. La besa y le dice que no se levante a acompañarle. Se pregunta si le gusta lo bastante como para volver a verla, y decide que no. Sin embargo, memoriza el número de teléfono anotado en el aparato que hay junto a la cama. Lo apuntará después, en la cocina, para que ella no se dé cuenta. Le resulta imposible predecir cuándo un rollo de tales características le puede ir bien. Siempre conviene refugiarse de la tempestad en algún puerto, y cuando se halla en el punto más bajo de la gráfica necesita estar con alguien, no importa mucho con quién, dentro de ciertos límites.

Mea en el lavabo de ella, lira de la cadena y repara en la pegatina antinuclear del espejo y en los tiestos de hierbas que luchan por su existencia en el antepecho de la ventana. Después entra en la diminuta cocina y echa de paso un rápido vistazo a la nevera, con la vana esperanza de que la chica tenga guardado en ella algo poco saludable y delicioso. Pero es una chica sana, y traspone a regañadientes la puerta.

No piensa en Becka. No se acuerda de ella hasta que introduce la llave en la cerradura, cuando se la imagina de repente esperando al otro lado, con el cabello negro resbalando alrededor de su rostro como en una obra de Lorca, los grandes y heridos ojos clavados en él y algún instrumento mortífero en la mano: un sacacorchos, un pelapatatas o, más acorde con la tradición, un picahielos, aunque no tiene. Abre la puerta con cautela, se desliza en el

interior y un gran alivio le invade cuando comprueba que no sucede nada. Después de todo, quizá todo haya terminado. Cae en la cuenta de que no ha comprado comida para el gato.

Su alivio dura hasta que llega a la sala de estar. Muy bien; ha estado aquí. Contempla las entrañas de la La-Z-Boy tirada en el suelo, las tripas de alambre que sobresalen de lo que queda del marco, los montones de gomaespuma del sofá arrinconados contra el hogar como si éste fuera una orilla, como si Becka hubiera sido una tempestad, un huracán. En otra esquina descubre todas sus pelotas de ping-pong, alineadas en fila y pisoteadas, como huevos de tortuga reventados. Algunas de sus prendas interiores, chamuscadas en los bordes, todavía arden en el hogar.

Se encoge de hombros. «Puta histriónica», piensa. Ya lo reemplazará; no hay nada que no pueda comprarse de nuevo. No le va a joder tan fácilmente. Por fortuna, no ha tocado la máquina de escribir: Becka conoce con exactitud los límites de sus posibilidades.

Entonces ve la nota. ¿*Volverá Carafea*? *Está en un cubo de basura. Empieza a buscar*. La nota está sujeta con un alfiler en la gran vela artística de color anaranjado que hay sobre la repisa de la chimenea, una de las primeras cosas que ella le regaló. Es como si por fin hubiera recibido la visita de Santa Claus, que se ha revelado como el monstruo del que su madre le prevenía cuando mostraba síntomas de desear una Navidad similar a la de los otros niños de la manzana. «Santa Claus te traerá trozos de carbón y patatas podridas. ¿Para qué los necesitas?».

Pero no se trata de Santa Claus, sino de Becka, que sabe muy bien dónde clavar el cuchillo. No dice si está muerta o viva. Nunca le gustó mucho *Carafea*, pero es seguro que no se atrevería a matarla. Teme lo peor, pero es incapaz de asumirlo. Tendrá que ir a ver. Oye las garras arañando el metal, los aullidos lastimeros, el pánico creciente, mientras se sube la cremallera de nuevo. Ahora sabe que Becka no se detendrá ante nada.

Camina en amplios círculos por las calles que rodean su casa. Abre todos los cubos, investiga las bolsas, con el oído atento al más débil maullido. No debería perder el tiempo en algo tan trivial, tan personal; le conviene reservar fuerzas para las cosas importantes. Necesita perspectiva. Becka le está controlando otra vez. Quizá mintió, quizá *Carafea* se halle sana y salva en el nuevo domicilio de su ex, ronroneando junto al regulador del aire caliente. Quizá Becka le esté haciendo pasar aquel calvario por nada, con la esperanza de verle llegar a su puerta para torturarle o recompensarle, independientemente de los sentimientos que experimente en aquel momento.

—¡*Carafea*! —grita.

Se dice que está en estado de shock, que lo peor vendrá mañana, cuando se enfrente a todas las implicaciones de un futuro sin *Carafea*. En el mismo momento piensa: «¿Por qué tuve que ponerle un nombre tan estúpido?».

Becka camina por la calle. Ha caminado muy a menudo por esa calle en particular. Se dice que no hay nada de raro en ello.

Lleva las manos desnudas, y hay sangre en la derecha y cuatro finas líneas rojas en la mejilla. En la diestra empuña un hacha. En realidad es algo más pequeño que un hacha, una hachuela, la que guardaba Joel junto al hogar para partir la leña con que enciende el fuego. Hubo un tiempo en que le gustaba hacer el amor con él sobre la alfombra que hay ante la chimenea, a la luz anaranjada de la vela. Eso terminó cuando Joel dijo que siempre había corriente de aire y que prefería estar en la cama, donde hacía más calor. Con el tiempo comprendió que no le gustaba que le mirasen; tenía un tipo especial de recato, como si considerase que su cuerpo sólo le pertenecía a él. Una vez intentó burlarse de esto, pero fue una torpeza sin igual. Luego lo hicieron siempre bajo las sábanas, como una pareja casada. Antes de llegar a ese punto, ella no paraba de incordiarle para que no guardara el hacha en la sala de estar, sino en el porche trasero, y para que cortase la leña fuera; le dijo que no le gustaba clavarse astillas.

Fue al ver el hacha cuando lo hizo. Joel le había dicho que la esperaría, pero no se encontraba allí. No sabía adonde había ido, pero tenía una vaga idea. Siempre le hacía lo mismo. Le aguardó durante hora y media, paseó, leyó sus revistas, rodeada por un espacio que había sido suyo y que todavía lo consideraba así. La calefacción no funcionaba, lo cual significaba que Joel se había peleado con el casero de nuevo. Pensó en encender la chimenea. *Carafea* acudió, se frotó contra sus piernas y se quejó, y cuando ella fue a la cocina para darle algo de comer descubrió en el suelo el yogur que había comprado.

Se preguntó hasta cuándo iba a esperar. Aun en el caso de que llegara pronto, lo haría con ese aspecto de autocomplacencia y el olor que desprendía. Tenía la posibilidad de ignorarlo, en cuyo caso él salía vencedor, o de decir algo, en cuyo caso también ganaba la partida él, pues podía acusarla de intromisión en su intimidad. Un ejemplo más, diría, de por qué las cosas no funcionaban. Esa observación la irritaría (podían funcionar si a Joel le daba la gana), y después él la criticaría por irritarse. Su cólera sería la

demostración del poder que Joel posee sobre ella. Lo sabe, pero es incapaz de controlarse. Esta vez se había pasado. Siempre se había pasado.

Becka camina con rapidez, con la cabeza un poco gacha y proyectada hacia adelante, como si tuviera que empujar para abrirse camino a través del aire. El viento agita su cabello. Empieza a lloviznar. En la mano izquierda lleva una bolsa de basura de plástico verde, cerrada con un nudo. Se encuentra en la calle Spadina, una calle que recuerda de la infancia como el lugar al que iba en compañía de su abuelo cuando éste quería visitar a alguno de sus viejos compinches. La exhibía con orgullo y le daban cosas de comer. Eso era antes de que los chinos se adueñasen de la calle. Está muy bien iluminada, incluso a estas horas de la noche; muebles de bambú, mayoristas de ropa, restaurantes, muy étnico, como dicen ellos; pero no desea comprar o comer, gracias, sólo va en busca de un cubo de basura, un sitio para tirar la bolsa. Si lo único que busca es un vulgar cubo de basura, ¿cómo es que no encuentra ninguno?

No acaba de creerse que haya hecho lo que ha hecho. Lo que más la horroriza es que disfrutó descargando el hacha sobre el tapizado de su zarrapastrosa silla, sobre el sofá, arrancando y esparciendo su contenido, como si se tratara del propio Joel. Claro que de encontrarse allí se lo habría impedido. Sólo por estar allí, por mirarla como si dijera: «¿De veras que no se te ocurre nada más importante que hacer?».

«En esto me ha convertido —piensa—. Nunca fui mezquina, era una buena persona, una buena chica. ¿O no?».

Hoy, antes de llamarle, el sabor de su propia boca la ha enfermado. Ya había tenido bastante de soledad, y de libertad. Una mujer sin un hombre es como un pez sin bicicleta. Hermosas palabras, que en cierta ocasión se dijo, antes dé llegar a la conclusión de que no era un pez. Hoy pensó que todavía le quería, y el amor triunfa por encima de todas las cosas, ¿no es cierto? Donde hay amor, hay esperanza. Tal vez podrían volver a intentarlo juntos. Ahora ya no está tan segura.

Acaricia la idea de meter la bolsa de basura en un buzón, como un paquete, o en una máquina automática expendedora de diarios. Podría introducir la moneda, abrir la caja, sacar el periódico y dejar la bolsa. Alguien la encontraría en seguida. No es una mujer sin corazón.

De repente ve un cubo de basura, metálico como los de antes y no de plástico, frente a una verdulería china. Se acerca, apoya el hacha en el cubo, deposita la bolsa en el suelo e intenta levantar la tapa. O está encajada o tiene las manos entumecidas. La golpea contra un poste telefónico; algunas personas observan sus movimientos. Por fin consigue levantar la tapa. Por

suerte, el cubo está medio vacío. Deja caer la bolsa dentro. Ni un ruido: roció el interior con un producto para impermeabilizar botas, de esos que al inhalarlos te flipan. Los chicos de la escuela secundaria solían utilizarlos para colgarse. La estúpida gata se abrió paso con las ganas a través de las dos primeras bolsas de basura, antes de que Becka pensara en atarla con una camisa de Joel y rociarla con el impermeabilizador de botas para inmovilizarla. No sabe si quedó inconsciente, o si no pudo deshacerse de la camisa de Joel y decidió abandonar una batalla perdida. Quizá esté catatónica. Confía en no haberla matado. Agita un poco la bolsa; se produce un movimiento convulso. Se tranquiliza, pero no quiere ablandarse y soltarla. ¿Por qué han de recaer sobre ella todas las penas? Que él también sufra un poco, para variar.

Este robo es lo que más va a trastornar a Joel. Su hijo secuestrado, el que no quiso que ella tuviera. «*Aún no estamos preparados*» y toda esa mierda. ¡Mierda! Siempre pensaba más en la gata que en ella. La desquiciaba ver cómo cogía a la gata por la cola y la masajeaba entre sus manos, y a la gata, asquerosa masoquista, le gustaba. Era la clase de gata que se corría cuando le pegabas. Adoraba a su amo. Es posible que lo que en realidad no podía soportar es que se trataba de una grotesca y astuta pequeña parodia de ella misma. Es posible que así la vieran los demás cuando estaba con él. Es posible que él se la imaginara así. Piensa en sí misma acostada con los ojos cerrados, la boca relajada y abierta. ¿Se acordaba Joel de su aspecto en aquellos momentos cuando se acostaba con otras?

No cierra el cubo de basura con la tapa. Deja el hacha donde está y se aleja. Se siente más pequeña, disminuida, como si alguien le hubiera sorbido la sangre. Según dice la mitología, se supone que la ira es liberadora, pero su ira, desde su punto de vista, no la ha liberado de ningún sentido. Sólo ha conseguido dejarla más vacía. No quiere encolerizarse; quiere que la consuelen. Quiere una tregua.

Apenas puede acordarse de cuando tenía confianza en sí misma. No entiende de dónde la sacó. Su máxima era: «Bébete la vida con avidez. Vive el momento. Aprovecha al máximo tus experiencias. Abre los brazos a modo de bienvenida». Una vez pensó que podía enfrentarse a cualquier cosa.

Esa noche se siente sucia, vieja. Pronto empezará a utilizar crema antiarrugas. Pronto comenzará a preocuparse de sus pestañas. Se supone que empezar de nuevo es excitante, un desafío. Comenzar de nuevo es una idea atractiva, pero ¿con qué? Lo ha gastado todo; está acabada.

Aun así, le gustaría ser capaz de amar a alguien; le gustaría sentirse habitada de nuevo. Esta vez no sería tan exigente, se conformaría con un hombre algo desgastado en los bordes, de segunda mano, con algunas grietas en el cuero cabelludo, con algunos cabos sueltos, como algo adquirido en una liquidación por incendio, alguien ligeramente deteriorado. Como aquellos anuncios para adoptar niños en el *Star*: «El hijo de hoy». El amante de hoy. Un hombre en estado de shock, un hombre apaleado. Elegiría a un divorciado, a un viejo, alguien a quien sólo se le levantara de vez en cuando y que, de todos modos, se sintiera agradecido. Esto es lo que quiere: una gratitud equivalente a la suya. Pero incluso ahora se está engañando. ¿Por qué un hombre de tales características habría de ser diferente de los demás? Todos están un poco deteriorados. En cualquier caso, se estaría agarrando a un clavo ardiendo, y ¿a quién le gusta ser un clavo ardiendo?

Nunca debió llamarle. A estas alturas ya debería saber que lodo ha terminado, que cuando al final de un libro sale la palabra fin significa que no hay más: pero nunca llega a creérselo. El problema reside en que ha invertido en él muchos sufrimientos, y es incapaz de asumir la idea de que tantos sufrimientos no merezcan una recompensa. Es posible que la infelicidad sea una droga como las otras: desarrollas una tolerancia, y después quieres más.

«Llega un momento en que la gente ya no tiene nada más que decirse», le dijo Joel en cierta ocasión, durante una de las numerosas sesiones sobre la conveniencia de seguir juntos o no. Era la época en que deseaba acceder a la sabiduría. «Una vez alcanzando este punto —dijo—, sólo existe la repetición». Becka protestó; Becka pensaba que aún le quedaban muchas cosas por decirle. Ése era el problema: siempre le quedaban cosas por decir. Él la había sacado de quicio, y Becka perdió el control de sus palabras, dijo cosas imperdonables, cometió errores mayúsculos en los que jamás incurría con otras personas, como el casero, por ejemplo, con quien era un prodigio de tacto. Pero con Joel siempre sucede lo irrevocable.

Le dijo una vez que quería compartir su vida con ella. Dijo que nunca se lo había pedido a nadie. ¡Cómo se derritió, con qué avidez absorbió estas palabras! Pero nunca le dijo que la quería para compartir su vida con él, lo cual, en su momento, se reveló como algo muy diferente.

¿Qué pasará ahora, ahora que ella ha hecho lo que ha hecho? El tiempo proseguirá su camino. Volverá a la casa destartalada de Cabbagetown que comparte con otras dos mujeres. Es lo máximo que puede permitirse; al menos dispone de una habitación para ella sola. Apenas ve a las otras dos; las conoce principalmente por los olores, tostadas quemadas por las mañanas,

incienso (de una de ellas, la del novio intermitente) por las noches. La situación apesta a transitoriedad. Encontró el sitio al responder a un anuncio del periódico («Se necesita tercera mujer, cocina compartida, no se admiten drogas ni tipos raros») después de marcharse del apartamento que todavía considera suyo, y después de una desastrosa semana con su madre, quien pensó pero no dijo que le serviría de lección por no insistir en casarse. ¿Qué podía esperar de un hombre semejante? Sin un trabajo de verdad. Un falso judío. Todo falso.

Cuando llegue a casa estará hecha trizas, y una fatiga gris y desabrida habrá reemplazado a la extrema excitación de antes. Se pondrá su camisón más penitencial, de franela fina con flores azules, el que Joel odia porque le recuerda las caseras. Se preparará una bolsa de agua caliente y se meterá en una cama que todavía no huele a su cuerpo, y sentirá pena de sí misma. Podría ir a ligar a un bar, pero nunca lo ha hecho, aunque para todo hay una primera vez. Sin embargo, necesita dormir. Mañana ha de ir a trabajar a su nuevo empleo, su viejo empleo, a mezclar pinturas para los perturbados emocionalmente, una categoría en la que ahora se halla incluida. El sueldo no es muy bueno y existen algunos riesgos, pero se siente afortunada de tenerlo.

No podía continuar con la compañía, pese al estupendo trabajo que había realizado con los cadáveres decapitados para la obra sobre El Salvador que representaron en primavera, y pese a que también fue idea suya convertir a Cristo en un calcetín de punto. Ambos estuvieron de acuerdo en que su presencia daría al traste con la compañía: la tensión, el equilibrio inestable de los egos conflictivos. O palabras que surtieran este efecto. Joel manejó con maestría el asunto, y el resultado final fue que ella se quedó sin trabajo y él no, y Becka, durante un tiempo, llegó a sentirse noble por ello.

Becka se encuentra ahora a cuatro manzanas del cubo de basura, y llueve cada vez con más intensidad. Se refugia bajo un toldo, esperando a que la lluvia amaine, intentando decidir si es mejor pasar de todo y coger el tranvía. Le gustaría volver a casa caminando para librarse de esta energía furiosa.

Joel ya habrá llegado a casa. Se lo imagina abriendo la puerta y tirando la chaqueta al suelo; ve con toda claridad lo que descubrirá. Tiene la sensación de haber cometido un sacrilegio. ¿Por qué? Porque al menos durante dos años pensó que Joel era Dios.

Pero no es Dios. Se lo imagina corriendo por las calles con su chaqueta *bluejays* manchada de grasa, jadeando casi sin aliento porque habrá cenado demasiado, tal vez en compañía de alguna zorra, hundiendo las manos en la

basura y gritando como un poseso «¡*Carafea*!». La gente pensará que está chiflado, pero sólo estará enloquecido por el dolor.

Como ella, que apoya la cabeza en el frío escaparate de la tienda, escrutando a través del oscuro cristal, teñido de amarillo por esas cosas de plástico que ponen para evitar que el sol estropee los colores, a la mujer con el abrigo de pieles que hay dentro. Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Ni siquiera puede recordar en qué cubo metió al maldito animal, no lograría encontrarla aunque la buscara. Ojalá se la hubiera llevado a casa. En un tiempo también fue su gata, más o menos. También ronroneaba para ella y la lamía. Le hacía compañía. ¿Cómo ha podido hacer algo semejante? Es posible que el pulverizador para botas le haya reblandecido el cerebro a la gata. Justo lo que Joel necesita, una gata subnormal. Nadie advertirá la diferencia.

Ni tampoco la que se ha producido en ella, si sigue así. Se seca la nariz y los ojos con la manga mojada y yergue el cuerpo. Cuando llegue a casa hará algunos ejercicios de yoga y se concentrará en el vacío durante un rato, con el fin de serenarse, y tomará un baño. «Mi corazón no sangra», se dice. Pero no es cierto.

Dos relatos sobre Emma

Los Rápidos Vertiginosos

Hay algunas mujeres que parecen haber nacido sin miedo, al igual que existen personas que han nacido sin la capacidad de sentir dolor. Son las que van por ahí poniendo las manos sobre estufas calientes, congelándose los pies hasta la gangrena o quemándose la garganta con café hirviendo, porque nada les advierte del peligro. La evolución no las favorece. Tal vez ocurra lo mismo con las mujeres intrépidas, un ejemplar que no abunda mucho. Yo sólo he conocido a dos. Una de ellas era realizadora de documentales para la televisión, y fue de las primeras en rodar en Vietnam. Los soldados avanzaban desde la playa hasta el borde de la jungla, y ante ellos, caminando hacia atrás, estaba esa mujer. Da la impresión de que la Providencia protege a tales mujeres, quizá a causa del asombro. Puede suceder también, tarde o temprano, que deje de hacerlo.

Me han dicho que estas mujeres pierden la valentía cuando tienen hijos. Se vuelven cobardes, como todas las demás. Si algo amenaza al niño, por supuesto, reaccionan con ferocidad, pero ello sucede con escasa frecuencia.

La otra mujer a quien conocí, y a quien todavía conozco (su suerte no la ha abandonado), es Emma, que siempre me intrigó. Pienso en Emma como en una mujer capaz de hacer cualquier cosa, aunque ella no comparte esta opinión. Las auténticamente valerosas se consideran normales.

Voy a contarles, con mis limitados recursos, cómo llegó a ser así.

Cuando tenía veintidós años, Emma estuvo a punto de morir, o al menos eso le dijeron, y como murieron cuatro personas que la acompañaban, se vio obligada a creerlo. Nunca había estado cerca de la muerte.

Fue un accidente inesperado, y el hecho de que ella estuviera allí fue también un accidente, producto de un capricho y de conocer a alguien. Emma

conocía a mucha gente. La persona a la que conocía, relacionada con esta situación en concreto, era un hombre, un joven de su misma edad. No era su novio, sino que formaba parte del grupo con el que ella había salido el año anterior en la universidad. Durante los veranos trabajaba para una agencia de viajes especializada en organizar rutas fuera de lo común: recorridos en bicicleta a través de Francia, visita de reservas de caza africanas y cosas por el estilo. Este chico, llamado Bill, era uno de los guías. Sus proezas con la bicicleta le habían dotado de unas piernas con músculos bien desarrollados, que aquel día eran claramente visibles, pues llevaba pantalones cortos y una camiseta. Es posible que saliera ileso del accidente gracias a sus músculos.

Emma no había desarrollado músculos pedaleando. Nunca le importó demasiado el físico, y tan sólo en los últimos años ha prestado cierta atención a su figura. En aquella época tenía buenos bíceps, como resultado de levantar bandejas muy pesadas. Trabajaba de camarera en la cafetería de un motel turístico en Niagara Falls. Un letrero de neón en el exterior del motel mostraba dos corazones entrelazados, uno rojo y el otro azul, y los menús también llevaban impresos corazones en la parte superior, un detalle de mal gusto en relación con la comida, según opinaba Emma. El motel se dedicaba con preferencia a los recién casados; contaba incluso con una suite nupcial empapelada en rojo, con una cama Dedos Mágicos y una máquina que hacía café instantáneo para dos.

Emma dice que nunca ha comprendido la relación existente entre las cataratas del Niágara y las lunas de miel. ¿Qué tiene que ver el espectáculo de tanta agua cayendo por un precipicio con la sexualidad? Es posible que a los hombres les haga sentirse más potentes; Emma cree que alguna vez debería preguntárselo. Y es posible que las recién desposadas se pongan a temblar y les flaqueen las rodillas ante tamaña demostración de fuerza bruta inhumana, una virtud que anhelan fervientemente descubrir en sus consortes, si bien en estos días no hace falta esperar hasta el altar para comprobarlo. En la actualidad, los tratos ya no se cierran a ciegas.

O tal vez se deba a la vulgaridad de la ciudad, a su transitoriedad, a su carácter profundamente hortera, tan opuesto al concepto de amor eterno, en el que Emma nunca ha dejado de creer, pese a las bromas que ha hecho sobre el tema en diferentes ocasiones de su vida.

En aquel momento no lo sabía. No pensaba en el amor, sino en ganar el dinero suficiente para terminar el último año de la universidad sin empeñarse hasta las cejas. Niagara Falls era el sitio ideal para esto: la cueva del tesoro.

Así consiguió Bill, el forofo de la bicicleta, lo que iba buscando: asequibilidad. Nada de aquello habría tenido lugar si Emma hubiera vivido en otra parte.

Bill no tenía ninguna característica notable. Era uno más de los agentes del destino que se han inmiscuido en la vida de Emma de vez en cuando, y luego, misión cumplida, se han largado. Como muchas personas valerosas, Emma cree en el destino.

Bill era un chico encantador, tan encantador que cuando un día irrumpió en la cafetería de Emma y le dijo que deseaba su cuerpo, ella se lo tomó como una broma y no se ofendió. En realidad quería que participara en una excursión de prueba, le dijo. La agencia de viajes para la que trabajaba estaba preparando un proyecto piloto para un nuevo tipo de circuito: descender por los Rápidos Vertiginosos, bajo las cataratas del Niágara, en una gran balsa de caucho. Habían llevado a cabo la excursión nueve veces, y era perfectamente segura, pero no estaban dispuestos a abrir el circuito al público hasta efectuar una última prueba, en la que sólo participaría personal de la agencia de viajes y sus amigos, pero necesitaban más cuerpos: todo un contingente para que el experimento funcionara, cuarenta personas para verificar el peso y el equilibrio. Tenía la intuición de que a Emma la atraían esta clase de empresas.

Emma se sintió complacida ante esa imagen de sí misma y la aceptó como verdadera, una joven valiente, un tanto temeraria, presta a embutirse el chaleco salvavidas al menor aviso, a sentarse sobre una gran plataforma de caucho y deslizarse por los peligrosos Rápidos Vertiginosos del Niágara. Sería algo parecido a las montañas rusas, que siempre había encontrado fascinantes. Se uniría a las filas de aquellos que, en el pasado, trataron de desafiar a las cataratas del Niágara, los equilibristas que caminaban sobre la cuerda floja y los que se habían lanzado al vacío en barriles almohadillados; e incluso los suicidas, a quienes Emma englobaba con los retadores, porque si de alguna manera no lo hubieran considerado un juego, habrían utilizado un revólver. A los ojos de Emma existía un elemento de experiencia religiosa en todos aquellos intentos: caminar descalzo sobre carbones al rojo, desafiar las aguas. Aquella gente se entregaba a la misericordia, no a un simple río. «Sálvame, Señor, demuéstrame que soy lo bastante importante para merecerlo». Cuando Emma reflexionó sobre el particular tiempo después, llegó a la conclusión de que era esto lo que la había atraído: un deseo de arriesgar el propio yo que era, en realidad, una forma de arrogancia.

Emma aceptó al momento y se las arregló para que su siguiente día libre coincidiera con el de la prueba. La mañana de ese día, que era lunes, Bill la

fue a recoger a la ruidosa casa de madera que compartía con otras tres chicas. Atravesaron el Puente del Arco Iris y llegaron al punto de embarque, que estaba en la parte norteamericana. Se averiguó después (un periodista lo reveló) que las autoridades canadienses habían negado el permiso, por considerar la empresa demasiado peligrosa, pero es probable que Emma no se hubiera vuelto atrás ni en el caso de haberlo sabido. Como muchos de sus compatriotas, consideraba a los canadienses un pueblo poco brillante; ¿no habían sido los canadienses quienes menospreciaron el teléfono cuando Alexander Bell lo inventó?

La balsa, negra y enorme, parecía, en el amarradero, muy estable. Le dieron a Emma un chaleco salvavidas de color anaranjado. Bill le ayudó a ponérselo. Luego subieron a bordo y encontraron asientos en la proa. Habían sido de los primeros en llegar y tuvieron que esperar a los demás. Emma empezó a perder los ánimos y a preguntarse por qué había venido. La balsa era demasiado grande, demasiado sólida, como un aparcamiento de coches flotante.

Pero una vez se deslizaron por la corriente, la superficie de goma sobre la que se habían acomodado comenzó a rizarse en amplias oleadas de contracción, como una gigantesca garganta devoradora, la espuma de las aguas cayó sobre ellos, y Emma comprendió que los rápidos, hasta el momento tan decorativos como un pastel escarchado visto de lejos, eran muy reales. Los demás pasajeros emitieron los gritos emocionados de rigor, y luego gritaron de verdad, con menos emoción. Emma se sorprendió agarrada al brazo de Bill, algo que no habría hecho en circunstancias ordinarias. El cielo era de un azul sobrenatural, y la orilla (moteada por las figuras de los turistas, que parecían estáticos y pintados como dibujos en papel de pared, en tonos blancos o pastel) se veía muy lejana.

Mucho se habló después acerca del estrepitoso fracaso de la décima prueba, considerando que las otras nueve se habían llevado a cabo sin la menor dificultad. Algunos lo atribuyeron al diseño de la balsa; otros afirmaron que, a consecuencia de las inusuales cantidades de lluvia caída la semana anterior, el nivel del agua había subido en exceso y la corriente tenía mayor velocidad de la habitual. Emma no recuerda que se formulara preguntas en aquel momento. Sólo vio la proa de la balsa hundiéndose en una depresión mucho más profunda que las anteriores, mientras una muralla de espuma se alzaba sobre sus cabezas. La balsa debería haber dibujado una curva sinuosa, deslizándose por encima de la ola, pero en lugar de ello se combó por el centro, y el movimiento se propagó de delante a atrás. Emma,

Bill y los demás ocupantes de la fila delantera salieron despedidos hacia popa por encima de las cabezas del resto, que se precipitaban en un confuso amasijo hacia el ángulo inferior de la V, ahora sumergido. Emma, de hecho, no vio nada, lo dedujo después. Sólo fue consciente de sus movimientos, y todo sucedió muy de prisa.

Algo la golpeó en un lado de la cabeza (quizá un pie calzado con una bola) y se encontró bajo el agua. Más tarde supo que la balsa había volcado y un hombre se ahogó al quedar atrapado bajo ella, de modo que fue muy afortunada al salir despedida por los aires. Pero bajo el agua no pensó. Algo la impulsó a contener el aliento y nadar hacia la superficie, blanca y plateada, así que lo debió hacer con los ojos abiertos. Sacó la cabeza fuera del agua, aspiró una bocanada de aire y volvió a hundirse.

Luchó contra las aguas embravecidas. Se sintió henchida de una energía casi insoportable que nacía de la rabia: «Me niego a morir de una forma tan estúpida», fue la fórmula que utilizó después. Cree que gritó, al menos una vez, «¡No!», una forma de malgastar el aliento, porque no había nadie cerca para oírla. Se estrelló contra algunas rocas, sufrió magulladuras y arañazos, pero nada más le golpeó la cabeza, y al cabo de lo que le pareció una hora pero no fueron más que diez minutos, consiguió mantener la cabeza fuera del agua e incluso nadar. Le resultaba difícil mover los brazos. Se dirigió con grandes esfuerzos hacia la orilla y, por fin, se izó hasta una pequeña playa rocosa. Había perdido las bambas. Debió de patalear para perderlas, pero no lo recordaba; es posible que se desprendieran de sus pies. Se preguntó cómo iba a caminar sobre las rocas sin calzado.

El cielo estaba aún más azul que antes. Entre las rocas crecían flores también azules, algunas hierbas y acianos. Emma los miró y no experimentó ninguna sensación. Había sufrido cortes, tenía la ropa destrozada, y un bulto en la sien, pero no se daba cuenta de nada. Dos personas, un hombre y una mujer, vestidas con prendas veraniegas, venían hacia ella paseando por un sendero.

—¿En qué país estoy? —les preguntó.

—En Canadá —respondió el hombre.

Pasaron de largo y continuaron la caminata, como si no hubieran observado nada extraño en ella. Probablemente fue así. Como aún no habían tenido noticia del accidente, no se dieron cuenta de que se había producido uno.

Emma, por su parte, tampoco consideró inadecuado su comportamiento. «Menos mal», pensó. No tendría que volver a cruzar el puente y pasar por

Inmigración; una suerte, pues había perdido el bolso y no llevaba encima la partida de nacimiento. Empezó a caminar corriente arriba poco a poco, ya que iba descalza. Un número insólito de helicópteros sobrevolaba la zona. Consiguió que un coche la llevara al motel (no sabe por qué eligió el motel en lugar de su casa); cuando llegó, la televisión ya había dado la noticia y todos la daban por muerta.

La ingresaron en el hospital para que se recuperase del shock y le hicieron una entrevista para la televisión. Su foto apareció brevemente en los periódicos. Bill fue a verla y le narró su propia experiencia. Bajo el agua, en un momento determinado, lo había dado todo por perdido, y entonces las aguas adquirieron una gran serenidad y belleza. De esta manera descubrió Emma que ella no había estado tan cerca de la muerte. Las piernas musculosas de Bill habían reaccionado con autonomía propia, como las patas de una rana herida, y le habían salvado.

Emma se sintió durante un tiempo más cercana a Bill que a nadie, pero este sentimiento se disipó, aunque todavía se felicitan por Navidad. No existió jamás la menor posibilidad de romance: el accidente les transformó en algo muy parecido a hermanos gemelos, y después se comportaron como extraños. La intimidad a que da lugar una catástrofe compartida no dura mucho.

Emma me dijo que había aprendido varias cosas gracias a aquella experiencia. La primera, que el número nueve da más suerte que el diez, una superstición que todavía hoy conserva. La segunda, que mucha más gente de la que pensaba se habría enterado de su muerte, en caso de haber ocurrido, y que les habría afectado de alguna manera; y la tercera, que no les habría afectado muy hondamente o por mucho tiempo. No habría tardado en convertirse en un simple nombre, el nombre de una mujer que había muerto joven, en un trágico accidente, tiempo atrás. Tal vez por esta razón, Emma no experimentó jamás esos anhelos de muerte, esos coqueteos con el jinete pálido que afligen a tantas mujeres entre los veinte y los treinta años. Nunca pensó, un poco esperanzada y melodramáticamente, que no llegaría a los treinta, que alguna enfermedad indeterminada pero misericordiosa se la llevaría. Estaba decidida a vivir, costara lo que costase.

Ni siquiera se sintió tentada, después de eso, a tirar por la borda nada (un hombre, un apartamento, un empleo, unas vacaciones) con la errónea convicción de que al actuar así contribuiría a la felicidad de los demás, porque pronto descubrió la escasa diferencia que produciría en el esquema general de las cosas. Casi siempre aprieta los dientes, ignora gimoteos, insinuaciones e incluso amenazas, y hace lo que le da la gana. Se ha ganado la reputación de

egoísta e insensible. Creo que dice mucho en su favor el hecho de que, en tales ocasiones, no ha sacado a colación la historia de que estuvo a punto de morir ahogada como justificación de su comportamiento, en ocasiones dudoso.

Pero el efecto más notorio que el accidente produjo en Emma fue su creencia ciega (comparable a un artículo de fe religiosa) de que era invulnerable. No sólo lo presentía, sino que lo sabía, tan cierto como que su mano era su mano. Había sido arrojada a los Rápidos Vertiginosos de las cataratas del Niágara y sobrevivido; desde ese momento, nada podía afectarla. Caminaba en el interior de una burbuja hechizada, que a veces le parecía casi invisible, cuyo brillo la rodeaba como un vaho, como el vaho que de hecho se desprendía de las propias cataratas. Una flecha disparada contra ella habría rebotado. No cabe la menor duda de ello, al menos para Emma.

Esta creencia se fue debilitando poco a poco. Alcanzó su punto culminante justo después del accidente, pero se evaporó año tras año, y ahora no queda ya sino una débil fosforescencia. Sus amigos llaman optimismo al convencimiento de Emma de que todo le saldrá bien, pase lo que pase.

Caminando sobre el agua

Varios años después de los Rápidos Vertiginosos, más intrépida que nunca, Emma viajaba a bordo de un barco, Nilo arriba. Sucedió durante su fase de viajar por el mundo. No tenía mucho dinero por entonces, así que el barco no era muy lujoso. El mejor sitio era la cubierta. En la cabina interior había bancos para sentarse, pero estaba saturada de humo y olía a muchos pasajeros anteriores, no todos los cuales habían teñido un buen viaje. Por eso Emma se quedaba fuera, y no le sabía mal porque veía el paisaje mejor que desde dentro. Se resguardaba del sol con un amplio sombrero de dril.

Viajaba sola.

Un árabe de mediana estatura, tal vez de unos treinta años, intrigado por las diferencias culturales que habían depositado en el barco a aquella joven, vestida sucintamente con ropas extravagantes y que oteaba el horizonte con aire pensativo apoyada en la barandilla, sin más compañía que una mochila de mala calidad, inició la maniobra de aproximación hacia ella. La mujer no respondió, pero frunció el ceño y se alejó un poco. Él sonrió: tenía muchos dientes de oro. Le ofreció algo de dinero.

—Lárgate —dijo Emma.

El hombre lo interpretó como un incentivo. Tal vez había sido una equivocación dirigirle la palabra. Posó una mano sobre el brazo de Emma, desnudo hasta el codo. Ella le apartó la mano sin mucha brusquedad (no quería ofenderle, tan sólo disuadirle) y se dirigió a la barandilla opuesta. Contemplaban la escena algunos hombres, tal vez amigos del otro; Emma pensó que se proponían darle ánimos. Él la siguió y le rodeó la cintura con el brazo.

—Si no me dejas en paz —le dijo en voz alta—, me tiro por la borda.

Los otros hombres se rieron. Él intentó besarla, de una forma exageradamente elegante, quizá aprendida en las viejas películas norteamericanas, y trató de echarle la cabeza hacia atrás, pero era unos centímetros más bajo que Emma y no la pudo mover. En realidad pretendía ofrecer una demostración a los demás, sin la menor esperanza de salir triunfante. Emma le cogió la mano y le retorció el meñique para obligarle a ceder, un truco que había aprendido en el patio del colegio. Luego, trepó a la barandilla. Era consciente del aspecto desgarbado que ofrecía con la falda larga que llevaba en deferencia al horror que manifestaba el país hacia las piernas. Saltó al agua. El Nilo se veía turbio y opaco, y por un momento perdió la confianza mientras caía. Su pensamiento fue: «Cocodrilos». Pero no había ninguno. Los hombres gritaron, y el barco se detuvo, retrocedió y la rescató, tal como había imaginado. Los hombres de a bordo se comportaron con respeto a partir de entonces, mantuvieron las distancias y hablaron de ella en voz baja, y esperaba que con admiración. Comprendieron su gesto. No se habían creído que la mujer occidental que viaja sola pudiera tomarse tan en serio lo que ellos consideraban su honor como para arriesgarse a morir por él.

Mojada de pies a cabeza, se acomodó en el puente y se secó el pelo al sol, con el sombrero (que no se le había desprendido en ningún momento de la cabeza) a su lado. Se sintió un poco despreciable por utilizar un truco semejante (si bien era lo único que podía hacer dadas las circunstancias), pues sabía que no implicaba ningún riesgo. No había tenido la menor intención de morir.

De lo narrado hasta ahora se podría deducir que Emma es una especie de marimacho a la que le gusta intercambiar cigarrillos y palmaditas en la espalda con los hombres, pero al mismo tiempo es refractaria a ellos. Al contrario: Emma, pese a su estatura, siempre se está enamorando, una

empresa que acomete como si fuera paracaidismo: te arrojas impulsivamente al vacío y confías en que el paracaídas se abra.

Los hombres de quienes se enamora suelen estar casados, y por lo general son impresentables, al menos es lo que piensan las amigas de Emma. Intentamos que conozca a hombres agradables, hombres con los que podría sentar la cabeza, como ella afirma sin cesar que le gustaría hacer, tal vez con cierto anhelo falso en el fondo. Pero a Emma no le interesan estos hombres agradables, atentos e incluso solventes. Dice que quiere hombres excepcionales, hombres a los que pueda respetar, y por eso cae a los pies, uno tras otro, de hombres que se han destacado en sus respectivos campos, gracias a un egoísmo sin escrúpulos, a dar puñaladas por la espalda y a lo que Emma llama dedicación, lo cual, traducido a palabras vulgares, significa que cuando hay dinero de por medio no tienen tiempo para nadie, ni siquiera para Emma. Ignoro cómo es capaz de olfatear esta clase de hombres a un kilómetro de distancia, en especial después de tanta práctica, pero, como ya he dicho, no tiene miedo. Las demás gozamos de cierta autoprotección.

En aquella época de su vida (la fase de viajar por el mundo), Emma estaba enamorada de Robbie, que le había dado clases en la universidad. Robbie, un fornido escocés de barba rojiza y mal humor legendario, era veinte años mayor que Emma. Emma confundía el mencionado malhumor con timidez. Pensaba que era más espiritualmente maduro que ella, y por ello más difícil de comprender. También esperaba que, tarde o temprano, Robbie se daría cuenta de que la auténtica compañera de su vida no era la mujer con quien llevaba casado quince años, madre de sus dos hijos, sino Emma. Eso era al principio de la carrera de Emma. Luego dejó en la cuneta el tópico matrimonio, o al menos no lo mencionó en exceso. Pero no por ello los hombres fueron menos impresentables.

Robbie era una personalidad destacada en su campo, no muy extenso. Era arqueólogo, especializado en sepulturas. De hecho estaba escribiendo un libro sobre tumbas comparadas, gracias a lo cual viajaba de un extremo al otro del mundo, algo conveniente para Emma. Robbie nunca se mostraba contrario a que le acompañara, siempre que ella se pagara sus gastos. Todas las demás nos dábamos cuenta de que, entre todos los pecados de Robbie, sobresalía el de la explotación del tema de la mujer liberada. Siempre le estaba dando lecciones a Emma acerca de cómo podía liberarse más. Pero Emma le amaba pese a ello.

Durante el primer e idílico estadio de su relación, cuando Robbie se había convertido para Emma en el único hombre del mundo que no terminaba en la

cintura, cuando ella todavía creía en conceptos como la fidelidad y la eternidad, cuando estaba convencida de que algún día Robbie se casaría con ella, Emma estuvo a punto de matarle. No lo hizo a propósito.

Se encontraban en una isla del Caribe, St. Eunice, una de las menos conocidas. Aquellas vacaciones habían sido idea de Robbie. Estaba investigando unas tumbas en México, pero interrumpió el trabajo para volar a la isla y reunirse con Emma.

—¿Te das cuenta de cómo sacrifico mi carrera por ti? —le dijo en broma, aunque Emma sospechó que en parte lo decía en serio, pues no en vano Robbie había comentado que en St. Eunice no había tumbas con las que perder el tiempo.

Pasaron una tarde en un cementerio local en que las tumbas estaban cubiertas de hormigón y valladas por una cerca para mantener alejadas a las cabras, según explicó Robbie, y había tarros de mermelada con flores naturales marchitas y flores de plástico descoloridas. Ofrendas a los muertos, dijo Robbie. Emma dijo que le recordaba a Terranova. Robbie nunca había estado en Terranova, y se puso de mal humor. No le gustaba que Emma hubiera visitado lugares en los que él no había estado. Para que recobrase el buen humor (hacía demasiado calor para discutir), Emma dijo que en realidad no había ido a Terranova, sólo había visto películas rodadas *in situ*. Entonces él volvió a animarse y señaló un extraño ornamento en forma de laberinto pintado sobre una de las tumbas de cemento. Le explicó que, en su origen, los laberintos habían sido las entradas o salidas de los túmulos funerarios. Servían para desorientar a los muertos, dijo, para que no pudieran salir al exterior, pero en aquellos casos el laberinto estaba destinado a impedir que los muertos entraran.

Esta conversación prosiguió durante el trayecto entre el cementerio y la casa, donde Robbie, excitado por su propia erudición, le hizo el amor a Emma por la tarde, una novedad para una persona joven como ella.

Se alojaban en una casa propiedad de un amigo de un amigo de Robbie. La casa era de piedra y estuco, con ventanas de vidriera reticulada y un ventilador en el techo, al estilo antillano, y una amplia terraza en torno a todo el edificio. Jazmines trompeta proporcionaban sombra al patio, y soplaba una fresca brisa marina.

De lodos modos, no había mucho que hacer, excepto dedicarse el uno al otro. Se quedaron dos semanas, y al finalizar la primera Emma ya experimentó la necesidad de pasar algún tiempo lejos de Robbie, pese a que le seguía amando como siempre, por supuesto. Como un gas volátil, el

arqueólogo tenía la propiedad de expandirse hasta ocupar todo el espacio disponible.

Emma, que era más amante de la naturaleza que Robbie, empezó a dar largos paseos. A veces trepaba a los riscos o se aventuraba en salientes resbaladizos visibles sólo durante la marea baja. Robbie la acompañaba en ocasiones, pero casi siempre se quedaba en la casa, sentado en la terraza y pasando a limpio sus notas.

Había una playa cerca de la casa en que se alojaban, y frente a ella, a unos quinientos metros, una isla llamada Wreck Island, en la que había naufragado un barco de recreo; aún eran visibles los restos del casco. Cuando tuvo lugar el naufragio, y una vez que los pasajeros fueron rescatados, muchos habitantes de la localidad se hicieron a la mar en el momento adecuado (pues las corrientes del canal podían ser inconstantes y traicioneras) y saquearon el crucero. Los bosques, según le contaron a Emma, estaban sembrados de inodoros que nunca fueron instalados, arañas lujosas y enormes escudillas de la cocina del crucero, demasiado grandes para guisar.

Emma escuchó esta historia en el bar de la playa, donde también se enteró de que una cresta bajo el mar conducía a Wreck Island. Desde una colina situada sobre la bahía se veía como una línea oscura. La tradición local afirmaba que era posible caminar por la cresta de una isla a otra en las horas de marea baja. Decían que el agua te llegaba al cuello. Un hombre enfrentado con un vecino a causa de una mujer lo había hecho; más tarde, el vecino se apoderó de un bote de remos a punta de cuchillo, remó hasta la isla y le sacudió a modo; pero el hombre que había utilizado la cresta salió vencedor de la confrontación, y en la isla fue conocido desde entonces como Jesucristo, porque había caminado sobre las aguas.

En cuanto Emma oyó la historia se le metió en la cabeza la idea de ir también caminando hasta Wreck Island. No podía explicar la razón. Insistió a Robbie hasta aburrirle; ella ya había explorado todas las inmediaciones, y ¿a que sería un desafío ir caminando hasta la isla? No empleó la palabra «desafío» sin un propósito determinado, que consistía en persuadir a Robbie de que hiciera la caminata con ella. No era tan temeraria como eso, y aunque todavía creía en su invulnerabilidad, no desdeñaba la compañía y algo de apoyo. Sabía que Robbie no deseaba ir, pero también sabía que era incapaz de resistirse a la palabra desafío. Dejó patente que ella iría fuera como fuese, y al final él accedió a acompañarla. Dijo que necesitaba de alguien que no la perdiera de vista por si se metía en problemas.

Emma eligió la indumentaria de ambos con todo cuidado: trajes de baño, con camisetas para protegerse del sol; bambas, pues la cresta era en parte coralina; sombreros de dril para el sol, que Emma compró especialmente en una tienda local, el de ella de color rosado intenso, el de Robbie azul, ambos adornados con dibujos de estrellas de mar. Aplicó crema protectora a la nariz de Robbie (a él le gustaban los mimos) y un poco en la suya. Emma consideró que cada uno debía llevar colgada del hombro una cantimplora de plástico llena de agua por si tenían sed. Asimismo adquirió largos bastones para mantener el equilibrio y para abrirse paso bajo el agua.

Emma consiguió el horario de las mareas, que le fue proporcionado por uno de los muchos propietarios de yates que acudían a los bares de la playa. Partieron con la marea baja, a las diez de la mañana. Las noticias sobre la intentona se habían propagado, y algunas personas fueron a despedirles para desearles suerte. Otros, más tímidos en opinión de Emma, se habían apostado a cierta distancia para observar el espectáculo.

Encabezaba ella la marcha. Encontrar la cresta no fue difícil. El agua le llegaba a las axilas (Jesucristo debió de ser un hombre bajo), y el terreno que pisaban era firme, si bien Emma estaba atenta a las oscuras sombras espinosas de los erizos de mar. En su punto más estrecho, la cresta parecía tener unos treinta centímetros de anchura, y estaba cortada en vertical por ambos lados. Debía de tratarse de una vieja formación geológica, una elevación de lava más dura que el lecho circundante. Emma sabía que muchas de aquellas islas eran volcánicas.

Salvada una cuarta parte del recorrido, Emma percibió que el agua estaba mucho más fría que cuando nadaba en ella. Por otra parte, la corriente del canal que separaba las dos islas era más fuerte de lo que había pensado. La verdad es que no había prestado mucha atención a este detalle: no había incluido la corriente en su imagen mental del pequeño paseo. La marea estaba baja cuando iniciaron la caminata, pero ahora que ya habían alcanzado el punto medio empezaba a elevarse de nuevo. No tardaría en cubrir la cresta. Decidió que no intentarían regresar a pie, sino que harían señales a alguien de la isla principal para que acudiera a recogerles, algo muy típico de Emma. Su especialidad era avanzar en una sola dirección: detestaba volver atrás.

Notó que la fuerza de las olas aumentaba, y que le costaba mantener el paso, lo que conseguía gracias al bastón. Empezaban a dolerle los músculos de las pantorrillas a causa de la resistencia del agua. Necesitaba concentrarse, y por eso no se había preocupado de buscar a Robbie con la mirada, pero ahora lo hizo.

Al principio no le vio. No estaba donde debía estar, es decir, caminando por la cresta detrás de ella. Vio, en cambio, una gran masa de gente concentrada en la colina que dominaba la bahía. Estaba sentada tranquilamente, como en un teatro, atenta a la representación que tenía lugar.

La representación consistía en que Robbie se estaba ahogando. Emma lo vio por fin: había resbalado y la corriente del canal lo arrastraba hacia mar abierto. Emma sólo pudo distinguir su sombrero azul para protegerse del sol y un fragmento de la cabeza que cubría. Mientras miraba, surgió un brazo que se agitó débilmente y volvió a hundirse. Oyó un sonido tenue: Robbie gritaba. ¿Cómo no le había oído antes?

Emma alzó el bastón y lo agitó en dirección a la colina.

—¡Hagan algo! —chilló.

Apuntó a Robbie con el bastón, como si fuera una varita mágica con la que ordenarle que se detuviera, ascendiese y flotara boca arriba. Se sintió impotente. Se sintió engañada. Sabía que no podía seguir avanzando, de lo contrario las aguas no tardarían en cubrirla.

Por fin, enviaron a Horace para que fuera a buscar a Robbie en su destartalado bote. Nadie más quiso arriesgarse, pues todo el mundo sabía que el cambio de marea es el momento más inadecuado para adentrarse en el canal de la bahía de Wreck, y no había ningún fuera borda a mano. Todo el mundo en su sano juicio atracaba sus fuera borda, veleros e incluso botes de remos al otro lado de la isla, en un puerto abrigado, pero decían que a Horace le faltaba algún tornillo, y que además era terco: le gustaba tener el bote donde pudiera vigilarlo. También era, por fortuna para Robbie, fuerte como un buey. Fuera retrasado mental o no, en aquella ocasión se portó mucho mejor que nadie, incluyendo a la propia Emma. Remó tras Robbie, lo sacó del agua y volvió a la orilla. La muchedumbre aplaudió, y Robbie se desmayó.

Emma llegó a Wreck Island y se sentó, temblorosa y preocupada por Robbie, hasta que alguien se acordó de ella y enviaron una motora en su busca. Nadie la felicitó por su osada proeza o se refirió a ella como señorita Jesús (más tarde se dio cuenta de que lo había deseado con todas sus fuerzas). Al contrario, le dijeron que había sido una condenada estúpida por haber intentado algo semejante.

—Entonces, ¿por qué no me lo impidieron? —preguntó, doblemente molesta porque sabía que tenían razón.

Sin embargo, lo había hecho. Había coronado el paseo.

El cantinero de la bahía de Wreck, el mismo que la estaba reprendiendo, le dijo que todos sabían qué clase de mujer era, de esas que cuando se les

mete una idea en la cabeza no hay forma de sacársela. Se encogió de hombros, siguió limpiando vasos, y Emma comprendió que no podría pasar inadvertida, como siempre suponía que ocurría en países extranjeros, sino que estaría en boca de todos.

Emma se sintió muy mal por lo de Robbie. Se sentó junto a su cama, donde yacía cubierto por varias mantas a pesar del calor, le cogió la mano y dijo:

—Robbie, ¿qué te he hecho?

Emma, como la mayoría de la gente, adopta de inmediato posturas estereotipadas en momentos de angustia. Sólo en las novelas se detiene la gente a pensar en formas originales de expresar su dolor y su miedo. Robbie era el hombre encantador y agradable a quien ella amaba, y había estado a punto de matarle.

Robbie sufría tremendos escalofríos. Emma envió a buscar al médico del pueblo para que lo reconociera. Emma conocía de antes a ese médico, pues la había tratado de una infección de la pierna que le sobrevino al arañarse con un coral que había cogido en el puerto. Al médico, un hindú que se sentía como exiliado en St. Eunice, donde no había ningún otro hindú, le gustaba dar inyecciones. Le confesó a Emma que cuando estaba solo se autoinyectaba. Así que le dio una inyección a Robbie, y el blanco de los ojos de éste recuperó su tamaño normal.

Emma preparó un té no muy fuerte para Robbie y le obligó a comer, e incluso llegó a cocinarle algunos pastelillos al horno. Fue un esfuerzo colosal, debido al calor. Robbie yacía tendido bajo una sábana, como un cadáver, mientras Emma se humillaba. Él aceptó sus disculpas con el aspecto lánguido, indulgente y de pintura al pastel propio de una felicitación navideña. El pelo rojizo daba a su rostro, por contraste, un tono verde blanquecino. En cuanto se recobró un poco, su comportamiento aún fue más huraño. Se sentía humillado por el conjunto del episodio; se vio envejecido, casi como objeto desechado. Emma, que sólo tenía veintitrés años, no lo comprendió en aquel momento. Se preguntó, apenas un momento, si realmente quería casarse con Robbie después de todo aquello. Pero Robbie acabó por recuperarse y ambos regresaron al mundo real, y el amor siguió como de costumbre, hasta que se terminó.

A partir de este episodio, según me dijo, Emma aprendió que su burbuja de invulnerabilidad, aunque todavía funcionaba bastante bien para ella, no era lo bastante potente como para extender su radio de influencia a quienes la rodeaban. Por eso, cuando se enamora, siempre se muestra preocupada por los

infartos, los accidentes de automóvil, las epidemias, las armas de fuego defectuosas y los cigarrillos que se dejan por descuido en los bordes de las mesas. Sabe que no será la primera en morir.

El huevo de Barba Azul

Sally mira por la ventana de la cocina mientras espera que la salsa que está reduciendo hierva. Más allá del garaje, el terreno desciende hacia la hondonada, un lugar en el que se apiñan desordenadamente matorrales, ramas y lo que Sally piensa que son enredaderas. Fue idea suya tener una especie de jardín, construido con viejas traviesas de línea férrea, entre las que crecieran flores silvestres, pero Edward dice que le gusta su aspecto actual. Hay una casita para los niños en el fondo, cerca de la valla; desde la cocina se ve el tejado. No tiene nada que ver con los hijos de Edward, en sus anteriores encarnaciones, antes de la época de Sally; es mucho más antigua y se está desmoronando. A Sally le gustaría adecentarla. Cree que algunos borrachos duermen en ella, los hombres que viven bajo los puentes próximos, que en ocasiones trasponen la valla, rota en el lugar donde ponen el pie, suben por la colina y emergen como topos bizqueantes a la luz del bien conservado jardín posterior de Sally.

A la izquierda se halla Ed, embutido en su cazadora. Oficialmente ha llegado la primavera. La escila azul de Sally ha florecido, pero hace frío para la época del año en que están. Ed no quiere tirar su cazadora, pese a que es muy vieja; aún es visible la inscripción WILDCATS, reliquia de algún equipo con el que jugó en la universidad, una era tan prehistórica que Sally apenas se la puede imaginar, por más que no es difícil encuadrar a Ed en una universidad. Las chicas debían de ir de cabeza por él, pero no es probable que se diera cuenta; esas cosas no varían. Se pasea por entre las rocas del jardín; algunas rocas sobresalen tanto que podrían llegar a raspar el Peugeot de Sally cuando va a entrar en el garaje. Ed se mueve entre ellas. Le gusta ocuparse en fruslerías, mientras murmura para sí. No utiliza guantes de trabajo, pese a que ella le ha repetido muchas veces que podría lesionarse los dedos.

Sally se derrite al contemplar su espalda encorvada, con la semiborrada y conmovedora inscripción. Una sensación muy frecuente. «Mi querido Edward —piensa—. Edward el Oso, de escaso cerebro. Cuánto te quiero». En momentos como éste se siente muy protectora.

Sally da por sentado que las rubias tontas fueron amadas, no porque fueran rubias, sino porque eran tontas. Lo que las hizo tan sexualmente atractivas fue su indefensión, su desorientación, no su cabello. No había nada de falso en la oleada de ternura que los hombres sentían por esas mujeres. Y Sally lo comprende.

Es forzoso admitirlo: Sally está enamorada de Ed a causa de su estupidez, su monumental y casi enérgica estupidez; enérgica, porque la estupidez de Ed no es pasiva. No es que sea un simple imbécil, es que habría que dedicar todo el empeño para llegar a ser tan estúpido. ¿Se siente gracias a ello Sally complacida de sí, más lista que él, o incluso más lista de lo que es? No, al contrario, la dota de humildad. La llena de asombro el hecho de que el mundo pueda albergar una maravilla semejante a la colosal y cautivadora imbecilidad de Ed. Es tan estúpido… Cada vez que le proporciona otra prueba, otra losa para encajar en el vasto mosaico de su estupidez que ella compone sin cesar, Sally quiere abrazarle, y a menudo lo hace; y él es tan estúpido que nunca comprende la razón.

Porque Ed es tan estúpido que ni siquiera sabe que es estúpido. Es un mimado de la fortuna, un tercer hijo que, armado únicamente con su cordialidad de retrasado mental, consigue atravesar el bosque sembrado de brujas, trampas y pozos de serpientes, y casarse con la princesa, que es Sally, por supuesto. Ser apuesto le ayuda.

En los mejores momentos contempla la estupidez de Ed como la inocencia de un cordero, brillando con la luz, por ejemplo, de un prado verde cubierto de margaritas al sol. Cuando Sally comienza a pensar en Ed de esta manera, en los términos del calendario que colgaba en los lavabos del taller de reparaciones de su niñez, recreando imágenes de un niño de rizado pelo rubio con el brazo en torno al cuello de un perdiguero de raza irlandesa (un animal notablemente estúpido, según recuerda), sabe que pisa terreno resbaladizo, que va a caer en un desagradable sentimentalismo, y que debe detenerse cuanto antes, o Ed se desvanecerá y será reemplazado por un facsímil disecado, apenas útil como paragüero. Ed es una persona real, que merece mucho más que estas versiones simplistas. Esto le preocupa a veces. En los malos momentos, sin embargo, contempla su estupidez como pura obstinación, una tozuda resolución de ocultar las cosas. Su estupidez es un muro, tras el cual puede dedicarse a sus asuntos y murmurar para sí, mientras Sally, encerrada en el exterior, debe abrirse camino a machetazos entre los zarzales sin más protección sobre la piel que un impermeable transparente.

¿Por qué le escogió (o, para ser precisos, como ella intenta serlo y a veces lo proclama en voz alta, capturó), cuando todo el mundo sabe que tenía otras opciones? Se lo ha explicado a Marylynn, su mejor aunque más reciente amiga, diciendo que se echó a perder de joven por leer demasiadas novelas de misterio de Agatha Christie, de esas en las que la inteligente y aguda heroína desdeña al igualmente inteligente y agudo protagonista masculino, que ha contribuido a solucionar el crimen, para casarse con el protagonista secundario, el imbécil, el que habría sido detenido, condenado y ejecutado de no ser por la inteligencia de la heroína. Quizá vea así a Ed: si no fuera por ella, su grotesca y desatinada torpeza le habría metido en todo tipo de atolladeros, toda clase de arenas movedizas de las que hubiera sido incapaz de salir, y entonces, estaría acabado.

«Arenas movedizas» y «atolladeros» no son formas halagadoras de referirse a otras mujeres, pero revelan lo que Sally piensa en el fondo de su mente, en especial de las dos anteriores esposas de Ed. Sally no ha conseguido exactamente liberarle de sus garras. Ni siquiera ha conocido a la primera, que se trasladó a la costa oeste catorce años atrás y cada Navidad envía una felicitación; la segunda era de edad madura y ya estaba a punto de separarse de Ed cuando Sally apareció. Sally aplica el término «de edad madura» a cualquiera que tenga cinco años más que ella. Es una costumbre de siempre, aunque la reserva sólo para las mujeres. No piensa en Ed como en un hombre de edad madura, pese a que la diferencia de edad entre ellos supera con creces los cinco años.

Ed no sabe lo que ocurrió con estos matrimonios, dónde estuvo el fallo. Sus protestas de ignorancia, su negativa a discutir los puntos conflictivos, frustran a Sally, porque le gustaría escuchar toda la historia. Pero también la angustian, pues si Ed no sabe lo que pasó con las otras dos, quizá se repita el esquema con ella, y él no se define tampoco ante el problema. Una estupidez como la de Ed puede entrañar un peligro para la felicidad de los demás. ¿Qué pasaría si un día se despertase y decidiera que ella no es su auténtica esposa, sino la falsa? Que la meterían en un barril con el interior forrado de clavos y la dejarían rodar colina abajo, mientras él se acomodaba en otro lecho nupcial y brindaba con champaña. Se acuerda del nombre de la marca, porque fue ella quien compró la botella. El champaña no es el toque definitivo que se le ocurriría a Ed, pese a que le gustaba bastante cuando lo tomaba.

Sally se burla puertas afuera de todo esto.

—No sabe —le dice a Marylynn, con una breve carcajada, y ambas mueven la cabeza.

Ellas sí que sabrían, por supuesto. Marylynn está divorciada, y es capaz de enumerar la lista completa de los errores cometidos, uno por uno. Después de hacerlo, añade que su divorcio fue una de las mejores cosas que pudieron ocurrirle.

—Antes no era nada —dice—. Me dio fuerzas para salir adelante.

Sally, sentada a la mesa de la cocina frente a Marylynn, la mira y admite que ahora está muy lejos de ser nada. Empezó reformando armarios, y se ha abierto paso hasta llegar a ser propietaria de una firma de interiorismo. Decora las casas de los nuevos ricos, los que carecen de muebles de sus antepasados y de la confianza necesaria para ser mezquinos, ansiosos de que sus hogares reflejen un gusto personal que en realidad no poseen.

—Lo que quieren son mausoleos —dice Marylynn—, u hoteles —y se los proporciona con todo desparpajo—. Hasta los ceniceros. Imagínate que contratas a alguien para que te elija los ceniceros.

Al decir esto, Marylynn le hace saber a Sally que no la incluye en esta categoría, pese a que la contrató, muy al principio, para que la ayudara en algunos pequeños detalles de la casa. Marylynn diseñó de nuevo los armarios del dormitorio principal, y le consiguió a Sally la mesa china de caoba maciza, que le costó otros setecientos dólares desmontar. Pero resultó ser perfecta, tal como Marylynn había predicho. Ahora ha descubierto un bargueño del siglo XIX, y ambas coinciden en que encajará a la perfección en la alcoba con mirador que hay al salir de la sala de estar.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó Ed con estupor—. Pensé que ibas a trabajar en tu estudio.

Sally lo admitió, pero dijo que podrían guardar las facturas del teléfono en el mueble, y Ed pareció quedar satisfecho con esta explicación. Ella sabe con toda exactitud para qué lo necesita: lo necesita para sentarse ante él, sobre algo mullido, con la luz de fondo del sol de la mañana, mientras va tomando notas con aire distendido. Una vez vio un anuncio de café del año 1940, y el marido se encontraba de pie detrás de la silla, algo inclinado, con una expresión de arrobamiento reflejada en el rostro.

Marylynn es la clase de amiga a la que no hace falta explicar estas cosas, porque ambas las asumen. Sally respeta su inteligencia.

Marylynn es alta y elegante, y cualquier prenda que se ponga le sienta de maravilla. Su cabello ha encanecido prematuramente, pero no se lo tiñe. Es aficionada a las camisas holgadas de color crema y a extravagantes bufandas conseguidas en tiendas interesantes y rincones singulares del mundo, que lleva con descuido alrededor del cuello y sobre un hombro (Sally ha intentado

imitarla ante un espejo, pero no le sale bien). Marylynn atesora una numerosa colección de zapatos raros; dice que son raros porque tiene los pies muy grandes, pero Sally no se engaña. Sally, que se consideraba bastante bonita, y que ahora, a su edad, se encuentra satisfecha de su aspecto, envidia la estructura ósea de Marylynn, que la ayudará cuando suceda lo inevitable.

Siempre que Marylynn viene a cenar, como hoy (va a traer el bargueño), Sally cuida de modo especial su ropa y su maquillaje. Sabe que Marylynn es su auténtico público en esta faceta, pues nada de lo que haga parece afectar a Ed de un modo u otro, como si no se diera cuenta.

—Me gusta tu aspecto —se limita a decir, prescindiendo del aspecto que presente en realidad.

De lodos modos, lo más probable es que Sally lo prefiera así. De lo contrario, él repararía en las arrugas incipientes, las pequeñas bolsas bajo los ojos, la red que se le está formando en el entrecejo. Así es mejor.

Sally ha repetido a Marylynn esta observación de Ed, y ha añadido que se produjo el día en que el *jacuzzi* se desbordó porque se disparó la alarma contra incendios, porque encalló en la tostadora un panecillo que estaba calentando para comérselo en la bañera, y perdió una hora cubriendo el suelo con periódicos y secándolo, y sólo dispuso de media hora para vestirse, pues estaban invitados a una cena.

—En aquel momento, cualquiera hubiera dicho que yo era la cólera de Dios personificada —dice Sally.

En los últimos tiempos le repite a Marylynn muchas de las cosas que Ed dice, en concreto las estupideces. Marylynn es la única amiga de Sally en que ésta confía tal extremo.

—Ed es tan atractivo como un botón —dijo Marylynn—. De hecho, es como un botón, brillante y reluciente. Si fuera mío, lo convertiría en bronce y lo pondría sobre la repisa de la chimenea.

Marylynn es todavía mejor que Sally a la hora de idear ingeniosidades sobre la especial estupidez de Ed, algo que puede irritar a Sally: viniendo de ella, estos comentarios resultan indulgentes y amables, pero en boca de Marylynn bordean la condescendencia. Entonces sale en defensa de Ed, que no por ello deja de ser menos estúpido en todo. Si se examina con detenimiento, sólo hay una parcela de la vida en la que no tiene remedio. El resto del tiempo es muy inteligente, incluso brillante, en opinión de algunos. De lo contrario, ¿cómo podría haber triunfado?

Ed es cardiólogo, uno de los mejores, y a Sally no le pasa inadvertida esta ironía: ¿quién podría saber menos que Ed sobre el funcionamiento de los

corazones, de los auténticos corazones, los simbolizados con satén rojo rodeado de encaje y rematados con arcos rosados? Corazones atravesados por flechas. Al mismo tiempo, el hecho de que sea cardiólogo contribuye en gran parte a incrementar su poder de seducción. Las mujeres le arrinconan en los sofás, lo acorralan en las terrazas durante las fiestas, le susurran en tono confidencial durante las cenas. Lo hacen frente a las mismísimas narices de Sally, como si fuera invisible, y Ed no se opone. Cosas así no ocurrirían si trabajara en la Banca o en la construcción.

Las sirenas lo acosan allí donde va. Quieren que les arregle el corazón. Todas parecen padecer alguna disfunción: un murmullo, un susurro. O se desmayan cada dos por tres y quieren que les diga por qué. Éste es el tema habitual de las conversaciones, dice Ed, y Sally le cree. Ella también utilizó este truco. ¿Qué se inventó para atraerle, antes de que empezara su relación? Un corazón agobiado, que latía con demasiada fuerza después de las comidas. Y él fue tan gentil, la miró con sus increíbles ojos pardos, como si su corazón fuera el tema que en realidad interesaba, y la escuchó como si nunca le hubieran dicho tonterías similares, y le aconsejó que bebiera menos café. Y Sally se sintió orgullosa de haber triunfado, de haber llevado a cabo la impostura, de haberle arrancado aquella pizca de preocupación.

Rememorar este incidente la inquieta, ahora que ha visto repetida tantas veces su propia actuación, incluyendo la mano posada ligeramente sobre el corazón, para llamar la atención sobre los senos, desde luego. A algunas de aquellas mujeres sólo les ha faltado un milímetro para hundir la cabeza de Ed entre sus pechos, en la mismísima sala de estar de Sally. Al observar estas escenas con el rabillo del ojo mientras sirve los licores, Sally siente que el azteca se revuelve en su interior. «¿Tenéis problemas de corazón? Que os lo arranquen —piensa—. Así no tendréis más problemas».

El pensamiento que ella, al igual que sucedía con Marylynn, tampoco es nada, le preocupa en ocasiones. Pero no es cierto, y además no necesita un divorcio para demostrarlo. Y siempre ha tenido trabajo, incluso ahora. Por suerte, Ed no puso objeciones; no pone objeciones a casi nada de lo que hace.

Se supone que trabaja todo el día, pero en realidad sólo lo hace unas horas, pues puede llevarse mucho trabajo a casa y hacerlo, como dice, con un brazo atado a la espalda. Cuando está de mal humor, cuando interpreta el papel de oscura esposa de un cardiólogo fascinante (lo hace con gente que no la inquieta), dice que trabaja en un banco, nada importante. Luego repara en

que los ojos de sus interlocutores la repudian. Cuando, en otro registro, intenta impresionar, dice que se dedica a las relaciones públicas. En realidad es responsable del órgano de expresión interno de una compañía de depósitos de cierta importancia. Es una revista breve, bien impresa, destinada en teoría a conseguir que los empleados se enteren de que los chicos de afuera también hacen cosas que valen la pena, y que también ellos son seres humanos. Siempre se habla de chicos, aunque las pocas mujeres que ocupan algo similar a puestos clave son enviadas asimismo al exterior de vez en cuando, ataviadas con blusa y traje, y exhibiendo una brillante sonrisa, a fin de dar una impresión más confiada que agresiva.

Es el último de la serie de empleos que Sally ha tenido a lo largo de los años: trabajos bastante cómodos que exigen tan sólo la mitad de sus fuerzas y que no conducen a ningún sitio. Técnicamente es la segunda de a bordo: por encima de ella hay un hombre que no funcionó en la gerencia, pero a quien no se puede despedir porque su esposa es pariente del presidente del consejo. Acude a largas comidas alcohólicas y juega mucho al golf, así que el peso de la responsabilidad recae sobre Sally. Este hombre se lleva todas las medallas de lo que Sally hace bien, pero los ejecutivos más veteranos de la compañía hacen apartes con ella cuando no hay nadie presente y le dicen que es una gran chica y que no ceje hasta alcanzar sus propósitos.

Sin embargo, la auténtica recompensa de Sally es que su jefe le proporciona una cantidad interminable de anécdotas. Se alimenta de historias sobre su torpeza y pomposidad, y sus sugerencias lobotomizadas sobre lo que ambos podrían cocinar para la revista, «el órgano», como él siempre la llama.

—Dice que necesitamos un poco de carne fresca para reanimar el órgano —dice Sally, y el cardiólogo esboza una sonrisa.

—¿De veras ha dicho eso?

Hablar así de su jefe sería temerario (no sabe lo que podría llegar a sus oídos, en un mundo tan pequeño como el actual) si Sally temiese perder el empleo, pero no es el caso. Existe un acuerdo no verbal entre ella y aquel hombre: los dos saben que si ella se marcha, él también, pues nadie más sería capaz de aguantarle. Sally podría aspirar al cargo de su superior si fuera lo bastante estúpida como para pasar por alto sus conexiones familiares, o si codiciara los oropeles del poder, pero se encuentra a gusto donde está. Afirma en broma que ha alcanzado su nivel de incompetencia. Dice que sufre por miedo a triunfar.

Su jefe es canoso, esbelto y de tez bronceada, y recuerda a un anuncio de ginebra inglesa. Sally le concede que, a pesar de su insipidez, es de apariencia

distinguida. De hecho la mima atrozmente, la consiente y le sirve de pantalla en cada ocasión, pero muy pronto dejó de comportarse como una secretaria: no le lleva el café. Tienen una secretaria que se ocupa del particular. La única vez que intentó propasarse con ella, en una ocasión en que llegó de comer bastante ebrio, Sally le trató con amabilidad.

De vez en cuando, si bien con no mucha frecuencia, se ve obligada a viajar por cuestiones de trabajo. La envían a lugares como Edmonton, donde hay una filial. Se entrevista con los chicos de los niveles medios y altos; van a comer, y los chicos hablan sobre las subidas y bajadas de los crudos, o de las bajadas repentinas de valores en el mercado de bienes raíces. Después la llevan a ver locales comerciales en proceso de construcción. Siempre sopla viento, y la arenisca golpea su cara. Vuelve al cuartel general y redacta un informe sobre el vigor juvenil y la vitalidad del oeste.

Mientras hace las maletas, le toma el pelo a Ed diciendo que se marcha a una cita con un atractivo financiero, o con dos. Ed no se siente amenazado; le dice que se divierta, y ella le abraza y afirma que va a echarle mucho de menos. Es tan imbécil que ni siquiera se le ocurre la posibilidad de que no esté mintiendo. Para ser precisos, a Sally no le habría costado nada haber tenido un lío, al menos durante una o dos noches, en el curso de algún desplazamiento: sabe muy bien cuándo se trazan las líneas de tiza, cuándo se la está retando a traspasarlas. Pero a Sally no le interesa tener un lío con nadie excepto Ed.

No come mucho en los aviones; no le gusta la comida. En el viaje de regreso, sin embargo, siempre guarda los alimentos empaquetados, el queso envuelto en plástico, la barrita de chocolate, la bolsa de galletas saladas. Lo oculta todo a hurtadillas en el bolso. Considera que pueden servirle de provisiones en caso de un aterrizaje de emergencia en un aeropuerto extraño, si el aparato ha de cambiar el rumbo a causa de la nieve o la niebla. Puede suceder cualquier cosa, aunque nunca haya sido así. Cuando llega a casa, saca las cosas del bolso y las tira.

En el jardín. Ed se endereza y se limpia las manos sucias de tierra en los costados de los pantalones. Cuando está a punto de volverse, Sally se aparta de la ventana para que no se dé cuenta de que le estaba observando. No le gusta ponerse en evidencia. Concentra la atención en la salsa: se halla en la segunda fase de la *sauce suprême*, que dará al pollo un sabor completamente diferente. Cuando Sally aprendía a preparar esta salsa, su profesor de cocina

citó a uno de los grandes *chefs*, quien había afirmado que el pollo no es más que un lienzo. Comparaba el plato con un cuadro, pero Sally le dijo en voz baja a la mujer que se sentaba a su lado, dándole la vuelta a la frase:

—De todas formas, el lienzo es mío, con salsa o sin ella.

Si no le dijo exactamente esto, fue algo por el estilo.

«Cocina gastronómica» fue el tercer curso nocturno que Sally siguió. Ahora anda por el quinto, «Formas de la novelística». Consta de ejercicios de lectura y escritura a partes iguales. El profesor no cree que sea posible comprender una forma artística sin intentar llevarla a la práctica. Sally da a entender que le gusta la materia. Comenta a sus amigas que sigue cursos nocturnos para evitar que él cerebro se le atrofie, y sus amigas lo consideran divertido: dicen que, pase lo que pase con el cerebro de Sally, la de la atrofia es una opción que se debe descartar. Sally no está de acuerdo, pero en cualquier caso siempre apuesta por el perfeccionamiento. Tal vez empezó a seguir cursos con la esperanza de que ello la haría más interesante a los ojos de Ed, pero no tardó en renunciar a la idea: no parece que Ed le conceda ni más ni menos interés que antes.

Casi toda la cena de aquella noche ya está preparada. Sally intenta organizarse bien, el *jacuzzi* que se desbordó fue una aberración. La crema de berros con nueces se enfría en la nevera, lo mismo que la *mousse* de chocolate. Ed, por ser Ed, prefiere la carne picada a las mollejas con piñones, el budín de caramelo envasado al puré de castañas recubierto de crema chantilly (se lastimó los dedos pelando castañas, pues no le gusta recurrir a los métodos fáciles y comprarlas enlatadas). Sally dice que la preferencia de Ed por este tipo de comidas proviene de haber sido preprogramado de joven en las cafeterías de los hospitales. Enseñadle una salchicha quemada y un cazo de puré de patatas de sobre y se le hará la boca agua. Por este motivo, sólo puede exhibir y servir su *boeuf en daube* y su salmón en papillote, para que sean saboreados y apreciados, cuando hay invitados.

Con todo, lo que le gusta más de estas cenas es poner la mesa, decidiendo dónde se sentará cada uno y, cuando se siente traviesa, adivinando lo que dirán. Después se sienta y escucha lo que dicen. De vez en cuando, sugiere algo.

Esta noche no será muy excitante, pues sólo estarán presentes los cardiólogos y sus esposas, y Marylynn. Sally confía en que su amiga las mantendrá a raya. Sally ha prohibido a los cardiólogos que hablen de trabajo en su mesa, pero de todas formas lo hacen.

—No es un tema muy apropiado para la hora de cenar —dice Sally—. Tubos y válvulas.

En privado considera que son un grupo de engreídos, todos salvo Ed. No puede resistir la tentación de fastidiarles de vez en cuando.

—Me refiero —le dijo a uno de los cirujanos más eminentes— a que se trata básicamente de una forma elevada de costura, ¿no cree?

—¿Volvemos a las andadas? —sonrió el cirujano. Los cardiólogos piensan que Sally es el colmo de la impertinencia.

—Se reduce a cortar y coser, ¿no?

El cirujano rió.

—Es bastante más que eso —terció Ed, con solemnidad.

—¿Como cuánto más? —preguntó el cirujano—. Se podría decir que hay mucho de bordado, pero sólo lo consiguen los mejores —concluyó con una risita.

Sally contuvo el aliento. Podía oír los procesos del pensamiento verbal de Ed poniéndose en acción. Era un hombre delicioso.

—Excelente conclusión —remató Ed.

Su gravedad golpeó la mesa como un pescado mojado. El cirujano se bebió su vaso de vino de un trago.

Sally sonrió. Se suponía que la había reñido por no tomarse las cosas en serio, estaba segura. «Oh, vamos, Ed», podía replicar, pero también sabe, casi siempre, cuándo ha de refrenar la lengua. Era como si llevara grabada en letras luminosas la palabra BROMA en la frente, de modo que Ed sería capaz de apreciar la diferencia.

Los cardiólogos dan buena cuenta de la cena. La mayoría demuestra más apetito que Ed, pero sólo porque, en conjunto, tienen gustos más caros y esposas insignificantes. A Sally no le cuesta mucho imaginar estas cosas, cree que a Ed tampoco.

Últimamente hablan mucho de avances tecnológicos, y Sally intenta que no abandonen el tema, puesto que a Ed le interesa. Hace unos años, los cardiólogos se compraron un nuevo aparato. Ed estaba tan emocionado que se lo contó a Sally, algo inusitado en él. Una semana después, Sally le dijo que iría a recogerlo al hospital y le llevaría a cenar; adujo que no tenía ganas de cocinar. En realidad quería ver con sus propios ojos el aparato; le gusta verificar todo aquello que excita a Ed más de lo normal.

Al principio Ed dijo que estaba cansado, que cuando la jornada laboral terminaba era partidario de no prolongarla, pero Sally le persuadió con su actitud respetuosa, y al fin consintió en que viera su nuevo artilugio. Se hallaba en una oscura y angosta habitación donde había, además, una mesa de exploraciones. El artefacto recordaba una pantalla de televisión acoplada a un aparato bastante complicado. Ed dijo que se conectaba con alambres a un paciente, transmitía las ondas acústicas del corazón y recogía los ecos, y entonces obtenían una imagen en la pantalla, una imagen real, del corazón en funcionamiento. Dijo que era mil veces mejor que un electrocardiograma. Era posible ver los fallos, los espesamientos y los coágulos con mucha más claridad.

—¿En color? —preguntó Sally.

—En blanco y negro.

El deseo de ver su propio corazón en movimiento, en blanco y negro, se apoderó entonces de Sally. Cuando iba al dentista siempre quería ver las radiografías de su dentadura, sólida y reluciente en el interior de su borrosa cabeza.

—Hazlo —dijo—. Quiero ver cómo funciona.

No costó mucho convencerle, pese a que era el tipo de cosas que, por lo general, Ed rehuía, diciéndole a Sally que se estaba comportando como una tonta. El aparato le fascinaba, y quería hacerle una demostración.

Antes se aseguró de que el cuarto no se iba a utilizar en aquel momento. Le dijo a Sally que se desvistiera de medio cuerpo, sujetador incluido. Le dio un vestido de papel y se volvió de espaldas con recato mientras se lo ponía, como si no viera su cuerpo cada noche. Le aplicó electrodos en los tobillos y en una muñeca, giró un interruptor y manipuló los mandos. Le dijo que un técnico se encargaba de manejar el aparato, pero que él sabía cómo funcionaba. Era habilidoso con los aparatos pequeños.

Sally se echó sobre la mesa y se sintió extrañamente desnuda.

—¿Qué he de hacer?

—Seguir tumbada ahí.

Ed se acercó y practicó un agujero en el vestido de papel, sobre el pecho izquierdo. Luego, empezó a mover una sonda sobre su piel. Estaba algo húmeda, resbaladiza y fría, y su contacto recordaba el extremo de los desodorantes en barra.

—Mira —dijo.

Sally volvió la cabeza. Vio en la pantalla un objeto ancho y gris, parecido a un higo grande, más pálido en el centro, con una línea oscura que bajaba

hacia el centro. Los bordes se movían hacia dentro y hacia fuera. En el interior se agitaban dos alas, como las de una mariposa indecisa.

—¿Es eso? —preguntó, escéptica.

Su corazón parecía tan insustancial como una bolsa de gelatina, algo que se derretiría, se desvanecería y desintegraría si lo apretaba un poco.

Ed movió la sonda y vieron el corazón, primero desde la base y después desde arriba. Luego congeló la imagen, y al cabo de un momento la pasó de positivo a negativo. Sally empezó a temblar.

—Es maravilloso —dijo.

Su marido parecía muy distante, absorto en la máquina, examinando su corazón, que latía en la pantalla por sí solo, separado de ella, expuesto y bajo el control de Ed.

La desconectó del aparato y ella se vistió, con neutralidad, como si él fuera un auténtico médico. Sin embargo, el proceso, toda la habitación, estaban impregnados de una sexualidad incomprensible para Sally. Era un lugar realmente muy peligroso, como un salón de masajes sólo para mujeres. Encierren a un grupo de mujeres con Ed en su interior y nunca más querrán salir. Insistirían en quedarse en tanto él moviera la sonda sobre sus pieles húmedas y les indicara los defectos de sus corazones.

—Gracias —dijo Sally.

Sally oye como la puerta de atrás se abre y se cierra. Puede sentir como Ed se acerca, recorre los pasillos de la casa hacia ella, como un viento suave o una bola de electricidad estática. El pelo le cae sobre los brazos. A veces, cuando la hace tan feliz, piensa que se va a abrasar; otras veces piensa que terminará abrasándose pase lo que pase.

Ed entra en la cocina, y ella finge no darse cuenta. La rodea con sus brazos por detrás y la besa en el cuello. Ella se recuesta, se aprieta contra él. Lo que deberían hacer ahora es ir al dormitorio (o incluso al salón, o incluso al estudio) y hacer el amor, pero a Ed no se le ocurre hacer el amor en pleno día. Sally suele leer artículos de revistas que tratan sobre los métodos de mejorar la vida sexual: le dejan una impresión de frustración o evocan ciertos recuerdos: Ed no es su primer hombre, ni el único. Pero sabe que no ha de esperar demasiado de él. Si Ed fuera más experimental, más interesado en la variación, sería un hombre diferente por completo, más astuto, más tortuoso, más observador, más difícil de tratar.

Siendo como es, Ed hace el amor siempre igual, una vez tras otra, cada movimiento sigue al anterior en exacto orden. Aun así, parece que está satisfecho. Por supuesto que está satisfecho: es fácil saber cuándo un hombre está satisfecho. La que se queda despierta después es Sally, viendo las imágenes que desfilan ante sus ojos cerrados.

Sally se aparta de Ed y le sonríe.

—¿Cómo le ha ido con las mujeres hoy? —le pregunta.

—¿Qué mujeres? —dice Ed, ausente, yendo hacia el fregadero. Ya sabe a qué mujeres se refiere.

—Las que están ahí afuera, escondidas entre las forsitias. Conté al menos diez. Están esperando su oportunidad.

Le insiste a menudo sobre estos ejércitos de mujeres que le siguen a todas parles, invisibles para Ed pero tan claras como el día para ella.

—Apuesto a que se pasean como si tal cosa ante la puerta del hospital, esperando a que salgas. Apuesto a que se ocultan en los armarios de las batas y sallan sobre ti desde atrás, y a que fingen que se han perdido para que las guíes por el camino más corto. Es por culpa de la bata blanca. Ninguna de esas mujeres puede resistir el hechizo de una bata blanca. Las ha condicionado la serie del doctor Kildare.

—No seas tonta —dice hoy Ed con ecuanimidad.

¿Le han salido los colores, está turbado? Sally examina su rostro muy de cerca, como un geólogo inspeccionaría una foto aérea, buscando señales reveladoras de tesoros minerales: marcas, protuberancias, cavidades. No hay nada en Ed que no encierre algún significado, aunque a veces resulta difícil concretar cuál.

Se lava las manos en el fregadero para eliminar la tierra adherida. Dentro de un minuto se las secará con el paño para secar los platos, en lugar de utilizar la toalla. ¿Hay cierta complacencia en la espalda girada hacia ella? Es posible que en realidad existan esas hordas de mujeres, a pesar de que ha sido ella quien las ha inventado. Es posible que se comporten en realidad de esa forma. Tiene los hombros ligeramente alzados; ¿tendrá algo que ocultar?

—Yo sé lo que quieren —prosigue—. Quieren meterse en esa habitación oscura contigo y subirse a la mesa. Piensan que eres delicioso. Te devorarán. Te masticarán pedacito a pedacito. Sólo quedarán de ti el estetoscopio y los zapatos.

En otras ocasiones, Ed se reía de sus ocurrencias, pero hoy no lo hace. Es posible que se haya repelido lo mismo, o algo muy parecido, con excesiva

frecuencia. De todas maneras sonríe, se seca las manos con el paño de los platos y examina la nevera. Le gusta picar.

—Hay un poco de rosbif frío —dice Sally, desconcertada.

Sally saca la salsa del fuego y la deja aparte. Le dará los últimos toques antes de servirla. Sólo son las dos y media. Ed ha desaparecido en la bodega, donde Sally sabe que se hallará a salvo durante un rato. Va a su estudio, que antes era el dormitorio de uno de los niños, y se sienta ante el escritorio. Nunca se ha cambiado del todo la decoración de la pieza; todavía siguen en su sitio la cama y la cómoda, cubierta con un tapete de flores azules, que Sally ayudó a elegir mucho antes de que los chicos fueran a la universidad, «se fugaran», como puntualiza Ed.

Sally no comenta la expresión, aunque le gustaría decir que no hay para tanto. Su casa nunca ha sido una auténtica prisión y, por otra parte, ninguno de los chicos es de ella. Había soñado con tener un hijo cuando se casó con Ed, pero no quiso forzarle a tomar una decisión. Él no puso objeciones a la idea, pero se comportó con indiferencia respecto a ella, y Sally llegó a la conclusión de que Ed ya había tenido bastantes hijos. En cualquier caso, las otras dos esposas tuvieron hijos y así les fue. Puesto que Sally sólo tiene una idea vaga de su destino posterior, es libre de imaginar todo tipo de cosas, desde la adicción a las drogas hasta la locura. Fuera lo que fuese, el caso es que Sally se vio obligada a cuidar de los chicos, al menos desde la pubertad. La primera esposa vino a decir que ahora le tocaba el turno a Ed. La segunda fue más sutil: dijo que a los niños les apetecía pasar más tiempo con su padre. A Sally la dejaban fuera del problema, como si en realidad no viviera en la casa y, por tanto, no esperasen que se hubiera formado alguna opinión.

En conjunto, no se ha portado mal. Le gustan los muchachos y se esfuerza en ser su amiga, ya que no puede sustituir a sus madres. Afirma que la relación entre los tres es agradable. Ed no se ha preocupado mucho de los chicos, pese a que no buscaban la aprobación de Sally, sino la suya. Sólo le respetan a él. Sally es una especie de aliado que les ayuda a conseguir lo que quieren de Ed.

Cuando los chicos eran más pequeños, Sally solía jugar al Monopoly con ellos en la casa de verano que Ed poseía en Muskoka, ahora ya vendida. Ed también jugaba cuando se lo podía permitir, durante las vacaciones y los fines de semana. Las partidas siempre se desarrollaban de la misma manera. Sally tenía suerte al principio y compraba todo lo que podía, independientemente de

que fueran propiedades de alto nivel, como Boardwalk y Park Place, o casitas de baja estofa situadas junto a la vía férrea; compraba incluso estaciones ferroviarias, que los chicos rechazaban, pues preferían ahorrar sus fondos para mejores inversiones. Ed, por su parte, procedía con calma y compraba con cautela. Después, cuando Sally se animaba, dilapidaba su dinero en lujos poco menos que inútiles, como la compañía eléctrica; y cuando los chicos empezaban a perder, como invariablemente hacían, Sally les prestaba dinero a un interés ridículo o les vendía sus posesiones, con pérdidas evidentes. ¿Por qué no? Podía permitírselo.

Entretanto, Ed se dedicaba a compensar sus desembolsos mediante la construcción de manzanas enteras repletas de casas y hoteles. Prefería calles de clase media, respetables pero no ostentosas. Sally iba a parar a sus dominios y tenía que desembolsar mucho dinero. Ed nunca ofrecía ni aceptaba tratos especiales, como si jugara solo, y solía ganar a menudo. Entonces Sally se sentía frustrada. Decía que carecía de instintos criminales, o que no le importaba, porque a fin de cuentas no era más que un juego, pero creía que se debía permitir a los chicos ganar de vez en cuando. Ed no comprendía el concepto de dejar ganar a los demás. Decía que era una condescendencia hacia los chicos, y que no podías obligar a los dados a caer como tú deseabas, pues era una cuestión de suerte. Si era una cuestión de suerte, pensaba Sally, ¿por qué las partidas eran tan similares entre sí? Todo terminaba con Ed contando sus ganancias, separando los billetes en montoncitos según su valor, mientras Sally, extravagante, generosa y arruinada, veía cómo sus enormes posesiones se habían reducido a unas pocas manzanas ruinosas e hipotecadas en Baltic Avenue.

En el curso de aquellas noches, cuando los chicos ya se habían ido a dormir, Sally se tomaba dos o tres whiskies con jengibre que le sentaban muy bien. Ed se acostaba temprano (ganar le dejaba satisfecho y amodorrado), y Sally deambulaba por la casa o leía el final de novelas policiales que ya había leído, hasta que se metía en la cama y despertaba a Ed para que le brindara algo de consuelo.

Sally casi se ha olvidado de aquellas partidas. En este momento los chicos se están encogiendo, se desvanecen como tinta vieja. Ed, al contrario, cobra cada vez mayor presencia, sus contornos se afirman. Está en constante desarrollo, como una foto Polaroid: emergen nuevos colores, pero el resultado siempre es el mismo. Ed es una superficie en la que a Sally le cuesta penetrar.

—Explora tu mundo interior —le dijo a Sally su profesora de «Formas de la novelística», una mujer madura de escasa popularidad, aficionada a la astrología, el Tarot y a escribir relatos cortos, ninguno de los cuales ha sido publicado en las revistas que lee Sally.

—Pero también cuenta el exterior —le dijo después Sally a sus amigas—. Por ejemplo, esa mujer debería hacer algo con su pelo.

Hizo esta observación trivial y mezquina porque está harta de su mundo interior, no necesita explorarlo. En su mundo interior se halla Ed, como una muñeca dentro de una muñeca rusa de madera, y dentro de Ed se encuentra el mundo interior de Ed, inalcanzable para Sally.

Pese a todo, lo intenta. El mundo interior de Ed es un bosque, algo parecido al fondo de la hondonada de su terreno, pero sin la cerca. Vaga entre los árboles sin rumbo preciso. Muy de vez en cuando descubre una planta de aspecto extraño, una planta endeble rodeada de malas hierbas y de brezos. Ed se arrodilla, despeja el espacio que la circunda y poda y corta los hierbajos. La planta revive, llena de vigor, y se abre en un gran capullo rojo como muestra de gratitud. Ed prosigue su camino. Llega junto a una ardilla herida y la cura con una gota de su elixir mágico. Un ángel aparece a intervalos precisos y le da comida, siempre carne picada. Ed, que apenas repara en lo que come, está muy complacido, pero el ángel empieza a cansarse de ser un ángel. Sally empieza a pensar en el ángel. ¿Por qué tiene las alas desgastadas y sucias en los bordes? ¿Por qué parece tan ajado y furioso? Aquí terminan los intentos de Sally por explorar el mundo interior de Ed.

Sabe que piensa demasiado en Ed. Sabe que ha de parar. Sabe que no debería preguntar «¿Todavía me quieres?» con ese tono plañidero que incluso a ella le da dentera. Todo lo que consigue es que Ed mueva la cabeza, como si no comprendiera el motivo de su pregunta, y le dé una palmadita en la mano. «Sally, Sally», dice él, y todo sigue como antes, excepto por el temor que se infiltra en las cosas más vulgares, como cambiar el orden de las sillas o sustituir las bombillas fundidas. ¿De qué tiene miedo? Posee lo que la gente llama todo: Ed, la maravillosa casa en una hondonada, algo que siempre deseó. Sin embargo, la colina es como una selva, y la casa está hecha de hielo. Sólo Sally la mantiene en pie, sentada en su centro, trabajando en un rompecabezas. El rompecabezas de Ed. Si lo resolviera, si colocara en su sitio la última astilla helada, la casa se fundiría y se deslizaría colina abajo, y entonces… Es una mala costumbre darle vueltas a la cabeza de esta forma. No le hace ningún bien. Sabe que si consiguiera abandonar este vicio sería feliz. Debería ser capaz de hacerlo; ha dejado de fumar.

Necesita concentrar su atención en otras cosas. Éste es el auténtico motivo de los cursos nocturnos, que elige casi al azar para que coincidan con las noches en que Ed se halla ausente. Asiste a reuniones, forma parte de asociaciones caritativas, le cuesta decir que no. Ella asiste a los cursos como si le fueran ajenos (historia medieval, cocina, antropología), con la esperanza de que su mente se aferrará a algo; incluso ha seguido un curso de geología que, según contó a sus amigas, era fascinante, con lodo aquel magma. Ése es el punto: todo es fascinante, pero todo resbala. Siempre es una alumna destacada, aprueba los exámenes con buenas notas e impresiona a los profesores, por lo cual los desprecia. Está familiarizada con su propia brillantez, con sus técnicas; el hecho de que los demás caigan en la trampa no deja de sorprenderla.

«Formas de la novelística» empezó del mismo modo. Sally bullía de buenas ideas, rebosaba de sugerencias útiles. La parte práctica era como una reunión de junta, y ella sabía cómo dirigirla sin que nadie se diera cuenta: lo había hecho infinidad de veces en su trabajo. Bertha, la profesora, le dijo que tenía una imaginación vivida, una enorme energía creativa espontánea.

—Con un nombre como Bertha no llegará a ningún sitio —dijo Sally, mientras tomaba café después de la clase con dos de sus compañeras—. Va acorde con sus ropas.

Bertha exhibe un aspecto tipo años sesenta, con sandalias deportivas, gruesos jerséis de punto que no favorecen en nada su cuadrada figura y demasiados anillos mexicanos en las manos, que no se lava a menudo. Es muy aficionada a los deberes, lo que ella llama aprender mediante la práctica. A Sally le gustan los deberes, le gustan las cosas que una vez concluidas pueden desecharse, y que le proporcionan puntos.

Bertha se dedicó en primer lugar a la Épica. Leyeron *La Odisea* (fragmentos seleccionados, traducidos, acompañados de un breve resumen del resto), y luego se adentraron en el *Ulises* de James Joyce, para ver cómo Joyce había adaptado la forma épica a la novela moderna. Bertha les hizo comprar una guía de Toronto, en la que tenían que elegir varios lugares de la ciudad y compararlos con las escalas portuarias de *La Odisea*, y explicar por qué los habían escogido. Los ejercicios se leyeron en clase en voz alta, y todo el mundo estaba pendiente de saber qué había elegido cada uno para el Hades (el Monte del Cementerio Apacible; McDonald’s, donde, si comías el alimento prohibido, no regresabas jamás al país de los vivos; el Club de la Universidad con sus almas ancestrales muertas, y así por el estilo). Sally se

decantó por el hospital, desde luego; no tuvo dificultades con los fosos anegados en sangre, y colocó a los fantasmas en sillas de ruedas.

Después hicieron la balada y leyeron horripilantes narraciones de asesinatos y amores traicionados. Bertha trajo grabaciones de jadeantes ancianos que interpretaban canciones tradicionales, al estilo dórico, y les pidió que compusieran un álbum de recortes de periódicos, en el que tenían que pegar equivalentes de actualidad. A Sally le gustaban los argumentos a que podían dar lugar estos ejercicios, y tampoco encontró dificultades en pergeñar un relato de crímenes de cinco páginas, coronado con la venganza.

Pero ahora están inmersos en los Cuentos Populares y la Tradición Oral, y Sally tiene problemas. Esta vez Bertha no les obliga a leer, sino que es ella quien les lee, con una voz, comentó Sally, que recuerda a un camión cargado de grava, poco adecuada para estimular la imaginación. Puesto que estudiaban la Tradición Oral, no estaban autorizados a tomar apuntes. Bertha dijo que los oyentes primitivos de estos cuentos no sabían leer, de modo que los memorizaban.

—Para recrear la atmósfera —dijo Bertha—, apagaré las luces, ya que estas historias siempre se contaban de noche.

—¿Para darles un tono más lúgubre? —preguntó alguien.

—No, porque de día trabajaban —replicó Bertha, que no apagó en realidad la luz, aunque les invitó a sentarse en círculo.

—Tendrías que habernos visto —le dijo después Sally a Ed—, sentados en círculo y escuchando cuentos de hadas. Parecía una guardería. Había gente con la boca abierta. Yo esperaba que Bertha dijera de un momento a otro: «El que quiera ir al lavabo, que levante la mano».

Pretendía ser chistosa, divertir a Ed con esta descripción de la excentricidad de Bertha y la estúpida apariencia de los estudiantes, la mayoría de ellos de edad madura, sentados en círculo como si nunca hubieran crecido. También trataba de menospreciar un poco el curso, como hacía con todos los oíros, para que a Ed ni se le ocurriera suponer que había algo en la vida tan importante como él. Ed no aparentaba necesitar estos comentarios ligeros ni estos menosprecios. Recibía la información con seriedad y gravedad, como si el comportamiento de Bertha fuera, a fin de cuentas, el mero procedimiento de un especialista. Sabía mejor que nadie que los procedimientos de los especialistas solían resultar ridículos o incomprensibles a los ojos de los observadores inexpertos.

—Probablemente, tenía sus razones —se limitó a comentar.

Los primeros relatos que Bertha les leyó para entrar en materia («Ella no se los ha aprendido de memoria», dijo Sally) trataban de príncipes que padecían amnesia, olvidaban a sus verdaderos amores y se casaban con las chicas que su madre les había elegido. Después debían ser curados con ayuda de la magia. Los relatos no contaban lo que había sido de las mujeres con quienes los príncipes ya se habían casado, si bien Sally se lo preguntaba cada vez. Luego, Bertha les leyó otro cuento, y en esta ocasión tuvieron que recordar los detalles principales y escribir una transcripción al presente, de cinco páginas, redactada de forma realista («En otras palabras, sin magia auténtica», dijo Bertha). Sin embargo, no les autorizó a emplear el narrador universal, como en el caso del Romance. Tuvieron que elegir un punto de vista. Podía ser el punto de vista de algo o alguien que apareciera en el cuento, pero sólo uno. El cuento que iba a leer, dijo Bertha, era una variante del tema de Barba Azul, muy anterior a la sentimental versión reescrita por Perrault. En esta última, la chica era rescatada por sus hermanos, pero en la primitiva las cosas eran muy diferentes.

Esto leyó Bertha, hasta donde Sally puede recordar:

«Había una vez tres jóvenes hermanas. Un día llegó a su puerta un mendigo con una gran cesta a la espalda, y pidió algo de comer. La hermana mayor le trajo un poco de comida, pero en cuanto la hubo tocado se vio obligada a saltar dentro de su cesta, pues el mendigo era en realidad un mago disfrazado. El mago se la llevó a su casa del bosque, grande y ricamente amueblada.

»—Aquí vivirás feliz conmigo, querida —dijo el mago—, porque tendrás lodo lo que tu corazón pueda desear.

»Esta situación duró unos cuantos días. Después, el mago le dio a la muchacha un huevo y un manojo de llaves.

»—Debo emprender un viaje —le dijo—, y dejo la casa a tu cargo. Cuida de este huevo y llévalo contigo a todas partes; un gran quebranto se producirá si lo pierdes. Las llaves abren todas las habitaciones de la casa. Puedes entrar en cada una y disfrutar de su contenido, pero no penetres en la habitación pequeña de arriba, o morirás.

»La joven así lo prometió, y el mago desapareció.

»Al principio, la muchacha se contentó con explorar las habitaciones, que guardaban muchos tesoros, pero su curiosidad no la dejaba en paz. Sacó la llave más pequeña y, con el corazón latiéndole con fuerza, abrió la habitación pequeña de arriba. En ella descubrió un gran recipiente lleno de sangre, en el que flotaban los cuerpos despedazados de muchas mujeres; al lado había un

tajo de cocina y un hacha. Horrorizada, soltó el huevo, que cayó en el recipiente lleno de sangre. En vano intentó borrar la mancha: en cuanto conseguía hacerla desaparecer, se reproducía de nuevo.

»El mago regresó y pidió con voz severa el huevo y las llaves. En cuanto vio el huevo, supo al punto que ella le había desobedecido y entrado en la habitación prohibida.

»—Puesto que has entrado en la habitación contra mi voluntad —dijo—, volverás a ella contra la tuya.

»A pesar de sus súplicas, la arrojó al suelo, la arrastró por los cabellos hacia la habitación, la descuartizó y arrojó su cuerpo al recipiente con los otros.

»Luego fue a buscar a la segunda muchacha, que no se portó mejor que su hermana. Pero la tercera era más inteligente y astuta. En cuanto el mago se hubo marchado, depositó el huevo sobre un anaquel, a salvo de todo peligro, y a continuación abrió la puerta prohibida. Imaginaos su dolor cuando vio los cuerpos despedazados de sus dos adoradas hermanas; pese a ello, ordenó los pedazos, los volvió a unir, y sus hermanas se levantaron y movieron, sanas y salvas. Se abrazaron, y la tercera hermana ocultó a las otras dos en una alacena.

»Cuando el mago volvió, exigió en seguida el huevo. Esta vez estaba inmaculado.

»—Has superado la prueba —le dijo a la tercera hermana—. Serás mi esposa. (“Y el segundo premio serán dos semanas en las cataratas del Niágara”, se dijo Sally).

»El mago ya no tuvo poder sobre ella, y la obedeció en todo».

La historia continuaba, y se narraba cómo el mago encontraba la horma de su zapato y moría quemado en la hoguera, pero Sally ya sabía qué detalles le interesaban más.

Al principio pensó que lo más interesante del cuento residía en la habitación prohibida. ¿Qué pondría en la habitación prohibida, en la versión realista actualizada? Mujeres descuartizadas, no, por supuesto. No porque fuera irreal, sino porque resultaría demasiado morboso, así como demasiado obvio. Quería algo más inteligente. Pensó que sería una buena idea hacer que la mujer curiosa abriese la puerta y no hallara nada en absoluto, pero tras rumiarlo mucho desechó esta posibilidad. No podría responder a la pregunta de por qué el mago prohibía entrar en una habitación vacía.

En esos términos pensaba justo después de que le asignaran este ejercicio, hace exactamente dos semanas. Hasta el momento no ha escrito nada. La gran tentación consiste en asumir el papel de la audaz heroína, pero es demasiado predecible. Y Ed no es el mago, por supuesto; no resulta lo bastante siniestro. Si Ed fuera el mago, la habitación contendría un bosque, algunas plantas enfermizas y ardillas indefensas, y Ed se encargaría de cuidarlas: y por otra parte, si la habitación fuera de Ed, ni siquiera estaría cerrada, y no habría relato.

Ahora, sentada ante su escritorio, mientras juguetea con la pluma, se le ocurre que lo más intrigante del cuento, el detalle al cual debería prestar toda su atención, es el huevo. ¿Por qué un huevo? Del curso Folclore Comparado que siguió hace cuatro años, recuerda que el huevo puede ser un símbolo de la fertilidad, un objeto necesario en conjuros africanos o algo de lo que surgió el mundo. Tal vez en este cuento sea un símbolo de la virginidad, por eso el mago exige que no se manche de sangre. Las mujeres de los huevos sucios son asesinadas, las de los huevos limpios se casan.

Pero este concepto tampoco le sirve, está pasado de moda. Sally no sabe cómo transponerlo a la vida real sin que quede ridículo, a menos que sitúe la historia en el seno de una familia portuguesa, por ejemplo, tema sobre el que lo ignora todo.

Sally abre el cajón del escritorio y busca una lima de uñas. Mientras lo hace, se le ocurre la brillante idea de escribir el cuento desde el punto de vista del huevo. Los demás se ocuparán de los otros personajes, la chica lista, el mago, las dos hermanas torpes, carentes de inteligencia necesaria para mentir, y que más tarde tendrán problemas por culpa de las leves líneas rojas que surcan sus cuerpos, y que señalan los puntos por donde éstos fueron pegados. Pero nadie pensará en el huevo. ¿Qué sensación debe producir ser el causante pasivo e inocente de tanta desdicha?

(Ed no es Barba Azul; Ed es el huevo. Ed Huevo, blanco, prístino y adorable. También estúpido. Escalfado, probablemente. Sally sonríe con ternura).

¿Cómo puede narrarse una historia desde el punto de vista del huevo, siendo el huevo tan hermético e inconsciente? Sally reflexiona sobre esto, mientras hace garabatos en su cuaderno de hojas rayadas. Luego, prosigue la búsqueda de la lima de uñas. Ya se ha hecho hora de vestirse para la cena. Puede posponer el problema del huevo y terminar el ejercicio mañana, que es domingo. Ha de entregarlo el lunes, pero su madre ya decía de ella que era especialista en acabar las cosas en el último minuto.

Después de pintarse las uñas con Nuit Magique, se baña mientras come su acostumbrado panecillo tostado. Se viste sin prisa, le queda mucho tiempo. Oye que Ed sale de la bodega, y luego le oye en el cuarto de baño, donde ha entrado por la puerta del recibidor. Sally, sin más ropa que la interior, entra por la otra puerta. Ed, con el torso desnudo, se está afeitando. Durante los fines de semana no se afeita hasta que es necesario, o hasta que Sally le dice que rasca demasiado.

Le rodea la cintura con sus brazos, y se acurruca contra la espalda desnuda. Para ser un hombre, tiene la piel muy suave. Sally sonríe para sí: no puede dejar de pensar en él como un huevo.

—Mmmm —dice Ed.

Podría ser agradecimiento, la respuesta a una pregunta que Sally no ha formulado y que él no ha oído, o simple reconocimiento de la presencia de su esposa.

—¿Nunca te preguntas en qué pienso, Ed?

Lo ha dicho más de una vez, en la cama o en la mesa, después del postre. De pie detrás de él, contempla cómo la cuchilla va rasurando el rostro de Ed, su propia cara reflejada en el espejo, visibles tan sólo los ojos por encima del hombro desnudo. Ed enjabonado es un asirio, más severo que de costumbre, o un explorador del Ártico cubierto de nieve, o un ser semihumano, un mutante de los bosques de barba blanca. Cada vez que pasa la cuchilla sobre la piel, destruye melódicamente la ilusión.

—Sí, ya sé lo que piensas —responde Ed.

—¿Cómo? —pregunta Sally, cogida por sorpresa.

—Porque siempre me lo estás diciendo —dice Ed, con lo que podría ser resignación o tristeza, aunque tal vez se trate de una simple constatación de los hechos.

Sally se tranquiliza. Si eso es todo lo que ha deducido, se encuentra a salvo.

Marylynn llega con media hora de antelación. Su Porsche de color gris perla guía a los dos hombres que van en el camión de reparto. Los hombres instalan el nuevo escritorio, mientras Marylynn supervisa. Queda en la alcoba tal como Marylynn había predicho, y Sally se muestra entusiasmada. Se sienta ante él para extender el cheque. Luego, las dos van a la cocina, donde Sally termina de preparar la salsa, y sirve un Kir para cada una. Está contenta de que Marylynn haya venido: le calmará los nervios que la asaltan siempre

antes de que lleguen los invitados, pese a que sean los cardiólogos de costumbre. Ed tiende a reparar más en los aciertos que en los errores.

Marylynn se sienta a la mesa de la cocina, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla, la barbilla descansando sobre la otra mano. Lleva un vestido de un suave tono gris, que dota a su cabello de un tinte plateado, y Sally vuelve a considerar que su vulgar pelo oscuro, por bien corlado y lustroso que lo lleve, es absolutamente trivial. Envidia la confianza, la negligencia. Marylynn nunca parece esforzarse.

—¿A que no adivinas lo que Ed ha dicho hoy? —pregunta Sally.

—¿Qué? —dice, con la desenvoltura de alguien que participa en un juego familiar.

—Ha dicho: «Algunas de esas feministas van demasiado lejos» —informa Sally—. «Feministas». ¿A que es un encanto?

Marylynn hace una pausa demasiado larga, y un súbito y atroz pensamiento pasa por la cabeza de Sally: Marylynn tal vez piense que está exhibiendo a Ed. Siempre ha dicho que aún no está preparada para otro matrimonio, así que Sally debería tener cuidado con lo que dice y no restregárselo por las narices. Pero Marylynn se ríe con indulgencia y Sally, aliviada, la corea.

—Ed es increíble —dice Marylynn—. Tendrías que engancharle con un alfiler los mitones a las mangas cuando se va por la mañana.

—No se daría cuenta —responde Sally.

—Deberías comprarle un perro lazarillo para que ladrara a las mujeres —dice Marylynn.

—¿Por qué? —pregunta Sally, aún riendo pero alerta, sintiendo que las puntas de los dedos empiezan a helársele. Es posible que Marylynn sepa algo que ella ignora; es posible que, después de todo, la casa empiece a desmoronarse.

—Porque no las ve venir —replica Marylynn—. Es lo que siempre me dices.

Sorbe su Kir. Sally remueve la salsa.

—Apuesto a que piensa que soy una feminista —agrega Marylynn.

—¿Tú? No, de ninguna manera.

Le gustaría añadir que Ed nunca ha dado muestras de pensar nada acerca de Marylynn, pero se contiene. No desea arriesgarse a herir sus sentimientos.

Las esposas de los cardiólogos alaban la salsa de Sally; los cardiólogos hablan de trabajo, con la única excepción de Walter Morly, experto en soslayar el tema. Está sentado al lado de Marylynn, y le presta demasiada atención, hasta el punto de inquietar a Sally. La señora Morly se halla al otro extremo de la mesa, y no habla mucho de nada, algo en lo que Marylynn aparenta no reparar. Sigue hablando con Walter de St. Lucia, donde ambos han estado.

Así que después de la cena, cuando Sally ha guiado al rebaño a la sala de estar para tomar el café y los licores, coge a Marylynn por el codo.

—Ed aún no ha visto nuestro escritorio. Llévatelo y dale un discurso sobre las antigüedades del siglo diecinueve. Enséñale todos los compartimientos. A Ed le encantan los compartimientos.

Ed aparenta no darse cuenta.

Marylynn conoce perfectamente las intenciones secretas de Sally.

—No te preocupes —le dice—, no voy a violar al doctor Morly. El pobre hombre no sobreviviría a la impresión.

Pese a sus palabras, Marylynn acepta irse con Ed.

Sally va de invitado en invitado para asegurarse de que todo está en orden. Aunque nunca le mira directamente, siempre es consciente de la presencia de Ed en la habitación, en cualquier habitación; lo percibe como una sombra, una forma apenas discernible en el límite de su campo visual, reconocible por el contorno. Le gusta saber dónde está, eso es todo. Algunos de los invitados atacan su segunda taza de café. Se dirige hacia la alcoba; ya habrán terminado de examinar el escritorio.

Pero no lo han hecho, todavía siguen allí. Marylynn se halla inclinada hacia adelante, con una mano sobre la chapa. Ed está de pie demasiado cerca de ella, y cuando Sally se acerca repara en el brazo izquierdo de Ed, apretado contra su costado y apoyado en la rutilante parte superior del muslo de Marylynn, en su culo para ser exactos. Marylynn no se aparta ni un milímetro.

Todo sucede en una fracción de segundo; después, Ed ve a Sally y la mano desaparece para ir a buscar una copa de licor que hay sobre el escritorio.

—Marylynn necesita más Tía María —dice Ed—. Acababa de decirle que la gente que bebe un poco de vez en cuando vive más tiempo.

Habla con voz serena, y su rostro se ve tan uniforme como siempre, una llanura sin postes indicadores.

—Tuve una vez un dentista que practicaba diminutos agujeros en mi dentadura para poder arreglármela después, estoy segura —ríe Marylynn.

Sally ve la mano de Ed extendida hacia ella, sujetando un vaso vacío. Lo coge, sonríe y se va. Un sonido estrepitoso sube por su nuca; la negrura se forma alrededor de los bordes de la imagen que ha presenciado, como un televisor cuando se apaga. Entra en la cocina, apoya la mejilla en la nevera y la rodea con sus brazos. Permanece unos momentos así; el aparato zumba con un ruido consolador. Después, se aparta, se acaricia el cabello y vuelve al salón con los vasos llenos.

Marylynn está hablando con Walter Morly junto a las puertas cristaleras. Ed se halla solo frente a la chimenea, con un brazo sobre la repisa y la mano izquierda hundida en el bolsillo.

Sally se dirige hacia Marylynn y le tiende el vaso.

—¿Tienes bastante?

Marylynn se muestra inmutable.

—Gracias, Sally.

Y sigue escuchando a Walter, que se explaya sobre su chiste favorito; un día, cuando los hayan perfeccionado, todos los corazones serán de plástico, lo que constituirá un mejoramiento sustancial del modelo corriente. Es una oscura forma de flirtear. Marylynn le guiña un ojo a Sally, para darle a entender que es un tipo aburrido. Sally, al cabo de un momento, le devuelve el guiño.

Observa a Ed, que mira a su alrededor con la vista perdida en el espacio, como un robot aparcado y desconectado. Ya no está segura de si vio lo que creyó ver. Aunque en efecto lo viera, ¿cuál es el significado? Es posible que Ed, en un momento de desconcierto alcohólico, posara la mano simplemente en la nalga más próxima, y que Marylynn se contuviera para no gritar o dar muestras de mala educación, o impulsada por el deseo de no ofenderle. Cosas así ya le han ocurrido a Sally.

Quizá podría significar algo más siniestro: una familiaridad entre ellos, una complicidad. En caso de ser así, Sally ha estado equivocada sobre Ed durante años, desde siempre. Su versión de Ed no es algo que haya percibido, sino algo que Ed ha perpetrado con ella, por razones comprensibles sólo para él. Es posible que Ed no sea estúpido. Es posible que sea enormemente inteligente. Repasa todos los momentos en que esta astucia, esta inteligencia, hubieran podido mostrarse de ser ciertas, pero no encuentra ninguno. Le ha vigilado con sumo cuidado. Recuerda haber jugado hace años con los chicos, los hijos de Ed, a construir cosas con palillos: si movías uno de los palillos, por poco que fuera, todo se venía abajo.

No le dirá nada. No puede decir nada, no puede arriesgarse a cometer un error o a dar en el clavo. Vuelve a la cocina y empieza a fregar platos, un comportamiento poco usual (suele participar en las fiestas hasta que terminan); al cabo de un rato, Ed acude a investigar. Permanece de pie y la observa en silencio. Sally se concentra en los platos: grumos de *sauce suprême*, trozos de lechuga, arroz, restos fríos y apelmazados van a parar a la bolsa de plástico. Son los restos de su tarde.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Ed por fin.

—Fregando los platos —responde Sally, animada, neutral—. He pensado que sería mejor empezar a poner orden ahora.

—Déjalo —dice Ed—. La mujer de la limpieza lo hará por la mañana. —Así es como se refiere a la señora Rudge, pese a que ya lleva con ellos tres años: «La mujer de la limpieza». Y antes estuvo la señora Bird, como si fueran intercambiables. A Sally nunca la había molestado hasta ese momento —. Sal y diviértete.

Sally deja caer la espátula, se seca las manos con la toalla, le rodea con los brazos y le oprime con más fuerza de la necesaria. Ed le palmea el hombro.

—¿Qué pasa? —dice—. Sally, Sally.

Si ella levantara la mirada, se daría cuenta de que Ed menea la cabeza, como si no supiera qué hacer con ella. No levanta la mirada.

Ed se ha ido a la cama. Sally se pasea por la casa y recoge los restos de la fiesta. Retiné los vasos vacíos, recupera cacahuetes caídos sobre la alfombra. Al cabo de un rato se da cuenta de que está de rodillas, mirando debajo de una silla, y que ha olvidado qué busca. Sube al piso superior, se desmaquilla, se cepilla los dientes, se desnuda a oscuras en el dormitorio y se mete en la cama junto a Ed, que respira profundamente como si durmiera. Como *si*.

Sally yace en la cama con los ojos cerrados. Ve su propio corazón, en blanco y negro, que late con ese aleteo insustancial parecido al de una mariposa, un corazón fantasmal, separado de ella y que flota en el espacio, un corazón de papel animado sin color. Seguirá así para siempre, ya no lo controla. Y ahora ve el huevo, que no es pequeño, frío, blanco e inerte, sino más grande que un huevo real y de un color rosa dorado, posado en un nido de zarzas, que brilla débilmente, pese a que hay algo rojo y cálido en su interior. Casi late; Sally le tiene miedo. Mientras lo mira se oscurece: rojo rosado, carmesí. «Aquí hay algo que el cuento olvidó —piensa—: el huevo está vivo, y un día se abrirá. Pero ¿qué saldrá de él?».

Canción de primavera de las ranas

Los labios de las mujeres han empalidecido de nuevo. Adoptan el color de la cera y menguan de estación en estación. No han estado tan pálidos desde hace años, desde hace quince o veinte años como mínimo. Will no recuerda cuándo sucedió, cuándo vio por última vez aquellas sombras de vainilla pura, de sorbete de naranja, satén rosa descolorido, en las bocas de las mujeres. Algo antes de que empezara a darse cuenta de las cosas. Durante el último invierno, los labios eran realmente oscuros, morados, marrones, y las bocas parecían las bocas de muñecas pasadas de moda, en acentuado contraste con el blanco luminoso de la piel. Ahora las pieles han adquirido tonos más cremosos, excepto las de aquellas que han ignorado la revocación del decreto mudo y han empezado a broncearse.

Esta mujer, cuyo nombre es Robyn, tiene la boca del color de las uñas, con la media luna empañada en su base. Sus propias uñas están pintadas del mismo modo; alguien ha decidido que nunca más parecería que hubieran sido hundidas en la sangre. Llevaba un vestido fresco y holgado de algodón, de un rosa tan pálido como si lo hubieran desteñido, con botones en la parte delantera, los tres primeros desabrochados. Por la forma en que ha bajado la vista una o dos veces, parece preguntarse si ha ido demasiado lejos.

Will le sonríe, la mira a los ojos, que posiblemente son azules; es imposible discernirlo con esta luz. Ella le devuelve la sonrisa. No podrá seguir manteniendo la mirada durante mucho rato. Después de parpadear y removerse en la silla, le quedarán tres oportunidades. El menú, escrito a mano y reproducido en offset, al estilo francés, que ya ha examinado; mirar a un lado, hacia la puerta, pero todavía es demasiado pronto; o a la pared que hay detrás de él. Will sabe lo que hay ahí: un póster enmarcado que anuncia una exposición de arte surrealista celebrada varios años antes, con un dibujo color carne con sombras grises y rosadas que sugieren una parte del cuerpo, aunque es difícil decir cuál. Algo sobre el crecimiento del pelo, sobre aficionarse al sexo de una manera desagradable. Da igual que ella reaccione ante el grabado o no lo vea. Se conformará con mirar su propio reflejo en el vaso,

considerando si es una extraña que merece ser rescatada: una mirada profunda, breve pero sincera.

Llega la camarera, una muchacha delgada con el pelo rojo muy corto y un pendiente con una pluma púrpura que cuelga de una oreja. Permanece de pie como si su cabeza estuviera sujeta de un gancho y el resto del cuerpo, desprovisto de tendones, fuese a desplomarse. Lleva algo que podrían ser unos pantalones de esmoquin. El restaurante se halla en un barrio plagado de tiendas de ropa usada, a las que acuden a revolver mujeres con aspecto de extranjeras, de piernas gruesas y cabello recogido atrás en un moño, y también chicas como ésta, aficionadas a vestirse con ropas extravagantes. El cinturón de plástico es ancho y rojo; podría tener veinte años de antigüedad o ser nuevo de trinca. La camisa es de hombre, con pliegues, y la lleva arremangada hasta los codos. Los brazos de la chica, huesudos y blancos, surgen de la tela enrollada como los tallos de las peonías que han crecido en la oscuridad.

Sus muslos no serán muy diferentes. Will aún se acuerda de los muslos que aparecían en las antiguas revistas para hombres, las que pasaban de mano en mano cuando iba al colegio, fotos en blanco y negro sobre papel barato. No eran fotos tomadas desde arriba, y aquellas mujeres regordetas posaban en habitaciones de moteles, y las ligas se hundían en la carne de los muslos y las nalgas. Ahora ya no hay carne, los muslos se han escuchimizado, esas chicas son todo músculos y huesos. Incluso las que salen en los desplegables de *Playboy* parece que estén hechas de cartílago sólido. Imaginan que resulta sexy exhibirlas con calentadores de piernas.

Le pregunta a Robyn si le apetece beber algo.

—Un Perrier —responde Robyn, sonriendo a la camarera con la misma sonrisa que acaba de ofrecerle a Will.

Will pide un Bloody Mary y se pregunta si ha cometido un error. Es posible que esta camarera sea un hombre. Ya ha estado aquí otras veces, siempre con una leve pero gozosa sensación de estar penetrando en territorio prohibido. Todos los lugares con manteles a cuadros le producen esta sensación, reminiscencias de cuando era estudiante y pensaba que llegaría a ser algo muy diferente de lo que es en realidad. En aquellos días hacía ilustraciones para la revista del campus, y diseñaba decorados. Durante un tiempo siguió dibujando como hobby, al menos así lo llamaba su exesposa. Quizá volverá a ello cuando disponga de más horas libres. A veces se pasea por las galerías de arte para ver qué hace la gente joven. Los propietarios se le

acercan con deferencia cínica, como si lo único que pudiera ofrecer, a ellos o a cualquiera, fuera dinero. Nunca compra nada.

La camarera regresa con las bebidas, y Will, a la vista de los dos pequeños bultos que sobresalen de la caja torácica, decide que, después de todo, es una mujer.

—Por un momento he pensado que era un hombre —le comenta a Robyn.

—¿De veras? —dice Robyn. Examina a la camarera, que se ha desplazado a la mesa vecina—. Oh, no —añade, como si se tratara de una equivocación que ella nunca cometería—. No. Definitivamente, es una mujer.

—¿Quieres un poco de pan? —pregunta Will.

En este lugar sirven el pan en cestitas, suspendidas sobre las mesas mediante una especie de mecanismo de polea. Para coger el pan hay que ponerse de pie o bien, bajar la cesta soltando la cuerda alada a la pared. Es un engorro, pero a Will Je gusta hacerlo. Quizá la teoría se base en que te sentirás más atraído por la comida si te dejan participar en ella o quizá las cestitas no sean otra cosa que un diseño fracasado. Aquí siempre come pan.

—¿Perdón? —dice Robyn, como si nunca hubiera oído la palabra pan—. Oh, no, gracias.

Se ha estremecido un poco, como si el pan le resultara repulsivo. A Will el desagrada su reacción, pero está decidido a comer pan. Es pan del bueno, compacto, tostado y caliente. Se vuelve hacia la pared, desata la cuerda, y la cestita desciende con un crujido.

—Qué ingenioso —dice Robyn.

Entonces Will observa que la joven se está mirando en el espejo que hay detrás de él. Se las van a tener que ingeniar para pasar juntos el resto de la comida. ¿Por qué persevera, qué es eso tan difícil de encontrar que busca? Sus pechos generosos le impulsaron a dar el paso: la esperanza en la generosidad.

La camarera vuelve y Robyn, lamiéndose sus labios de color pastel, pide ensalada de espinacas sin aderezo. Will empieza a sudar; siente claustrofobia y tiene muchas ganas de irse. Piensa en posar su mano sobre la pierna de la chica y ascender hasta el muslo, probablemente suave y carnoso, pero no es una buena idea. A ella no le gustaría.

Cynthia, blanco sobre blanco. Su cabello es casi rubio; teñido, sospecha Will, ya que las cejas y las pestañas son más oscuras. Su piel es muy pálida, como si le hubieran aplicado polvos. No lleva la bala del hospital, sino un camisón blanco con volantes, infantil, victoriano, que recuerda las enaguas de

encaje y las tarjetas de felicitación de Kate Greenaway. Will piensa que bajo la prenda será translúcida, que se le verán las venas y los intestinos, como a las olominas. Se cubre con la sábana hasta el pecho, y retrocede hacia la cabecera de la cama, en una postura que le recuerda a Will una madonna enfermiza de Rosetti, acurrucada contra la pared mientras el Ángel de la Anunciación la amenaza con el inminente embarazo.

Will sonríe con la esperanza de parecer afable.

—¿Cómo estás, Cynthia?

Hay una cesta sobre la mesilla de noche con naranjas y una manzana, y también unas flores.

—Bien.

Ha contestado con una sonrisa, una débil sonrisa que desmiente el mensaje. Sus ojos reflejan angustia y astucia. Quiere que le crea y se largue.

—Tus padres me pidieron que pasara a verte —dice Will.

Cynthia es su sobrina.

—Ya me lo figuraba —replica Cynthia.

Tal vez quiera decir que de lo contrario no habría venido, o que le han enviado como un sustitutivo de ellos. Es probable que tenga razón en ambos sentidos. Que Will es el tío favorito de Cynthia se ha convertido en un mito familiar. Como la mayoría de los mitos, al principio tuvo una base real, cuando él (justo después de su fracaso matrimonial) buscaba un sentido a la familia, y le leía cuentos a Cynthia y le hacía cosquillas en las axilas. Pero eso fue hace muchos años.

La noche anterior, por teléfono, su hermana había utilizado este pasado como acicate.

—Eres el único que puede hablar con ella. Nos ha colgado el teléfono —le dijo, con tono que sonaba más irritado que desesperado.

—Bueno, no lo sé —vaciló Will.

No confía demasiado en sus poderes como mediador, confidente o paño de lágrimas. Solía llevarse a Cynthia a la granja, cuando sus hijos eran más pequeños y Cynthia ya tenía alrededor de doce años. Entonces era como un chico, con la piel muy bronceada; le gustaba pasear sola por la propiedad, y coger manzanas silvestres. Por la noche devoraba las cenas que Will preparaba para los cuatro, cinco si había otra mujer en su vida: platos de tallarines Alfredo, rosbif con budín Yorkshire, pollo frito, filetes, en ocasiones un ganso que compraba a los vecinos de enfrente.

Entonces no había problemas con Cynthia; llevaba el pelo suelto, su piel era dorada, y Will sentía hacia ella una turbadora atracción sexual que ahora

ya no experimenta. Los chicos también la sentían, y se dedicaban a molestarla y provocarla, pero ella los mantenía a raya. Decía que podía hacer todo lo que ellos hicieran, y estaba casi en lo cierto. Luego, ellos pasaron a la fase de las motos y los coches, y Cynthia cambió. De pronto ya no le gustó mancharse de grasa las manos; empezó a pintarse las uñas. Desde el punto de vista actual de Will, fue el principio del fin.

—Es una epidemia —le dijo su hermana por teléfono—, una especie de moda pasajera. ¿Sabes lo que me dijo? Que muchas chicas del colegio también lo hacían. Es tan condenadamente competitiva.

—Iré —aceptó Will—. ¿Puedo llevarle algo, quizá un poco de queso?

Su hermana está casada con un hombre de cejas tan finas que son invisibles. Will, que no le aprecia demasiado, piensa que es un albino.

—Una buena palmada en el trasero le iría muy bien —dijo su hermana—, y eso que no le hemos ahorrado ninguna.

Después se echó a llorar, y Will le dijo que no se preocupara, que todo terminaría bien.

De momento no lo cree. Pasea la mirada por la habitación en busca de una silla. Hay una, pero está ocupada por la bata azul celeste de Cynthia. Muy bien: si se sienta, tendrá que quedarse más rato.

—¿Sólo bien? —pregunta.

—He ganado medio kilo —responde ella, con la intención de aplacarle.

Will deberá consultar con el médico, puesto que su hermana desea un informe exhaustivo, pues sospecha que Cynthia no es objetiva en lo referente a su peso.

—Estupendo.

Tal vez sea cierto, a juzgar por su expresión de congoja.

—Apenas como nada —se queja, no sin cierta jactancia.

—Haces lo que puedes —dice Will—. Así me gusta. —Ya que ha venido hasta aquí, le gustaría ser útil—. Quizá mañana comerás más.

—Pero si comiendo apenas gano medio kilo, ¿qué ocurrirá? Engordaré.

Will no sabe qué decir. Sabe que la razón no es suficiente; ya se ha intentado. No serviría de nada decirle que está en los huesos, que si no come se consumirá, que su corazón es un músculo como los demás, y que si no lo alimenta se atrofiará.

Will experimenta hambre de repente. Es consciente de las naranjas y la manzana que hay justo debajo de sus narices, sobre la mesilla de noche, redondas, de colores brillantes y henchidas de zumo delicioso. Quiere comer algo, pero no desea despojarla de sus acaso únicos víveres.

—Esa fruta tiene buen aspecto —dice.

Cynthia le mira con desdén, como si estuviera empleando una burda treta para obligarla a comer.

—Cómete alguna —dice—. Cómetela toda, pero no me obligues a mirar. Métetelas en el bolsillo.

Habla de la fruta como si fuera una masa indiferenciada, algo similar a unas gachas frías.

—Gracias, pero las dejaré para ti.

—Pues, entonces, cómete las flores.

Es un gesto demasiado despreciativo: él tiene necesidades, ella no. Está más allá de las necesidades.

Will trata desesperadamente de aferrarse a algo.

—Ya que te encuentras mejor, podrías venir a la granja. Te lo pasaras bien.

A sus propios oídos suena falsamente genial, engatusador.

—Sería un estorbo —dice Cynthia, apartando la mirada de él, hacia la ventana. Afuera no se ve otra cosa que las ventanas de otro edificio del hospital—. A veces veo desde aquí cómo hacen las operaciones.

—Me gustaría que vinieras —insiste Will, sin saber si miente—. Estoy muy solo los fines de semana.

Esto último es cierto, pero en cuanto lo ha dicho le ha sonado a plañido.

Cynthia le dedica una breve mirada y le dice, como si ella tuviera el monopolio y él careciera de derecho a la palabra:

—No tienes por qué ir si no quieres. Nadie te obliga.

Will se siente miserable, como un parado pidiendo limosna por las calles. Ha visto a muchos de esos hombres y se ha alejado en dirección contraria, pensando en lo incómodo que se encontraría en su lugar, arrastrando los pies de aquella manera. Ahora comprende que lo que cuenta para ellos no es esta sensación de incomodidad, sino el dinero. Después de ver su oferta rechazada, se queda de pie junto a la cama de Cynthia como un idiota.

Cynthia se distrae en seguida. Se mira las manos, extendidas sobre la sábana. Las uñas, recién pulidas, son de color melocotón.

—Era guapa de joven —dice.

Will quiere sacudirla. Apenas tiene dieciocho años, no tiene ni idea sobre el tiempo o la edad. Podría decir «Eres guapa ahora», o «Estarías más guapa si ganaras peso», pero ninguna de estas fórmulas surtiría efecto, de modo que se calla. Se despide, le da un beso en la mejilla y se marcha, sintiéndose tan

derrotado como ella desea que se sienta. No ha observado la menor diferencia.

Will conduce su BMW plateado al aparcamiento, saca la llave del encendido y se la guarda cuidadosamente en el bolsillo. Luego se acuerda de que ha de volver a utilizar la llave para cerrar el coche desde fuera. Ésta es una de las ventajas de los BMW: nunca te puedes quedar encerrado. Después de la separación, tuvo un Porsche durante una temporada. Le hacía sentirse libre y dispuesto a todo, pero ahora ya no es así. Su bigote desapareció al mismo tiempo que el coche.

El aparcamiento se halla a la izquierda de la casa, delimitado por traviesas de ferrocarril y cubierto de grava blanca crujiente. Ya estaba así cuando compró la finca, pero es probable que también lo hubiera construido de la misma manera. Sigue rumiando la idea de plantar flores detrás de las traviesas, tal vez zinnias, pero de momento no ha dado ningún paso.

Sale y coge los comestibles que hay en el maletero. A mitad de camino de la casa se da cuenta de que no ha cerrado el coche, y regresa para hacerlo. La zona ya no es tan segura como antes. Unos chicos de la ciudad algo exaltados asaltaron la casa el año pasado. Rompieron platos, tiznaron las paredes con mantequilla de cacahuete, se bebieron sus licores, destrozaron las botellas y, en su opinión, follaron en todas las camas. Los cogieron porque se llevaron el televisor e intentaron venderlo. Todo estaba asegurado, pero Will se sintió humillado. Ha puesto cerrojos en las puertas y rejas en las ventanas de la bodega, pero cualquiera podría entrar si le diera la gana. Está pensando en comprarse un perro.

El aire del interior de la casa huele a cerrado, como si se hubiera caldeado y después enfriado, absorbiendo los olores a muebles, madera vieja, pintura y polvo. Se ha ausentado varias semanas. Deposita las bolsas sobre la mesa de la cocina y abre algunas ventanas. En la sala de estar hay un jarrón con narcisos marchitos y el agua estancada y maloliente. Saca el jarrón al patio; lo vaciará más larde.

Will compró la casa después de separarse, para que él y los chicos tuvieran un lugar donde pasar el tiempo juntos de vez en cuando. Además, su esposa le dio a entender que quería tener algunos fines de semana libres. Los anteriores propietarios habían remozado la casa; tanto mejor, porque Will nunca habría encontrado tiempo para supervisar las obras, aunque a menudo esboza planos para su casa ideal. Le gustaría cambiar algunas cosas, pero está

contento con el amplio espacio exterior y la cocina grande y espaciosa. Se siente bien aquí, mejor que en su apartamento de la ciudad, pese a algunos recelos derivados del asalto.

Su casa anterior pertenece ahora a su esposa; no le gusta visitarla. A veces se ha encontrado con hombres más jóvenes, que le han sido presentados sólo por su nombre. Como los chicos ya casi son unos hombres, no le molesta tanto como antes. Ojalá que ella se lo pase bien, aunque el índice de rotación es elevado. No disfrutaba con muchas cosas cuando se casaron, incluyéndole a él, incluyendo el sexo. Nunca le dijo qué esperaba de él, y Will tampoco se lo preguntó.

Desempaqueta las compras y guarda la comida. Le gusta colocar los huevos en los huecos correspondientes de la nevera, las espinacas en el cajón de las verduras, la mantequilla en el compartimiento señalado con el letrero MANTEQUILLA, el café en grano en el tarro con el letrero CAFÉ. Piensa que al menos algunas cosas han de estar en sus lugares adecuados. Deja los filetes sobre el mármol, descorcha el vino, busca algunas velas. Una, del par que encuentra, ha sido mordida por los ratones. Los restos endurecidos están esparcidos por el cajón. Los ratones constituyen una novedad. Habrá un agujero en algún sitio. Will se halla de pie con la vela mordida en la mano, reflexionando sobre posibles soluciones, cuando oye un coche en el exterior.

Mira por la ventana de la cocina. Desde el asalto, es menos proclive a abrir la puerta sin saber antes quién anda fuera. Es Diane, en un coche que no había visto antes, un Subaru de color crema. Siempre mantiene los coches muy limpios. Por alguna razón ha preferido entrar por el sendero marcha atrás, quizá en recuerdo de aquella ocasión en que se quedó inmovilizada por la nieve y él le dijo que habría salido con más facilidad de haber dado marcha atrás.

Deja la vela sobre el mármol y entra en el cuarto de baño de la planta baja. Se dedica una sonrisa, y comprueba que no se le haya quedado nada adherido entre los dientes. No tiene mal aspecto. Después sale para recibir a Diane. Se da cuenta de que hasta ahora no ha estado seguro de que vendría. Es posible que no se lo merezca.

Ella sale del coche, le da un abrazo y un beso en la mejilla. Lleva puestas unas enormes gafas de sol, con absurdas palmeras sobre las cejas. A Will siempre le han gustado este tipo de extravagancias tan propias de ella. La abraza de nuevo, pero ella no desea que la sujeten demasiado rato.

—Te he comprado algo —dice, y busca dentro del coche.

Will la observa mientras está agachada. Lleva una falda de algodón ancha, ceñida en la cintura; ha perdido mucho peso. Solía pensar en ella como una mujer corpulenta, de abundantes carnes y atlética, pero ahora está casi esquelética. Entre sus brazos la notó frágil, menguada.

Diane se endereza y se vuelve, tendiéndole una botella de vino y un pan griego redondo, tierno y esponjoso. Will se tranquiliza. Rodea su cintura con el brazo y la abraza de nuevo, intentando parecer sólo amistoso para que no se sienta presionada.

—Me alegro de verte —le dice.

Diane se sienta a la mesa de la cocina y bebe vino; Will manipula los filetes, los frota con ajo, los espolvorea con pimienta y añade uno o dos pellizcos de mostaza fría. Ella solía ayudarle a cocinar, sabe dónde está guardado todo, pero esta noche se comporta como una invitada.

—¿Te han contado algún chiste bueno últimamente? —dice ella, lo que en sí ya es un chiste, pues siempre es Diane quien los cuenta.

Will salía con Diane cuando su matrimonio terminó de crujir y chirriar y se desmoronó en pedazos. De todos modos, ella no fue la culpable, como Will se apresuró a señalar. Dijo que la culpa no era de nadie en concreto; no quería que se sintiera responsable. No está muy seguro de lo que ocurrió a continuación, de por qué dejaron de verse. No se trataba de sexo: con ella era un buen amante. Will sabe que Diane estaba muy a gusto con él y los chicos, pero un día dijo «Bien, hasta aquí hemos llegado», y Will no tuvo la suficiente presencia de ánimo para preguntarle qué quería decir.

—Ésa es tu especialidad —dice Will.

—Pero sólo porque entonces estabas triste —dice Diane—. Intentaba alegrarte. Te arrastrabas por la vida como si padecieras una deficiencia tiroidea, o algo así. —Juguetea con sus gafas de sol, que están sobre la mesa —. Ahora te toca a ti.

—Ya sabes que no soy bueno en eso —responde Will.

—Qué pena —dice ella. Se pone en pie y se acerca al mármol—. ¿Qué es esto? —pregunta, cogiendo la vela mordisqueada—. ¿Se ha apagado algo?

Comen en la mesa redonda de roble que compraron juntos en una subasta, cuando uno de los granjeros liquidó el negocio. Diane ha rescatado las servilletas de lino blanco que le regaló a Will un año, y encendido dos velas, la mordisqueada y la intacta.

—Creo en la alegría —dice.

Se producen silencios que ambos intentan llenar. Diane dice que quiere hablar de dinero. Es el momento de su vida más apropiado para interesarse en el dinero, ¿y no es acaso Will una autoridad en la materia? Gana mucho, pero le cuesta ahorrar. Quiere que Will le explique la inflación.

Will no quiere hablar de dinero, pero lo hace para complacerla. Lo que más le gustaría hacer es complacerla, pero ella no parece muy convencida. Su rostro, que ha enflaquecido, presenta unos rasgos más marcados, y eso le proporciona un aspecto más elegante, aunque menos accesible. También habla menos que antes. Recuerda que su voz era más fuerte, más insistente; ella le importunaba, le desarmaba. Will lo encontraba divertido, le distraía. Piensa que, en general, las mujeres se están volviendo más silenciosas, lo cual es acorde con sus nuevos labios pálidos. Se refugian en su intimidad, en el ocultamiento, como si temieran algo, pero Will ignora qué.

Diane deja la mitad del filete en el plato, intacto.

—Háblame del oro —dice.

—¿No tienes apetito?

—Estaba desfallecida, pero no puedo más.

También su pelo ha cambiado. Lo lleva demasiado largo, con algunas mechas. En conjunto resulta más artificiosa.

—Me gusta estar contigo —dice Will—. Siempre me gustó.

—Pero no lo bastante —dice Diane, y luego, para aclararlo—: Deberías poner un anuncio en la revista *NOW*, Will: «Hombre de buena presencia, ejecutivo, con buenos ingresos, sin lazos familiares, desea encontrar…».

—Las relaciones no son mi fuerte —dice Will.

Intenta completar mentalmente el anuncio de Diane. Desea encontrar, ¿qué? Una mujer que no se mire en el cristal del cuadro que hay detrás de él. Una mujer que disfrute con lo que cocina.

—Una mierda —dice Diane, volviendo a su antigua beligerancia—. ¿Por qué piensas que eres peor que los demás?

Will le mira la parte de la garganta que el cuello de su blusa acabado en V deja al descubierto. No ha observado que trajera maletín, pero es posible que siga en el coche. Él le dijo que no existían compromisos entre ambos.

—Hay luna llena —dice—. Podríamos salir al patio.

—Aún no —responde Diane, escudriñando por la ventana—. Y además, fuera hace frío.

Will sube a la habitación de los chicos para prestarle una manta escocesa. Tiene pensado tomar un par de coñacs en el patio, y luego ya veremos. Mientras baja por la escalera, la oye en el cuarto de baño; parece que esté

vomitando. Will sirve los coñacs y los saca fuera. Se pregunta si debería investigar, llamar a la puerta del cuarto de baño. ¿Y si la comida estaba envenenada? Sabe que debería sentir compasión; en cambio, considera que Diane le ha traicionado.

Pero cuando ella sale para acudir a su lado, parece encontrarse en plena forma, y Will decide no preguntarle nada. La envuelve con la manta, mantiene su brazo alrededor de ella, y Diane se apoya contra él.

—Podríamos sentarnos —sugiere Will, por si ella no está cómoda en esa postura.

—Caramba, me has traído flores —observa Diane. Ha reparado en los narcisos blancos—. Siempre tan atento. Seguro que huelen bien.

—Me gustaría que oyeras a las ranas —dice Will—. La estación de las ranas está acabando.

Las ranas viven en el estanque, al pie de la pendiente cubierta de césped. Es posible que sean sapos, nunca está seguro. Para Will han llegado a significar la primavera y el principio del verano: la novedad, otras posibilidades. Sus voces plateadas impregnan la atmósfera que les rodea, como las de los grillos, pero más prolongadas, más suaves.

—Qué hombre —dice Diane—. Para unos son los ruiseñores, para otros, las ranas. ¿Quieres que la próxima vez te traiga una caja de babosas cubiertas de chocolate?

A Will le gustaría besarla, pero no es el momento adecuado. Diane tiembla un poco; apoyada en su brazo, parece angulosa, desgarbada, como si le estuviera negando el cuerpo, aunque no del todo. Permanecen de pie mirando la luna, fría y sesgada, y escuchando el canto de las ranas, que no produce en Will el efecto que esperaba. Las voces procedentes de la oscuridad, más allá de la curva de la colina, suenan débiles, enfermizas. Tampoco hay tantas ranas como en los viejos tiempos.

Los ibis escarlata

Hace unos años, Christine se fue con Don a Trinidad. Se llevaron a Lilian, su hija menor, que entonces tenía cuatro años. Los otros, que ya iban al colegio, se quedaron con la abuela.

Christine y Don se sentaron junto a la piscina del hotel, agobiados por el húmedo calor, bebieron combinados de ron y comieron hamburguesas de sabor extraño. Lilian quería estar en la piscina todo el tiempo (ya sabía nadar un poco), pero Christine pensaba que no era una buena idea, a causa del sol. Christine aplicó a su nariz, y también a las de Don y Lilian, crema protectora. Tenía la impresión de que sus piernas estaban demasiado blancas, y de que la gente la miraba y la encontraba algo ridícula, a causa de su piel blanca y rosada y de su sombrero demasiado ancho. Era casi seguro que los jóvenes camareros negros que les habían servido los combinados y las hamburguesas, que deambulaban con soltura bajo el sol sin prestarle atención, que bromeaban entre ellos pero adoptaban un aire solemne cuando servían los platos y las copas, le habían adjudicado determinada categoría, una que incluía la gordura, si bien ella no era exactamente gorda. Le insinuó a Don que quizá dejaba propinas excesivas. Don respondió que se sentía cansado.

—Ya te sentías cansado antes —replicó Christine—; por eso vinimos, ¿te acuerdas? Para que descansaras unos días.

Don descabezaba un sueñecito después de comer, tendido en una de las camas gemelas de la habitación (Lilian dormía en un plegatín), con la boca un poco abierta y la piel de su rostro estirada hacia las orejas por la gravedad, de modo que parecía más tieso, más delgado y más aguileño en esta posición que cuando estaba despierto. «Más muerto», pensaba Christine, examinándole de cerca. Los muertos, por lo que Christine sabía, yacen en sus ataúdes de espaldas, y da la impresión de que hayan perdido peso. La imagen de Don yacente en un ataúd aparecía con frecuencia en su mente desde hacía un tiempo, y no dejaba de inquietarla.

Era inútil confiar en que Lilian se durmiera después de comer, así que Christine la bajaba a la piscina o intentaba mantenerla quieta dibujando con

ella. Usaban Magic Markers. A esta edad, Lilian sólo dibujaba mujeres o chicas, ataviadas con los vestidos más excéntricos, con faldas muy recargadas, largas hasta los pies. Siempre las plasmaba sonrientes, con bocas rojas y curvadas, y las dotaba de pestañas espesas y anormalmente largas. No ponían el pie en tierra (Lilian aún no incluía la tierra o el suelo en sus dibujos), sino que flotaban en la página como si se tratara de un estanque, con los brazos extendidos, los pies sobresaliendo de los bordes de las faldas, sus complicadas cabelleras enmarcando sus cabezas. A veces, Lilian añadía algunos pájaros o el sol, que proporcionaban a aquellas mujeres la apariencia de gigantescos globos a la deriva, como si el viento las hubiera arrebatado por debajo de las faldas y las transportara, ligeras como plumas, lejos de todo. Sin embargo, si se lo preguntaban, Lilian explicaba que aquellas mujeres iban caminando.

Al cabo de unos cuantos días de este régimen, una vez que se aclimataron al calor, Christine consideró que había llegado la hora de salir del hotel y hacer algo. No quería ir de compras sola, aunque Don lo sugirió; tenía la sensación de que todos sus esfuerzos por mejorar su aspecto eran en vano, o, para ser más precisos, que su aspecto no importaba demasiado. Intentaba pensar en otras distracciones, especialmente por el bien de Don. Éste no parecía más relajado, aunque sufría un eritema solar (que, en lugar de proporcionarle un color saludable, le hacía parecer irritado) y volvía a tamborilear con los dedos en las mesas. Dijo que no dormía bien, que sufría pesadillas, imposibles de recordar después. Por otra parte, el aire acondicionado le taponaba la nariz. Dijo que en los últimos tiempos había sufrido muchas presiones.

No hacía falta que se lo dijera. Christine sentía la presión a que él estaba sometido como una sólida masa de algo indeterminado, como tejido, como sangre coagulada, en su propia nuca. Se imaginaba a Don embutido en una especie de caparazón metálico, como el de un cangrejo, que poco a poco se iba cerrando sobre todas las partes de su cuerpo, hasta que alguna estallara, como un pulgar aplastado lentamente por la puerta de un coche. El revestimiento metálico era todo su cuerpo, y Christine no sabía cómo abrirlo y dejarle salir. Tenía la sensación de que lodos sus cuidados (los paños fríos para sus dolores de cabeza, los viajes a la farmacia para comprar algún frasco de comprimidos, las horas de acecho para interceptar el teléfono o mantener quieta a Lilian, y sobre todo el simple acto de vigilarle, tan agotador) pasaban inadvertidos para Don: mariposas estrellándose contra la parte exterior de una ventana iluminada, al otro lado de la cual alguien importante estaba pensando

en algo trascendental sin la menor relación con las mariposas. Aquellas vacaciones, por ejemplo, habían sido idea de Christine, pero lo único que había conseguido hasta el momento era que Don se pusiera cada vez más rojo.

Por desgracia, no era época de festejos. Había restaurantes, pero Lilian detestaba sentarse sin hacer nada, y lo que Don no necesitaba precisamente era más comida, y menos aún más bebida. A Christine le habría gustado que Don se dedicara a algún pasatiempo, pero, dado su carácter, es probable que se lo tomara demasiado a pecho y rompiera algo.

—Tuve un tío que se aficionó a tejer alfombras —le dijo una noche después de cenar—, una vez jubilado. Las compraba por lotes. Lo encontraba muy relajante.

La tía correspondiente a este lío solía repetir: «Dije en la salud y en la enfermedad, pero nunca en la comida».

—Por el amor de Dios, Christine —fue todo lo que respondió Don.

Nunca había pensado en los parientes de su esposa. Opinaba que Christine todavía bordeaba el estado de material en bruto. Christine no miraba hacia el futuro, veinte años adelante por lo menos, cuando él se quedaría en casa todo el día, midiendo a pasitos las distancias, tamborileando con los dedos y deseando todo aquello que ella sería incapaz de identificar y, mucho menos, de proporcionarle.

Por la mañana, mientras Don y Lilian empezaban a desayunar, Christine se dirigió con decisión a la recepción del hotel. Tras el mostrador se hallaba una joven elegante, morena y delgada, vestida de color verde lima, con una sarta de cuentas Rasta y maquillaje estilo *Vogue*, enrollada como un espagueti alrededor del teléfono. Christine, que se sentía acalorada y sudorosa, preguntó si la podía asesorar acerca de actividades de recreo. La muchacha dejó resbalar su mirada sobre Christine, y desvió luego la vista, como si fuera una pieza arquitectónica de escasa importancia, y seleccionó y le ofreció un surtido de folletos, tras lo que continuó riendo alegremente en el teléfono.

Christine se llevó los folletos al lavabo de señoras para echarles un vistazo. La playa no, decidió, por el sol. Las tiendas de ropa no, los clubs nocturnos no, los vestigios de la Vieja España tampoco.

Examinó su rostro y se pintó los labios, que se estaban afilando y contrayendo. La verdad es que necesitaba hacer algo con su vida antes de que fuera demasiado tarde. Volvió a la mesa del desayuno. Lilian sostenía que las tortas no eran tan buenas como las de casa. Don le decía que tenía que comérselas, ya que las había pedido, y si era lo bastante mayor como para pedir las cosas sin consultar, también lo era para saber que costaban dinero y

no se podían tirar. Christine se preguntó si no sería una mala costumbre obligar a un niño a comérselo todo, tanto si le gustaba como si no; quizá Lilian engordaría, a la larga.

Don desayunaba huevos con bacon. Christine le había dicho a Don que le pidiera yogur y fruta fresca, pero no había nada en su sitio.

—No tienen —explicó Don.

—¿Pediste otra cosa? —preguntó Christine, que empezaba a tener hambre.

—¿Cómo iba a saber lo que te apetecía?

—Iremos a ver los ibis escarlata —le anunció Christine a Lilian con alegría, y pidió que le pasaran el menú para poder elegir.

—¿Cómo? —preguntó Don.

Christine le tendió el folleto, que mostraba unas aves rojas de largos y curvados picos posadas en un árbol. En otra fotografía, un primer plano reproducía a una de ellas de perfil; un ojo de aspecto enloquecido surgía de entre las plumas rojas como una mirilla.

—Quedan muy pocos —dijo Christine, mientras buscaba al camarero con la vista—. Es una reservación.

—Querrás decir una reserva —le rectificó Don, que leía el folleto—. ¿En un pantano? Probablemente estará infestado de mosquitos.

—No quiero ir —dijo Lilian, distribuyendo migas de torta en un charco de jarabe aguado.

Su segunda queja consistía en que no era la clase de jarabe que le gustaba.

—«Imitación de jarabe de arce» —leyó Don en la etiqueta del recipiente.

—Ni siquiera sabes lo que es —dijo Christine—. Nos llevaremos algún insecticida. Además, no dejarían ir a los turistas si hubiera tantos mosquitos. Es un pantano de mangles, no tiene nada que ver con los nuestros.

—Voy a buscar un folleto —dijo Don.

Se puso en pie y se marchó. Sus piernas, que surgían de los bermudas, todavía estaban muy blancas, teñidas de rosa en la parte posterior. Su cuerpo, en otros tiempos musculoso, estaba perdiendo tono, y resbalaba hacia la cintura y las nalgas. Por detrás presentaba el aspecto negligente y desmoralizado de un hombre que ha permanecido confinado en una institución, aunque de frente aún se le veía enérgico.

Al verle marchar, Christine sintió esa náusea en la boca del estómago con la que se estaba familiarizando en los últimos tiempos. Quizá era ella la presión que sufría Don. Quizá ella era un peso. Quizá él deseaba que se elevara, que flotara hacia otra parte como una cometa, con los niños colgados

detrás de ella en fila. No sabía cuándo había experimentado esta sensación por primera vez; probablemente al cabo de un tiempo, como una llamada en la puerta cuando uno duerme. Se había producido un desplazamiento de fuerzas, invisible, inaudible, subterráneo, como piedras gigantes que chocan unas con otras; un deterioro tremendo había tenido lugar entre ellos, pero nadie sabía en qué momento.

—Cómete las tortas —le advirtió a Lilian—, o tu padre se enfadara.

Todo le hacía enfadar; ella le hacía enfadar. Incluso cuando hacían el amor, algo cada vez menos frecuente, era de una forma mecánica, como si él estuviera escuchando otra cosa, una llamada telefónica, una pisada. Don era como un hombre que se rasca. Ella era su mano.

Christine había elaborado un guión que repasaba a menudo, como los guiones que imaginaba en la universidad (flirteo, acoso, gozosa aceptación). Sin embargo, este guión era adulto. Una noche, cuando Don fuera a levantarse de la mesa después de cenar, le diría «Quédate ahí». Le sorprendería tanto el tono de voz que obedecería.

—Sólo quiero que te quedes sentado ahí y me mires —le diría.

Y él no replicaría «Por el amor de Dios, Christine»; se daría cuenta de que hablaba en serio.

—No te estoy pidiendo mucho —diría ella, mintiendo.

—¿Qué sucede? —preguntaría él.

—Quiero que veas mi aspecto auténtico —replicaría—. Estoy harta de ser invisible.

Tal vez Don lo hiciera, o tal vez no. Tal vez ella se encontraría caminando sobre la nada, pues tal vez no había nada sobre lo que caminar. Ni siquiera había dado el paso previo, el de la orden inicial, «Quédate ahí», como si fuera un perro adiestrado. Es lo que deseaba que él hiciera, ¿no? «Vuelve» era más plausible. No siempre había estado sometido a presión.

Christine pensaba que cuando Lilian fuera lo bastante mayor podría volver a trabajar todo el día. Desempolvaría sus conocimientos de taquimecanografía, encontraría algo. Sería beneficioso para ella; no se concentraría tanto en Don, tendría motivos para mejorar su aspecto, se enfrascaría en nuevos guiones o representaría el que la preocupaba. Tal vez se inventaba cosas sobre Don. Tal vez era una forma de indolencia.

Christine hizo los preparativos para la tarde con toda minuciosidad. Compró un insecticida en la farmacia, y una tableta de chocolate. Cogió dos

pañuelos para la cabeza, por si hacía sol. El enorme sombrero podía ser arrebatado por el viento durante la travesía en barco. Tras una breve discusión con un camarero, empeñado en que sólo podía llevarse bebidas embotelladas, consiguió comprar tres latas de Pepsi no muy frías. Metió todas estas cosas en su bolsa, la bolsa de Lilian en realidad, a rayas anaranjadas, amarillas y azules, y con la foto de Mickey Mouse. En ella guardaban los juguetes que Lilian se había traído.

Después de comer tomaron un taxi. Primero atravesaron las calurosas calles de la ciudad, de aceras demasiado estrechas o inexistentes, por lo que la gente se arracimaba en la calzada y todos los coches tocaban la bocina; después cruzaron los campos de caña de azúcar por una carretera llena de baches. El conductor fue aumentando la velocidad. Conducía con la radio en funcionamiento, la ventanilla izquierda abierta y el codo apoyado en ella; llevaba una gorra rosa de jockey encasquetada en la cabeza. Christine le había enseñado el folleto y le preguntó si sabía dónde estaba el pantano; el chófer sonrió y repuso que todo el mundo lo sabía. Dijo que les llevaría, pero que estaba demasiado lejos para poder ir y volver, de modo que les esperaría. Christine adivinó que eso significaba más dinero, pero no le contradijo.

Adelantaron a un hombre que cabalgaba sobre un asno, y pasaron frente a dos vacas que remoloneaban a la orilla del camino, sujetas por el cuello con cuerdas atadas a unas piedras. Las casitas que se veían entre las altas cañas, hechas de bloques de cemento, estaban pintadas de color verde pálido, rosa o azul pálido; habían sido construidas sobre cimientos al descubierto, como si se apoyaran sobre soportes. Las mujeres sentadas en los peldaños volvían la cabeza, sin sonreír, para ver pasar el taxi.

Lilian le preguntó a Christine si tenía un chicle, pero su madre no había traído. La niña empezó a morderse las uñas, una costumbre que había adquirido desde que empezaron los problemas de Don. Christine le ordenó que parase. Después, Lilian dijo que quería ir a nadar. Don miraba por la ventanilla.

—¿A qué distancia dijiste que estaba? —inquirió, en lo que no era una pregunta, sino un reproche.

Christine no lo había dicho porque no lo sabía; y no lo sabía porque había olvidado preguntarlo. Por fin se desviaron por una fangosa carretera secundaria, y aparcaron junto a otros coches en un espacio lleno de surcos que antes formaba parte de un campo.

—Nos encontraremos aquí —dijo el chófer.

El hombre salió del coche, se desperezó y aumentó el volumen de la radio. Había otros chóferes en el aparcamiento improvisado; algunos dentro del coche, otros sentados en tierra, bebiendo de una botella que se iban pasando, y uno dormido.

Christine cogió a Lilian de la mano. No quería parecer estúpida preguntando dónde debían ir a continuación. No veía nada que tuviera aspecto de taquilla.

—Debe de ser esa choza —dijo Don.

Caminaron hacia un cobertizo largo con tejado de cinc; al otro lado había una orilla en pendiente y el principio del agua. Unos peldaños de madera conducían a un embarcadero, de un color tan pardo como el del agua. Había varias barcas amarradas, todas parecidas: largas y estrechas, casi como gabarras, con filas de bancos. Cada barca tenía un motor fuera borda en la popa. Los nombres pintados en las barcas parecían hindúes.

Christine sacó los pañuelos del bolso y procedió a anudarlos alrededor de su cabeza y la de Lilian. Aunque empezaba a nublarse, el sol todavía brillaba con fuerza, y conocía el efecto de los rayos que se filtraban por entre las capas de nubes, especialmente en los trópicos. Aplicó protector solar a las narices de los tres, y pensó que la idea de traer una tableta de chocolate había sido una estupidez. No lardaría en convertirse en un charco de color marrón que anegaría el fondo de su bolso, por fortuna a prueba de agua. Don caminaba detrás de ellas.

Un olor extraño surgía del agua, un olor a pantano pero mezclado con algo. Christine pensó en una alcantarilla. Se alegró de que Lilian hubiera ido al lavabo antes de partir.

No parecía haber ningún responsable, nadie que vendiera los billetes, pese a que algunas personas se agrupaban junto al cobertizo, probablemente aguardando: dos hombres rechonchos de edad madura con camisetas y gorras de béisbol echadas hacia atrás, una atlética pareja con pantalones cortos provistos de grandes bolsillos, cargados con cámaras y binoculares, una atractiva mujer de pelo gris ataviada con un traje sastre de verano rosado que debía de darle mucho calor. Había otra mujer algo apartada, una mujer bastante gruesa con un vestido estampado de flores. Desplegó un mantón de aspecto mexicano sobre la hierba, cerca del cobertizo, se sentó y bebió zumo de naranja de un envase de cartón con una paja. Excepto esta mujer, el semblante de los demás reflejaba agotamiento y desánimo. Para ella, por contra, la espera parecía constituir en sí una actividad, no algo impuesto. Lo

miraba todo, la orilla, el agua de color pardo, la línea de sombríos mangles que había más allá, como si disfrutara de cada minuto.

Aquella mujer parecía la persona más fácil de abordar, así que Christine se acercó a ella.

—¿Es éste el sitio de los ibis? —preguntó.

La mujer sonrió y dijo que sí. Tenía una cara ancha, con altos pómulos casi eslavos y mejillas sonrosadas redondas que recordaban a las de las muñecas de madera antiguas, salvo que no estaban pintadas. Su cabello de color de melcocha formaba olas y remolinos, y a Christine le trajo a la memoria las fotografías de las cajas de laca Toni.

—Pronto nos iremos —dijo la mujer—. ¿Ha visto alguna vez esas aves? Sólo vuelven al ocaso. El resto del día se alejan para pescar.

La mujer sonrió de nuevo, y Christine consideró una pena que no le hubieran puesto aparatos en los dientes cuando era joven.

Aquélla era la segunda visita de la mujer a la reserva de los ibis escarlata. Le dijo a Christine que la primera había tenido lugar tres años antes, cuando hizo una escala camino de Sudamérica con su marido y sus hijos. Hoy se habían quedado todos en el hotel: no habían visto una piscina desde hacía mucho tiempo. Ella y su marido eran misioneros menonitas. Christine enrojeció un poco, pero la mujer no aparentó turbación alguna. Christine había sido educada en la religión anglicana, pero el único vestigio que sobrevivía se reflejaba en las felicitaciones navideñas que prefería: reproducciones de los viejos maestros de la Edad Media o del Renacimiento. Las personas religiosas, fueran del tipo que fuesen, la ponían nerviosa; eran como hombres con impermeables, fueran o no exhibicionistas. Caminabas junto a ellos de la forma más natural, de repente se producía un rápido movimiento y te encontrabas mirando un impermeable abierto de par en par, que no cubría otra cosa que unos calzoncillos sujetos por ligas. Le había sucedido una vez en una estación ferroviaria.

—¿Cuántos hijos tiene? —preguntó para cambiar de tema.

Su religión explicaba las anchas caderas: a los menonitas les gustan las mujeres que pueden tener muchos hijos.

La sonrisa de dientes mellados de la mujer no se alteró.

—Cuatro, pero uno murió.

—Oh.

No quedaba claro si en los cuatro se incluía al muerto, o si se contaba aparte. Prefirió evitar el acostumbrado «Lo siento». Tal comentario llevaría a cualquier tópico sobre la voluntad de Dios, y no le apetecía ahondar en el

tema. Echó un vistazo para asegurarse de que Lilian seguía allí, al lado de Don. Casi siempre sabía dónde se hallaba Lilian, pero a veces tenía la impresión de que estaba amenazada por una desaparición repentina.

—Aquélla es mi hija —dijo Christine, y en el acto tuvo la sensación de que era un comentario absurdo; pero la mujer continuó sonriendo, de una forma que Christine consideró ahora misteriosa.

Un hombrecillo moreno con una camisa hawaiana salió de detrás del cobertizo y bajó rápidamente la escalera que llevaba al embarcadero. Saltó a una de las barcas y hundió la hélice dentro del agua.

—Puede que ahora nos pongamos en acción —dijo Don. Don se había aproximado a Christine, pero hablaba más para él que para ella. Christine se preguntaba a veces si hablaba igual cuando ella no estaba presente.

Un segundo hombre, hindú como el primero, también con camisa hawaiana, estaba de pie junto a la escalera, y comprendieron que les aguardaba. Recibió su dinero y les entregó a cambio una tarjeta; en el dorso había la foto en color de un ibis, y en el reverso un nombre y un número de teléfono. Bajaron en fila india los peldaños y el primer hombre les ayudó a subir a la barca. Cuando lodos estuvieron sentados (Don. Christine, Lilian y la mujer del vestido rosa apiñados en un banco, los dos hombres con gorra de béisbol frente a ellos, la menonita y la pareja de las cámaras en proa), el segundo hombre soltó amarras y subió a bordo. El primer hombre consiguió arrancar el motor tras varios intentos, y la embarcación se dirigió hacia un claro entre los árboles, dejando tras ella una pequeña estela de humo.

Estaba más nublado, y no hacía tanto calor. Christine se puso a charlar con la mujer vestida de rosa, que llevaba el pelo rubio elegantemente recogido en un moño. Dijo que era de Viena; su marido se encontraba en Trinidad por asuntos de negocios. Era la primera vez que visitaba esta orilla del Atlántico. Las playas eran bonitas, mucho más hermosas que las del Mediterráneo. Christine la felicitó por su excelente inglés, y la mujer sonrió y le dijo que tenía una hija preciosa, y Christine replicó que Lilian se envanecería, una palabra que la mujer aún no había incorporado a su vocabulario. Lilian permanecía silenciosa; tenía la vista fija en la pulsera de plata, ricamente tallada, que llevaba la mujer. Ésta se la enseñó. Christine empezó a pasárselo bien, pese a que los dos hombres que tenía delante hablaban en voz demasiado alta. Bebían cerveza de unas latas que llevaban en una bolsa de papel. Abrió una Pepsi y la compartió con Lilian. Don no quiso.

Navegaban por un canal. Christine se fijó en los árboles de ambas orillas, todos iguales, de hojas oscuras, y que sobresalían del agua formando masas

de raíces enredadas. Ignoraba cuánto trecho habían recorrido.

Empezó a llover con bastante intensidad, gruesas gotas frías.

—Está lloviendo —dijo la austríaca, con los ojos abiertos en una parodia de sorpresa, la mano extendida y mirando al cielo como en las ilustraciones de los libros infantiles. Lo hizo para divertir a Lilian—. Nos vamos a mojar.

La mujer sacó un pañuelo de encaje blanco de su bolso y se cubrió la cabeza con él. A Lilian le fascinó el pañuelo y le preguntó a Christine si le compraría uno igual. Don dijo que hubieran debido preverlo, pues cada tarde llovía.

Los hombres de las gorras de béisbol encogieron los hombros, y uno de ellos le dijo al hindú de la proa:

—¡Oye, nos estamos mojando!

La tímida pero hermética expresión del hindú no se alteró; con aparente desgana, sacó de debajo del banco delantero una hoja de plástico enrollada y se la ofreció a los hombres, que tardaron un poco en desenrollarla y estirarla. Alguien les ayudó a sostener el plástico sobre sus cabezas a modo de techumbre, mientras la barca se deslizaba por el agua sin variar la velocidad y atravesaba los mangles, así como le niebla o el vapor que empezaba a rodearles.

—Menuda aventura, ¿eh? —le dijo Christine a Lilian, que se estaba mordiendo las uñas.

La lluvia amainó un poco. Don comentó que le habría gustado traer un periódico. Los hombres de las gorras de béisbol se pusieron a cantar, como muchachos en un campamento de verano que se hubieran dormido una noche y despertado treinta años después, sin percibir los siniestros estragos del tiempo, el crecimiento y el retroceso de la carne y del cabello, la transformación de sus voces límpidas en las roncas que ahora cantaban, desafinadas y desacompasadas:

Dicen que en el ejército
las chicas son un encanto,
te prometen Betty Grable,
y te encuentras con Frankenstein…

Aún no habían terminado la cerveza. Uno de ellos agotó una lata y la tiró por la borda. Flotó junto a la barca por un momento y luego se hundió, un punto de color rojo encendido en la interminable extensión verde y gris.

Christine se sintió virtuosa: guardó con cuidado la lata de Pepsi en su bolso para tirarla después.

Luego cesó la lluvia, y tras una breve discusión sobre si descargaría de nuevo o no, los hombres de las gorras de béisbol empezaron a enrollar el plástico. Mientras lo hacían, se produjo una sacudida. La barca osciló violentamente, y el hombre que estaba de pie casi salió despedido por la borda. Luego, se sentó con brusquedad.

—¿Qué demonios ocurre?

El hindú de popa dio marcha atrás.

—Hemos chocado con algo —dijo la austríaca, y apretó las manos en otro gesto clásico.

—Es obvio —dijo Don en voz baja.

Christine sonrió a Lilian, que parecía nerviosa. La barca prosiguió su camino.

—Tal vez una raíz de mangle —opinó el hombre de las cámaras, volviéndose a medias—. Crecen bajo el agua.

Daba la impresión de ser versado en el tema.

—O un cocodrilo —dijo uno de los hombres de las gorras de béisbol, y su compañero rió.

—Es una broma, querida —le dijo Christine a Lilian.

—Pero nos estamos hundiendo —indicó la austríaca, señalando con un dramático dedo de su mano extendida.

Entonces todos rieron algo en lo que no habían reparado: un agujero en la barca, cerca de la proa, justo encima de la plataforma de tablas sueltas que hacían las veces de piso. Tenía el tamaño de un puño pequeño. Aquello con lo que habían chocado atravesó la madera como si fuera cartón. El agua entraba a borbotones.

—Esta cáscara de nuez debe de estar podrida por completo —murmuró Don, dirigiéndose directamente a Christine. Era el papel que Don le adjudicaba cuando se hallaban con gente a quien él no conocía: la de oyente —. Suele pasar en los trópicos.

—Oye —dijo uno de los hombres de las gorras de béisbol—, tú, el de ahí delante, hay un agujero en esta maldita barca.

El hindú miró por encima del hombro el agujero. Se encogió de hombros, apartó la mirada, rebuscó en el bolsillo de su camisa deportiva y sacó un cigarrillo.

—Oye, gira este trasto —dijo el hombre de la cámara.

—¿No podríamos arreglarlo y continuar? —preguntó Christine, intentando mediar en el conflicto.

Miró a la menonita en busca de apoyo, pero la ancha y floreada espalda de la mujer estaba vuelta hacia ella.

—Si regresamos —dijo el hindú pacientemente, revelando que comprendía el inglés—, no verán los ibis. Se hará muy oscuro.

—Sí, pero en caso de continuar nos hundiremos.

—No se hundirán —replicó el hindú, y encendió el cigarrillo medio consumido.

—Ya le ha pasado otras veces —dijo el de la gorra de béisbol más gruesa —. Cada semana se hace un agujero en la maldita barca. No tiene importancia.

Seguía entrando agua pardusca. La barca no alteró su rumbo.

—Ya lo entiendo —dijo Don, esta vez en voz alta, para que le oyeran todos—. Cree que si no vemos los ibis, no le pagaremos.

A Christine le pareció razonable. Para los hindúes significaba un montón de dinero. Es probable que no pudieran comprar gasolina si no cobraban.

—Si vuelves, te pagaremos igual —le dijo al hindú.

En condiciones normales se lo habría sugerido antes a Don, pero empezaba a asustarse.

El hindú no dio muestras de oírla ni de creerle, o quizá la idea no encajaba en su concepto de lo que era una buena ganga. No sonrió ni contestó.

Durante dos minutos todos permanecieron sentados, a la espera de que el problema se resolviera. Los árboles pasaban de largo.

—Tendríamos que achicar el agua —dijo por fin Don—. A este paso, tendremos serios problemas dentro de media hora.

—Ojalá no hubiera venido —se lamentó la austríaca, en un tono de trágica desesperación.

—¿Con qué achicamos? —dijo el hombre de las cámaras.

Los hombres de las gorras de béisbol se volvieron para mirar a Don, como si fuera digno de atención.

—Mamá, ¿nos vamos a hundir? —preguntó Lilian.

—Claro que no, cariño. Papá no lo permitirá.

—Algo hay que hacer —dijo el hombre de la gorra de béisbol más grueso. Tiró el resto de la cerveza por la borda—. ¿Alguien tiene una navaja de bolsillo?

Don no llevaba, pero el hombre de las cámaras, sí. Observaron mientras cortaba la parte superior de la lata, se arrodillaba, removía una tabla suelta de

la plataforma para alcanzar el agua, hundía la lata y tiraba el agua por la borda. Los otros hombres empezaron a cortar la parte superior de sus latas de cerveza, incluyendo las llenas, que vaciaron. Christine sacó la lata de Pepsi del bolso. La menonita utilizó su envase de cartón.

—Por suerte, no hay mosquitos —comentó Don, casi con jovialidad.

Habían perdido mucho tiempo, y el agua casi llegaba a la plataforma del puente. A Christine le dio la impresión de que la barca se hacía más pesada, de que navegaba con más lentitud, de que el agua era más abundante. No podían achicar mucha agua con recipientes tan pequeños, pero si lo hacían lodos a la vez quizá se salieran con la suya.

—Esto sí que es una aventura —le dijo a Lilian, que estaba pálida y triste —. ¿A que es divertido?

La austríaca no cooperaba porque carecía de envase. Hacía visibles esfuerzos por calmarse. Sacó una mandarina y la peló sobre el pañuelo de encaje que había extendido sobre su regazo. Luego extrajo un pequeño y hermoso cortaplumas con mango de nácar.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Lilian—. Mira, la cortaré a gajos, uno para ti, y otro para mí, ¿*ja*?

El cortaplumas no era necesario, desde luego. Lo había sacado para distraer a Lilian, y Christine se lo agradeció.

Se escuchaba un sonido rítmico en la barca: llenar, vaciar, llenar, vaciar. Los hombres de las gorras de béisbol, antes achispados, se habían serenado por completo. Don parecía divertirse por primera vez en todo el viaje.

A pesar de sus esfuerzos, el nivel del agua subía.

—Esto es ridículo —le dijo Christine a Don.

Dejó de achicar con su lata de Pepsi. Estaba desalentada y también atemorizada. Se dijo que los hindúes no seguirían adelante si existiera un auténtico peligro, pero no terminó de convencerse. Quizá les era indiferente que todo el mundo se ahogara; quizá pensaban que era un Karma. El agua pardusca penetraba por el agujero con un chorro continuo, como una vena corlada. Ahora llegaba a la altura de las tablas sueltas del piso.

Entonces la menonita se puso en pie. Se quitó los zapatos sin perder el equilibrio, y los colocó con todo cuidado, uno junto a otro, bajo el banco. Christine había visto una vez a un hombre proceder de la misma forma en una estación de metro; colocó los zapatos bajo el banco en que estaba sentado, y a los pocos minutos se arrojó al paso del siguiente convoy. Los dos zapatos se quedaron sobre el limpio piso de baldosas amarillas, como huesos en un plato después de comer. Pensó por un momento que tal vez la mujer se había

trastornado e iba a saltar por la borda; una actitud plausible, sobre todo teniendo en cuenta lo del hijo muerto. La perpetua sonrisa de la mujer era, pues, un fraude, como lo habría sido la de Christine si hubiera estado en su lugar.

Pero la mujer no se lanzó por la borda, sino que se agachó y removió las tablas de la plataforma. Luego se volvió y taponó el agujero con su enorme y floreado trasero. Christine le podía ver la cara ahora; continuaba sonriendo y miraba por encima de la borda los mangles, sus monótonas raíces y hojas como si formaran el espectáculo más fascinante que había visto desde hacía mucho tiempo. El agua le llegaba por encima de los tobillos; tenía la falda mojada. ¿Parecía un poco complacida de sí, de su ingenio, o conscientemente heroica? Tal vez, pensó Christine, aunque poca cosa podía deducirse de su cara redonda.

—¡Vaya —exclamó uno de los hombres de las gorras de béisbol— propulsión a chorro!

El hindú de popa miró a la mujer y mostró los dientes un breve instante.

Los demás seguían achicando, y al cabo de un momento Christine volvió a colaborar con la lata de Pepsi. A su pesar, la mujer la impresionaba. El agua no debía de estar muy fría, pero sí sucia, y era imposible saber lo que podía haber al otro extremo del agujero. ¿Habían descendido lo bastante hacia el sur para encontrar pirañas? Pese a todo, allí estaba la menonita, taponando el agujero con el culo, serena como una gallina clueca, y sin duda indiferente al hecho de que había franqueado los límites del ridículo. A Christine no le resultaba difícil imaginar los comentarios que los hombres de las gorras de béisbol harían después: «Salvados por un gran culo», «Oye, no sabía que servía para otras cosas», «Le metes un dedo en el ojete y ni se entera». Esto es lo que habría detenido a Christine si hubiera llegado a concebir la idea.

Rebasaron el largo pasillo de mangles y desembocaron en un espacio central, parecido a un lago, rodeado de mangles oscuros. Una tela metálica tendida de parte a parte impedía que las barcas se acercaran demasiado a la zona reservada a los ibis escarlata. Así lo indicaba un cartel clavado en un poste, en un rincón no invadido por las aguas. El hindú paró el motor y se deslizaron hacia la verja; el otro agarró la tela metálica y la barca se detuvo, oscilando levemente. El agua estaba en calma, salvo unos rizos casi imperceptibles. Los árboles que se reflejaban en la superficie aparecían de color negro, y el sol, que colgaba sobre la margen occidental de los auténticos árboles, era un disco rojo en el cielo gris. La luz, anaranjada rojiza, teñía el agua. Nada ocurrió durante varios minutos. El hombre de las cámaras

consultó su reloj. Lilian, inquieta, se agitaba en el banco. Si Christine hubiera sabido que la travesía iba a durar tanto, no la habría traído.

—Ya vienen —anunció el indio de la popa.

—Ahí están los ibis —dijo uno de los hombres de las gorras de béisbol.

Mientras lo decía, señaló las aves que volaban entre la luz rojiza, como entrelazadas, primero de una en una, después en grupos de cuatro o cinco, tan brillantes y fluorescentes que parecían llamas pintadas. Se acomodaron en los árboles y chillaron con estridencia. Lo único que revelaba su condición de aves auténticas eran los chillidos.

La gente sacó los binoculares. Incluso la austríaca llevaba unos prismáticos de bolsillo.

—Fíjate en eso —dijo un hombre—. Ojalá hubiera traído la filmadora.

Don y Christine no llevaban aparatos, como tampoco la menonita.

—Podrías estar toda la vida mirándolos —dijo ésta, sin dirigirse a nadie en particular.

Christine, temerosa de que siguiera diciendo cosas embarazosas, fingió no oírla. Aquel «toda la vida» estaba cargado de sentido.

Cogió la mano de Lilian.

—¿Ves esos pájaros? Nunca volverás a ver algo parecido.

Sabía que para Lilian los ibis no constituían algo excepcional. Era demasiado pequeña.

—Oh —exclamó.

Exactamente lo mismo habría dicho si hubiera visto pterodáctilos o ángeles con alas rojas y azules a partes iguales. Basándose en la última fiesta de cumpleaños de Lilian, Christine había llegado a la conclusión de que los magos no encandilan a los niños, pues para ellos es natural que los conejos surjan de los sombreros.

Don cogió la mano de Christine, algo que no hacía desde mucho tiempo atrás, pero ella, extasiada con las aves, no se dio cuenta hasta pasado un rato. Tenía la sensación de estar viendo una película de flores exóticas o frutos rojos que crecían en los árboles, espaciados regularmente, como los frutos de los jardines de las pinturas medievales, sólidos, de contornos definidos y colores elementales. Al otro lado de la valla empezaba otro mundo, irreal pero al mismo tiempo más real que el de este lado, el de los hombres y las mujeres vestidos con ropas endebles y dotados de cuerpos envejecidos, el de la barca decrépita. Su propio cuerpo le parecía frágil y vacío, como de vidrio soplado.

La menonita tenía el rostro vuelto hacia el crepúsculo; la sombra cortaba su cuerpo por el cuello, de modo que la cabeza daba la impresión de que

flotaba en el aire. Aparentaba tristeza por primera vez, pero cuando intuyó que Christine la miraba sonrió de nuevo, como para tranquilizarla, con su cara luminosa, sonrosada y redonda como una cereza. Christine era consciente de las manos que la sujetaban, que la aferraban, una a cada lado.

Su cuerpo recobró el peso. La luz se desvanecía, el aire era más frío. Pronto regresarían a la creciente oscuridad, en una barca tan podrida que un pie poco cuidadoso podría atravesarla. El agua ya no sería de color pardo, sino negra, plagada de raíces.

—Deberíamos volver, ¿no crees? —le dijo a Don.

—Mamá, tengo hambre —se quejó Lilian.

Christine recordó la tableta de chocolate y rebuscó en su bolso. La encontró en el fondo, fláccida como una lonja de bacon, pero no derretida. La sacó, separó el papel de plata y la dividió en tres partes, una para Lilian, otra para Don y la tercera para ella. La luz era rosada y oscura al mismo tiempo, y tenía dificultades para ver lo que hacía.

Cuando lo contó después, una vez a salvo en casa, Christine puso todo el énfasis en el pantano, la horrenda barca, los hombres que cantaban y el sospechoso olor del agua. Hizo hincapié en la irritabilidad de Don, pero sólo en los días que no se mostraba particularmente irritado. En esa época la presión había cedido, y Christine llegó a la conclusión de que esas cosas van por temporadas. Se alegró de no haber dicho nunca nada, de no haber forzado decisiones. Insistió en lo bien que se había portado Lilian, pese a que no quería ir a la excursión. Abundó en el agujero de la barca, en su propio pánico, del que se burló, en la ridícula manera de achicar el agua con las latas y en la indiferencia de los hindúes con respecto a su destino. Recordó a la menonita sentada sobre el agujero como una enorme gallina clueca, adornándola con detalles divertidos, pero admirándola a la vez, pues la solución que la mujer aportó al problema fue tan simple y obvio que nadie había pensado en ella. Dejó de lado el hijo muerto.

Mencionó el viaje de regreso al embarcadero, con el hindú de pie en la popa, enfocando su pesada linterna a los interminables y aburrido mangles, y a los dos hombres con gorras de béisbol, que, mientras agarraban una curda monumental, iban cantando canciones obscenas.

Terminó con las aves, que habían valido cada minuto de la aventura, según ella. Los presentó como una forma de diversión, algo así como el Gran

Cañón; algo que merece ser visto, si te gustan las aves y da la casualidad de que has caído en esa parte del mundo.

El jardín de sal

Alma sube el gas, remueve el agua de la olla esmaltada en rojo, añade más sal, remueve, añade. Está haciendo, rehaciendo, una solución sobresaturada. Ya lo había intentado a la hora de comer, con Carol, pero no se acordaba de que era necesario hervir el agua, y utilizó el agua caliente del grifo. Nada ocurrió, pese a que Alma había prometido que se formaría un árbol de sal en el sedal que introdujeron en el agua, suspendido de una cuchara colocada de través en la parte superior del vaso.

—Tarda bastante —dijo Alma—. Se habrá formado cuando llegues a casa.

Carol volvió convencida al colegio, mientras Alma intentaba descubrir su error.

Es un experimento nuevo. Alma no está segura de dónde lo ha aprendido Carol. En el colegio no, desde luego, sólo está en segundo grado. Pero cada vez son más precoces. Le disgusta verlas con tacones altos y los labios pintados, aunque sabe que se trata de un simple juego. Menean las caderas, imitando lo que han visto en la televisión. Quizá los experimentos sean también obra de la televisión.

Alma se ha devanado los sesos, como siempre que Carol manifiesta interés por algo, para buscar información que estuviera a su alcance, pero como de costumbre no ha conseguido nada. Alma se esfuerza en cualquier cosa que pueda involucrar a ambas en una actividad que evite las preguntas sobre la forma en que están viviendo, sobre el paradero de Mort, por ejemplo. Ha probado visitas al zoo, coser vestidos para muñecas, películas los sábados. Estos métodos han funcionado, pero sólo temporalmente.

Recuerda que los experimentos empezaron cuando mezcló vinagre con bicarbonato de soda para producir gaseosa; fue un éxito. Luego probó con otras cosas. Le viene a la memoria que, a la edad de diez años, su padre, un hombre de ideas avanzadas, le regaló un juego de química. Su padre opinaba que las chicas debían recibir una educación similar a la de los chicos, tal vez porque no tenía hijos varones. Alma es su única descendencia. También

quería que consiguiera lo que él no pudo lograr. El hecho de realizar un trabajo por debajo de sus posibilidades, en la oficina de Correos, le frustraba, y por eso intentó disuadir a Alma de que contrajera matrimonio prematuramente, y de que abandonase la universidad para ayudar a costear los estudios de Mort en la escuela de arquitectura, trabajando como secretaria en una compañía de alimentos envasados.

—Un día te despertarás y te sentirás frustrada —le dijo.

Alma se pregunta a veces si la palabra «frustrada» define lo que siente, pero luego decide que no.

Mucho antes de esta época, su padre intentó interesar a Alma en el ajedrez, las matemáticas y la filatelia, entre otras cosas. Casi ninguna actividad le hizo mella, al menos que ella sepa. A la edad pronosticable se obsesionó con los maquillajes y la ropa, y sus calificaciones de álgebra bajaron en picado. Con todo, conserva una nítida imagen del juego de química, con sus tubos de ensayo en miniatura, la abrazadera de alambre para sostenerlos, la mecha para calentarlos y las botellitas con tapón de corcho, tan fascinantes como la cristalería de una casa de muñecas, llenas de sustancias misteriosas: cristales, polvos, soluciones, pociones. Seguro que algunas debían de ser venenosas; es probable que ahora juegos de química como aquél estén prohibidos a los menores. Alma se alegra de haberlo tenido, pues a fin de cuentas se trataba de alquimia, y como magia lo presentaba el manual de instrucciones: «Sorprende a tus amigos. Convierte el agua en leche. Convierte el agua en sangre». También recuerda la terminología, aunque los significados de las palabras se han vuelto confusos al cabo del tiempo. *Precipitado. Sublimación*.

Había una sección dedicada a la realización de trucos con objetos domésticos vulgares, como meter un huevo duro en una botella de leche, cuando aún había botellas de leche. Alma piensa en ellas y ve la nata flotando en la superficie, saborea los tapones de cartón que le autorizaban a lamer, olfatea las deyecciones de los caballos que tiraban de los carros; se está haciendo vieja. Cómo agriar la leche en un instante. Cómo impedir que las manzanas maduren. Cómo hacer tinta invisible con zumo de limón. De esta sección del manual de instrucciones (la mejor, pues ¿quién es capaz de resistirse a la idea de que los objetos vulgares que nos rodean encierran poderes misteriosos?) ha extraído la solución sobresaturada y el epígrafe «Cómo fabricar un jardín de sal mágico». Era uno de sus favoritos.

La madre de Alma se quejaba de que su hija desperdiciaba la sal, pero su padre argumentaba que en pro de estimular la curiosidad científica de Alma

valía la pena pagar un precio tan barato. Pensaba que Alma estudiaba los espacios que separan las moléculas, pero no era así, como Alma y su madre sabían sin hacer comentarios. Su madre era irlandesa, en llamativo contraste con la inglesidad conspicua y voluntariamente enconada de su padre; leía las hojas de té a sus vecinas, que lo consideraban una diversión inofensiva. Tal vez Alma haya heredado de ella sus días de mal humor, sus arranques de fatalismo. Su madre no estaba de acuerdo con las teorías de su marido acerca de Alma, e impedía sus experimentos siempre que le era posible. Para su madre, el hecho de que Alma revoloteara por la cocina no era sino una excusa para no hacer los deberes, pero Alma ni siquiera pensaba en esto. Le encantaban las esferas con nieve falsa en el interior, el mundo cerrado y protegido que había tras el vidrio, los cristales que se iban formando, como los grabados del palacio de la Reina de la Nieve en el libro de Hans Christian Andersen del colegio. No recuerda haber asombrado a ninguna de sus amigas con trucos del manual de instrucciones. Le bastaba con asombrarse a sí misma.

El agua de la olla hierve de nuevo; aún continúa transparente. Alma añade más sal, remueve mientras se disuelve, agrega más sal. Cuando la sal se posa en el fondo de la olla, remolineando en lugar de disolverse, apaga el gas. Introduce otra cuchara en el vaso antes de verter el agua caliente dentro de él, de lo contrario el vaso se rompería. Lo sabe porque de esta forma rompió varios vasos de su madre.

Levanta la cuchara con el hilo que lleva atado y empieza a sumergir el hilo en el vaso. Mientras lo hace, se produce un súbito destello blanquecino, y la luz hace desaparecer la cocina. Su mano se desvanece, y luego aparece de nuevo, negra, como una imagen accidental en la retina. El contorno de la ventana no se altera, enmarca su mano, todavía suspendida sobre el vaso. Después la ventana se resquebraja hacia dentro en fragmentos, como el vidrio de un parabrisas inastillable. La pared vendrá a continuación, se curvará hacia ella como un globo que se hincha. Alma percibirá dentro de un segundo el enorme y brevísimo estrépito que hace estallar sus oídos hasta ensordecerla, y luego una ráfaga de viento se la llevará. Cierra los ojos. Puede soportarlo, tratar de detenerlo, mantener la calma, recobrar la cocina. Es una experiencia con la que se está familiarizando. Le ha sucedido una vez por semana desde hace tres meses o más, pero pese a que es capaz de predecir la frecuencia nunca sabe cuándo tendrá lugar. Puede ser en cualquier momento, cuando

termina de llenar la bañera de agua y se dispone a entrar, cuando va a introducir los brazos en las mangas del abrigo, cuando está haciendo el amor con Mort o con Theo, le ha ocurrido con los dos. Siempre la coge por sorpresa.

No se trata de una especulación, sino de algo más cercano a una alucinación. Nunca había sufrido alucinaciones, excepto hace mucho tiempo, cuando era estudiante y tomó ácido en dos ocasiones. Entonces todo el mundo lo hacía, y a ella no le interesó demasiado. Contempló de forma desapasionada luces que se movían y figuras geométricas. Después se preguntó a qué venía tanta cháchara acerca de profundidad cósmica, aunque se abstuvo de hacer el menor comentario. En aquel tiempo, la gente se mostraba muy puntillosa respecto al significado de sus viajes con ácido.

Pero lo de ahora no tiene ni punto de comparación con aquello. Se le ocurre que tal vez sean productos residuales del ácido, pero parece improbable que hayan tardado quince años en manifestarse, sin haberlo vuelto a probar en ese período. Al principio se asustó tanto que acarició la idea de consultar con alguien, un médico, un psiquiatra. Tal vez esté al borde de la epilepsia. Quizá se esté volviendo esquizofrénica o loca. Con todo, no advierte más síntomas, sólo el destello y el estrépito, sentirse arrastrada por el viento y el momento en que se hunde en las tinieblas.

La primera vez, terminó por caer al suelo. Había estado cenando con Mort en un restaurante, durante una de sus interminables conversaciones sobre la forma más apropiada de arreglar las cosas. A Mort le encanta la palabra «arreglar», que no se halla entre las favoritas de Alma. Alma es una romántica: si quieres a alguien, ¿para qué se necesitan arreglos? Y si no le quieres, ¿para qué esforzarse? Mort, por otra parte, ha leído libros sobre Japón; también piensa que debería redactar un contrato matrimonial. En aquella ocasión, Alma señaló que ya estaban casados. No estaba muy segura de en dónde encajaba Japón: si él quería que le friccionara la espalda, de acuerdo, pero no quería ser la Esposa Número Uno, sobre todo si implicaba un montón de números más, en orden sucesivo o simultáneamente.

Mort tiene una novia, o así la llama Alma. La terminología se ha puesto difícil en nuestros días: querida ya no es una palabra apropiada, desde el momento en que evoca negligés de color melocotón adornados con pieles, o pantuflas, que ya nadie utiliza; nadie asocia con ello a la novia de Mort, una joven de buena figura, peinado impecable y pecosa. Y amante no parece corresponder a las emociones que Mort experimenta con esa mujer, cuyo nombre es Fran. Fran no es nombre de querida ni de amante, sino de esposa,

pero resulta que la esposa es Alma. Tal vez sea el nombre lo que ha confundido a Mort. Quizá sea la razón de que no sienta pasión, ternura o devoción por esa mujer, sino una mezcla de angustia, sensación de culpa y resentimiento, según le confesó a Alma. Se desembaraza de Fran para ver a Alma y llama a Alma desde cabinas telefónicas, y Fran no lo sabe, al contrario de lo que sucedía en los viejos tiempos. Alma siente pena por Fran, lo que probablemente es una forma de defensa.

Alma no se opone a Fran, sino a la racionalización de Fran, a las argumentaciones de Mort en el sentido de que sus actos son justificables y se basan, incluso, en elevadas razones morales, de que los hombres son polígamos por naturaleza y cosas por el estilo. Esto es lo que Alina no puede soportar. Ella también hace lo que hace porque sí, pero al menos no va predicando.

La cena supuso para Alma más dificultades de las que había previsto, y por eso bebió en exceso. Se incorporó para ir al cuarto de baño, y entonces sucedió. Recobró el conocimiento empapada de vino y cubierta por parte del mantel. Mort le dijo que se había desmayado. No fueron sus palabras exactas, pero ella adivinó que insinuaba un ataque de histeria, consecuencia de sus problemas con él, que hasta ese día ninguno de los dos había definido con precisión, pero Mort piensa que son problemas de ella, no de él. Pensaba que lo había hecho a propósito para llamar la atención, adivinó también Alma, para inspirarle compasión e interés, para obligarle a escucharla.

—Si te sentías mareada —le dijo Mort—, haber salido a tomar el aire.

Theo, por su parte, se sintió halagado cuando ella se desvaneció en sus brazos. Lo atribuyó a un exceso de pasión sexual, agravado por su técnica, aunque tampoco lo expresó con estas palabras. Complacido con ella, le acarició las manos y le trajo un vaso de agua.

Theo es el amante de Alma, aquí no hay duda acerca de la terminología. Lo conoció en una fiesta. Se presentó preguntándole si le apetecía otra copa (Mort se había presentado preguntándole si sabía que después de cortarle los bigotes a un gato ya no puede caminar sobre las vallas; fue todo un aviso para Alma, pero no lo captó). Tenía problemas con Mort, y Theo parecía estar en una situación similar con su esposa, de modo que, en comparación, se encontraron a gusto mutuamente. Ocurrió antes de que empezaran a acumular historia, y antes de que Theo se marchara de su casa. Hasta aquel momento se

habían limitado a meterse mano, sobre todo en pasillos y vestíbulos, besándose entre abrigos colgados y filas de chanclos.

Theo es dentista, aunque no es el dentista de Alma. Si fuera su dentista, Alma duda de que hubiera terminado manteniendo con él lo que todavía vacila en calificar como aventura amorosa. Considera que el interior de su boca, y en especial de sus dientes, es muy íntimo, de una manera antisexual; es probable que un hombre retrocediera ante tamaña evidencia de imperfección corporal, de putrefacción (Alma no tiene los dientes feos, pero hasta un vistazo con ese espejito, incluso la terminología, orificio, cavidad, mandíbula, molar…).

Para Theo, ser dentista no es una vocación. No sintió la llamada de los dientes; le dijo a Alma que había elegido ser dentista porque no sabía qué otra cosa hacer. Gozaba de una excelente coordinación motriz, y era una forma de ganarse la vida, por decirlo suavemente.

—Podrías haberte dedicado a gigoló —le dijo Alma en aquella ocasión—. Te ganarías buenas propinas.

Theo, que no goza de un sentido del humor excesivo y es muy minucioso respecto a la limpieza de la ropa interior, estuvo a punto de sobresaltarse, lo cual divirtió a Alma. Le gusta hacerle sentir más sexual de lo que es, porque de rebote lo hace más sexual. Ella le mima.

De manera que cuando se encontró yaciendo en el lecho de Theo, que se inclinaba sobre ella, satisfecho y solícito, y le preguntaba «Perdona, ¿he sido demasiado brusco?», no hizo nada para modificar su impresión.

—Ha sido como una explosión nuclear —respondió, y él pensó que estaba utilizando una comparación.

Theo y Mort tienen una cosa en común: ambos se han autoelegido como causa de las pequeñas manifestaciones que ella sufre. Eso, o la química del cuerpo femenino, otra buena razón para impedir que las mujeres piloten aviones, una opinión que cierta vez sorprendió Alma en labios de Theo.

El contenido de sus alucinaciones no sorprende a Alma. Sospecha que otras personas tienen similares o idénticas experiencias, al igual que, en la Edad Media, mucha gente veía, por ejemplo, a la Virgen María, o presenciaba milagros: chorros de sangre que cesaban con el simple toque de un hueso, imágenes que hablaban, estatuas que sangraban. En nuestros tiempos no cuesta nada encontrar centenares de personas que juran haber visitado naves espaciales y conversado con extraterrestres. Alma sostiene que este tipo de

delirios se produce por oleadas, como las epidemias. Sus súbitas apariciones y desapariciones son tan vulgares como las del sarampión, pero la gente no desea admitirlo. Lo más probable es que hagan lo que ella debería hacer, correr a sus médicos y conseguir recetas de Valium o cualquier otro comprimido que les reblandezca el cerebro. No quieren que nadie piense que son inestables, pues aunque la mayoría estaría de acuerdo en que tiene razón al sentirse atemorizada, existe un consenso respecto a la intensidad de ese miedo. Sentir demasiado es anormal.

Mort, por ejemplo, piensa que todo el mundo debería firmar peticiones y asistir a las manifestaciones. Él firma todas las que caen en sus manos, y se las lleva a Alma para que firme cuando la visita legítimamente. Si ella las firmara durante algunas de sus escapadas furtivas, Fran se daría cuenta del tinglado, y en este momento ni siquiera alma lo desea. Ahora que le ve con menos frecuencia, Mort le gusta más. Que Fran le lave la ropa, para variar. Las manifestaciones a las que acude en compañía de Fran, sin embargo, son como acontecimientos sociales. Por este motivo evita Alma ir a las manifestaciones; no quiere empeorar las cosas para Fran, ya muy susceptible en lo tocante a Alma. Mort tiene permiso para acompañar a Alma en determinadas circunstancias, como las reuniones de padres y profesores, pero no en otras. Mort se muestra pusilánime ante estas restricciones, sobre todo considerando que uno de los motivos que esgrimió para dejar a Alma fue sentirse demasiado amarrado.

Alma coincide con Mort en la necesidad de firmar peticiones y acudir a manifestaciones. Si lodos los habitantes del mundo firmaran peticiones y fueran a las manifestaciones, la catástrofe no se produciría. Ha llegado la hora de salir a la calle y dar la cara, de enfrentarse con todos los medios a la destrucción, como hace Mort en forma de donativos para los grupos pacifistas y cartas a los políticos, a cambio de las cuales recibe formularios para pagar los impuestos y cartas pulcramente mecanografiadas. Alma sabe que el comportamiento de Mort es sensato, lo más sensato posible, pero ella nunca ha sido una persona muy sensata. Era uno de sus aspectos que originaba más quejas de su padre. Nunca fue capaz de apretar entre las manos a los pájaros que chocaban contra el cristal de la ventana y se lastimaban, como su padre le había enseñado, a fin de colapsar sus pulmones. Al contrario, se empeñaba en guardarlos en cajas llenas de algodón y alimentarlos con un cuentagotas, con lo que, según su padre, les causaba una larga y dolorosa agonía. Él se encargaba de ahogarlos, y Alma, que luego se sentía apesadumbrada, se negaba a mirar.

Casarse con Mort no fue sensato. Liarse con Theo no fue sensato, como tampoco lo son ni lo han sido las ropas de Alma, en especial los zapatos. Alma sabe que si un día se declarase fuego en su casa, ésta ardería hasta los cimientos antes de que ella fuera capaz de tomar una decisión, aun en el caso de que tuviera a mano toda clase de posibilidades (extintores, el teléfono de los bomberos, paños húmedos para cubrirse la nariz). Así que, frente al enérgico optimismo de Mort, se encoge de hombros interiormente. Se esfuerza en creer, pero es una incrédula muy poco orgullosa de serlo. La triste verdad es que en el mundo hay mucha más gente parecida a ella que a Mort. De lodos modos, hay mucho dinero invertido en las bombas. Sin embargo, no quiere contradecirle o martirizarlo con pensamientos negativos. Las peticiones son tan constructivas como cualquier otra afición, y las manifestaciones le mantienen activo y feliz. Es un hombre musculoso, de faz rojiza, propenso a engordar y que necesita quemar energías para evitar un infarto, según aconseja su médico. Es una forma entretenida de pasar el tiempo.

Theo, por su parte, aborda la cuestión no abordándola en absoluto. Vive su vida como si no la tuviera, con un talento para el olvido que Alma le envidia. Se limita a empastar dientes, uno tras otro, como si todos y cada uno de los pequeños ajustes que realiza en las bocas de la gente fueran a importar dentro de diez años, de cinco, o incluso de dos. En sus momentos más cínicos, Alma piensa que tal vez utilicen sus ficheros dentales para identificar a los cadáveres, si es que queda algo para identificar, si es que la identificación en sí merece alguna prioridad, cosa que Alma duda. Alma ha intentado hablar de ello una o dos veces, pero Theo ha dicho que no ve ninguna utilidad en los pensamientos negativos. Puede o no suceder, y si no sucede, la principal preocupación sera la economía. Theo hace inversiones. Theo está planificando su jubilación. Theo tiene las ideas claras, y Alma, no. Ella no confía en la capacidad de la gente para salirse de este agujero, y carece de valor para meter la cabeza dentro. La cosa está ahí, agazapada en un rincón de todos los lugares a los que va, como un extraño cuyo rostro podrías ver perfectamente con sólo volver la cabeza, pero Alma no vuelve la cabeza. No quiere mirar. Se dedica a sus propios asuntos casi siempre, excepto durante estos lapsos sin importancia.

A veces se dice que ésta no es la primera vez que la gente piensa en la inminencia del fin del mundo. Ya ocurrió antes, durante la peste negra, por ejemplo, que Alma recuerda como uno de los puntos culminantes del segundo

curso de la facultad. El mundo no se terminó, por supuesto, pero creer en ello produjo casi el mismo efecto.

Algunas personas decidieron que era culpa suya y se dedicaron a flagelarse la espalda o las de quienes tenían más a mano. Otros empezaron a rezar muchísimo, una actividad más sencilla entonces, pues se sobrentendía que existía una idea más o menos definida sobre el ser al que se dirigían. Alma ya no piensa que se trata de un hábito mental en el que se puede confiar, a partir de la base de que hay una remota posibilidad de que el botón sea apretado por un maníaco religioso norteamericano, deseoso de jugar a ser Dios y de echar una mano al Libro de la Revelación al mismo tiempo, alguien que crea a pies juntillas en que él y otros pocos elegidos resucitarán incorruptibles, y que todos los demás se pudrirán. Mort dice que es un error en el que no es probable que caigan los rusos, que han desechado la otra vida y, por tanto, han de tomarse con mucha seriedad ésta. Mort dice que los rusos juegan mejor al ajedrez, pero eso no es un gran consuelo para Alma. Los esfuerzos de su padre por iniciarla en el ajedrez fueron infructuosos, pues Alma tenía la costumbre de identificar las piezas con personas vivas, y lloraba cuando se comían su reina.

Otra posibilidad sería tapiarse, arrojar los cuerpos al exterior y almacenar naranjas con clavos de olor hincados. Construir refugios subterráneos. Publicar manuales de instrucciones.

O robar objetos de las casas abandonadas, arrancar los collares de los cadáveres.

O hacer lo que hace Mort. O hacer lo que Theo hace. O hacer lo que Alma hace.

Alma cree que no hace nada. Se acuesta por la noche, se levanta por la mañana, cuida de Carol, comen, hablan, ríen a veces, ve a Mort, ve a Theo, busca un trabajo mejor, pero de una manera que no la convence. Rumia la idea de volver a la universidad y terminar su licenciatura. Mort dice que pagará los gastos; ambos están de acuerdo en que es lo más justo, pero Alma no confía en aceptar la propuesta cuando llegue la ocasión. Ella tiene emociones: quiere a la gente, se irrita, es feliz, se deprime. Sin embargo, ya no puede considerar estas emociones con la misma solemnidad de antes. Su vida nunca le había parecido tan muelle, como si la hubieran desembarazado de toda responsabilidad. Flota. Pasan un anuncio en la televisión, probablemente de leche, que muestra a un hombre cabalgando sobre la cresta de una ola en una tabla de surf, moviéndose pero al mismo tiempo inmóvil, como si el tiempo no existiera. Así es como se siente Alma: apartada del

tiempo. El tiempo presupone un futuro. A veces experimenta este estado como apatía, en otras ocasiones como alborozo. Hace lo que quiere, pero ¿qué es lo que quiere?

Recuerda otra cosa que se hacía durante la peste negra: la gente se abandonó a sus instintos. Saqueó las provisiones para el invierno, robó y asesinó, bailó en las calles, copuló indiscriminadamente con el primero que pasaba. ¿Será ése su punto de destino, al que se dirige cabalgando sobre su ola?

Alma apoya la cuchara sobre los bordes del vaso. El agua se está enfriando y de la solución empieza a surgir la sal. Forma pequeñas islas transparentes en la superficie que se espesan del mismo modo que los cristales, luego se rompen y descienden hacia el fondo, como nieve. Una fina capa blanca de sal recubre el hilo. Se arrodilla para mantener los ojos al nivel del vaso, apoya la barbilla y las manos en la mesa, y observa. La magia todavía perdura. Cuando Carol regrese del colegio, el vaso contendrá un auténtico invierno. El hilo recordará un árbol después de una tormenta de nieve. No puede creer la belleza del resultado.

Al cabo de un rato se incorpora y pasea por la casa. Atraviesa la sala de estar que Mort considera japonesa dentro-de-lo-que-cabe, pero que a ella siempre le ha recordado una página en la que apenas se ha escrito, llega a la pared desnuda del final y sube por la escalera de la que Mort quitó el pasamanos. También eliminó demasiadas paredes, omitió demasiadas puertas; quizá fue eso lo que acabó con su matrimonio. La casa es una de las más grandes de Cabbagetown. Mort, especializado en restauraciones, se encargó de las obras, y le gusta exhibirla a sus amistades. Todavía la considera el equivalente de un folleto de propaganda. Alma, que se está hartando de ir a abrir la puerta con su segunda bata favorita y el cabello envuelto en una toalla para toparse con cuatro hombres trajeados que esperan afuera, encabezados por Mort, acaricia la idea de cambiar las cerraduras. Pero sería demasiado definitivo. Mort aún piensa que la casa es suya, y a ella la ve como una parte de la casa. De todos modos, teniendo en cuenta que la construcción de viviendas ha bajado en picado, y considerando quién paga las facturas, debería alegrarse de contribuir una pizca a serle útil, aunque Mort evite con todo cuidado mencionarlo.

Entra en el cuarto de baño inmaculadamente blanco, abre los grifos, llena la bañera de agua, que tiñe de azul un gel alemán, se mete dentro y suspira. Algunas de sus amigas se introducen en tanques de aislamiento y flotan en total oscuridad durante horas interminables; afirman que es muy relajante y

que permite entrar en contacto con el yo más profundo. Alma ha decidido pasar de esta experiencia. Sin embargo, en la bañera es donde se siente más a salvo (nunca se ha desmayado en ella) y al mismo tiempo más vulnerable: si se desmayara en la bañera podría ahogarse.

Cuando Mort todavía vivía con ella y Carol era más pequeña, solía encerrarse con llave en el cuarto de baño, por la sencilla razón de que la puerta podía cerrarse, y se dedicaba a lo que llamaba «pasar el tiempo conmigo misma», que casi equivalía a soñar despierta. Conserva el hábito.

Durante un período que ahora le parece muy lejano, pero que se remonta en realidad a dos meses atrás, Alma se permitía de vez en cuando una fantasía relativamente agradable. En esta fantasía, ella y Carol vivían en una granja, en la península de Bruce. Había estado allí de vacaciones en cierta ocasión, con Mort, antes de que Carol naciera, cuando el matrimonio aparentaba marchar bien. Recorrieron en coche la península y visitaron la isla de Manitoulin, en el lago Hurón. Fue entonces cuando reparó en lo pobres y marginales que eran las granjas, en la cantidad de piedras que habían arrancado de los campos y amontonado a modo de señales y demarcaciones. Eligió una de estas granjas para su fantasía, basándose en la teoría de que nadie la querría.

Mientras lavaban los platos después de comer en la cocina de la granja, Carol y ella se enteraban por la radio de que iba a tener lugar un inminente ataque con armas nucleares (ahora se da cuenta de que resulta improbable enterarse con anticipación). Por suerte, cultivaban sus propias hortalizas, las tenían a montones. Alma no sabía exactamente cuáles. Al principio incluía, por error, el apio, hasta que comprendió que el apio no podía crecer en un suelo como aquél.

Las fantasías de Alma son ricas en detalles. Primero las bosqueja, y luego las repasa, añadiendo bolones y cremalleras. Para esto necesitaba adquirir las semillas apropiadas y pedir consejo al dueño de la ferretería.

—¿Apio? —se extrañó.

Era un típico comerciante pueblerino, calvo y paternalista, con los pantalones sujetos con tirantes y la camisa blanca manchada de sudor en las axilas. Sin embargo, su cordialidad era falsa. Probablemente la despreciaba. Probablemente contaba chismes sobre ellas a sus compinches en la taberna, una mujer soltera con una hija, viviendo sola en aquella granja. Los compinches pasarían con sus grandes coches de segunda mano por delante de la casa y la observarían con atención. Se lo pensaría dos veces antes de salir en pantalones cortos al exterior, y de agacharse para arrancar las malas hierbas. Si la violaban, todo el mundo sabría quién era el culpable, pero nadie

lo diría. Este hombre diría después de beber unas cuantas cervezas que ella se lo había buscado. Alma ha de reflexionar con toda seriedad sobre este aspecto de la vida rural antes de dar el paso.

—¿Apio? —dijo—. ¿Aquí? Señora, usted bromea.

De modo que Alma se olvidó del apio, que tampoco se habría conservado muy bien.

Pero había remolachas, zanahorias y patatas, productos que podían almacenarse. Cavaron una gran bodega en la ladera de la colina; tenía una puerta inclinada, con una buena capa de suciedad en la parte de afuera. La bodega era mucho más que una simple bodega; contaba con varias estancias, por ejemplo, y luz eléctrica, pero ¿de dónde provenía la energía? Detalles como éste, cuando se examinaban con detenimiento, ayudaban a destruir por un instante la fantasía, aunque Alma inventó para la electricidad un pequeño generador alimentado por un flujo de aguas procedente del estanque.

Sea como fuere, cuando escucharon las noticias por la radio no se asustaron. Caminaron sin prisa hacia la bodega, entraron y cerraron la puerta tras ellas. No se olvidaron de la radio, que era un transistor, aunque no serviría para nada después del ataque inicial, que destruiría todas las emisoras. Había hileras e hileras de agua embotellada en los estantes que cubrían una pared. Allí se quedaron, comiendo zanahorias, jugando a las cartas y leyendo libros entretenidos, hasta que pasó el peligro y pudieron salir a un mundo en el que lo peor ya había sucedido y, por tanto, nada había que temer.

Esta fantasía ya no se sostiene. Era imposible hacerlo sin los detalles concretos que Alma considera necesarios hasta que empiezan a perfilarse preguntas prácticas sin respuesta, por ejemplo, el problema de la ventilación. Por añadidura, Alma sólo tenía una idea vaga de cuánto tiempo deberían permanecer ocultas hasta que el peligro pasara. Y también había el problema de los fugitivos, los saqueadores que se enterarían fuera como fuese de la existencia de las patatas y las zanahorias e irían por ellas (¿con palos, con fusiles?). Como Carol y ella contaban tan sólo con sus propias fuerzas, era preciso armarse. Alma se equipó primero con un rifle, y luego con varios, para hacer frente a los saqueadores, pero siempre estaba en desventaja.

Sin embargo, el punto más débil residía en que, aun en el caso de que todo fuera bien y contasen con posibilidades de escapar y sobrevivir. Alma consideraba que no podía marcharse así como así y dejar a los demás abandonados a su suerte. Quería incluir a Mort, a pesar de que se había portado mal y no estaban lo que se dice juntos, y si le hacía un sitio a él no podía negárselo a Theo, aunque éste no iría sin su mujer y sus hijos, por

supuesto, y además estaba Fran, la novia de Mort, a quien sería poco delicado excluir.

Este montaje duró bastante, sin las disputas de Alma temía. La perspectiva de una muerte inminente templa los ánimos, y Alma disfrutó una temporada de la gratitud que su generosidad inspiraba. Sostenía conversaciones íntimas con las otras dos mujeres sobre sus respectivos hombres, y averiguaba algunas cosas que desconocía; las tres estaban a punto de hacerse muy buenas amigas. Por la noche se sentaban en derredor de la mesa de la cocina que había aparecido en la bodega, pelaban zanahorias y repasaban la época en que vivían en la ciudad y no se conocían, salvo indirectamente, a través de los hombres. Mort y Theo se sentaban en un rincón y bebían el whisky que habían traído, mezclado con agua de botella. Los niños se entendían de maravilla.

Sin embargo, la bodega era demasiado pequeña, y no había forma de ampliarla sin abrir la puerta. Luego se planteó la cuestión de quién dormiría con quién y cuándo. El disimulo era casi imposible en un espacio tan reducido, y había tres mujeres para sólo dos hombres. Este aspecto se acercaba en exceso a la realidad de Alma, pero sin la ventaja de domicilios diferentes.

Después de que la esposa y la novia insistieran en incluir a sus padres, tíos y tías (¿por qué los había dejado de lado Alma?), la fantasía se superpobló y se hizo inhabitable con gran rapidez. La dificultad de Alma residía en que no tenía elección. Era la misma dificultad de toda su vida. Es incapaz de fijar límites. ¿Quién es ella para decidir, para juzgar a la gente de esta manera, de decir quién ha de morir y quién es merecedor de la oportunidad de vivir?

La colina de la bodega, perforada por infinidad de túneles, completamente minada, se vino abajo y todos perecieron.

El teléfono suena cuando Alma ha terminado de secarse y de friccionarse el cuerpo con loción.

—Hola, ¿qué estabas haciendo? —dice la voz.

—¿Quién es? —pregunta Alma, y luego se da cuenta de que es Mort. El hecho de no reconocer su voz la desconcierta—. Ah, eres tú. Hola. ¿Estás en una cabina?

—Pensé que podría pasar a verte —dice Mort en tono conspiratorio—. Si vas a estar, claro.

—¿Con o sin excusa?

—Sin —dice Mort. Lo que esto significa es bastante claro—. Pensé que podríamos tomar algunas decisiones.

Intenta ser suavemente persuasivo, pero sólo consigue resultar un poco inoportuno.

Alma se calla que él no necesite su ayuda para tomar decisiones, pues aparenta tomarlas con bastante rapidez por sí solo.

—¿Que tipo de decisiones? —pregunta con cautela—. Creía que habíamos acordado una moratoria para las decisiones. Fue tu última decisión.

—Te hecho de menos —dice Mort, y deja las palabras flotar, con una voz de entonación grave que parece indicar anhelo.

—Yo también te echo de menos —dice Alma, como compensación—, pero le he prometido a Carol que esta tarde le compraría un equipo de gimnasia de color rosa. ¿Cómo te va esta noche?

—Esta noche me es imposible.

—¿Quieres decir que no te dejan salir a jugar?

—No seas tan sarcástica —dice Mort, algo rígido.

—Lo siento —miente Alma—. Carol quiere que vengas el domingo para ver *Fraggle Rock* con ella.

—Quiero verte a solas.

Queda para el domingo de todas maneras, afirmando que volverá a llamar para confirmárselo. Alma le dice adiós y cuelga con una sensación de alivio muy diferente de la que sentía cuando se despedía de Mort por teléfono en el pasado; entonces experimentaba, consecutivamente, amor y deseo, negociación de asuntos rutinarios, frustración porque no se decían las cosas pertinentes, desesperación y pena, irritación y cierta sensación de que la estaba jodiendo sin cesar. Continúa friccionándose el cuerpo, prestando especial atención a los codos y las rodillas. Cuando empiezas a parecerte a un pollo de cuatro patas, es lo primero que se nota. A pesar de que el fin del mundo se acerca, Alma prefiere estar en forma.

Decide tomar el tranvía. Tiene coche y sabe conducir, conduce muy bien, pero en los últimos tiempos apenas lo usa. Se decanta por medios de transporte que no exigen ninguna decisión consciente por su parte. Incluso preferiría que la remolcaran, en un tractor a ser posible.

La parada del tranvía se encuentra frente a un tienda de alimentos dietéticos, con el escaparate lleno de albaricoques deshidratados y uvas pasas cubiertas de arvejas, mágicos manjares que preservan de la muerte. Alma

también ha pasado por la fase macrobiótica; conoce a la perfección los elementos de esperanza supersticiosa que implica consumir tales talismanes. Tendría la misma efectividad ensartar las uvas pasas en un hilo y colgárselas del cuello para ahuyentar a los vampiros. Alguien ha escrito con spray en la pared de ladrillo de la tienda, entre el escaparate y la puerta, JESÚS TE ODIA.

Llega el tranvía y Alma sube. Se dirige a la estación de metro, donde bajará y comprará rápidamente un equipo de gimnasia de color rosa y dos pares de calcetines de verano para Carol, bajará las escalera y tomará un metro que vaya hacia el norte, utilizando el billete de transbordo que ha guardado en su bolso. Se supone que no se debe utilizar el billete de transbordo en trayectos cortos, pero Alma se siente temeraria.

El tranvía va bastante lleno. Se queda cerca de la puerta posterior, mirando por la ventana, sin pensar en nada concreto. Es uno de los primeros días soleados, y hace calor; las cosas brillan en exceso.

De repente, algunas personas que están cerca de la puerta posterior empiezan a gritar «¡Alto, alto!». Alma no las oye al principio, o las oye al nivel de la no comprensión. Percibe un ruido, pero cree que se trata de adolescentes montando el número, como es habitual. El conductor del tranvía debe pensar lo mismo, porque continúa impertérrito, a buena marcha, mientras cada vez grita más gente, y luego chilla «¡Alto, alto, alto!». Entonces Alma también se pone a chillar, porque ve lo que anda mal: la puerta trasera ha atrapado el brazo de una chica, que está siendo arrastrada por el vehículo. Alma no la ve, pero sabe que está allí.

Alma empieza a patalear como una niña contrariada y sigue chillando «¡Alto, alto!» (con el resto de los pasajeros), pero el conductor continúa adelante, indiferente. Alma desea que alguien le arroje algo o le golpee, pero ¿por qué no se mueve nadie? Están demasiado hacinados, y los de delante no ven lo que pasa. Parecen transcurrir horas, que en realidad son minutos, y por fin aminora la velocidad y frena. Se levanta del asiento y se abre paso hacia la parte de atrás.

Por suerte hay una ambulancia junto al tranvía, y se llevan a la chica. Alma no puede ver su rostro o si está malherida, a pesar de que alarga el cuello, pero oye los sonidos que emite, ni sollozos ni gemidos, sino algo más animal y lastimero, más aterrorizado. Lo más horrible no habrá sido el dolor, sino la sensación de que nadie la veía ni la oía.

Ahora que el tranvía se ha detenido y que el suceso ha terminado, la gente que rodea a Alma empieza a cuchichear. Dicen que deberían despedir al conductor. Deberían quitarle el permiso, o lo que sea. Deberían arrestarlo. El

hombre regresa y abre las puertas. Dice que todo el mundo ha de bajar del vehículo. Parece enfadado, como si fuera otro el culpable de la chica atrapada por la puerta y del griterío.

No está lejos de la parada del metro y de la tienda en la que quiere hacer su compra furtiva. Va caminando. Mira hacia atrás en el siguiente semáforo. El conductor está de pie junto al tranvía, con las manos en los bolsillos, y charla con los policías. La ambulancia ha desaparecido. Alma se da cuenta de que su corazón late con violencia. «Así sucede en los disturbios o en los incendios —piensa—: alguien empieza a gritar y te encuentras metida en el ajo, sin saber qué sucede. Todo se desarrolla con mucha rapidez, y cierras los oídos a las peticiones de auxilio». Si la gente hubiera gritado «socorro» en lugar de «alto», ¿lo habría oído antes el conductor? Pese a todo, la gente gritó y él se detuvo por fin.

Alma no encuentra un equipo de gimnasia de color rosa de la talla de Carol, así que le compra uno malva. Eso tendrá repercusiones. Sube al metro, usando el billete de transbordo, y emprende su corto viaje a través de la oscuridad, que contempla por la ventanilla, viendo su propio rostro que flota en el cristal. Se sienta con las manos enlazadas alrededor del paquete que sostiene en el regazo, y examina las manos de la gente sentada frente a ella. Últimamente lo hace a menudo: se fija en la forma de las manos, en su luminosidad, incluso en las manos de los ancianos, manos nudosas con venas azules y manchas. Estos síntomas del envejecimiento ya no la asustan como un presagio de su futuro, al contrario de lo que sucedía antes; ya no la repelen. Da igual que sean de hombres o de mujeres; las manos que está mirando ahora pertenecen a una mujer de edad madura sin distinción; son toscas y deformes, con las uñas mal cortadas esmaltadas de color anaranjado, y aferran un bolso de cuero marrón.

A veces debe contenerse para no levantarse, cruzar el pasillo, sentarse y aferrar esas manos extrañas. Se producirían malentendidos. Recuerda haberse sentido así, hace mucho tiempo, cuando volaba hacia Montreal para reunirse con Mort, que iba a pronunciar una conferencia. Planeaban pasar luego las minivacaciones juntos. Alma estaba excitada ante la perspectiva de la habitación del hotel, el aroma a lujo y sexo ilícito que les rodearía. Anhelaba utilizar las toallas de baño y dejarlas caer al suelo sin preocuparse de quién las iba a lavar después. Pero el avión empezó a dar bandazos, y Alma se asustó. Cuando bajó en picado, como un ascensor, se agarró a la mano del hombre sentado a su lado; en realidad, poco importaba a qué mano se asiera si el avión se estrellaba. De todas formas, le dio una sensación de seguridad.

Después, por supuesto, él intento ligársela. Fue muy amable hasta el final. Le dijo que vendía bienes raíces.

A veces estudia la mano de Theo, dedo a dedo, uña por uña. Las frota sobre su cuerpo, se introduce los dedos en la boca y los lame con la lengua. Él imagina que es puro erotismo. Se imagina que ella piensa únicamente en sus manos de esa forma.

Theo vive en un edificio de gran altura cercano a su oficina, en un apartamento de dos habitaciones. Al menos, Alma piensa que vive allí. Siempre se citan en él, porque a Theo no le gusta ir a casa de Alma, y eso la hace sentirse un poco como una *call girl*, aunque no le desagrada. Todavía considera que su casa es territorio de Mort. Theo no piensa en ella como territorio de Mort, sino sólo en la casa, al igual que su propia casa, donde viven su esposa y sus tres hijos, es aún su territorio. Así la llama: «mi casa». Pasa en ella los fines de semana, como Mort en casa de Alma. Ésta sospecha que Theo y su esposa retozan en la cama, como ella y Mort, como estudiantes en las universidades de los años cincuenta, que se juraban guardar el secreto mutuamente. Se dice que Fran nunca se enterará. Alma no ha sido muy explícita sobre Theo con Mort, si bien ha insinuado que hay alguien. Mort se mostró más animado.

—Supongo que no tengo ningún derecho a quejarme, ¿no es así? —dijo.

—Desde luego que no —replicó Alma.

La forma en que los cinco se comportan es ridícula, pero le parecería igualmente ridículo a Alma no acostarse con Mort. Después de todo, es su marido. Siempre lo ha hecho. Además, el método ha obrado maravillas en sus relaciones sexuales. Ser una fruta prohibida le sienta bien. Nunca lo había sido.

Pero Alma no quiere enterarse de si Theo sigue acostándose con su esposa. En cierta manera, está en su pleno derecho, pero se pondría celosa. Por extraño que parezca, no le importa mucho lo que ocurre entre Mort y Fran. Mort ya le pertenece por completo; conoce cada pelo de su cuerpo, cada arruga, cada ritmo. Puede serenarle casi sin pensarlo, y complacerle no requiere ningún esfuerzo consciente. Es Theo el territorio inexplorado, con Theo ha de estar alerta, ir con cuidado, no permitirse una falsa sensación de seguridad. Theo, que a primera vista parece más amable, más considerado, más vacilante. En opinión de Alma, Theo es un pantano, mientras que Mort es un bosque. Ha de avanzar con cautela, preparada para retroceder. Sin

embargo, se muestras posesiva con respecto a su cuerpo, más breve, flexible y vigoroso que el de Mort. No quiere que otra mujer lo toque, en especial la que ha tenido más tiempo que ella para hacerlo. La última vez que vio a Theo (aquí, en el edificio de apartamentos, en el blanco e impersonal vestíbulo que está pisando), él le dijo que deseaba enseñarle algunas fotos recientes de su familia. Alma se excusó y fue al cuarto de baño. No quería ver una fotografía de la mujer de Theo, pero al mismo tiempo tuvo la sensación de que mirarla sería como violarlas a ambas; Theo utiliza a dos mujeres para que se anulen mutuamente. Se le ocurre que ella es a la esposa de Theo lo que la novia de Mort es a ella: la usurpadora, pero también alguien que merece compasión por lo que no se le concede.

Sabe que el actual equilibrio de fuerzas no durará. Tarde o temprano, se emplearán procedimientos menos sutiles. A los hombres no se les permitirá oscilar entre dos mujeres, entre dos hogares. Se levantarán barreras y señales: QUÉDATE O LÁRGATE. Un procedimiento adecuado; sin embargo, Alma no piensa intervenir. Le gusta el estado actual de las cosas. Ha decidido que prefiere tener dos hombres en lugar de uno solo: mantiene estable el equilibrio. Los quiere a ambos, los desea a ambos, y esto significa que, en ciertos días, no quiere ni desea a ninguno. Le ahorra angustias, la hace menos vulnerable, y sugiere múltiples futuros. Theo puede volver con su esposa, o desear vivir con Alma. Hace poco le dirigió una pregunta ominosa, «¿qué quieres?», que Alma esquivó. Mort puede desear volver, o decidir quedarse con Fran. Alma puede perder a los dos y quedarse con Carol. Este pensamiento, que en otra época la hubiera erizado de pánico o hundido en una depresión no ajena a problemas de dinero, no la preocupa mucho en este momento. Le gustaría seguir así para siempre.

Alma entra en el ascensor y sube. La ingravidez se le mete dentro. Es un lujo; toda su vida es un lujo. Theo, que le abre la puerta, es un lujo, sobre todo su piel, suave, bien alimentada, más oscura que la suya, herencia de su parte de sangre griega, que proviene de una o dos generaciones anteriores, y que huele a productos cosméticos penetrantes y dulzones. Theo la asombra, le quiere tanto que apenas puede verle. El amor la abrasa, y abrasa las facciones de Theo hasta que sólo distingue en el apartamento escasamente iluminado un contorno, un resplandor. No está sobre la ola, sino en su seno, cálido y fluido. Esto es lo que quiere. Ni siquiera llegan al dormitorio, sino que se derrumban sobre la alfombra de la sala de estar, donde Theo le hace el amor como si corriera en pos de un tren que nunca alcanzará.

El tiempo pasa, y los detalles de Theo reaparecen, un lunar aquí, una peca allá. Alma se masajea la nuca, y alarga la mano para mirar a hurtadillas el reloj: ha de volver antes que Carol. No debe olvidar el equipo de gimnasia, que ha dejado tirado en la puerta dentro de su bolsa de plástico, junto con el bolso y los zapatos.

—Ha sido magnífico —dice Alma, y es cierto.

Theo sonríe, la besa en la muñeca, la sostiene unos segundos como si le tomara el pulso, recoge sus bragas del suelo, se las tiende con ternura y deferencia, como si le ofreciera un ramo de flores, como una caja de bombones, como si ella fuera a morir, y sólo él lo supiese y quisiera guardar el secreto.

—Espero —dice Theo en son de broma— que cuando todo esto termine no seamos enemigos.

Alma se estremece y se pone las bragas. Después, algo se introduce en ella, una corriente de aire, un jadeo silencioso, un chillido sofocado, porque se ha dado cuenta en seguida: no ha dicho «si», sino «cuando». Un cuadro se forma en su imaginación. Mientras ella se ha empeñado en negar el tiempo, él ha estado contando los días, haciendo una pequeña cuenta atrás. Theo cree en la predestinación. Theo cree en la fatalidad. Alma debería saber que, por ser una persona tan ordenada, Theo sería incapaz de vivir en la anarquía durante mucho tiempo. Han de salir del agua y pisar tierra firme. Necesitará más ropa, pues debe de hacer frío en ese lugar.

—No seas tonto —dice Alma—. ¿Por qué ha de terminarse?

—Suele pasar —replica Theo.

—¿He dicho o hecho algo que te lo sugiriera?

Tal vez vaya a volver con su mujer. Tal vez no, pero haya decidido que ella no durará para siempre. Todavía cree que lo conseguirá con alguien. Y ella también, de lo contrario no estaría tan disgustada.

—No —dice Theo, rascándose una pierna—, pero son cosas que suelen ocurrir. —Deja de rascarse, la mira de esa manera que ella consideraba sincera—. Sólo quiero que sepas que me gustas demasiado para pensar en ello.

Gustas. ¿Final o continuación? Nunca está segura de lo que Theo dice. ¿Le está expresando devoción, o se ha terminado de verdad, sin que ella se diera cuenta? Está acostumbrada a pensar que en una relación como la de ambos se da todo y no se pide nada, pero quizá sea al revés. No se da nada. Ni un regalo. Alma se siente de repente demasiado visible, demasiado evidente. Tal vez debería volver con Mort y hundirse de nuevo en la invisibilidad.

—Tú también me gustas —dice.

Acaba de vestirse, mientras él continúa estirado en el suelo, mirándola con afecto, como alguien que hace señales de adiós a un barco que zarpa sin dejar de pensar en el momento en que podrá marcharse a cenar. No le importa lo que ella vaya a hacer a continuación.

—¿Pasado mañana? —pregunta Theo.

Alma, que desea estar equivocada, le devuelve la sonrisa.

—Pídemelo de rodillas.

—No me sale bien, ya lo sabes.

En otro momento, Alma ni siquiera se habría detenido a considerar esta frase firmemente convencida de que Theo hablaba tan en broma como ella. Ahora llega a la conclusión de que es una cuestión de cortesía fingir que le comprende, o pensándolo bien, quizá una excusa para que Theo nunca se vea obligado a sentarse a la mesa, confirmar algo o dar explicaciones.

—¿A la misma hora? —pregunta Alma.

Termina de abrocharse el último botón. Recogerá sus zapatos cuando llegue a la puerta. Se arrodilla y se inclina para besarle. Entonces se produce un deslumbrante destello luminoso, y Alma cae al suelo.

Cuando recobra el conocimiento, yace en la cama de Theo. Él se ha vestido (por si tuviera que llamar a una ambulancia, piensa ella), y le coge la mano, sentado a su lado. Esta vez no se muestra muy complacido.

—Creo que tienes la presión baja —dice, incapaz de achacarlo a la excitación sexual—. Deberías hacerte un chequeo.

—Esta vez pensé que iba en serio —murmura Alma, que se siente aliviada, tan aliviada que la cama parece no tener peso, como si flotara en el agua.

Theo no ha comprendido el sentido de la frase.

—¿Te refieres a que hemos terminado? —dice, sin que ella sepa a ciencia cierta si es con resignación o con esperanza.

—No hemos terminado —dice Alma.

Cierra los ojos; dentro de un minuto se sentirá menos aturdida, se levantará, hablará, caminará. En este preciso instante la sal se desborda por sus ojos, cae como nieve, se hunde en el océano, más allá del coral muerto, y se fija en las ramas del árbol de sal que emerge de las dunas de cristal blanco que hay en el fondo. Diseminadas por la arena se ven las espinas de muchos pececillos. Es muy hermoso. Nadie puede destruirlo. «Cuando todo haya terminado —piensa—, aún permanecerá la sal».

En busca de la orquídea

Comenzamos desde la orilla, y atravesamos el lugar donde hay tantos abedules. En el bosque se abren muchos claros, y el suelo está cubierto de una maraña de hojas, secas en la parte de arriba, apretujadas contra el húmedo subsuelo, entretejido de filamentos, hebras, raíces y madejas de hojas enmohecidas que se entrecruzan como fusibles, ramificadas como las arterias azul pastel que se ven en ciertos quesos. Lo sé, aunque no me fijo, porque me he fijado antes, me he fijado centenares de veces.

Los abedules se yerguen o se desploman contra el color pardo grisáceo de las hojas caídas, que retroceden ante nosotros. Los abedules sólo viven un tiempo fijo, y mueren de pie. Entonces las copas se pudren y caen, o aguantan y cuelgan (hacedoras de viudas, las llamaban los taladores), y los troncos permanecen verticales, y de ellos brotan robustos hongos. La parte inferior de la sombrilla parece de terciopelo salpicado de rocío. Esta zona del bosque, con sus amplias panorámicas y silenciosas columnas, siempre me produce la misma sensación, que no tiene nada que ver con la tristeza o el miedo: una sensación callada. La luz se difunde en forma de bóveda, como si penetrara por una ventana a gran altura.

—Ojalá hubiéramos traído una bolsa —dice mi madre, que va detrás de mí.

Caminamos en fila india, mi padre primero, desde luego, aunque sin hacha, y Joanne a continuación, para poderle explicar cosas. Luego sigo yo, y mi madre al final. En este bosque hay que acercarse a las personas para oír lo que dicen. Los árboles, o más probablemente las hojas, empañan los sonidos.

—Pues volvamos —digo.

Ambas nos referimos a las vetas espirales de corteza de abedul que vemos a nuestro alrededor. Podríamos cogerlas para encender fuego en el horno de leña. En los abedules muertos, la corteza madura más que el interior, al contrario de lo que nos pasa a nosotros. En realidad no existe el momento de la muerte, sólo un lento declinar, como el de las velas o los carámbanos. Las partes secas de las cosas son las que resisten más.

—Ojalá hubieras utilizado tu cerebro —dice mi padre, que la ha oído.

Tienen la capacidad de escucharse siempre, por más lejos que estén, aunque haya obstáculos, y eso que ya han rebasado los setenta. Mi padre habla sin volver la cabeza, y continúa abriéndose paso hacia adelante, pisando las hojas parduscas y los restos de templos griegos esparcidos por tierra. Miro sus pies, y los de Joanne, delante de mí. Miro el suelo con mucha atención: busco bejines. Tampoco he traído bolsa, pero puedo quitarme la camisa y utilizarlo como saco si encuentro.

—Nunca he tenido —replica mi madre, risueña—. Una bola de pelusa. Un botoncito en lo alto de mi espina dorsal, justo para evitar que se me caiga la cabeza.

La oigo pisar las hojas detrás de mí. ¿Adónde va?

Estamos buscando un tremedal. Joanne, que escribe artículos de ciencias naturales, está trabajando en uno sobre tremedales, y mi padre sabe dónde hay uno. Un tremedal de verdad: no entra ni sale agua. Joanne lleva su cámara, colgada del cuello con una de esas correas anchas y bordadas, como tirantes tiroleses, sus prismáticos y su chaqueta impermeable, plegada dentro de su propio bolsillo y enrollada en la cintura. Siempre va bien equipada.

Trajo su kayak monoplaza portátil para esta visita, lo montó, y se desplaza sobre el agua en él como uno de esos escarabajos de agua que se encuentran agazapados bajo los troncos en lugares tranquilos, en las bahías, en días de tormenta, negros y brillantes como los ojos curiosos de Joanne.

Ayer Joanne abordó mal en el kayak y volcó, con prismáticos y todo. Por suerte, se salvó la cámara. La secamos como pudimos; los prismáticos quedaron más o menos intactos. Sé que por ese motivo no voy tan bien equipada como Joanne: me da miedo perder las cosas. No se pueden tener kayak, prismáticos o lo que sea hasta que no estés preparada para perderlos.

Joanne, que es brillante y vive sola gracias a su ingenio, está preparada para cualquier cosa, salvo a echar a perder su equipo.

—No son más que unos prismáticos —dijo riendo, mientras chapaleaba hacia la orilla.

Sabía la dirección del lugar donde se los secarían profesionalmente, si todo lo demás fallaba. También contaba con otro par de botas de excursión. Es el tipo de mujer que habla con extraños con los trenes sin el menor recato. Nunca son chiflados, como me pasa a mí, y si lo fueran no tardaría mucho en sacárselos de encima. «Enróllate o lárgate» es una frase que aprendí de Joanne.

Mi padre se detiene, baja la mirada, se agacha y fisgonea. Joanne también fisgonea, pero no ha destapado el objetivo de su cámara. Mi padre investiga con impaciencia entre las hojas secas.

—¿Qué ha descubierto? —pregunta mi madre, que me ha alcanzado.

—Nada —dice mi padre, que la ha oído—. No hay manera. No sé lo que les habrá ocurrido. Tal vez hayan desaparecido.

Mi padre tiene en la cabeza una lista de cosas que van desapareciendo: ranas leopardo, ciertas especies de orquídeas salvajes, posiblemente los somorgujos. Esto en cuanto a las cosas que hay por aquí. La lista del resto del mundo es más larga, y no para de crecer. Los tigres, por ejemplo, y las grullas blancas. Ballenas. Secoyas. Especies de maíz silvestre. Una especie vegetal por día. He vivido con esta lista toda mi vida, y me hace dudar de la solidez del universo. Me aferro a las cosas para detener su destino y guardarlas. Si los prismáticos hubieran sido míos, se habría armado un follón.

Pero ahora, en este preciso momento, me resulta imposible recordar qué está en trance de desaparición, o por qué lo estamos buscando aquí, para empezar.

Lo estamos buscando porque falta algún elemento en el relato. Si lo he olvidado no es por culpa de la senilidad precoz: me acordaba muy bien en su momento, pero eso era en su momento, y ha pasado un año desde entonces. En el ínterin, durante el invierno, que siempre es el ínterin, la época en que suceden cosas que deberías saber pero que se te escapan, mi padre sufrió una apoplejía.

Conducía el coche en dirección al norte. El ataque tuvo lugar cuando salía de un camino secundario para enlazar con una autopista de ocho carriles. El ataque le paralizó el costado izquierdo, la mano izquierda resbaló del volante y el coche atravesó cuatro carriles de la mitad oeste de la autopista y se estrelló contra la valla central. Mi madre iba en el coche con él.

—El asiento de la muerte —dijo—. Fue un milagro que no nos matáramos.

—Desde luego —asiento. Mi madre no sabe conducir—. ¿Qué hiciste tú?

Es una llamada de larga distancia, de un lado a otro del Atlántico, el día posterior al del ataque. Estoy en una cabina telefónica de un pueblecito inglés, y llovizna. En la cabina hay también un saco de patatas. No son mías. Alguien las debe almacenar aquí.

La voz de mi madre no se oye con claridad, y supongo que la mía tampoco. Yo ya he preguntado «¿Por qué no me llamaste en cuanto sucedió?», y ella ya ha respondido «No tenía sentido alarmarte». Todavía soy una cría a quien hay que ocultar las cosas serias de los adultos.

—Tu padre no quería salir del coche —dijo mi madre—. No quería abandonarlo. No comprendía lo que había ocurrido. Por suerte, se detuvo un joven y preguntó si teníamos problemas, y fue a llamar a una ambulancia.

Estaba conmocionada, por supuesto, pero no quería que yo regresara. Todo estaba controlado, y si yo volvía sería una señal de que no todo lo estaba. Mi padre se hallaba en el hospital, también controlado. El ataque era el tipo que llaman transitorio.

—Ya puede hablar —dijo mi madre—. Los médicos afirman que tiene muchas posibilidades de recuperarlo casi todo.

—¿Casi todo qué?

—Casi todo lo que ha perdido.

Al cabo de unas semanas recibí una carta de mi padre. La había escrito en el hospital, donde le estaban sometiendo a una serie de pruebas. Durante el *scanner* cerebral, oyó que uno de los médicos le decía a otro «Bueno, ahí no hay ninguna lesión». Mi padre me informaba de ello con cierto júbilo. Le gusta que la gente diga cosas sin darse cuenta.

Hemos dejado atrás la zona de los abedules muertos, y nos adentramos en el interior, donde la maleza es más densa. El tremedal no debe de estar muy lejos, dice mi padre.

—No sé acuerda —me dice mi madre en voz baja—. Se ha perdido.

—Yo nunca me pierdo —replica mi padre, abriéndose paso con decisión entre los árboles jóvenes.

No hay sendero, y los árboles nos van cercando y cada vez se parecen más entre sí, como si fuera una costumbre inveterada, lejos de los hombres. La gente que se ha perdido camina en círculos, pero nosotros avanzamos en línea recta. Ahora me acuerdo de lo que está desapareciendo, lo que se supone que buscamos: es la orquídea de hojas jaspeadas, una variedad especial con un haz de hojas en la base y protuberancias a lo largo del rabillo. Mi padre ha dicho que por aquí había a montones. ¿Cuál habrá sido la causa de su desaparición? Ningún motivo especial le guía; si encuentra una, se contentará con mirarla. Sería tranquilizador, sin embargo, saber que todavía sigue con nosotros. Por eso no aparto los ojos del suelo.

Descubrimos el tremedal, más o menos donde debía estar según mi padre. Pero es diferente; rebosa de vegetación. Nadie diría que es un tremedal, de no ser por el agua que rezuma a través del musgo esfangáceo que pisamos. Un tremedal debería tener márgenes de musgo y juncia que vibran cuando caminas sobre ellas, y una charca oscura en el centro de agua pardusca mezclada con turba. Recuerda a los lagos que se encuentran entre las montañas. Este tremedal ha absorbido el agua, cubriéndola, y han crecido árboles en el terreno, balsaminas de casi dos metros en este momento. Buscamos sarracenias, pero en vano.

Este tremedal no es fotogénico. Es perfecto. Joanne toma algunas fotos con su cámara último modelo, sin olvidarse de los primeros planos: el musgo del suelo, un charco de agua… Nos quedamos a su alrededor mientras lo hace, espantando mosquitos. Todos sabemos que al final descartará estas fotografías, pero es una buena actriz.

Aquí no hay de esas orquídeas. Las orquídeas de hojas jaspeadas no crecen en los tremedales.

Otra vez es verano y he vuelto a casa. A mis espaldas se extiende el Atlántico, como una plancha de cinc, o una malla temporal. Como siempre en esta casa, me canso más de lo normal; más que cansancio, es sueño. Leo novelas de misterio que ya había leído y me acuesto temprano, sin saber en qué año me voy a despertar. ¿Será veinte años en el pasado, o veinte años en el futuro? ¿Será antes de casarme, habrá mi hijo (tiene diez y ha ido a visitar a un amigo) crecido y abandonado el hogar? En el yeso de la habitación donde duermo hay una desportilladura que tiene forma de cabeza de cerdo, vista de perfil. Siempre ha estado ahí, y cada vez que vuelvo la busco, para enfrentarme con firmeza al flujo del tiempo que se me escapa, cada vez con mayor rapidez. Mis visitas constituyen una sola mancha borrosa.

Esta vez, sin embargo, es diferente. Algo ha cambiado, algo se ha detenido. Mi padre, casi completamente recobrado del ataque, que toma cinco píldoras diferentes para evitar un segundo, que estruja una bola de lana con la mano izquierda, que no se cuida tanto del jardín como antes…, mi padre está enfermo. Llevo aquí cuatro días y no ha dejado de estar enfermo ni un momento. Se tiende, vestido con la bata, en el sofá de la sala de estar y no come ni bebe. Se limita a beber agua a sorbitos.

He celebrado consultas entre cuchicheos con mi madre en la cocina. ¿Son las píldoras, es algún tipo de virus? ¿Ha sufrido otro ataque, casi

imperceptible, sin que nos diéramos cuenta? Ya no habla con aquella verborrea que le caracterizaba. Su voz ha cambiado, hay que escucharle con mucha atención para captar lo que dice.

Mi madre, que siempre se ha hecho cargo de las cosas, no sabe qué hacer. Le digo que tengo miedo de que se deshidrate. Bajo al sótano, donde está el otro teléfono, y llamó al médico, siempre tan difícil de localizar. No quiero que mi padre se entere de lo que hago; se enfadaría, diría que no le pasa nada, se rebelaría.

Vuelvo a subir y le tomo la temperatura, usando el termómetro con el que controlaba mi fertilidad cuando intentaba quedarme embarazada. Abre la boca pasivamente, parece que el resultado no le interese. Su rostro, un poco paralizado de un lado desde el ataque, parece haberse hundido y desmoronado. Sus ojos, bajo las cejas blancas, son casi invisibles. La temperatura es demasiado alta.

—Tienes fiebre —le digo.

No aparenta sorpresa. Le traigo un cuenco con cubitos, porque dice que no puede tragar. Recuerdo los cubitos de mis clases de preparación para el embarazo, ¿o será de la operación de úlcera de mi marido? Toda crisis es una crisis, una improvisación. Agarras lo que tienes a mano.

—¿Se ha comido los cubitos? —dice mi madre, en la cocina.

Él ya no la oye, como solía ocurrir. Ya no dice «no».

Más tarde, terminada la cena, cuando estoy leyendo una mala novela de Agatha Christie escrita durante la guerra, mi madre entra en mi cuarto.

—Dice que va a ir en coche hacia el norte —anuncia—. Dice que ha de terminar de cortar unos árboles.

—Es la fiebre. Tiene alucinaciones.

—Eso espero —responde mi madre—. No puede coger el coche.

Quizá tema que no se trate de la fiebre, sino de algo más permanente.

La acompaño a su dormitorio, donde mi padre está haciendo el equipaje. Se ha puesto unos pantalones cortos, una camisa blanca de manga corta, zapatos y calcetines. No tengo ni idea de cómo ha conseguido ponerse la ropa, puesto que apenas se tiene en pie. Se halla en el centro de la habitación con el pijama doblado en las manos, como si no supiera a ciencia cierta qué hacer con él. Hay una mochila abierta sobre la silla, y al lado un paquete de pilas para la linterna.

—No puedes conducir de noche —le digo—. Está muy oscuro.

Vuelve la cabeza de un lado a otro, como una tortuga, como para oírme mejor. Parece desconcertado.

—No sé lo que te detiene —le dice a mi madre—. Hemos de ir allá.

Ahora que tiene fiebre, su voz es más potente. Adivino lo que le pasa: no le gusta el lugar donde está, quiere ir a otra parte. Quiere salir, quiere conducir, quiere alejarse de la enfermedad.

—Será mejor que esperes a mañana —le digo.

Deja el pijama sobre la cama y se pone a investigar sus bolsillos.

—Las llaves del coche —le pide a mi madre.

—¿Le has dado una aspirina? —pregunto a mi madre.

—No puede tragar —responde.

La cara de mi madre está blanca; de repente, también ella parece vieja.

Mi padre ha encontrado algo en el bolsillo, un pedazo de papel doblado. Lo alisa laboriosamente, lo examina. Parece una lista antigua de comestibles.

—La orquídea de hojas jaspeadas va a reaparecer —me dice.

De alguna manera comprendo que, sobreponiéndose a la fiebre, trata de enviar buenas noticias. Sabe que las cosas han ido mal, pero forma parte del ciclo. Antes me dijo que este verano no era bueno para los ratones del bosque. Quería decir que había muy pocos. Hablaba desde el punto de vista de los ratones.

—No te preocupes —le digo a mi madre—. No se irá.

Si la situación empeora, siempre puedo cruzar mi coche para impedirle el paso. Recuerdo que cuando tenía seis años, después de extraerme las amígdalas, oí un desfile militar. Mi padre está asustado.

—Te ayudaré a quitarte los zapatos —dice mi madre.

Mi padre se sienta en el borde de la cama, como si se sintiera agotado, derrotado. Mi madre se arrodilla. En silencio, le descalza un pie.

Emprendemos el camino de regreso. Mi padre y mi madre están en el bosque, abriéndose camino entre la maleza, las balsaminas jóvenes, los avellanos y los arces, pero Joanne y yo (¿por qué nos hemos separado de ellos?) seguimos la orilla, basándonos en la teoría según la cual, si te encuentras en una isla, basta con que sigas la orilla para volver al punto de partida. Ambas estamos de acuerdo en que seguimos un atajo.

Llegamos a una ribera empinada y a una bahía poco profunda, sembrada de madera flotante, troncos viejos, bastante grandes y con los extremos talados limpiamente. Provienen de la época en que se solía talar en invierno, acceder a las islas atravesando los lagos helados, cortar los árboles y arrastrarlos hacia el hielo con una reata de caballos, y hacerlos flotar en

primavera hacia el salto de agua y el aserradero en cadenas de troncos, para mantener juntos los demás. Los troncos de esta bahía consiguieron escapar. Ahora, mientras regresan lentamente a tierra, infestados de escarabajos de agua que han buscado refugio en ellos, flotan como ballenas al sol, mecidos en las cálidas aguas cercanas a la orilla. Están cubiertos de musgo y ciertas plantas droseráceas, de hojas redondas como pequeñas lunas verdosas, con filamentos pegajosos extendidos como rayos de luz.

Joanne y yo caminamos sobre aquellos troncos húmedos y florecidos, utilizando ramas de la orilla para mantener el equilibrio. Ahora la tala se realiza de manera muy distinta; emplean sierras de cadena y transportan los troncos en camiones, que circulan sobre carreteras de grava acondicionadas y llegan a su destino en una semana. De todas formas, no talan cerca de la orilla, así que conservan bastante el paisaje, pero el bosque se parece cada vez más a una cortina, un telón de fondo tras el cual no hay nada, o un matadero. Están vaciando el paisaje. Gracias a este método de tala, las islas se hallan más a salvo.

Joanne pone el pie sobre el siguiente tronco, de color chocolate y cubierto de líquenes, que se voltea como a cámara lenta, y Joanne cae. Adiós a su segundo par de botas y a los pantalones largos hasta la rodilla, pero no a la cámara, por suerte.

—No te puedes fiar de nadie —ríe Joanne.

Vadea el resto del camino hacia la orilla, y chapotea hasta llegar a tierra firme. Elijo otro tronco, me apuntalo y prosigo. A pesar del atajo, mis padres llegan antes.

Por la mañana, una ambulancia viene a buscar a mi padre. Está lúcido de nuevo, para emplear el término apropiado. Me hace pensar en «luminoso»: desprende luz de nuevo, ya no es opaco. Incluso se permite bromear con los chicos de la ambulancia, jóvenes y tranquilizadores cuando le sujetan con las correas, alzando su voz oscura y ronca.

—Es por si me pongo violento —comenta.

La ambulancia no significa que la situación haya empeorado. El médico ordenó que le llevaran a urgencias, porque no había camas disponibles en los pabellones normales. Estamos en verano, y los accidentes de circulación son numerosos, y un ala del hospital, increíblemente, está cerrada por vacaciones. Sea cual fuere su gravedad, al menos le administran una inyección intravenosa para reemplazar los fluidos perdidos.

—Se está quedando en los huesos —dice mi madre, que ha confeccionado una lista de todo lo que no ha comido ni bebido en los últimos cinco días.

Acompaño a mi madre al hospital en mi coche, y llegamos a tiempo de ver cómo sacan a mi padre de la ambulancia; no lo bajan de la camilla rodante, que franquea las puertas batientes, rumbo a un lugar del que estamos excluidas.

Mi madre y yo tomamos asiento en las sillas de skai, a la espera de que alguien nos explique qué va a pasar a continuación. No hay nada para leer, salvo dos ejemplares atrasados de *Scottish Life*. Miro una foto de lanas teñidas en rama. Entra un policía, habla con una enfermera, y vuelve a salir.

Mi madre no lee *Scottish Life*. Está sentada muy rígida, en guardia, girando la cabeza como un periscopio.

—No parece que haya muchos accidentados hoy —dice al cabo de un rato.

—Es por la hora —comento—. Creo que se producen más accidentes de noche.

No consigo saber si esta ausencia la disgusta o la tranquiliza. Clava la mirada en las puertas batientes, como si mi padre estuviera a punto de irrumpir por ellas en cualquier momento, curado y completamente vestido, jugueteando con las llaves del coche y listo para marchar.

—¿Qué crees que le estarán haciendo ahí dentro? —pregunta.

El amanecer

Yvonne sigue a los hombres. Al principio, lo hace con discreción y a distancia; casi siempre se fija en ellos en el metro, donde tiene la paciencia de sentarse y observar a su alrededor, pero a veces se cruza con uno en la calle, da media vuelta y camina detrás de él, apresurando un poco el paso para no perderlo. En ocasiones toma el metro o sale a pasear con este único propósito, pero la mayoría de las veces los encuentra por casualidad. Cuando lo ha hecho, pospone sus ocupaciones y da un rodeo. Por este motivo ha llegado tarde a algunas citas, lo cual la molesta porque es puntual como un reloj.

En el metro, Yvonne toma la precaución de no mirar con demasiada insistencia, no quiere asustar a nadie. Cuando el hombre se apea, Yvonne lo hace también y camina hacia la salida, unos metros atrás. Llegada a este punto lo seguirá hasta su casa para saber dónde vive y poder esperarle otro día, o bien le dirigirá la palabra en cuanto hayan salido a la calle. Dos o tres hombres se dieron cuenta del acoso. Uno echó a correr. Otro se volvió para enfrentarse a ella, dando la espalda al escaparate de una farmacia próxima, como acorralado. Y el otro se mezcló entre la multitud para despistarla. Ella opina que éstos tienen la conciencia culpable.

Cuando llega el momento, Yvonne apresura el paso, se coloca a la altura del hombre y le toca el brazo. Siempre dice lo mismo:

—Perdone, ya sé que le resultará extraño, pero me gustaría dibujarle. No lo confunda con una propuesta erótica, por favor.

Luego hay un intervalo, durante el que preguntan «¿Cómo?», e Yvonne se explica. No hay que pagar ni existen condiciones. Sólo quiere dibujarles. No han de desnudarse si no quieren; con la cabeza y los hombros tendrá suficiente. Es una artista profesional, no una chiflada.

Si escuchan atentamente su solicitud inicial, y la mayoría lo hace, les cuesta mucho decir que no. ¿Qué les pide, después de todo? Sólo una pequeña parte de su tiempo, a cambio de permitirle el acceso a algo que sólo ellos le pueden dar. Han sido elegidos como únicos, les han dicho que no son

intercambiables. Nadie sabe mejor que Yvonne lo seductor que es esto. La mayoría acepta.

Yvonne no se halla interesada en los hombres atractivos al modo habitual: no dibuja anuncios publicitarios de dentífricos. Además, los hombres de dientes perfectos y facciones regulares, los hombres que recuerdan aunque sea remotamente a dioses griegos, son conscientes de su aspecto externo y del efecto que produce. Se exhiben como si sus rostros fueran cuadros terminados, barnizados, impermeables. Yvonne, por contra, desea lo que se oculta detrás del rostro, ver más allá. Elige a los hombres que tienen aspecto de haberles ocurrido algo, algo que no les gustó mucho, hombres que muestran señales de las fuerzas que actúan sobre ellos, un poco erosionados, desgastados, azotados por la lluvia, como las conchas de la playa. La mandíbula algo saliente, la nariz demasiado grande o larga, ojos de diferentes tamaños, asimetría y equilibrio: éstas son las cualidades que la atraen. Los hombres de esta clase no es probable que sean vanidosos, tal como se entiende habitualmente. Saben que para producir impacto dependen de algo más que la apariencia física, pero el mero acto de ser dibujados les devuelve la noción de sus cuerpos poco fiables, su carne imperfecta. La contemplan mientras dibuja, estupefactos, desconfiados, pero al mismo tiempo vulnerables y extrañamente confiados. Algo de ellos está en manos de esa mujer.

Una vez que los ha llevado a su estudio, Yvonne se comporta con mucha delicadeza y tacto. Pensando en ellos, ha comprado una butaca de segunda mano con un escabel para encajar: sólida, confortable, de terciopelo color vino, muy alejada de sus gustos. Los sienta ahí, junto al gran ventanal, y los coloca de manera que la luz realce sus huesos. Les sirve una taza de café o de té para relajarles, y les dice lo muy agradecida que se siente por lo que están haciendo. Su gratitud es real: está a punto de devorar sus almas, no del todo, por supuesto, pero incluso una ínfima porción debe tomarse muy en serio. A veces pone una cinta de música clásica a poco volumen.

Si cree que ya se han tranquilizado lo suficiente, les pide que se quiten la ropa. Descubre clavículas muy expresivas, aunque prefiere el diminuto hueco en forma de V de la base de la garganta; la espoleta, que sólo es portadora de suerte cuando se rompe. El pulso que late en ese punto es diferente del que se toma en la muñeca o en la sien. Es el lugar que atraviesa la flecha, en las películas históricas ambientadas en la Edad Media.

Cuando Yvonne ha dispuesto sus materiales y empezado a dibujar, procede con rapidez, por el bien de los hombres, para no alargar la sesión. Al

haberse sometido a ello durante sus días de estudiante, cuando posaban mutuamente, sabe lo penoso que resulta estar sentado quieto mientras te examinan. El sonido del lápiz al deslizarse sobre el papel te pone la piel de gallina, como si el lápiz no fuera un lápiz, sino una mano que resbala sobre el cuerpo, a medio milímetro de la superficie. No es sorprendente que algunos hombres relacionen esta sensación (que puede ser erótica) con Yvonne, y pretendan salir con ella, verla de nuevo o incluso acostarse con ella.

Yvonne se muestra puntillosa en este aspecto. Le pregunta al hombre si está casado, y si lo está, le pregunta si es feliz. No desea involucrarse con hombres desdichados en su matrimonio; no desea respirar el aliento de otras personas. Pero si es feliz, ¿por qué quiere acostarse con ella? Si no está casado, piensa que debe de tener sus razones para no estarlo. Yvonne rechaza casi siempre estas invitaciones, con suavidad y sin dejar de sonreír. Es inmune a declaraciones de amor, pasión y amistad eternas, alabanzas a su belleza y su talento, súplicas de bondad, gemidos y bravuconadas; ya las ha escuchado antes. Para Yvonne, lo único válido son los razonamientos cándidos. Sólo aceptará un «porque lo deseo».

El estudio de Yvonne se halla en el centro de la ciudad, cerca del muelle, en una zona de fábricas del siglo XIX y de almacenes; algunos todavía funcionan, otros han sido alquilados por gente como ella. En estas calles pululan borrachos, vagabundos, personas que viven en cajas de cartón, pero no molestan a Yvonne, porque casi nunca va por las noches. Por las mañanas, cuando se dirige a su estudio, suele cruzarse con un hombre que se parece a Beethoven. Tiene la misma frente abombada, cejas prominentes, el entrecejo fruncido en oscuras meditaciones. Lleva el cabello gris, largo y enmarañado, viste un ajado conjunto tejano, calza bambas atadas con cordeles, incluso en invierno, y carga con un fardo envuelto en plástico que, según cree Yvonne, debe de contener todas sus pertenencias. Habla consigo mismo y nunca la mira. A Yvonne le gustaría mucho dibujarle, pero está demasiado chiflado. Su sentido de autoprotección está muy bien desarrollado, y a ello atribuye el que no se haya metido en serios problemas con los hombres que escoge. Este hombre la asusta, no tanto porque piense que es peligroso, sino porque se parece demasiado a lo que ella y podría llegar a ser.

Nadie sabe la edad de Yvonne. Aparenta treinta y se viste como si tuviera veinte, aunque a veces aparenta cuarenta y se viste como si tuviera cincuenta. Su edad depende de la luz, y lo que viste depende de su estado de ánimo, que

depende de la edad que aparente ese día, que depende de la luz. Una interacción delicada. Lleva el cabello, del color del bronce, muy corto en la nuca y echado sobre la frente, como Peter Pan. A veces, se embute en pantalones de cuero negro y monta a lomos de una moto muy pequeña; otras, por contra, se cala un sombrero con un pequeño velo, se pinta un lunar en la mejilla con un lápiz para las cejas y se ciñe alrededor del cuello una piel de zorro plateado con tres colas.

En ocasiones arroja luz sobre su edad explicando que es lo bastante mayor para recordar la época en que los portaligas eran prendas habituales en el vestuario de la mujer. Se llevaban cuando eras joven, cuando te obligaban a ponerte faja, como las madres. Yvonne recuerda el advenimiento de los panties, la muerte de las medias con costura, pese a que estos acontecimientos les suenan a chino a las mujeres más jóvenes.

Tiene otra forma de insinuar su edad, aunque la emplea con menos frecuencia. Una vez, cuando era joven pero ya adulta, la policía clausuró una de sus exposiciones. La acusaron de obscenidad. Fue una de las primeras artistas de Toronto en pasar por este trance. Ninguna galería se habría atrevido a montar la exposición poco antes, pero pasado un tiempo, cuando se consideraron chic las cadenas, la sangre y las partes del cuerpo en los anuncios de los supermercados, se hubiera considerado inofensiva. Yvonne se limitó a situar el pene de los hombres en el lugar del cuerpo que suele ocupar; y penes erectos, por añadidura.

—No entiendo por qué se armó tanto follón —aún dice, con ingenuidad —. Sólo pintaba erecciones. ¿No es lo que todo hombre desea? Los policías estaban celosos.

Continúa y añade que, si tan estupendo es el pene, no comprende por qué es un insulto decirle a alguien que tiene un pene en lugar de cerebro. Sólo mantiene este tipo de conversación con gente a la que conoce muy bien o a la que acaba de conocer. Lo más sorprendente de Yvonne, cuando intenta ser sorprendente, es el contraste entre ciertos elementos de su vocabulario y el resto, que, como sus modales, es reservado e incluso sigiloso.

Por un tiempo se convirtió en una especie de celebridad, pero se debió a su falta de experiencia para actuar con más juicio. La gente se puso de su parte, y llegó a recolectar dinero para ella, un detalle maravilloso pero que interfirió en su reputación de artista seria. Llegó a ser aburrido que la llamaran «la dama del pene». Hubo una ventaja, pese a todo: la gente compraba sus cuadros, pero no porque fueran muy caros, especialmente tras la eclosión del realismo mágico. A estas alturas ha ahorrado mucho dinero;

sabe de muchos artistas que se lo han gastado todo y han acabado sin un rincón donde caerse muertos cuando llega la hora del llanto y el crujir de dientes, pero a veces le preocupa la idea de ser una de esas ancianas que son halladas muertas entre un montón de latas de comida para gatos y un millón de dólares ocultos en un calcetín. Hace varios años que no monta una exposición; lo llama «ausencia temporal». La verdad es que su producción se limita a los dibujos de hombres. Ya cuenta con algunos, pero no sabe muy bien lo que va a hacer con ellos. Aún no ha encontrado lo que busca.

En la época de sus penes revolucionarios, los cuerpos le interesaban más que ahora. Renoir era su héroe, y todavía lo admira como colorista, pero ahora considera sus grandes desnudos saltarines insípidos y sin sentido. Desde hace poco ha empezado a obsesionarse con Holbein. En su cuarto de baño cuelga una litografía del retrato de Georg Gisze, que contempla mientras se relaja en la bañera. Georg la contempla, ataviado con un abrigo negro de piel y una maravillosa camisa de seda rosa, discernible cada vena de sus manos, cada uña de sus dedos, cierta insinuación de oscuridad en sus ojos, un destello húmedo en los labios, rodeado de los símbolos de su vida espiritual. Sobre su escritorio reposa un jarrón, simbolizando el vacío y la vanidad de la existencia mortal, en el que se yergue un clavel reventón, tal vez una representación del Espíritu Santo, o de una fiesta de compromiso. En épocas tempranas de su vida, Yvonne solía menospreciar este tipo de cosas, así como ciertas formas de disponer los ramos de flores: todo debía significar otra cosa. El problema de pintar penes es que nadie los confundió con símbolos fálicos, o símbolos a secas. Sin embargo, ahora piensa que resultaría muy útil un lenguaje de las imágenes semejante, conocido y comprendido por todo el mundo. Le gustaría dibujar claveles entre los dedos de sus modelos, pero ya es demasiado tarde. Es probable que el Impresionismo fuera una equivocación, con la carne que sólo era carne, a pesar de su belleza, las flores que sólo eran flores. Pero ¿qué quiere decir «sólo»? ¿No es suficiente para una flor ser lo que es? Si Yvonne supiera la respuesta…

A Yvonne le gusta trabajar a última hora de la mañana, cuando el estudio está mejor iluminado. Después, suele ir a comer con algunos de sus conocidos. Concierta estas citas mediante llamadas telefónicas que paga de su bolsillo. No tiene teléfono. Cuando lo tenía, se sentía a su merced, tanto si sonaba como si no, sobre todo cuando no lo hacía.

Se administra estas comidas como píldoras, a intervalos, cuando las necesita. Cree que la gente que vive sola se vuelve huraña cuando pasa demasiado tiempo sin compañía humana. Yvonne ha aprendido a cuidar de sí misma; no siempre supo hacerlo. Es como una planta, pero no una planta enfermiza (todo el mundo se admira de su aspecto saludable), sino una rara, capaz de florecer y sobrevivir sólo en ciertas condiciones. Un trasplante. Le gustaría redactar instrucciones dirigidas a ella y dárselas a otros para que se las entreguen, pero, pese a varios intentos por su parte, la empresa se ha demostrado imposible.

Prefiere restaurantes pequeños con manteles; los manteles le proporcionan algo a lo que aferrarse. Se sienta ante el acompañante de turno, con sus grandes ojos verdes oteando por debajo del cabello que le cae sobre la frente y con la barbilla ladeada, de modo que la parte izquierda de su cabeza oscile hacia delante. Está convencida de que oye mejor con el oído izquierdo que con el derecho, una creencia que nada tiene que ver con la sordera.

A sus amigos les gusta comer con Yvonne, aunque es posible que no disfrutaran tanto si comiesen con ella más a menudo. Se encontrarían faltos de temas para conversar. En la situación actual, Yvonne resulta una buena oyente, y siempre se muestra interesada en todo; no es una falacia: todo le interesa, en cierta manera. Le gusta saber qué hacen los demás. Nadie parece intrigarse por lo que ella hace, porque da tal impresión de serenidad y de equilibrio que tranquiliza a todos. Haga lo que haga, está bien. Cuando alguien le pregunta, despliega un repertorio de anécdotas sobre su persona muy divertido, pero poco informativo. Cuando se aparta del tema, cuenta chistes. Los anota en fichas, para no olvidarlos.

No come sola muy a menudo. Lo hace, por lo general, en restaurantes de *sushi*, en los que se sienta de espaldas al comedor y observa las manos de los *chefs*, que acarician y manosean con gran destreza su comida. Cuando come, casi puede sentir el tacto de sus dedos en la boca.

Yvonne vive en el último piso de una gran casa situada en una zona antigua de la ciudad, pero renovada según las modas actuales. Cuenta con dos amplias habitaciones, cuarto de baño, una cocina pequeña oculta por dos puertas correderas que mantiene cerradas casi siempre, y una terracita en la que hay varias jardineras hechas con toneles partidos en dos. Antes albergaban rosales que no pertenecían a Yvonne. La planta es un ático, y aunque Yvonne ha de recorrer el resto de la casa para llegar, hay una puerta al final de la escalera que puede cerrar cuando quiera.

La casa pertenece a una joven pareja, Al y Judy, que trabaja para el departamento de planificación urbana del Ayuntamiento, muy locuaces y rebosantes de proyectos. Su intención es extender su zona habitable al piso de Yvonne cuando hayan pagado la hipoteca; será el estudio de Al. Entretanto, les encanta tener una inquilina como Yvonne. Son equilibrios frágiles, proclives a la incompatibilidad y otras variedades de catástrofes, fácilmente destruibles por equipos estéreo y alfombras manchadas de barro. Judy afirma que Yvonne es una joya: nunca la oyen. Es casi demasiado tranquila para Al, que prefiere oír los pasos de alguien que camina detrás de él. Se refiere a Yvonne como «La Sombra», pero sólo cuando el día de trabajo ha sido duro y ha tomado un par de copas.

De todas formas, las ventajas son mucho más numerosas que las desventajas. Al y Judy tienen un hijo de un año llamado Kimberley, que pasa las mañanas en la guardería y las tardes en el despacho de Judy, pero si quieren salir por la noche e Yvonne se va a quedar, no dudan en dejarlo a su cuidado. Sin embargo, no le piden que acueste a Kimberley. Nunca le han dicho que casi forma parte de la familia; no cometen semejantes errores. A veces, Yvonne baja y se sienta en la cocina mientras dan de comer a Kimberley, y Judy cree captar una mirada de anhelo en los ojos de Yvonne.

Al y Judy hablan a veces de Yvonne por la noche, cuando están en la cama, o por la mañana, mientras se visten. Cada uno tiene su versión, basada en el hecho de que nunca la han visto en compañía de hombres, ni siquiera de mujeres. Judy opina que ha renunciado al sexo, por motivos probablemente trágicos. Al piensa que sostiene relaciones sexuales, pero en otra parte. Una mujer con el aspecto de Yvonne (no entra en detalles) ha de follar por fuerza. Judy le dice que es un viejo verde y le da golpecitos en el diafragma.

—¿Quién conoce las maldades que anidan en el corazón de los hombres? —dice Al—. Sólo Yvonne.

Por ahora, la situación satisface a Yvonne. Encuentra reconfortantes los sonidos de la vida familiar que provienen del piso inferior, en especial por las noches, y cuando ella se marcha, Judy le riega las plantas. No tiene muchas. De hecho, no tiene mucho de nada, en opinión de Judy: una mesa de dibujo de arquitecto, una alfombra, unos cuantos almohadones, una mesita baja, un par de litografías enmarcadas y, en el dormitorio, dos grandes pufs, uno encima del otro. Judy especuló al principio con que el segundo serviría cuando un hombre se quedara a dormir, pero no lo ha hecho ninguno. El piso de Yvonne

siempre pareció muy pequeño, pero a los ojos de Judy resulta precario. Considera que es demasiado portátil, como si todo el conjunto pudiera ser recogido en un minuto y transportado a cualquier otro lugar. Judy le dice a Al que no le sorprendería descubrir una mañana que Yvonne, simplemente, ha desaparecido. Al le responde que no sea tonta: Yvonne es muy responsable, nunca se marcharía sin avisar. Judy replica que está hablando de una sensación, no de algo que vaya a suceder en realidad. Al siempre es muy literal.

Al y Judy tienen dos gatos, que demuestran mucha curiosidad hacia Yvonne. Saltan a la terracita y maúllan ante las puertas cristaleras para que les deje entrar. Si las deja entreabiertas, se precipitan escalera arriba como una exhalación. Yvonne no opone la menor objeción, excepto cuando saltan sobre su cabeza mientras está descansando. A veces coge a uno de ellos y lo abraza contra su cuello con las patas separadas para sentir los latidos de su corazón. Los gatos no se sienten muy a gusto en esta posición.

De vez en cuando, Yvonne desaparece por unos días, incluso durante una semana. Al y Judy no se sienten preocupados, porque siempre les dice cuándo volverá y siempre cumple su palabra. Nunca les confiesa adónde va, pero les entrega un sobre cerrado que, según afirma, contiene instrucciones para el caso de que se produjera alguna emergencia. No especifica lo que entiende por emergencia. Judy guarda cuidadosamente el sobre tras el teléfono de pared de la cocina; ignora que está vacío.

Al y Judy han incorporado estas ausencias de Yvonne a las fantasías que han construido alrededor de ella. Desde el punto de vista de Al, parte para encontrarse con un amante, cuya identidad debe permanecer en secreto, porque está casado o por razones de estado, o por una y otra razón a la vez. Se imagina que ese amante es mucho más rico e importante que él. Judy, por su parte, está convencida de que Yvonne va a visitar al hijo o los hijos que tiene. El padre es un ser brutal, de carácter mucho más fuerte que el de Yvonne, una mujer evidentemente incapaz de soportar la violencia física o prolongadas batallas judiciales. A los ojos de Judy, esto es lo único que puede justificar el abandono de sus hijos por parte de Yvonne, que sólo está autorizada a verles de cuando en cuando. Judy se la imagina encontrándose con los niños en parques, en restaurantes, lo forzado de la situación, la angustia de la separación. Introduce una cuchara llena de compota de manzana en la rosada y babosa boca de Kimberley, semejante a una ostra, y estalla en lágrimas.

—No seas tonta —dice Al—, se ha marchado a echar unos cuantos polvos. Le sentarán de puta madre.

Al piensa que Yvonne está demasiado pálida.

—Crees que follar con un hombre es la gran solución para todo, ¿verdad? —replica Judy, secándose los ojos con la manga del jersey.

—La única no —la consuela Al—, pero siempre es mejor que una hostia, ¿no?

A veces sí conviene una hostia, piensa Judy, que últimamente está agotada y siente que se le exigen demasiadas cosas. Sin embargo, le devuelve la sonrisa a Al con afecto y reconocimiento. Sabe que es una mujer afortunada. Compara su suerte con la de Yvonne.

De este modo, la existencia de Yvonne y su comportamiento ligeramente extraño facilitaban la comunicación conyugal e incluso la armonía. De haberlo sabido, Yvonne se habría sentido a la vez complacida y un tanto despectiva, pero en el fondo le hubiese importado una mierda.

Cuando las cosas se han calmado y ningún incidente penoso se ha producido durante un tiempo, cuando la marea ha descendido, cuando Yvonne se ha dedicado a recorrer las calles observando con curiosidad pero sin gran interés los adornos luminosos, las botellas con incrustaciones de coral, los vestidos de novia, los zapatos anegados de agua, los antiguos candelabros sostenidos por ninfas aladas y los boqueantes peces que las aguas en retirada han dejado relucientes y expuestos en sus menores detalles, cuando ha visitado el Donut Centre, se ha sentado en el mostrador y contemplado entre sus codos los donuts encerrados en recipientes de cristal y visto cada grano de azúcar nítido, comprende sin el menor género de dudas que en lo alto de las colinas, en los extensos descampados de los suburbios, las serpientes y los topos están saliendo de sus madrigueras y la tierra empieza a temblar de forma imperceptible bajo los pies de los ancianos con chaquetas de lana y gorras de *tweed* ocupados en cortar el césped. Se levanta y sale, con la parsimonia habitual, sin olvidarse de dejar una propina. Es considerada con las camareras porque no le gustaría llegar a ser una de ellas.

Se dirige a casa, intentando no apresurarse. Tras ella, visible si volviera la cabeza, aproximándose a una velocidad terrorífica pero silenciosa, se alza una muralla gigantesca de agua negra. Oculta la luz del sol, y cerca de su cresta translúcida hay destellos de movimiento, de vida atrapada y condenada.

Yvonne sube la escalera hasta su apartamento casi corriendo, y los dos gatos salen en su persecución; se derrumba sobre la cama en el preciso momento en que la oscuridad rompe sobre su cabeza con tal fuerza que le arranca la almohada de las manos y la deja sorda y ciega. Rodeada de confusión, comprende que bajo la capa de terror no está tan asustada. Ya lo ha hecho otras veces, tiene cierta confianza depositada en el agua, y sabe que le basta con levantar las rodillas y cerrarlo todo, ojos, oídos, boca, manos. Ha de resistir, mantenerse firme. Alguien podría mostrarse partidario de que se dejara llevar por la corriente, pero ya lo ha probado. Estrellarse contra otros objetos flotantes no le conviene. Los gatos saltan sobre su cabeza, pasean sobre su cuerpo, ronronean en su oído; los oye a distancia, como música de flauta en la ladera de una colina elevada sobre la playa.

Yvonne ignora el motivo de estos episodios. No los provoca, no existe advertencia previa. Simplemente suceden, como un estornudo. Les atribuye propiedades químicas.

Yvonne come hoy con un hombre de quien admira su clavícula, o admiraba cuando estaba a su disposición, que ya no es el caso, pues ya no se acuesta con él. Dejó de hacerlo porque la situación se estaba poniendo imposible. Para Yvonne las situaciones se ponen imposibles con inusitada rapidez. No le gustan las situaciones.

Yvonne estuvo enamorada en su momento de este hombre. Hay varios hombres en la vida de Yvonne, establece una distinción entre ellos y los que dibuja. Nunca dibuja a los hombres de los que está enamorada, basándose en la idea de que no existe la distancia necesaria. No los considera una forma, una línea, un color o una expresión, sino como concentraciones de luz. Ésta es su versión cuando está enamorada; si no lo está, les recuerda como manchas sutiles, como algo que se ha derramado sobre el mantel y se intenta limpiar. En ocasiones, ha cometido la equivocación de tratar de explicarlo a los hombres en cuestión. La adicción no le es desconocida, pues su cuerpo experimentó en otro tiempo demasiados viajes químicos, y, en consecuencia, conoce muy bien sus peligros. En lo que a ella respecta, el amor no es muy diferente.

No puede soportar por mucho tiempo este tipo de asuntos, así que sus relaciones con tales hombres no se prolongan demasiado. No les alienta con esperanzas de duración, o de convenios domésticos temporales; los días en

que creía que para estar a salvo de cualquier peligro bastaba con saltar sobre la cama con un hombre y taparse con la manta hasta la cabeza, han terminado.

Sin embargo, no dejan de gustarle y considera que algo les debe, y les sigue viendo después, una tarea fácil porque sus separaciones ya no son desagradables. La vida es demasiado breve.

Yvonne está sentada frente al hombre, a la mesa de un pequeño restaurante, y se aferra con una mano por debajo de la mesa, para que él no lo advierta, al mantel. Le escucha con su acostumbrado interés, la cabeza ladeada. Le añora intensamente, aunque tal vez sería más correcto decir que añora las sensaciones que este hombre despertaba en ella. La luz le ha abandonado, ahora puede verle con toda claridad. Esta objetividad, esta claridad, la deprimen hasta un extremo casi insoportable, no porque exista algo espantoso o repulsivo en el hombre, sino porque ella ha vuelto al nivel normal, el nivel de las cosas que puede ver, en todas sus asombrosas y complejas peculiaridades, pero no tocar.

Él ha terminado de hablar sobre algo referente a política. Ahora le toca a Yvonne contarle un chiste.

—¿Por qué es rizado el vello púbico?

—¿Por qué?

Como siempre, él intenta disimular el sobresalto que le produce escuchar de sus labios palabras como púbico. Yvonne encuentra más dificultades en el trato con hombres refinados que con los groseros. Se siente aliviada cuando un hombre grosero desaparece.

—Porque de lo contrario te lo clavarías en el ojo —responde Yvonne, aferrándose al mantel.

Él le sonríe con cierta tristeza, en lugar de reír.

—No sé cómo lo haces —dice—. No hay nada que te moleste.

Yvonne hace una pausa. Tal vez se refiere al hecho de que, cuando rompieron sus relaciones, no hubo frenéticas llamadas telefónicas, platos rotos, acusaciones ni lágrimas. Tal vez deseaba ese tipo de cosas, como una prueba de algo, quizá de amor; tal vez está disgustado porque ella no dio pie a estas demostraciones.

—Hay cosas que me molestan —dice Yvonne.

—Posees mucha energía —continúa él, como si no la hubiera oído—. ¿De dónde la sacas? ¿Cuál es tu secreto?

Yvonne baja la mirada hacia el plato, que contiene media manzana, nueces, ensalada de berros y un trozo de pan. Tocar su mano, posada sobre el mantel a escasos centímetros de la copa de vino, sería exponerse a un riesgo

de nuevo, y ella ya está en peligro. Antes le gustaba correr riesgos, pero antes lo hacía demasiado a menudo.

Levanta la vista hacia él y sonríe.

—Mi secreto reside en que me levanto cada mañana para contemplar el amanecer.

Ése es su secreto, aunque no el único; es el que hoy está de oferta. Le mira atentamente para ver si lo ha comprado, y así es. Muy propio de su carácter. Se muestra satisfecho de que ella se encuentre en forma; quiere decir que no habrá problemas, justo lo que deseaba saber. Pide otra taza de café y la cuenta. Yvonne paga su parte.

Salen a recibir la caricia del aire de marzo, más cálido que el de otros años, un fenómeno que ambos comentan. Yvonne evita estrecharle la mano. Se le ocurre que es el último hombre del mundo al que tendría fuerzas para amar. Demasiado trabajo. Él le dice adiós con un gesto de la mano, sube al tranvía y desaparece, en dirección a un semáforo distante, sobre unas vías que convergen a medida que se alejan.

Cerca de la parada del tranvía hay una pequeña floristería en la que se puede comprar una sola flor, si así se desea. Es todo lo que Yvonne desea. Hoy tiene tulipanes, los primeros del año. Yvonne escoge uno rojo, con el interior del cáliz de un color anaranjado acrílico. Llevará este tulipán a su casa, lo colocará en un jarroncito blanco expuesto al sol y beberá su sangre hasta que expire.

Yvonne sostiene el tulipán frente a ella con rigidez, como si goteara. Mientras pasa frente a los escaparates de las tiendas, que escruta con la habitual avidez, con la habitual sensación de que hoy, tal vez, descubrirá algo que merezca ser contemplado, le parece que sus pies no pisan cemento, sino hielo. La cuchilla del patín resbala, lo sabe, sobre una delgada película de agua, que se funde bajo el peso y luego vuelve a helarse. Ésta es la libertad del tiempo presente, este borde resbaladizo.

Yvonne está dibujando otro hombre. Por norma general, sólo dibuja hombres que cumplen sus requisitos: visten más o menos convencionalmente, se vuelven cuando los aborda, tienen empleos reconocidos y respetados por la sociedad y su edad no es inferior o superior a la de Yvonne en más de diez años. Éste es diferente.

Empezó a seguirle a unas tres manzanas de la floristería. Trotó detrás de él (el hombre tiene buenas piernas) sujetando el tulipán ante ella como una bandera. Es joven, quizá de unos veintitrés años, y llevaba una cartera de cuero negro que está ahora apoyada contra la pared, cerca de la puerta. Su chaqueta y sus pantalones también eran de cuero negro, y bajo la chaqueta llevaba una camisa de color rosa intenso. La cabeza está afeitada por detrás y por los lados, con un penacho en el centro, teñido de un naranja que recuerda el pelaje de un orangután. Dos pendientes de oro cuelgan de su oreja izquierda. La cartera de cuero prueba que es un artista o un diseñador; sospecha que pinta con spray, el típico individuo que ronda por las noches y escribe en las paredes de ladrillo cosas como «¡Salvemos a los judíos soviéticos!» o «¡Gana grandes premios!». Si de verdad dibuja, lo hará con rotuladores fluorescentes rosados y verdes. Yvonne apostaría diez dólares a que no sabe dibujar dedos. Yvonne es una especialista.

En el pasado siempre evitó a los que tenían aspecto de ser artistas, pero éste tiene algo, la insociabilidad, la beligerancia estética, la pastosidad agresiva y la deliberada falta de salud que denota su palidez. Cuando le vio, Yvonne sintió un impacto de reconocimiento, como si fuera esto lo que andaba buscando, aunque sin saber por qué. Le sacó a tierra como de un submarino y le soltó la parrafada. Esperaba un rudo rechazo, pero aquí está, en su estudio, cubierto sólo por su camisa rosa y con la pierna estirada sobre el brazo de la butaca de terciopelo color vino. Sostiene en la mano el tulipán, que contrasta con la camisa, la butaca y su pelo, todo lo cual contrasta fuertemente entre sí. Es como un accidente en una tintorería, como una moto lanzada a toda velocidad contra un muro de cemento. La mirada que él le dirige es un puro desafío, pero ¿hacia qué? Yvonne ignora por qué accedió a acompañarla. Se limitó a decir «Claro, ¿por qué no?», con una mirada en la que se leía sin la menor duda que no había conseguido impresionarle en absoluto.

Yvonne dibuja, el lápiz se desliza con rapidez sobre su cuerpo. Sabe que debe ir de prisa o se pondrá nervioso, se le escapará. Añadirá el tulipán más tarde, cuando lo pinte. Ya ha decidido pintarlo; será su primer cuadro desde hace años. El tulipán se convertirá en una amapola, el color más adecuado.

Cuando sólo ha dibujado hasta la clavícula, visible a medias bajo la camisa abierta, él exclama «Ya es suficiente», salta de la butaca y se acerca a ella. La coge por la cintura y la atrae hacia él: nada de preliminares, y pese a que Yvonne prefiere la rapidez en estos asuntos, se siente incómoda con él. Ninguna de sus tretas pacificadoras, café, música, agradecimiento, ha

funcionado con él; ha mantenido un consistente nivel de mala leche. Yvonne no controla la situación. Piensa en el gato negro de Al y Judy, en aquella vez que se enredó la pata con el cordón de la persiana veneciana. Se enfureció tanto que tuvo que cubrirlo con una toalla para desenredarlo.

—Eso es arte —dice él, mirando por encima del hombro.

Yvonne lo confunde con un cumplido, hasta que él prosigue:

—El arte es una mamonada.

Pronuncia la última palabra separando las sílabas. El odio que vibra en su voz impresiona a Yvonne. Quizá no ocurra nada si se queda quieta. Él se aleja y se encamina hacía la puerta: quiere enseñarle lo que contiene la cartera. Hace collages. Todos son de exteriores: bosques, prados, rocas, playas. Ha pegado mujeres, minuciosamente recortadas de revistas, torsos con las piernas abiertas, sin manos ni pies, a veces sin cabeza, pintadas de nuevo con esmalte para las uñas en varios tonos de púrpura y rojo. Brillan contra el papel como si estuvieran mojadas.

Como amante, sin embargo, es lento y meditativo, abstraído, casi sonámbulo, como si los movimientos que ejecuta sólo fueran una especie de idea tardía, como un perro que ladra en un sueño. Toda la violencia se halla en las cartulinas; a fin de cuentas, no es más que arte. Yvonne piensa que acaso todo sea arte, mientras recoge su camisa azul celeste del suelo y se la abrocha. Se pregunta cuántas veces más en el futuro volverá a abrochar estos botones.

Cuando él se marcha, Yvonne cierra la puerta con llave y se sienta en la butaca de terciopelo rojo. El peligro reside en sí misma. Decide desaparecer durante una semana. Cuando vuelva, comprará un lienzo del tamaño de una puerta y empezará de nuevo. Pero si el arte es una mamonada y todas las cosas son arte, ¿qué ha hecho de su vida?

Yvonne guarda en su botiquín varios frascos de píldoras que ha ido pidiendo a los médicos a lo largo de los años con uno u otro pretexto. No había necesidad de pasar por el fastidio de las visitas para conseguir estos productos, fáciles de obtener en la calle, e Yvonne sabe a quién se los puede pedir, pero las recetas la sancionaban de alguna manera. Incluso las actuales, con sus ilegibles garabatos de aspecto árabe, la tranquilizan, tanto como un encantamiento si creyera en ellos.

En determinado momento supo con exactitud cuántas píldoras debía tomar, de qué clase y con qué periodicidad, para evitar vomitar o desmayarse

antes de alcanzar la dosis correcta. Sabía por anticipado lo que debía decir para disuadir a todos aquellos que vinieran a buscarla para preguntarle adonde iba, qué puertas cerraba con llave, dónde y en qué postura se acostaba, e incluso, y no menos importante, qué se ponía encima. Quería que su cuerpo tuviera buen aspecto para no perturbar demasiado a quienes, llegada la ocasión, debieran manipularlo. Los cadáveres vestidos inquietan menos que los desnudos.

Pero en los últimos tiempos casi ha olvidado estos conocimientos arcanos. Lo mejor sería tirar las pastillas: ya no sirven. Las ha reemplazado por algo mucho más simple, directo, rápido, seguro y, según le han dicho, menos doloroso. Una bañera llena de agua caliente, la misma bañera que utiliza cada día, y una hoja de afeitar normal, que no precisa receta. Se recomienda apagar la luz para evitar el pánico: si no se ve la creciente mancha roja, no se sabe que existe. Una punzada en las muñecas, como la picadura de un insecto. Se imagina cubierta con una bata de franela, estampada con diminutas flores rosadas, abotonada hasta el cuello. Todavía no la ha comprado.

Guarda una hoja de afeitar en el estuche de pinturas; podría servir para cortar papel. De hecho, la usa para cortar papel a tiras, y cuando pierde filo la reemplaza. Un filo de la hoja está tapado con cinta adhesiva, pues no le gustaría cortarse los dedos por accidente.

Yvonne casi nunca piensa en esta hoja de afeitar y por qué se halla en su estuche de pinturas. No está obsesionada con la muerte, la suya o la de los demás. No aprueba el suicidio; lo considera moralmente repugnante. Cruza las calles con precaución, examina lo que se lleva a la boca, ahorra.

Pero la hoja de afeitar siempre está en su sitio, oculta debajo de todo. Yvonne necesita que siga allí. Significa que puede controlar su muerte, pues si no controlara esto, ¿qué clase de control podría llegar a tener sobre su vida?

Acaso la hoja de afeitar sea algo así como un *memento mori*, después de todo. Acaso sólo sea coquetería pictórica. Acaso sólo sea un símbolo concreto, como el clavel sobre el escritorio del joven Holbein. Sea como fuere, no está mirando el clavel, sino más allá del cuadro, hacia afuera, con gravedad, con intensidad, con dulzura. Está mirando a Yvonne, y puede ver en la oscuridad.

Los días se están alargando, y la alarma del despertador de Yvonne suena cada vez más pronto. En verano duerme la siesta después de comer, a fin de compensar las horas de sueño que pierde a causa de sus rituales matutinos.

Hace muchos años que no se pierde un amanecer; depende de ellos. Es como si creyera que si no sale a contemplarlo no amanecerá.

Aun así, sabe que no es adicta a algo aprehensible, material, sólido, sino a un simple accidente lingüístico, porque «amanecer» no debería ser un sustantivo. El amanecer no es una cosa, sino un efecto lumínico causado por las posiciones que entre sí tienen dos cuerpos astronómicos. El Sol no se levanta, sino que la Tierra gira. El amanecer es un fraude.

Hoy no está nublado. Yvonne, apoyada en su escritorio, ataviada con su quimono japonés demasiado delgado, se aferra a la barandilla de madera para evitar levantar los brazos cuando el sol aparezca sobre el horizonte, como un resplandeciente dirigible blanco, una enorme cometa cuyo bramante casi puede coger con la mano. Una fría y tenue luz, pero luz al fin, la baña. Ella la absorbe.

Un hallazgo extraordinario

Mis padres han de decirme algo, algo que no tiene nada que ver con el tema de la conversación. Lo adivino por la forma en que se sientan primero, ambos en la misma butaca, mi madre sobre un brazo, y ladean la cabeza un poco, mirándome con sus ojos de un azul intensísimo.

A medida que envejecen, sus ojos se van volviendo más y más luminosos, más y más brillantes, como si el tiempo los vaciara de oscuridad, como si la experiencia los hubiera aclarado hasta alcanzar la transparencia de las aguas de un arroyo. Quizá se deba a una ilusión provocada por el encanecimiento de su cabello. En todo caso, sus ojos son ahora redondos y brillantes, como los ojos de vidrio de los animales disecados. A veces se me ocurre la idea de que tal vez no he nacido de un parto, sino que salí de un huevo. El ocasional desaliento que mostraban mis padres hacia mí no era como el desaliento de otros padres. Era más perplejidad que desaliento, el azoramiento de dos pájaros que han encontrado una niña humana en su nido y no saben qué hacer con ella.

Mi padre saca una carpeta de cuero negro del escritorio. Ambos aparentan una enorme excitación, como niños esperando a un amigo adulto para que abra el regalo que ellos han envuelto, y que contiene un objeto de broma.

—Hoy hemos ido al centro para comprar nuestras urnas —dice mi padre.

—¿Vuestras qué? —digo, pasmada.

A mis padres no les pasa nada. Gozan de excelente salud. Yo, por mi parte, estoy acatarrada.

—Es mejor estar preparados —interviene mi madre—. También miramos panteones, pero son muy caros.

—Ocupan demasiado espacio —asevera mi padre, siempre consciente de la mala utilización de la tierra.

Cuando era niña, la conversación en la mesa giraba más de una vez alrededor de cuántas semanas tardarían dos moscas de las frutas, reproduciéndose sin control, en cubrir la Tierra con una capa de diez metros y

medio de espesor. No muchas, según creo recordar. Piensa de la misma forma con respecto a los cadáveres.

—Va incluido un pequeño nicho —apunta mi madre.

—Todo está aquí —dice mi padre, señalando la pequeña carpeta, como si yo estuviera obligada a acordarme de todo y a responsabilizarme al mismo tiempo.

Estoy atónita: ¿al final me van a dejar algo?

—Queríamos que dispersaran nuestras cenizas —dice mi madre—, pero resulta que ahora es ilegal.

—Esto es ridículo —digo—. ¿Por qué no se puede hacer si ésa es vuestra voluntad?

—El proyecto de ley de las funerarias —dice mi padre, conocido por su cinismo respecto a las decisiones gubernamentales.

Mi madre reconoce que habría demasiado polvo si todo el mundo quisiera esparcir sus cenizas al viento.

—Yo lo haré —afirmo con valentía—, no os preocupéis.

Es una decisión impulsiva que he tomado sin pensar, como todas las decisiones impulsivas que tomo. Pero tengo intención de llevarla hasta el final, aunque eso signifique acción, algo que evito siempre que es posible. Con la excusa de una visita piadosa, robaré a mis padres del nicho, sustituyéndolos por arena si es preciso, y los sacaré de contrabando. Lo relativo a las cenizas no me molesta, de hecho lo apruebo. Es mucho mejor que esperar, como los cristianos, a que Dios te resucite en un periquete a partir de los huesos, todo ese tiempo encerrados con colorete en la cara, apergaminados y recorridos por alambres, las venas llenas de formaldehído, en bóvedas de cemento y bronce, presas del moho y de bacterias anaeróbicas. Si Dios quiere crear de nuevo a mis padres, las moléculas se encajarán otra vez a la perfección, igual que antes. No es una cuestión de materia, que se altera cada siete años más o menos, sino de forma.

Nos quedamos sentados durante un minuto, considerando las implicaciones. Nos sentimos muy lejos de funerales y duelos, o tal vez hayamos pasado de largo. Pienso en la persecución, y en ser arrestada, y en cómo burlaré a las autoridades: ya estoy inventando fantasías. Mi padre piensa en abonos, del mismo modo que otros piensan en la unión con el Infinito. Mi madre piensa en el viento.

Las fotografías nunca han hecho justicia a mi madre, porque detienen el tiempo; para reflejarla con autenticidad deberían mostrarla como una mancha. Cuando pienso en ella suelo imaginarla con esquís. La única ambición que puede rastrearse en su niñez es la de volar, y dilapidó gran parte de su vida posterior en varios intentos de alzar el vuelo. Algunos relatos de su juventud incluyen escenas en árboles y en tejados de graneros, peligrosas cabalgadas a lomos de caballos desbocados que chorreaban espuma por la boca, carreras de patinaje y, de mayor, saltos por las ventanas hacia escaleras de incendios prohibidas, ejecutados más por la altura y el riesgo que por el resultado final, citas de madrugada con estudiantes a los que dejaba aturdidos, a veces literalmente, pues mi madre, a pesar de sus escalofriantes hazañas atléticas y su escaso interés por las faldas de volantes, estaba muy solicitada. Es posible que los hombres la considerasen un desafío; debía de ser un logro que se detuviese un momento para prestarles algo de atención.

Mi padre la vio por primera vez deslizándose por un pasamanos (imagino que allá en los años veinte debía hacerlo cabalgando a mujeriegas), y decidió en aquel momento y lugar casarse con ella, aunque le costó una barbaridad perseguirla, acecharla de árbol en árbol, agazapado tras los matorrales, con la red para cazar mariposas preparada. Es una metáfora, desde luego, pero no carece de justificación.

Una de las vecinas la compadeció no hace mucho.

—Tu pobre madre —me dijo—, mira que casarse con tu padre.

—¿Por qué? —le pregunté.

—El otro día la vi cargada con las compras del supermercado.

Es cierto que mi madre lo hace. Tiene un carrito con el que pasa zumbando por las calles, la bufanda al viento, el pelo alborotado, agotando a cualquiera que ose acompañarla; me refiero a mí, por ejemplo.

—Tu padre ni siquiera la acompaña en coche —insistió la mujer.

Cuando se lo conté a mi madre, se echó a reír.

Mi padre comentó que la desdichada mujer no sabía lo que se decía.

En los últimos años, mi madre ha abrazado con entusiasmo un nuevo deporte de invierno. Dos veces por semana practica el patinaje artístico, al son de valses, tangos y fox trots. Los martes y los jueves por la mañana se la puede ver en la pista local remolineando a los acordes de *A Bycicle Built for Two*, que suena en los chirriantes altavoces, sin disminuir la velocidad, con mitones que no van a juego con la falda, siguiendo el ritmo a la perfección.

Mi padre hizo lo que hizo porque le permite hacer lo que hace. Allá va, entre los árboles, con un raído sombrero de fieltro gris en la cabeza (y también con un par de cebos para truchas al cinto, pero esto ya depende del año al que me refiera) para evitar que se le enreden cosas en el pelo, cosas invisibles para los demás pero que él sabe sin el menor género de duda que acechan entre las hojas de aspecto inocente, perseguido por uno, dos o un montón de niños de todas las edades, hijos, nietos o niños reclutados al azar, como un desfile atrae seguidores, como el sol atrae meteoros, cuyos ojos se abren cada vez más a medida que una maravilla tras otra les es revelada: una larva blanca sagrada que se convertirá en pupa y no volará hasta al cabo de siete años, un escarabajo milagroso que come madera, un gusano hermafrodita, un hongo que se arrastra. Ningún desfile de los monstruos admite comparación con las explicaciones de mi padre sobre la Naturaleza.

No deja piedra sin volver, pero una vez lo ha hecho, para ver lo que hay debajo (y en este punto no se permiten chillidos ni expresiones de rechazo, so pena de caer en desgracia), coloca de nuevo, con exquisito cuidado, todo en su sitio; el gorgojo en su agujero, la carcoma bajo su corteza podrida, el gusano en su escondrijo, a menos que lo necesite para pescar. No es un sentimental.

Ahora extiende una tela encerada bajo un árbol de aspecto idóneo, arce listado le llamamos nosotros, y golpea el tronco con el mango de su hacha. El cielo le recompensa con una lluvia de orugas verdes, que recoge tiernamente para llevárselas a casa y alimentarlas con ramas frondosas de la clase apropiada sumergidas en tinajas de agua. Se olvidará de cambiarla, y las orugas no tardarán en subir por nuestras paredes y techos en busca de comida, para caer como a propósito dentro de la sopa. Mi madre ya se ha acostumbrado y no piensa en ello.

Entretanto, los niños le siguen hasta el siguiente árbol; es mejor que un mago, porque lo explica todo. Éste es, en concreto, uno de sus propósitos: explicar cuanto le sea posible. Quiere ver, quiere saber, sólo ver y saber. Estoy convencida de que a esta mentalidad, a esta curiosidad, se les debe achacar la responsabilidad de la bomba de hidrógeno y la inminente destrucción de nuestra civilización, y de que estaríamos mejor si aún siguiéramos en el estadio del culto a las piedras. Si bien, por supuesto, no hay que culpar a esta inofensiva curiosidad.

Mi padre ha desenterrado una maravilla; ¿acaso una babosa, una culebra, una araña con su bolsa de huevos? En cualquier caso, algo educativo. No se

ve desde aquí; lo impiden las nucas de los niños, que contemplan embelesados sus manos ahuecadas.

Mis padres no poseen casas, como otra gente, sino que tienen madrigueras. Parecen casas, pero no están pensadas para serlo. Son como apeaderos, guaridas de temporada, oasis en alguna ruta de caravanas que mis padres nómadas siempre están siguiendo, o están a punto de seguir o regresan de seguir. Mi madre se pasa gran parte del tiempo haciendo y deshaciendo maletas.

Al abrir la puerta de una de estas madrigueras (y, al contrario que los zorros, se deshacen de los huesos quemándolos, no enterrándolos, pues el lugar se llenaría de mofetas), me doy primero de bruces con la oscuridad, y después con una profusión de objetos amontonados en apariencia al azar, pero que siguen cierto orden enigmático: pilas de leña, botes de aclaradores de brocha con brochas empapadas en su interior, algunas de ellas secas, rígidas o adheridas a los botes por culpa de residuos pegajosos liberados por evaporación, cajas de clavos de diez centímetros, enormes cestas repletas de un surtido de tornillos, bisagras, grapas, clavos para techar, rollos de material para techos, hachas, sierras, berbiquíes y barrenas, niveles, cuchillos raspadores, escarpias, taladros, palas, zapapicos y alzaprimas. Todas estas cosas no están siempre en el mismo lugar al mismo tiempo. Sólo recuerdo las que hay. Conozco la utilidad de cada herramienta y es posible que las haya empleado en alguna ocasión, lo que explicaría en parte mi pereza adulta. El olor es el olor de mi niñez: madera, lienzos, brea, queroseno, estiércol.

Ésta es la parte de la casa que pertenece a mi padre. En la de mi madre las cosas están ordenadas en colgadores y estanterías, de forma inviolable: tazas, ollas, platos, sartenes. No es porque mi madre adore las tareas domésticas, sino porque detesta perder el tiempo. Todas sus recetas favoritas empiezan con la palabra «rápida». Cuanto antes mejor, en lo que a ella concierne, sobre todo en sus dominios. Nunca le ha interesado, por fortuna, la belleza de la casa, pero insiste en la comodidad de la casa.

Su espacio está atestado. No desea alterarlo. Solíamos regalarle elementos de cocina por Navidad, hasta que descubrimos que prefería otras cosas.

A mi padre le gustan los proyectos. A mi madre le gusta que se terminen los proyectos. Por eso siempre se la ve, provista de gruesos guantes de trabajo, cargando con bloques de cemento, uno por uno, o haces de leña, de un sitio a otro, arrastrando maleza que mi padre ha cortado, transportando

cubos de grava y vaciándolos, todo para ayudar a la fiebre de construcción de mi padre.

Ahora mismo están cavando un agujero en la tierra. Es posible que llegue a ser otra madriguera. Mi madre ya ha traído una carga de bloques de cemento para revestirla. Por las mañanas trata de encontrar huellas de animales en la tierra fresca, y tal vez de rescatar sapos y ratones que hayan caído en la madriguera.

Aunque nunca da nada por terminado, mi padre termina cosas. Una escalera apareció de repente el pasado verano en la parte trasera de nuestra casa de troncos en el norte. Mi madre y yo habíamos saltado al vacío cuando queríamos llegar al tendedero, utilizando los bíceps y la buena suerte para subir de nuevo y entrar. Ahora bajamos con toda normalidad. Y hay un fregadero en la cocina, de modo que ya no tenemos que cargar con el agua sucia de lavar los platos colina abajo en un balde esmaltado dando traspiés, para verterla en el jardín. Ahora sale por un desagüe tal como es debido. Mi madre le ha dado el toque definitivo: un pequeño letrero pegado al mármol con cinta adhesiva que reza:

NO TIRAR GRASA AL FREGADERO

Al lado hay un tarro con bacterias desecadas. Echamos una cucharilla llena de vez en cuando, para que devoren las hojas de té dispersas. Así evitamos que se emboce el desagüe.

Entretanto, mi padre no para de trabajar, construyendo paredes con troncos de cedro para el nuevo edificio anexo, que contendrá un retrete moderno, al contrario que el anterior. También está construyendo un hogar con guijarros de granito rosa seleccionados, en los que mi madre tropieza mientras barre las hojas del suelo.

¿Cuándo acabará todo esto? Me resulta imposible decirlo. De niña escribía libros breves que empezaban con la palabra «Fin». Necesitaba saber que el final estaba garantizado.

Mi propia casa está dividida en dos: una habitación llena de papel en constantes cambios, donde gobiernan el progreso, el organicismo y la fermentación, y las bolas de polvo se multiplican; y otra habitación, de diseño formal, rígida en el contenido, inmaculadamente limpia y a la que nunca se añade nada.

Por lo que a mí respecta, nunca moriré de inercia. Aunque testigo de la exuberante vitalidad de mis padres, pasé mi niñez aprendiendo a relacionar bondad con inmovilidad. Me decían que me estuviera quieta cuando iba sentada en el fondo de canoas que se inclinaban si te movías, cuando me acuclillaba en tiendas que te empapaban si las tocabas durante las tormentas, cuando me utilizaban como lastre en las lanchas motoras llenas hasta los topes de madera; me lo decían, y no movía un dedo. Pensaban de mí que me portaba de maravilla.

De vez en cuando, mi padre hacinaba a la familia y las provisiones necesarias en el coche de siempre (*Studebaker* es un nombre que recuerdo muy bien) e iniciaba un peregrinaje de un tipo u otro, unos millares de kilómetros por aquí, unos millares de kilómetros por allá. En ocasiones buscábamos moscas de sierra; en otras, abuelos. Rodábamos durante horas interminables por las casi vacías autopistas de la posguerra, a través de ciudades melancólicamente pequeñas de Quebec o del norte de Ontario, o bajábamos a los Estados Unidos, donde había más vallas anunciadoras junto a la carretera. Mucho después de los mediocres ocasos, incluso después de que cerraran las gasolineras de la cadena White Rose, buscábamos un motel, por aquellos tiempos una simple fila de casitas muy sencillas junto a un letrero en el que se leía ALAS PLEGADAS o, más sombríamente, VALHALLA, y la diminuta oficina de tablas adornada con bombillas de árbol de Navidad. Desde entonces, «vacante» es una palabra que entraña connotaciones mágicas para mí; significa que hay sitio. Si no encontrábamos habitación, mi padre se desviaba de la carretera en algún lugar de aspecto agradable y montaba una tienda. Había pocos campings, y no existían las bandas de motoristas. Había muchas menos cosas que ahora. Las tiendas no eran tan cómodas de transportar; eran pesadas, y la lona y los sacos de dormir estaban húmedos y se llenaban de capoc. Los colores predominantes eran el gris o el caqui.

Durante estos viajes, mi padre conducía a la mayor velocidad posible. El coche parecía correr por un esfuerzo de voluntad, perseguido por todas las malas hierbas no arrancadas de los jardines, todas las orugas no recogidas en los bosques, todos los clavos que era preciso clavar, todas las toneladas de tierra que debían ser transportadas de un sitio a otro. Yo, entretanto, me apoyaba sobre las maletas cuidadosamente amontonadas en el asiento trasero, encajada a escasa distancia del techo. Podía mirar por la ventana, y contemplaba el paisaje, que consistía en muchos árboles oscuros, postes telefónicos y sus curvas de cable, que parecían oscilar arriba y abajo. Quizá

fue entonces cuando empecé a traducir el mundo en palabras. Podía hacerlo sin necesidad de moverme.

A veces, cuando nos instalábamos provisionalmente, sujetaba los extremos de los troncos mientras mi padre los aserraba, o arrancaba las malas hierbas que me indicaban, pero la mayor parte del tiempo llevaba una vida contemplativa. A la primera oportunidad me adentraba en los bosques para leer libros y evadirme de las tareas, cargada con provisiones escamoteadas a mi madre, en especial pasas y galletas. En teoría, sé hacer casi de todo; me han explicado cómo. En la práctica, hago lo menos posible. Me engaño diciendo que sería feliz viviendo en la cueva de un ermitaño y comiendo gachas, suponiendo que alguien preparase las gachas. Las gachas, como tantas otras cosas, están fuera de mi alcance.

¿Cuál es el secreto de mi madre? Porque ha de tener uno, por fuerza. Nadie puede llevar una vida en apariencia tan dichosa, tan falta de avalanchas y pantanos, sin tener también un secreto. Por secreto me refiero al precio que ha debido pagar. ¿Cuál fue el trato, qué le firmó al Diablo para obtener esta diáfana tranquilidad?

Sostiene que antes era de reacciones rápidas, pero nadie sabe adónde han ido a parar. Cuando la obligaron a tomar lecciones de piano, como parte de la educación de una joven dama, se aprendió las piezas de memoria mientras leía novelas que ocultaba en su regazo. «Más sentimiento», le decía su profesor. Sus fotos a la edad de cuatro años la muestran como una niña de pelo ensortijado y aspecto tímido, embutida en los vestidos de encajes como pantallas de lámparas que se infligían a las chicas de antes de la primera guerra mundial, pero de hecho era curiosa, inventiva y siempre se metía en apuros. Uno de sus primeros recuerdos es el de deslizarse por un terraplén de arcilla roja con sus delicados pantalones posvictorianos. Se acuerda del castigo, desde luego, pero se acuerda mejor de la agradable sensación del barro.

Su matrimonio fue una huida de las alternativas que tenía a su alcance. En lugar de convertirse en la esposa de un profesional provinciano y establecerse en una casita hermosa de las afueras, de hacer obras de caridad para la iglesia como correspondía a su posición social, se casó con mi padre y se marchó en una canoa río St. John abajo, sin haber dormido jamás en una tienda, excepto una vez, antes de contraer matrimonio, cuando ella y sus hermanas pasaron un fin de semana practicando. Mi padre sabía encender fuego bajo la lluvia y

maniobrar en los rápidos, que tanto alarmaban a las amigas de mi madre. Algunas pensaron que la habían raptado y conducido a tierras salvajes, donde se hallaba prisionera y se veía obligada a vivir sin electricidad ni instalaciones sanitarias, rodeada por manadas de osos voraces. Ella, por su parte, sentía que había sido rescatada de un destino peor que la muerte: fundas para proteger las sillas.

Incluso cuando vivíamos en casas auténticas era parecido a acampar. La forma de cocinar de mi madre parecía improvisada, como si no comprase los ingredientes, sino que los robara: la comida dependía de lo que había a mano. Elaboró cosas con otras cosas y nunca tiró nada. Aunque no le gustaba la suciedad, jamás se tomaba la limpieza de la casa como un fin sí mismo. Sacaba brillo a los suelos de madera mediante el método de arrastrar a sus hijos sobre ellos en una vieja manta de franela. Suena divertido hasta que reflexiono: eran demasiado pobres para permitirse abrillantadores de suelos, sirvientas o niñeras.

Después de mi nacimiento le aparecieron verrugas en las manos. Lo achacó al amoníaco: entonces no había pañales. En aquellos tiempos, los bebés llevaban jerséis de lana, botitas de lana, gorritos de lana y pañales de lana, en los que debían de asarse como pollos. Mis padres no tenían lavadora; mi madre lo lavaba todo a mano. Durante aquel período no tuvo muchos ratos de ocio. En las fotografías siempre se la ve con un trineo o un carruaje y uno o dos niños de aspecto suspicaz. Nunca está sola.

Es posible que las verrugas le salieran por culpa del embarazo, y en particular por mi culpa. Ser responsable de las verrugas de mi madre es una carga, pero ya que carecí de los habituales complejos de culpa, con éste es suficiente. Las verrugas apuntan hacia el secreto de mi madre, pero no lo revelan. En cualquier caso, desaparecieron.

Mi madre vivió durante dos años en el barrio de los farolillos rojos de Montreal sin saber lo que era. Una mujer de edad avanzada le informó tiempo después, y le dijo que había obrado mal.

—No veo por qué —replicó mi madre.

Ése es su secreto.

Mi padre estudia historia. Los polacos le han dicho que sabe más historia de Polonia que la mayoría de los polacos, los griegos le han dicho que sabe más historia de Grecia que la mayoría de los griegos, y los españoles le han dicho que sabe más historia de España que la mayoría de los españoles.

Teniendo en cuenta la suma global de conocimiento mundial *per capita*, es probable que sea cierto. Fue la única persona de mi entorno que predijo la guerra de Afganistán, basándose en ejemplos del pasado. Nadie le prestaba atención al tema.

Sostiene que tanto Hiroshima como el descubrimiento de América fueron acontecimientos entomológicos (el gusano de seda constituye la clave), y que las moscas han sido responsables de más matanzas y mortandades que las religiones (la peste bubónica constituye la clave). Se apresura a puntualizar que sus opiniones son espantosas, ciertamente, pero están corroboradas por los hechos. El despilfarro, la estupidez, la arrogancia, la avaricia y la brutalidad se muestran en technicolor a lo largo de la mesa, mientras mi padre trincha el asado de un modo genial.

Si la civilización, tal como la conocemos, consigue autodestruirse (nos informa al tiempo que sirve la salsa con el cucharón, como es debido), no podrá reconstruirse jamás en su forma presente, puesto que todos los metales de la superficie se han agotado hace mucho tiempo y la extracción de los que se hallan a mayor profundidad depende de tecnologías avanzadas, que, como se recordará, habrán sido destruidas. No habrá una segunda edad del hierro, ni una segunda edad del bronce; nos tendremos que contentar (en caso de que quede alguien, cosa que duda) con huesos y piedras, no aptos para aviones y ordenadores.

Manifiesta escaso interés en sobrevivir hasta el siglo XXI. Sabe que será horroroso. Cualquier persona con sentido común estará de acuerdo con él (y si cometen el error de considerarle un excéntrico, permítanme recordarles que mucha gente abona sus teorías).

Mi madre, por contra, mientras sirve el té y olvida, como siempre, quién lo toma con leche, dice que quiere vivir tanto tiempo como sea posible. Quiere ver lo que ocurrirá.

Mi padre replica que es una ingenua, pero orilla el tema y continúa discutiendo sobre la situación en Polonia. Nos refresca la memoria (siempre hace a sus oyentes el cumplido de fingir recordarles algo que en otro tiempo han sabido perfectamente) con la carga de la caballería polaca contra los carros de combate alemanes durante la segunda guerra mundial: necedad y valor. Necedad, desde luego; pero también valor. Se sirve más puré de patata y mueve la cabeza de puro asombro. Después cambia de tema y se permite

uno de esos juegos de palabras complicados y censurables a los que es tan dado.

¿Cómo conciliar su sombría visión de la vida en la Tierra con su alegría de vivir? Ambas posturas son auténticas, no hay pose. No consigo recordar (aunque mi padre, sin el menor género de duda, rebuscaría en sus libros hasta localizar la referencia exacta) quién fue el santo que, al preguntársele qué haría si el fin del mundo fuera a tener lugar al día siguiente, contestó que seguiría cultivando su jardín. El objeto de estudio característico de la humanidad puede que sea el hombre, pero la actividad característica es cavar.

Mis padres tienen tres huertos: uno en la ciudad, que produce frambuesas, berenjenas, lirios y judías; otro a medio camino, especializado en guisantes, patatas, calabazas, cebollas, remolachas, zanahorias, brócolis y coliflores; y el del norte, pequeño pero muy bien cuidado, formado por tierra, abono y porciones de estiércol de oveja y caballo cuidadosamente distribuidas, en el que crecen coles, espinacas, lechugas, ruibarbos y acelgas, cultivos de temperaturas bajas.

Mis padres se pasan la primavera y el verano trotando de huerto en huerto, cubriendo las plantas con estiércol y paja, regando hortalizas y arrancando malas hierbas, «hasta que me doblo como un perchero», en palabras de mi madre. En otoño siembran, por lo general mucho más de lo que podrán llegar a consumir. Resguardan, almacenan, enfrían y congelan. Regalan los excedentes a los amigos y la familia, y de vez en cuando a algún desconocido a quien mi madre ha considerado merecedor. Se trata a veces de mujeres que trabajan en librerías y han demostrado su discernimiento e inteligencia al conocer los títulos de los libros que mi padre pide. Es posible que las obsequie con una col de gran tamaño y exquisito sabor, una cesta de tomates selectos o, si es otoño y ha estado cortando y aserrando leña, con una elegante talla de madera.

En invierno, mis padres meditan cuidadosamente sobre los productos finales de su labor del verano, pues sería una vergüenza desperdiciar algo. En primavera, con el refuerzo de variedades de semillas aún más nuevas, fértiles y resistentes, empiezan de nuevo.

Me duele la espalda sólo de pensar en ellos mientras me deslizo casi a hurtadillas hacia algún local de comida rápida o telefoneo al Pizza Pizza. Pero lo que de verdad importa de toda esta horticultura no es la ingestión de vitaminas, el autoabastecimiento o la producción de alimentos, aunque no

sean aspectos desdeñables. Lo que importa es el contacto directo de las manos con la tierra, esa antiquísima ceremonia de la que el papa besando el asfalto de la pista de aterrizaje no es sino un pálido vestigio residual.

En primavera, cuando finaliza el día, hueles a tierra.

Un tema idóneo para la meditación es el del embarcadero. Desde él veo el perfil de la costa, que actúa para mí como un recuerdo. De noche me siento, en una oscuridad incomparable, para mirar las estrellas, si las hay. Al anochecer se ven murciélagos; por las mañanas, patos. Debajo hay sanguijuelas, pececillos y algún cangrejo de río. Este embarcadero, como la naturaleza, no cesa de desmoronarse y siempre es el mismo.

Está construido con troncos afirmados sobre pesados pedruscos de granito, mucho más fáciles de mover bajo el agua que en tierra. A tal fin, mi padre se sumergió en el lago, a pesar de que prefiere no hacerlo. No es de extrañar; ni siquiera en pleno verano puede calificarse de caliente el agua. Las cicatrices se tiñen de púrpura, los pies de blanco, los labios de azul. El lago es una de las incontables depresiones producidas por los glaciares al retirarse; previamente habían erosionado y empujado hacia el sur todo el mantillo vegetal. Sólo queda el lecho de roca, y cuando te sumerges en este lago sabes que si permaneces bastante o incluso mucho tiempo no tardarás en descender a los orígenes.

Mi padre examina el embarcadero (sus ojos se estrechan mientras calcula, sus dedos se agitan) y comprende que necesita reparaciones. El hielo del invierno, el sol y la lluvia lo han deteriorado; está cuarteado y es traicionero, la podredumbre lo devora. Mi padre empuñará de un momento a otro la alzaprima, arrancará sus tablas carcomidas y peligrosas y los troncos acribillados de nidos de avispas, y lo reconstruirá.

Para mi madre es un lugar desde el que partir en canoa, y para depositar la toalla y el jabón cuando va a nadar, hacia las tres de la tarde, en el intervalo que media entre lavar los platos de la comida y reavivar el fuego para la cena. Entra en el agua gélida, capaz de paralizarte el corazón, pisando las hojas de pino ennegrecidas que yacen sobre la arena, las ramas mojadas, las conchas de almeja y los caparazones de cangrejo de río, se moja los brazos y por fin se zambulle y nada a toda velocidad, de espaldas; su cuello sobresale del agua como el de una nutria, y su cabeza, con un gorro de baño blanco, aparece rodeada por una aureola de moscas negras; avanza, dejando tras ella una fina estela, y prorrumpe en gritos de:

—¡Qué fría está, qué fría está!

Hoy me desprendo de mi entropía y conduzco a dos niños en fila india a través del bosque. No buscamos nada en particular. Por el camino recogemos trozos de corteza de abedul y los metemos en bolsas de papel, después de asegurarnos de que no hay arañas. Servirán para encender el fuego. Hablamos de fogatas y de dónde no es conveniente encenderlas. Hay troncos carbonizados parcialmente diseminados por el bosque, *mementi mori* de un antiguo incendio.

El sendero que seguimos es muy viejo. Lo abrió mi hermano cuando le dio por practicar caminos hace treinta años, y desde entonces lo cuida con asiduidad. Los bordes son confusos, el tiempo y el clima se han encargado de borrarlos; están ribeteados de savia seca. Enseño a los niños a mirar a ambos lados de los árboles, a que se vuelvan de vez en cuando y observen por dónde han venido; de esta forma, siempre sabrán volver. Permanecen de pie bajo los gigantescos árboles, protegidos por sus impermeables, rodeados por el eco del silencio. Un tema tradicional de los cuentos populares: niños potencialmente perdidos en los bosques. Ellos lo intuyen, y eso les sosiega.

Señalo un viejo árbol arqueado cuando era joven y les digo que lo hicieron los indios, una anécdota que, como casi toda la historia, puede no ser cierta.

—¿Indios de verdad? —preguntan.

—De verdad.

—¿Dónde viven?

Seguimos adelante, subimos una colina, pisando guijarros, y saltamos un tronco caído, desgarrado por un oso que buscaba gorgojos. Reciben más órdenes: han de mantener los ojos abiertos para localizar setas, en especial bejines, que incluso a ellos les gustan. En esta zona no hay nada parecido a una senda. Siento que los genes me llaman; de un momento a otro empezaré a voltear las piedras, y de hecho no tardo en ponerme a gatas para liberar a un gigantesco sapo apresado bajo un cedro caído, tan viejo que es prácticamente polvo, teñido de color anaranjado. Discutimos el hecho de que los sapos no provocan verrugas, pero se te mean encima cuando están atemorizados. Así lo hace el sapo, lo que demuestra mis conocimientos. Por su propio bien me lo guardo en el bolsillo y la expedición prosigue su camino.

Descubrimos una senda más pequeña en ángulo recto. Es reciente y los bordes están señalados por ramas desgajadas y trozos de cinta rosa

fluorescente adheridos a los arbustos. Conduce a un abedul amarillento derribado por el viento, a juzgar por las raíces, todavía cubiertas de mantillo y de moho. El abedul ha sido cortado y los pedazos apilados con gran cuidado, listos para ser troceados.

De regreso, circundamos la hoguera apagada y el jardín, con el mayor sigilo posible. El truco, susurro, consiste en ver a las cosas antes de que ellas te vean a ti. Tengo la sensación, y no por primera vez, de que este lugar está encantado por los fantasmas de aquellos que todavía no han muerto, incluido mi propio fantasma.

Nada dura eternamente. Tarde o temprano habré de renunciar a mi inmovilismo, abandonar esos hábitos de contemplación, especulación y letargia que me ayudan a subsistir. Deberé enfrentarme al mundo real, que no está compuesto de palabras, lo sé, sino de tuberías de desagüe, hoyos en la tierra, malas hierbas que se multiplican furiosamente, pedruscos de granito y pilas de materiales más o menos pesados que han de trasladarse de un lugar a otro, por lo general cuesta arriba.

¿Cómo me las ingeniaré? Sólo el tiempo, que en modo alguno lo revela todo, lo dirá.

Otra noche, avanzado el año. Mis padres han regresado una vez más del norte. Es otoño, la estación de la clausura. Al igual que el sol, mis padres tienen sus ritmos anuales, que, pensándolo bien, no están desvinculados de esta comparación. Es la época en que se marchitan las últimas judías, escasean las coles y las postreras zanahorias han de ser arrancadas de la tierra, ahorquilladas y peludas como una mandrágora; la época en que mis padres levantan grandes altares con basura, viejas cajas y hueveras de cartón, ramas caídas de los árboles… y le prenden fuego a todo para saludar el sol declinante.

Ya lo han hecho, y el viaje ha transcurrido sin novedad. Van a hacer una portentosa y trascendental revelación: ha sucedido algo inusitado.

—Estaba en el tejado, barriendo las hojas… —dice mi madre.

—Como cada otoño —añade mi padre.

No me produce la menor inquietud imaginar a mi madre, con sus setenta y tres años a cuestas, a gatas en el tejado, tan inclinado que yo me subiría agarrándome con manos y pies a su superficie como una rana arbórea; la

adrenalina oscurecería el ciclo, y, a través del velo, me vería precipitándome a tierra tras un momento de descuido, un paso en falso, uno de esos incontables deslices de la mente, y por consiguiente del cuerpo, que debería controlar a la perfección. Mi madre no para de hacer cosas similares. Nunca se ha caído. Nunca se caerá.

—Los árboles han crecido y las ramas superan el tejado —explica mi madre.

—¿Y a que no adivinas lo que encontró? —dice mi padre.

Intento adivinarlo, pero me rindo. ¿Qué podía haber encontrado mi madre en el tejado? Desde luego, ni piñas, ni hongos ni pájaros muertos. Tenía que ser algo fuera de lo común.

Se trata de una deyección. Ahora debo adivinar de qué tipo.

—De una ardilla voladora —aventuro sin convicción.

No, no. Muy vulgar.

—Era así de grande —dice mi padre, indicando la longitud y la circunferencia.

No es un búho.

—¿De color pardo? —digo, para ganar tiempo.

—Negro —dice mi padre.

Ambos me observan fijamente, con las cabezas algo ladeadas, y en el brillo de sus ojos se transparenta el placer de resucitar un antiguo juego, el juego de las adivinanzas, de difícil resolución.

—Y tenía pelos enganchados —dice mi padre, tal como si la luz fuera a hacerse en mí.

Pero no tengo la menor idea.

—Era demasiado grande para ser de una marta —insiste mi padre. Luego baja la voz y anuncia—: Era de un pekán.

—¿De veras? —pregunto.

—Por fuerza —asevera mi padre.

Todos hacemos una pausa para saborear este acontecimiento extraordinario. Ya no quedan muchos pekanes, esos hermosos y voraces depredadores arbóreos, y nunca hallamos rastro de ninguno en nuestra zona. Para mi padre, esa deyección constituye un fenómeno biológico muy interesante. Lo ha anotado y archivado entre los demás datos fascinantes que anota y archiva.

Sin embargo, no es lo mismo para mi madre. Para ella, esta deyección larga como una mano, de dos dedos de espesor, negra y peluda, para decirlo sin ambages, esta deposición de mierda animal, es una señal maravillosa, un

símbolo de la gracia divina, como si su tejado terrenal, familiar y lleno de parches, pero todavía con goteras, hubiera sido visitado e iluminado por un desconocido aunque auténtico dios menor.

MARGARET ELEANOR ATWOOD (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) es una prolífica poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política canadiense. Es miembro del organismo de derechos humanos Amnistía Internacional y una de las personas que presiden Bird Life International, en defensa de las aves. En la actualidad divide su tiempo entre Toronto y Pelee Island, en Ontario.

Es la segunda de los tres hijos de Carl Edmund Atwood, zoólogo, y Margaret Dorothy William, nutricionista. Debido a la investigación que llevaba a cabo su padre sobre entomología forestal, Atwood pasó gran parte de su infancia entre el norte de Quebec, Ottawa y Toronto. Pronto se convirtió en una ávida lectora de todo tipo de literatura, desde novelas de misterio, hasta cuentos de los hermanos Grimm, historias sobre Canadá y cómics. Fue al instituto en Leaside, Toronto.

Atwood empezó a escribir a los 16 años. En 1957 inició sus estudios universitarios en la Victoria University de Toronto. Tuvo como profesores a Jay Macpherson y Northrop Frye, que encaminaron su poesía inicial (Double Persephone) hacia el tema de los mitos y los arquetipos. Se graduó en 1961 como licenciada en filología inglesa, con estudios también de francés y filosofía. En 1968, se casó con Jim Polk, de quien se divorció en 1973. Luego, contrajo matrimonio con el novelista Graeme Gibson, con quien se mudó a

Ontario, al norte de Toronto. En 1976 tuvieron a su hija Eleanor Jess Atwood Gibson. Volvió a Toronto en 1980.

Notas

[1] Poemas de tres versos en diecisiete sílabas. (*N. del T.*) <<

[2] En alemán, espíritu de los tiempos. (*N. del T.*) <<

[3] En inglés, amigo, camarada. (*N. del T.*) <<

[4] Del inglés *groupies*, grupos de seguidores de los ídolos de la música rock. (*N. del T.*) <<

[5] Real Policía Montada del Canadá. (*N. del T.*) <<